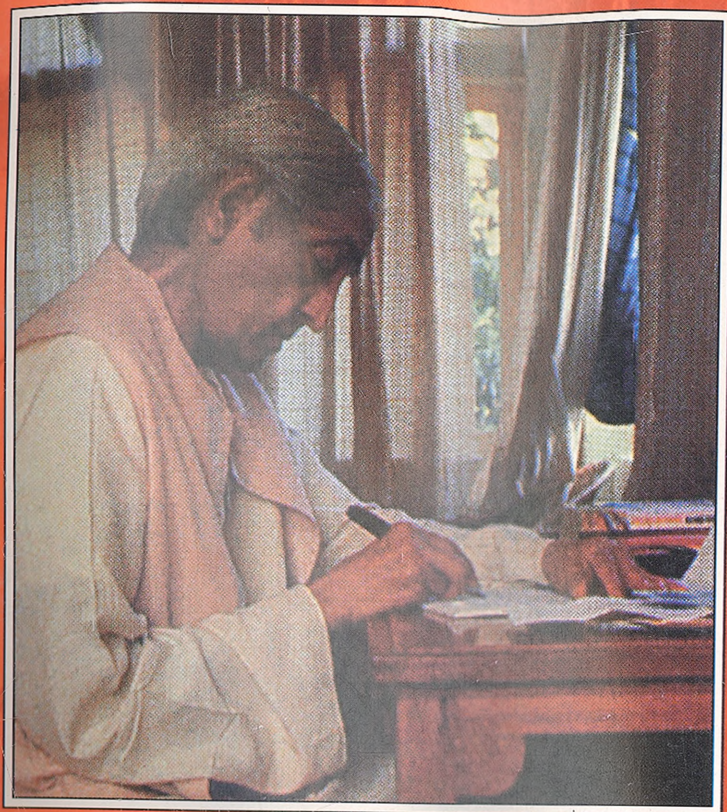
KRISHNAMURTI



REFLEXIONES SOBRE EL SER

errepar

J. KRISHNAMURTI

Reflexiones sobre el ser

errepar

La verdad es lo que libera,
no su esfuerzo por liberarse.

Prólogo del editor

En la primavera de 1993, la Fundación Krishnamurti de América me pidió que preparara la edición de un volumen de las pláticas y escritos de J. Krishnamurti. Su idea era que debería haber una antología que fuese de particular interés para profesores y estudiantes de filosofía. La petición me recordó lo difícil que, veinte años antes, había sido para mí comprender lo que Krishnamurti estaba diciendo y su relevancia para mi trabajo como filósofo. Aunque tenía algunas dudas, accedí a hacerlo.

Mis reparos se debían, en primer lugar, a que, tal como están las cosas, el pensamiento de Krishnamurti dista mucho de la filosofía académica, en particular de la tradición analítica. Hay una sencilla razón para ello: Krishnamurti no tenía interés en presentar teorías; y teorías es de lo que trata la filosofía académica. En segundo lugar, me parecía, y todavía me parece, que el que yo hubiera sido un filósofo analítico, de hecho había dificultado todavía más mi entendimiento de Krishnamurti. Las razones de esto son complejas y ni siquiera ahora las tengo del todo claras. Creo que el meollo de la dificultad era que no podía comprender lo que Krishnamurti decía a menos que lo que decía estuviera "claro" y no iba a estar "claro" hasta que lo hubiese procesado de la forma en que, como filósofo analítico, había sido instruido a tratar cualquier punto de vista que estuviera considerando. Lo que pasa es que es difícil elaborar de ese modo lo que dice Krishnamurti. (El problema que yo tenía es análogo, a mi ver, al problema que tenían los eruditos budistas en la sección "Como ser humano".)

Por último, lo que me permitió superar mis recelos respecto a preparar este volumen fue darme cuenta de que había sido afectado e instruido por los pensamientos de Krishnamurti, y de

varias formas directamente relacionadas con mis intereses académicos en filosofía, en particular con respecto a los temas del ego y la identidad personal. Por ejemplo, las observaciones de Krishnamurti sobre la identificación y sobre la distinción observador/observado son, a mi ver, de importante relevancia en lo referente a las preocupaciones postparfitianas en torno a lo que importa en la supervivencia. En mi opinión, y completamente al margen de su relevancia para la filosofía académica, lo que Krishnamurti tiene que decir es importante.

Otros tenían distintas aprensiones. A la Krishnamurti Foundation Trust Ltd. (Inglaterra), en particular, le preocupaba que al concentrarme tanto en lo que Krishnamurti tenía que decir sobre el ego y los temas directamente vinculados con él, yo podría inducir a los lectores a pensar que no había hablado de otra cosa. No es lo único de que habló. La gama de sus preocupaciones era sumamente amplia, tan variada como la vida misma. El propósito de esta antología no es presentar una visión equilibrada de lo que Krishnamurti tenía que decir, sino sólo aquella parte que pudiera ser de más inmediato interés para profesores y estudiantes de filosofía. Los lectores, si lo desean, pueden consultar otras antologías más representativas de los escritos de Krishnamurti, de las que hay muchas disponibles.

Las selecciones que siguen no sólo hacen hincapié en ciertas preocupaciones de Krishnamurti más que en otras, sino que además están muy editadas. Ello se debe principalmente a que casi todo lo que sigue fue extraído de diálogos que Krishnamurti sostuvo en directo con sus oyentes. En estos diálogos, el flujo de sus pensamientos a menudo es interrumpido por preguntas u otras reacciones del público. A veces, en sus respuestas, Krishnamurti se aventura en direcciones acaso menos interesantes para el público al que este libro está destinado que su desarrollo del tema inicial. Por consiguiente, para hacer que el texto que sigue se lea con fluidez, he eliminado la mayor parte de lo que, en mi opinión, interrumpe el flujo ordenado de las ideas de Krishnamurti. Desde luego, puede que al hacerlo haya distorsionado sin querer lo que Krishnamurti estaba tratando de decir. Mis recelos al respecto son mitigados por el hecho de que cualquiera que desease ver lo que ha sido omitido del texto puede

hacerlo con facilidad. La Krishnamurti Foundation Trust ha producido un CD-ROM en el que se incluyen las obras completas de Krishnamurti publicadas desde 1933 hasta 1986. Todas las selecciones en este volumen provienen de dicha fuente.

Muchas personas han sido de enorme ayuda. Tom Heggestad, en especial, de la Krishnamurti Foundation of America, proporcionó muchísima asistencia técnica y además colaboró en la selección y preparación de los textos. Frode Steen, Michael Lommel, Kathleen Quinn, Hilary Rodríguez, Ray McCoy, Rama Rao Pappu, y Mark Lee también hicieron aportaciones significativas. La idea de que debería haber una antología como ésta se debe inicialmente a Albion Patterson. Por último, mi agradecimiento a varios amigos míos, muchos de ellos filósofos y psicólogos que desconocían la obra escrita de Krishnamurti, quienes tuvieron la amabilidad de leer una primera versión de la antología, ofrecieron críticas y sugerencias, y me dieron ánimos. Entre ellos están Allen Stairs, Richard Garner, Anna Taam, Michelle Higginbotham, Lynn Bernstein, John Barresi, Tara Brach, Magali Theodore, Stiv Fleishman, Tina Angle, Supriya Goyal y Udaya.

Introducción

¿Se puede vivir sin ampararse psicológicamente en la autoridad, bien sea en la autoridad externa o incluso en la autoridad de la propia experiencia previa? Para Jiddu Krishnamurti ésa, debidamente puntualizada, es la cuestión central. Su respuesta es que es posible y que sólo de esta forma se puede uno conectar plenamente con lo que es real.

Krishnamurti no fue un filósofo en el sentido clásico de la palabra. No le interesaba presentar teorías o argumentar a favor de sus puntos de vista. No obstante, lo que se proponía es acorde con la filosofía. Al igual que Sócrates, quien mediante su ejemplo y cuestionamiento alienta a sus interlocutores a examinar críticamente los supuestos de los que dependen sus creencias, Krishnamurti, mediante su ejemplo y cuestionamiento anima a sus oyentes a examinar de forma crítica los supuestos de los que depende la experiencia que tienen de sí mismos y del mundo. En otras palabras, mientras Sócrates promueve lo que hoy llamaríamos pensamiento crítico (o simplemente filosofía), Krishnamurti promueve lo que podríamos llamar mirar crítico (a lo que él a veces denominaba darse cuenta no selectivo).

A estas alturas, lo que Sócrates les pedía a los atenienses que hicieran es un lugar común, al menos para los filósofos y estudiantes de filosofía. Hemos aprendido la lección que trataba de enseñar. Pero a los atenienses, su público original, lo que les pedía que hicieran, a menudo debió parecerles extraño e incluso un despropósito. ¿Qué beneficio podría resultar, se debieron preguntar muchos de ellos, de poner a la sabiduría convencional de patitas en la calle? ¿Por qué, debieron preguntarse, tendríamos que empezar de nuevo cuando hemos acumulado tanto? Pero como Sócrates trató de indicarles, el problema es precisamente el peso aberrante de lo que han acumulado.

En la época en que Sócrates propuso el pensamiento crítico, los atenienses no tenían muchas razones para suponer que fuera a dar fruto. Pero lo dio. La ciencia es parte de ese fruto. También lo es la disposición moderna a cuestionar la autoridad de las opiniones recibidas.

¿Hemos aprendido todo lo que necesitamos saber sobre cuestionar la autoridad? ¿Hemos ido suficientemente lejos o nuestro cuestionamiento todavía está seriamente limitado? Filósofos contemporáneos y estudiantes de filosofía tienden a pensar que hemos llevado el procedimiento de cuestionar, más o menos hasta donde puede llegar. Muchos, incluso creen que lo hemos llevado demasiado lejos. Pero hasta ahora hemos cuestionado principalmente sólo las creencias explícitas. Además de estas creencias, ¿no podríamos estar todavía dando por sentadas muchas cosas que son cuestionables? Y si lo hacemos, ¿no podría esto ser también un obstáculo que necesitamos superar?

Krishnamurti creía que no hemos ido lo suficientemente lejos en nuestras dudas. Creía que nuestro cuestionamiento está seriamente limitado y que éste es uno de los principales obstáculos que necesitamos superar. ¿Podría tener razón?

Krishnamurti no fue el primero en proponer el mirar crítico. Otros, como el Buda, ya lo habían propuesto. Pero la forma de abordarlo de Krishnamurti fue diferente y tal vez más apropiada para filósofos y estudiantes de filosofía de mentalidad escéptica. En primer lugar, Krishnamurti estuvo en contra de la autoridad hasta un grado que pocos pensadores han alcanzado nunca. A él no le servían de nada credos y teorías. Desaconsejaba a la gente autoexaminarse en un ámbito institucional o como parte de una disciplina espiritual. Enseñó que al examinarse a sí mismo, uno ni siquiera debería ampararse en lo que ha aprendido en anteriores exámenes. La libertad que necesitamos para ver lo que es verdad, dijo, es liberarse de lo conocido. Y porque él nos habló en un lenguaje contemporáneo, puede resultarnos más fácil comprender lo que dijo.

A Krishnamurti, la filosofía académica le era de escasa utilidad. En ocasiones, la descartaba por considerarla una pérdida de tiempo, o peor aún, un generador de teorías que se convierten en obstáculos en el intento de un individuo por compren-

derse a sí mismo. No obstante, como las selecciones en este volumen revelarán a aquéllos que acepten la invitación a examinar sus experiencias y conducta, gran parte de lo que Krishnamurti dijo es profundamente relevante para la filosofía. Su relevancia no consiste en que él tuviera teorías que proponer o críticas que hacerles a las teorías existentes. El énfasis de Krishnamurti recae sobre las percepciones directas *(insights)*. Su talento como instructor radica en que las propicia. Da la casualidad que muchas de las percepciones directas que fomenta en sus lectores son de central relevancia para la filosofía contemporánea, particularmente en lo referente a las teorías sobre la subjetividad y los valores humanos. Y si verdaderamente propicia percepciones sobre la condición humana, ¿cómo podría ser de otro modo?

Más que un pensador teórico, Krishnamurti fue un vidente y un maestro. Entre las cosas que creyó ver se encuentran ciertas estructuras psicológicas inherentemente distorsionadoras que producen una división en la conciencia de casi todo el mundo entre "el observador" y "lo observado". Esta división, creía él, es una poderosa fuente de conflicto, tanto interiormente para el individuo como, exteriorizado a través del individuo, para el conjunto de la sociedad. Krishnamurti también propuso una forma de eliminar estas estructuras dañinas o más exactamente, de facilitar su eliminación. De eso tratan los escritos incluidos en este volumen: de una transformación radical en la conciencia humana.

Krishnamurti habló mucho más de lo que escribió. Sus pláticas, de las cuales proviene casi toda la siguiente selección de textos, no eran conferencias sino, más bien, intentos de entablar un diálogo con sus oyentes, en el cual él y ellos se centran completamente en algún aspecto de la experiencia o de la conducta. Sus pláticas eran, en efecto, meditaciones pautadas. O sea, intentos por parte de Krishnamurti, de pasar por un proceso vivencial junto con sus oyentes, con usted, el cual resulta en que se aclara algo respecto a la comprensión de su propia experiencia y el efecto de la misma sobre su conducta. En sí, las pláticas aquí transcritas y publicadas como si fuesen escritos, presentan exigencias inusuales al lector, especialmente si éste es un filósofo acostumbrado a buscar una conclusión teórica cuando lee

algo que parece proponer puntos de vista filosóficos. En el pensamiento de Krishnamurti, más que conclusiones teóricas hay una apertura a percepciones importantes, por ejemplo, en lo concerniente a la naturaleza de la identificación y su papel en la formación del ego. Krishnamurti sugiere que para tener tales percepciones uno tiene que mirar con frescura.

Krishnamurti habló con una voz distintiva. Como enemigo incondicional de la autoridad, incluso de la autoridad de la propia experiencia pasada, su énfasis recaía sobre el examen directo de la experiencia actual. Negándose a discutir libros o teorías, alentó a las personas a mirarse a sí mismas, particularmente en sus relaciones con otras personas, cosas y actividades, y les contó lo suficiente acerca de lo que verían si mirasen, para ponerlos en camino. Es como si, por el hábito de comprendernos a nosotros mismos de maneras consabidas, nos encontráramos, incluso al nivel de la experiencia, atrapados en teorías. Krishnamurti fue y es sumamente hábil ayudando a las personas a salir del atolladero, o sea, ayudándoles a tener percepciones que rompen los moldes de las pautas de pensamiento profundamente arraigadas. En otras palabras, su preocupación no era que sus comentarios fuesen relevantes para la teoría, aunque a menudo lo son, sino que fueran relevantes para la vida. Su intención era dialogar con personas apasionadamente interesadas en comprenderse a sí mismas y el mundo en el que viven. El propósito de esta interacción era aclarar lo que significa ser uno mismo y vivir en este mundo. En mi opinión, Krishnamurti lo consigue como muy pocos otros lo han hecho.

Filósofos y estudiantes de filosofía, ciertamente, se encuentran entre aquéllos apasionadamente interesados en comprenderse a sí mismos y al mundo. Muchos de nosotros hemos dedicado gran parte de nuestras vidas a este proyecto. Puede que nos sorprenda, por consiguiente, descubrir el poco tiempo y energía que le hemos dedicado a la clase de indagación que Krishnamurti trata de facilitar. La razón de esto es que el acercamiento de Krishnamurti a los temas de perenne interés filosófico era más meditativo que racionalmente discursivo. De modo que la cuestión para filósofos y estudiantes de filosofía respecto a cuán en serio deberían tomar este libro, es si están dispues-

tos a probar un acercamiento que, en un sentido amplio, es filosófico, pero tan diferente de lo que están acostumbrados a hacer cuando piensan sobre filosofía o la leen, que al principio incluso puede resultarles difícil ver su relevancia. Los filósofos de verdad siempre están abiertos a nuevos acercamientos. De hecho, cuando un enfoque promete, cuanto más radicalmente nuevo sea, mejor. Este volumen es principalmente para ellos.



Bajo casi cualquier concepto, Krishnamurti llevó una vida extraordinaria. Nació el 11 de mayo de 1895 en Madanapalle, India, un pequeño pueblo de montaña al noroeste de Madrás. Fue el octavo de once hijos, y uno de los seis que sobrevivieron hasta el estado adulto. Su padre, licenciado por la Universidad de Madrás, trabajó para el Departamento de Hacienda británico. Su madre llevaba el hogar brahmánico tradicional. A la edad de seis años, Krishnamurti fue iniciado ritualmente en la comunidad brahmánica y empezó su educación convencional. No era un buen estudiante.

Cuando Krishnamurti tenía diez años, falleció su madre. Cuatro años más tarde, en 1909, su padre, ya retirado de la administración británica, obtuvo un empleo en la sede de la Sociedad Teosófica en Adyar, cerca de Madrás. A cambio de trabajo, él y sus cuatro hijos varones, incluidos Krishnamurti y su hermano menor Nityananda (Nitya), recibían alojamiento en una pequeña casa en las afueras del hermoso recinto de 260 acres de la Sociedad Teosófica. Por aquel entonces, todos los chicos estaban en baja condición física.

La Sociedad Teosófica había sido fundada en Nueva York treinta y cuatro años antes, por Madam Blavatsky y el Coronel Olcott. Blavatsky decía haber vivido en el Tíbet y aprendido sabiduría oculta de "los Maestros". Supuestamente, los Maestros eran seres humanos perfeccionados que periódicamente aparecían sobre la Tierra para fundar una nueva religión y, mediante sus pensamientos y energía, dirigir el curso de la evolución humana. En 1882, Blavatsky y Olcott habían comprado la propie-

dad en Adyar para la sede central de la Sociedad. Siete años más tarde, Annie Besant se unió a la Sociedad y, un año después, ella conoció a Charles Leadbeater, ex sacerdote de la Iglesia Anglicana, que se había incorporado a la sociedad en 1883. Se consideraba que Leadbeater poseía extraordinarios poderes psíquicos. Entre otros talentos, supuestamente veía auras y practicaba el viaje astral. En 1907, después de los fallecimientos de Blavatsky y Olcott, y dos años antes de la llegada de Krishnamurti al recinto, Besant se convirtió en presidenta de la Sociedad.

Pieza central de la Teosofía es la enseñanza de que los seres humanos están evolucionando progresivamente hacia la hermandad universal, siguiendo un sendero cuyo recorrido comprende la aparición consecutiva de siete razas-raíz. Al inicio de cada una de estas razas se encarna un instructor del mundo para impartir un mensaje espiritual. El instructor que debía aparecer próximamente era Maitreya, quien se creía que había sido designado para ese papel por Gautama Buda. La misión de los teósofos era, en parte, encontrar, criar y adiestrar al niño destinado a convertirse en Maitreya.

A principios del verano de 1909, mientras paseaba fuera del recinto de la Sociedad, Leadbeater se fijó en Krishnamurti, quien por entonces tenía catorce años. Según informes, sobrecogido por lo que consideró ser el aura de Krishnamurti, Leadbeater tuvo la certeza de que Krishnamurti estaba destinado a ser un gran maestro espiritual. A su debido tiempo, los teósofos determinaron, para su satisfacción, que Krishnamurti iba a ser el vehículo físico de Maitreya. De ese modo Krishnamurti y su hermano Nitya fueron alojados en el recinto de la Sociedad, despiojados, acicalados, y en general atendidos físicamente. Incluso los dientes de Krishnamurti fueron enderezados. El y Nitya recibían clases particulares. Con el tiempo, la Sra. Besant se convertiría en la custodia legal de Krishnamurti. En 1911, se formó una organización que se convirtió en la Orden de la Estrella de Oriente. Su propósito era anunciar la venida del nuevo instructor del mundo: Krishnamurti.

Durante los diez años siguientes, Krishnamurti y Nitya se educaron en Europa. Durante su estancia en Inglaterra, Krishnamurti estableció una estrecha relación con Lady Emily Lutyens,

a quien consideraba como su madre adoptiva, y por cuya mediación accedió a la vida de la aristocracia inglesa. Hacía ejercicios en el gimnasio de Sandow, asistía a funciones de ballet, de cine, de teatro, visitaba las galerías de arte, y viajaba extensamente. Durante este período, se convirtió en un golfista de nivel profesional y aprendió a montar y desmontar el motor de un automóvil. También leyó mucho, entre otros autores, a Stephen Leacock, P.G. Wodehouse, Turgenev, Dostoievski, Nietzsche, Bergson, Shelley y Keats. En 1921, Krishnamurti se fue a París, donde hizo algunos cursos en la Sorbona y estudió sánscrito.

En 1922, Krishnamurti y Nitya se mudaron a Ojai, California, donde se esperaba que el clima seco ayudaría a Nitya en su batalla contra la tuberculosis. Durante el verano de ese año, poco después de que empezara a meditar diariamente, Krishnamurti tuvo una experiencia que le transformó la vida y que describió, en parte, de la siguiente forma:

> *Había un hombre reparando la carretera; ese hombre era yo; el pico que tenía en las manos era yo; la piedra misma que estaba desmenuzando formaba parte de mí; la tierna brizna de hierba era mi propio ser, y el árbol junto al hombre era yo.*[1]

Al día siguiente, mientras estaba sentado bajo un pimentero cercano, tuvo otras experiencias, después de las cuales escribió:

> *Yo era sumamente feliz, porque había visto. Nada podría ser nunca lo mismo... Había tocado la compasión que sana todo dolor y sufrimiento; no es para mí sino para el mundo. He estado en la cima de la montaña y contemplado los poderosos Seres. Nunca más puedo estar en tinieblas; he visto la Luz gloriosa y curativa. La fuente de la verdad me ha sido revelada y la oscuridad ha sido dispersada. El amor en toda su gloria ha embriagado mi corazón; mi corazón no puede cerrarse nunca. He bebido en la fuente de la Dicha y de la Belleza eterna.*[2]

1 M. Lutyens, *The Years of Awakening* (Los años del despertar), pág. 170.
2 Idem, págs. 171-172.

Krishnamurti se describió a sí mismo como "ebrio de Dios".

En noviembre de 1925, Nitya falleció y Krishnamurti experimentó lo que parece haber sido el duelo más profundo de su vida.

Durante los años subsiguientes, Krishnamurti se distanció de la Teosofía y también desarrolló algunos de los temas característicos de sus propias enseñanzas posteriores. La ruptura decisiva con la Teosofía se produjo en agosto de 1929, cuando, en presencia de tres mil miembros de la Sociedad, disolvió la Orden de la Estrella y al mismo tiempo estableció definitivamente su propia misión:

> *Sostengo que la Verdad es una tierra sin caminos, y no se puede acceder a ella por ningún sendero, ninguna religión, ninguna secta. Ése es mi punto de vista y a él me adhiero absoluta e incondicionalmente. La Verdad, al ser ilimitada, incondicionada, inaccesible mediante sendero alguno, no puede organizarse, ni debería crearse ninguna organización para guiar o forzar a la gente a seguir ninguna vía en particular... Ustedes probablemente formarán otras órdenes, seguirán perteneciendo a otras organizaciones en busca de la verdad... Si se crea una organización con este propósito, se convierte en una muleta, una debilidad, un cautiverio, y debe anquilosar al individuo e impedirle crecer, establecer su unicidad, la cual reside en el descubrimiento por su cuenta, de aquella verdad absoluta e incondicionada... Porque yo soy libre, incondicionado, íntegro, no la parte, no lo relativo, sino la verdad entera que es eterna, quiero que aquéllos que desean comprenderme sean libres, que no me sigan, que no hagan de mí una jaula que se convertirá en una religión, una secta... Ahora he decidido disolver la Orden, puesto que soy su cabeza. Ustedes pueden formar otras organizaciones y esperar a otra persona. Eso no es asunto mío, ni tampoco la creación de nuevas jaulas, nuevas decoraciones para esas jaulas. Mi única preocupación es liberar a los hombres absoluta e incondicionalmente.*[3]

3 La disolución de la Orden de la Estrella, 3 de agosto de 1929.

Al año siguiente, en 1930, Krishnamurti dimitió formalmente de la Sociedad Teosófica.

En 1931, Krishnamurti regresó a Ojai para descansar, meditar y pensar. Durante este tiempo, le escribió a Lady Emily acerca de la dificultad de expresar en palabras lo que quería decir. Sin embargo, cuando empezó otra vez a escribir y a hablar fue notablemente consecuente.

De 1933 a 1939, Krishnamurti hizo muchos viajes y habló ante grandes concentraciones de público. Durante la guerra, no pudo viajar y llevó una vida relativamente retirada en Ojai, si bien solía reunirse con numerosos visitantes. Se hizo amigo íntimo de Aldous Huxley, quien le animó a escribir. Después de la guerra, Krishnamurti reanudó sus viajes y pláticas. Durante los últimos cuarenta años de su vida, dio un promedio de alrededor de cien pláticas al año, a menudo ante audiencias de varios miles de personas. También participó en discusiones individuales y de pequeños grupos con aquéllos que venían a verle. En una divertida ocasión, durante este período, hizo un paseo campestre en California con Bertrand Russell, Charlie Chaplin, Greta Garbo, Aldous Huxley y Christopher Isherwood. Un policía local los expulsó del lugar que habían elegido para la merienda, al no creer que eran quienes decían ser.

En 1953, Krishnamurti escribió *La educación y el significado de la vida*, seguido en 1954 de *La libertad primera y última*, que incluía un prólogo de Huxley. Luego aparecieron tres volúmenes titulados *Comentarios sobre el vivir.* También escribió el *Diario*, un diario personal que en su mayor parte data de 1961; el *Diario II*, basado en escritos que había realizado en 1973 y 1975; dos volúmenes de cartas a las escuelas fundadas en su nombre; y el *Último diario*, grabado en magnetófono en 1983.

El resto de los libros de Krishnamurti (la cifra supera actualmente el centenar y sigue aumentando) son transcripciones corregidas de las pláticas y discusiones que sostuvo en varias partes del mundo. En su mayoría, los participantes son gente común, pero a menudo entre ellos también se encuentran personas muy conocidas, como los premios Nobel Maurice Wilkins y Jonas Salk, el físico teórico David Bohm y el erudito budista Walpola Rahula. Hay disponibles vídeos de muchas de estas discu-

siones. Extractos de estos vídeos forman parte de varias películas que se han hecho sobre Krishnamurti, incluidas Krishnamurti: *El reto del cambio* y *El sabio que camina solo.* Además, las pláticas y discusiones públicas de Krishnamurti, desde 1933 hasta 1986, se pueden conseguir en CD-ROM.

El 17 de febrero de 1986, a los noventa años, Krishnamurti murió de cáncer pancreático en Ojai, California.

RAYMOND MARTIN
UNIVERSIDAD DE MARYLAND

Investigación

Diálogo

POR LO GENERAL, DAR UNA CONFERENCIA SIGNIFICA impartir o explicar cierta materia para que usted se instruya, aprenda. Esta no es una conferencia. Aquí estamos manteniendo una conversación juntos, como dos amigos que tal vez caminan por un sendero tranquilo, lleno de árboles y de la belleza de las flores, del canto de muchos pájaros, amigos que se sientan en un banco poco frecuentado, solitario y que sostienen un diálogo porque nos preocupa, a usted y al que habla, no algo más allá, romántico y fantástico, sino nuestra vida diaria. Porque si no aclaramos nuestras propias vidas, si no las hacemos imperturbables, no caóticas, hagamos lo que hagamos no tendrán sentido alguno.

Así que debemos empezar muy cerca para ir muy lejos. Lo cercano es lo que somos. Por favor, si me permiten señalarlo, es su responsabilidad pensar juntos, no aceptar; porque uno debe tener mucho escepticismo, un escepticismo que no esté trabado por el temor, una duda, de manera que uno empieza a cuestionar no sólo lo que dice el que habla sino lo que él mismo piensa, lo que cree, su fe, sus conclusiones, su religión. Uno debe tener un tremendo cuestionamiento, duda e investigación, mediante la exploración profunda, sin aceptar, porque por todo el mundo la religión ha jugado un papel extraordinario en la cerrazón de la mente, en la reducción del campo de la investigación. Juntos vamos a examinar muchas cosas a las que nos enfrentamos en nuestra vida diaria. No vamos a hablar de ninguna filosofía, de ningún dogma, ni a promover ninguna fe, sino que con una mente que está cuestionando, dudando, exigiendo,

vamos a descubrir por nosotros mismos lo que es verdad, lo que es ilusorio, lo que es fantástico y lo que es falso.[4]

HAY CIERTAS COSAS que deben darse por sentadas. Primero debemos comprender lo que entendemos por comunicación, lo que la palabra significa para cada uno de nosotros, lo que implica, cuál es su estructura, su naturaleza. Si dos de nosotros, usted y yo, vamos a comunicarnos el uno con el otro, tiene que haber no sólo comprensión verbal de lo que se dice en el nivel intelectual, sino también, en consecuencia, el acto de escuchar y de aprender. Estas dos cosas son esenciales para que podamos comunicarnos el uno con el otro: escuchar y aprender.

En segundo lugar, cada uno de nosotros tiene, evidentemente, un bagaje de conocimiento, prejuicio y experiencia, y también el sufrimiento y las cuestiones innumerables y complejas que implica la relación. Ése es el bagaje de la mayoría de nosotros y con ese bagaje tratamos de escuchar. Al fin y al cabo, cada uno de nosotros es el resultado de nuestra vida culturalmente compleja: somos el resultado de toda la cultura del hombre, con la educación y las experiencias no sólo de unos cuantos años, sino de siglos.

No sé si usted ha examinado alguna vez cómo escucha, no importa lo que sea, un pájaro, el viento en las hojas, las aguas que corren, o cómo escucha un diálogo consigo mismo, su conversación en las distintas relaciones con sus amigos íntimos, con su esposa o marido. Si *tratamos* de escuchar, encontramos que es extraordinariamente difícil, porque siempre estamos proyectando nuestras opiniones e ideas, nuestros prejuicios, nuestro bagaje, nuestras inclinaciones, nuestros impulsos; cuando éstos dominan, apenas escuchamos lo que se dice. Ese estado no tiene ningún valor en absoluto. Uno escucha y, por lo tanto, aprende sólo en un estado de atención, un estado de silencio en el que todo este bagaje está en suspenso, está en calma. Entonces, me parece a mí, es posible comunicarse.

Esto supone varias cosas más. Si escucha con el bagaje o imagen que haya podido formarse del que habla, y le escucha

4 Bombay, 3ª plática pública, 29 de enero de 1983.

como si se tratara de alguien con cierta autoridad —que el que habla puede tener o no—, entonces, evidentemente, no está escuchando. Está escuchando la proyección que ha realizado y eso le impide escuchar. Así que, una vez más, la comunicación no es posible. Evidentemente, la verdadera comunicación o comunión sólo puede tener lugar cuando hay silencio. Cuando dos personas se proponen seriamente comprender algo, poniendo en ello toda su mente y corazón, sus nervios, sus ojos, sus oídos, con el fin de comprender, entonces en esa atención hay cierta cualidad de silencio; entonces tiene lugar la comunicación, la comunión real. En eso no sólo hay aprendizaje sino una comprensión completa, y esa comprensión no es algo distinto de la acción inmediata. Es decir, cuando uno escucha sin ninguna intención, sin ninguna barrera, poniendo a un lado todas las opiniones, conclusiones, experiencias, entonces en ese estado uno no sólo comprende si lo que se dice es verdadero o falso, sino que si es verdad hay acción inmediata, y si es falso no hay acción alguna.[5]

LO QUE VAMOS A DISCUTIR ES ESTO: ¿cómo vamos a reconocer las distintas actividades del ego en sus formas sutiles, detrás de las que la mente se refugia? Vemos el ego, su actividad y su acción basadas en una idea. La acción basada en una idea es una forma del ego porque le proporciona continuidad, un propósito a esa acción. O sea, que la idea en acción se convierte en un medio de dar continuidad al ego. Si la idea no estuviera ahí, la acción tendría un significado completamente distinto, el cual no procede del ego. Las búsquedas de poder, posición, autoridad, ambición y todo lo demás son los aspectos del ego en todas sus distintas modalidades. Pero lo importante es comprender el ego, y estoy seguro de que usted y yo estamos convencidos de ello. Si me permite añadir algo: pongamos empeño en este asunto; porque siento que si usted y yo, no como grupo de personas pertenecientes a ciertas clases, ciertas sociedades, ciertas divisiones climáticas, sino como individuos, po-

5 *Talks and Dialogues Saanen 1967 (Temor, placer y dolor)*, 1ª plática, 9 de julio de 1967.

demos comprender esto y actuar al respecto, entonces creo que habrá una verdadera revolución. En el momento en que se vuelve universal y mejor organizado, el ego se refugia en eso; mientras que si usted y yo, como individuos, podemos amar, podemos de hecho poner esto en práctica en la vida diaria, entonces la revolución, que es tan esencial, sucederá, no porque se haya organizado mediante la unificación de varios grupos, sino porque individualmente hay una revolución que está continuamente teniendo lugar.[6]

6 Madrás, 5ª plática, 19 de enero de 1952.

Autoridad

SIENTO MUY INTENSAMENTE QUE cada uno de nosotros, al ser responsable del caos, desdicha y aflicción en el mundo, como ser humano debe producir una revolución radical en sí mismo. Porque cada uno en sí es a la vez la sociedad y el individuo, es tanto la violencia como la paz, es esta extraña mezcla de placer, odio y miedo, agresividad, dominación, amabilidad y ternura. A veces uno predomina sobre el otro y hay mucho desequilibrio en todos nosotros.

Somos responsables no sólo ante el mundo sino de nosotros mismos, de lo que hacemos, lo que pensamos, cómo actuamos, cómo sentimos. La mera búsqueda de la verdad o del placer sin comprender esta extraña mezcla, esta extraña contradicción de violencia y amabilidad, de afecto y brutalidad, de celos, codicia, envidia y ansiedad, tiene muy poco sentido. A menos que haya una transformación radical en nuestros mismísimos cimientos, la mera búsqueda de mayor placer o de la verdad tiene muy poco sentido. Al parecer, el hombre ha buscado, durante todos los tiempos históricos y con anterioridad, esa cosa que llamamos verdad, una otredad a la que le damos el nombre de Dios, que denominamos el estado intemporal, algo que es inconmensurable, que es innombrable. El hombre siempre ha buscado eso porque su vida es muy insípida. Siempre hay muerte, vejez, mucho dolor, contradicción, conflicto, una sensación de absoluto aburrimiento, del sin sentido de la vida. Estamos atrapados en eso y para escaparnos, o porque hemos comprendido un poco esta compleja existencia, queremos descubrir algo más, algo que no sea destruido por el tiempo, por el pensamiento, por ninguna corrupción humana. Y el hombre siempre ha buscado eso

y, al no encontrarlo, ha cultivado la fe, la fe en un Dios, en un salvador, fe en una idea.

No sé si se han fijado en que la fe indefectiblemente genera violencia. Consideren esto. Cuando tengo fe en una idea, en un concepto, quiero proteger esa idea, ese concepto, ese símbolo; ese símbolo, esa idea, esa ideología es una proyección de mí mismo, estoy identificado con ella y quiero protegerla a cualquier precio. Y cuando defiendo algo, tengo que ser violento. Y, por lo que uno puede observar, la fe tiene cada vez menos cabida; ya nadie cree en nada, gracias a Dios. Uno o bien se vuelve cínico y amargado, o inventa una filosofía que sea intelectualmente satisfactoria, pero el problema central sigue sin resolver.

El problema central, en realidad es: ¿cómo va uno a producir una mutación fundamental, no sólo afuera sino por dentro, en este mundo complejo y desdichado, de confusión, en un mundo de contradicción, de tanta ansiedad? Entonces, cuando hay una mutación, uno puede ir más lejos, si quiere. Pero sin ese cambio radical y fundamental, cualquier esfuerzo por ir más allá no tiene ningún sentido. La búsqueda de la verdad y la cuestión de si hay Dios o no, de si existe una dimensión intemporal, serán contestadas, no por otro, no por un sacerdote, no por un salvador, por nadie excepto usted mismo; y usted podrá responder a esa pregunta por sí mismo sólo cuando haya esta mutación que puede y debe tener lugar en cada ser humano. Eso es lo que nos interesa y nos concierne en todas estas pláticas. Nos concierne no sólo cómo producir un cambio objetivamente en este mísero mundo en nuestro exterior, sino también en nosotros mismos. La mayoría de nosotros estamos tan desequilibrados, somos tan violentos, codiciosos, nos sentimos tan fácilmente heridos cuando cualquier cosa va en nuestra contra, que me parece que la cuestión fundamental es: ¿qué puede hacer un ser humano, como usted y como yo, que vive en este mundo?

Si usted se hiciera seriamente esa pregunta, me pregunto cuál sería su respuesta. ¿Es que se puede hacer algo? Mire, estamos planteando una pregunta muy seria. Como seres humanos, usted y yo, ¿qué podemos hacer, no sólo para cambiar el mundo sino para cambiarnos a nosotros mismos? ¿Qué pode-

mos hacer? ¿Nos lo dirá alguien? Muchas personas nos lo han dicho; nos lo han dicho los sacerdotes, quienes se supone que comprenden estas cosas mejor que los legos como nosotros, y eso no nos ha llevado muy lejos. Ni siquiera los seres humanos más sofisticados nos han llevado muy lejos.

No podemos depender de nadie; no hay guía alguna, no hay ningún maestro, no hay ninguna autoridad, sólo queda uno mismo y su relación con el otro y con el mundo; no hay nada más. Cuando uno se da cuenta de eso, lo encara, o bien produce gran desesperación, de la que resultan cinismo, amargura y todo lo demás, o al hacerle frente,uno se da cuenta de que es completamente responsable de sí mismo y del mundo, nadie más; cuando uno afronta eso, toda lástima de sí mismo desaparece. La mayoría de nosotros nos complacemos en la autocompasión, culpando a otros, y esta ocupación no produce claridad.

Me parece que lo que usted y yo podemos hacer para vivir en este mundo sensata, saludable, lógica y racionalmente, pero también para tener gran equilibrio interior, para vivir sin ningún conflicto, sin ningún odio, sin ninguna violencia, es una pregunta que cada uno tiene que responder por cuenta propia.[7]

LA MAYORÍA DE NOSOTROS ESCUCHAMOS para que se nos diga lo que tenemos que hacer, o para ajustarnos a una nueva pauta, o escuchamos meramente para acumular mayor información. Si estamos aquí con alguna de esas actitudes, entonces el proceso de escuchar tendrá muy poco significado en relación a lo que tratamos de hacer en estas pláticas. Y me temo que a la mayoría de nosotros eso es lo único que le preocupa: queremos que se nos informe, escuchamos con el fin de que se nos enseñe; y una mente que tan sólo quiere ser instruida, evidentemente es incapaz de aprender.

Creo que hay un proceso de aprender que no está relacionado con querer que se nos enseñe. En nuestra confusión, la mayoría de nosotros quiere encontrar a alguien que nos ayude a no estar confusos, y en consecuencia, meramente aprendemos o

7 *Talks and Dialogues Saanen 1967* (*Temor, placer y dolor*), 10ª plática, 30 de julio de 1967.

adquirimos conocimientos con el fin de adaptarnos a una pauta específica; y me parece que todas esas formas de aprender deben conducir indefectiblemente no sólo a mayor confusión, sino además al deterioro de la mente. Creo que hay una forma distinta de aprender, un aprender que es una investigación de nosotros mismos y en la cual no hay ni instructor ni instruido, ni discípulo ni gurú. Cuando usted empieza a inquirir sobre la operación de su propia mente, cuando observa su propio pensamiento, sus actividades y sentimientos diarios, no se le puede enseñar porque no hay nadie que le enseñe. No puede basar su investigación en ninguna autoridad, en ningún supuesto, en ningún conocimiento previo. Si lo hace, entonces sólo está ajustándose a la pauta de lo que ya sabe, y por lo tanto, ya no está aprendiendo sobre sí mismo.[8]

UNO ACEPTA CON DEMASIADA FACILIDAD el camino más satisfactorio, más conveniente, más placentero. Es muy fácil caer en esa rutina. Y en un sistema religioso o psicológico, la autoridad proclama, prescribe un método mediante el cual o a través del cual, se le dice que encontrará seguridad. Pero si uno ve que no hay seguridad en ninguna autoridad de ese tipo, entonces puede averiguar si es posible vivir sin guía alguna, sin ningún control, sin ningún esfuerzo en el ámbito psicológico. De manera que uno va a investigar, a ver, si la mente puede ser libre para descubrir la verdad de este asunto, de modo que uno nunca, bajo ninguna condición, adopte ninguna pauta de autoridad psicológica.

Esto es pedir muchísimo. Porque se nos educa, se nos condiciona a aceptar la autoridad porque ésa es la forma más conveniente y fácil de vivir. Ponemos toda nuestra fe y toda nuestra confianza en alguien, en cierta idea o en alguna conclusión o enseñanza, y nos entregamos a eso, esperando encontrar cierta satisfacción y seguridad profundas. ¡El gurú y esas enseñanzas han hecho todo el trabajo y usted sólo tiene que seguirlos!

8 Bombay, 4ª plática, 20 de febrero de 1957.

Ahora bien, una persona inteligente, suficientemente atenta, despierta en el sentido ordinario, se opone totalmente a eso. Al vivir en un país libre como éste, donde existe libertad de expresión y demás, usted se opondría vehementemente a un estado totalitario; pero aceptaría la autoridad de los psicólogos, del gurú, de las enseñanzas que le prometieran algo maravilloso en el futuro, pero no ahora; aceptaría todo eso porque es muy satisfactorio. Así que vamos a demoler todo eso, si le parece, porque de otro modo no será capaz de despertar esa inteligencia de la que estamos hablando.

Donde hay autoridad psicológica hay conformismo: el adaptarse a una pauta marcada por otro mediante varios preceptos, o por la autoridad que usted mismo ha experimentado, que ha sentido y de la que saca conclusiones y de las cuales deriva seguridad. ¿Hay seguridad en la autoridad psicológica, en enseñanza alguna, incluidas las enseñanzas del que habla, las enseñanzas denominadas religiosas y las de los gurúes más destacados, ya sabe, todas esas tonterías? ¿Hay seguridad en todo eso? Y no obstante, si observa, millones y millones de personas siguen ese camino, esa forma de pensar, en la esperanza de que algún día, en alguna vida futura o en alguna parte habrá seguridad. Ahora vamos a cuestionar y a preguntarnos si hay algún tipo de verdad en ello.

Por favor, estamos trabajando juntos, ¿verdad? Estamos explorando juntos. En realidad estamos examinando este problema juntos, de manera que no estoy pensando y usted sólo escucha, sino que estamos compartiendo esto juntos para averiguar la verdad de este peso enorme con el que el hombre ha cargado, con la esperanza de encontrar, de ese modo, un poco de seguridad y felicidad en alguna parte. Por favor, es su responsabilidad, al igual que del que habla, profundizar en esta cuestión muy cuidadosamente, averiguar si se puede llevar una vida diaria, una vida inconformista, no imitativa, sin seguir ninguna tradición en particular, porque si tiene una tradición, una normativa, una pauta, indefectiblemente se adaptará a eso, consciente o inconscientemente.

Cuando uno adopta un modelo religioso, psicológico o la pauta que uno se ha marcado a sí mismo, siempre hay contra-

dicción entre lo que uno es en realidad y la pauta. Siempre hay un conflicto y este conflicto es interminable. Si uno ha acabado con un modelo, se pasa a otro. A uno se le educa para vivir en este campo de conflicto debido a estos ideales, pautas, conclusiones, creencias y demás. Al adoptar una pauta, uno nunca es libre, no sabe lo que es la compasión y siempre está batallando y por consiguiente dándose importancia a sí mismo; con la idea de la autosuperación, el ego adquiere una importancia extraordinaria.

Por consiguiente, ¿se puede vivir sin una pauta? La pauta que es la tradición, una conclusión, un ideal, la suposición de que existe una divinidad que le ayudará en el futuro a evolucionar, etc. Ya sabe, todo ese negocio. Ahora bien, ¿cómo va uno, como ser humano, como el representante absoluto de toda la humanidad, cómo va uno a averiguar la verdad de este asunto? Porque si la propia conciencia se cambia radical y profundamente (no, se revoluciona, mejor que se cambia), entonces uno afecta la conciencia de toda la humanidad. Por favor, vea la verdad de esto. Entonces usted se vuelve tremendamente responsable, entonces no sólo se preocupa un poco por su pequeño problema particular, por si tiene poco o nada de sexo, o por si debería o no debería fumar. Ya conoce toda esa clase de asuntos triviales.

Vamos a ver, a investigar juntos, si existe una vida en la que no hay ni un destello de autoridad. ¿Cómo va uno a examinar este problema, con qué capacidad lo investiga? Para investigar hay que estar libre de motivación. Si uno quiere investigar la cuestión de la autoridad, el propio bagaje dice: Debo obedecer, debo seguir; y mientras tanto, el propio bagaje está siempre proyectando, siempre torciendo la investigación. ¿Puede uno liberarse de su bagaje, de manera que no interfiera en modo alguno con la propia investigación?

La propia urgencia de encontrar la verdad, la propia inmediatez, la demanda, suspende la operación del bagaje; la propia intensidad por averiguar es tan fuerte que el bagaje deja de interferir. El bagaje, la educación que uno ha recibido, el condicionamiento personal, es muy fuerte, se ha acumulado durante siglos y uno ve que no puede combatirlo conscientemente, que luchar contra él sólo lo intensifica; no obstante, la intensidad

misma por averiguar la verdad de la autoridad aleja ese bagaje mucho más y éste deja de importunar la mente de uno.

¿Está usted preparado para investigar toda esta cuestión de la autoridad psicológica externa, impuesta por unos seres humanos a otros, para averiguar la verdad al respecto? Lo cual significa que para descubrir la verdad de la autoridad no debe haber ningún motivo, ninguna causa en la investigación. Esto es pedir muchísimo, ¿no es cierto? ¿Estamos preparados para esto? ¿O somos todos demasiado viejos? No importa. Si usted es demasiado viejo, si no es intenso, eso es asunto suyo.

Quiero averiguar la verdad al respecto, como ser humano. Suponiendo que soy el representante de los seres humanos, me digo a mí mismo que quiero averiguar la verdad de este asunto, o sea: si uno puede llevar una vida sin ningún conformismo, sin conflicto alguno, sin tener una meta, un propósito, un ideal proyectado, todo lo cual crea, produce conflicto. La intensidad de la investigación depende de la urgencia por averiguar la verdad al respecto, de disponer de tremenda energía para descubrir.[9]

SOBRE EL PAPEL PODEMOS TRAZAR el esquema de una brillante utopía, un magnífico mundo nuevo; pero sacrificar el presente por un futuro desconocido, ciertamente no resolverá nunca ninguno de nuestros problemas. Hay tantos elementos que se interponen entre el ahora y el futuro, que nadie puede saber lo que el futuro será. Lo que podemos y debemos hacer, si estamos seriamente comprometidos, es afrontar nuestros problemas ahora y no relegarlos al futuro. La eternidad no está en el futuro; la eternidad es ahora. Nuestros problemas existen en el presente, y sólo en el presente pueden ser resueltos.

Aquéllos de nosotros que somos serios debemos regenerarnos; pero sólo puede haber regeneración cuando rompemos con esos valores que hemos creado mediante nuestros deseos agresivos y de protección personal. El autoconocimiento es el principio de la libertad, y sólo cuando nos conocemos a nosotros mismos podemos producir orden y paz.

9 *The Wholeness of Life* (*La totalidad de la vida*), 2ª parte, capítulo 2 (2ª plática, Saanen, 12 de julio de 1977).

Ahora bien, es posible que algunos pregunten: "¿Qué puede hacer un solo individuo para afectar a la historia? ¿Puede conseguir algo mediante su forma de vida?". Claro que puede. Evidentemente, usted y yo no vamos a detener las guerras inminentes, o a crear un entendimiento instantáneo entre las naciones, pero al menos podemos dar lugar, en el mundo de nuestras relaciones cotidianas, a un cambio fundamental que tendrá su propio efecto.

La iluminación individual afecta a grandes grupos de personas, pero sólo si uno no está ansioso por obtener resultados. Si piensa en términos de ganancias y efecto, no es posible la debida transformación de uno mismo.

Los problemas humanos no son simples, son muy complejos. Comprenderlos requiere paciencia y penetración, y es de máxima importancia que, como individuos, los comprendamos y resolvamos por nuestra cuenta. No son comprensibles mediante fórmulas fáciles o eslóganes; ni pueden ser resueltos en su propio nivel por especialistas que trabajen en una línea en particular, lo cual sólo conduce a mayor confusión y desdicha. Nuestros múltiples problemas pueden ser comprendidos y resueltos sólo cuando nos damos cuenta de nosotros mismos como un proceso total, es decir, cuando comprendemos toda nuestra composición psicológica; y ningún líder religioso o político puede darnos la clave de ese entendimiento.

Para comprendernos a nosotros mismos, debemos darnos cuenta de nuestra relación no sólo con las personas, sino también con la propiedad, con las ideas, con la naturaleza. Si hemos de llevar a cabo una verdadera revolución en la relación humana, la cual es el fundamento de toda sociedad, debe haber un cambio fundamental en nuestros valores y disposición; pero evitamos la transformación necesaria y fundamental de nosotros mismos y tratamos de llevar a cabo revoluciones políticas en el mundo, las cuales siempre conducen al derramamiento de sangre y al desastre.

La relación basada en la sensación nunca puede ser un medio para desprenderse del ego; no obstante, la mayoría de nuestras relaciones se basan en la sensación y son el resultado de nuestro deseo de provecho personal, de comodidad, de seguri-

dad psicológica. Aunque puedan proporcionarnos una momentánea evasión, tales relaciones sólo fortalecen al ego, con sus actividades aisladoras y esclavizantes. La relación es el espejo en el que se pueden ver el ego y todas sus actividades; y sólo existe un desprendimiento creativo del ego cuando se comprenden sus formas de ser en las reacciones de la relación.

La ignorancia es la falta de conocimiento de las formas de ser del ego, y esta ignorancia no puede disiparse mediante actividades y reformas superficiales; sólo puede ser disipada por la propia conciencia continua de los movimientos y respuestas del ego en todas sus relaciones.

Lo que debemos reconocer es que no sólo estamos condicionados por el entorno sino que somos el entorno, no existimos aparte de él. Nuestros pensamientos y respuestas están condicionados por los valores que la sociedad, de la que formamos parte, nos ha impuesto.

Nunca vemos que somos la totalidad del entorno, porque en nosotros hay varias entidades, todas ellas evolucionando alrededor del yo, del ego. El ego está compuesto de estas entidades, las cuales sólo son deseos en distintas formas. De esta conglomeración de deseos surge la figura central, el pensador, la voluntad del "yo" y de lo "mío", y de esa forma se establece una división entre el ego y el no-ego, entre el yo y el entorno o sociedad. Esta separación es el inicio del conflicto interno y externo.

Darse cuenta de todo este proceso, tanto del consciente como del oculto, es meditación; y a través de esta meditación, el ego, con sus deseos y conflictos, es trascendido. El autoconocimiento es necesario, si uno va a liberarse de las influencias y valores que cobijan al ego; y sólo en esta libertad hay creación, verdad, Dios o lo que se les antoje.

La opinión y la tradición conforman nuestros pensamientos y sentimientos desde la más tierna edad. Las influencias e impresiones inmediatas producen un efecto que es poderoso y duradero, y que configura todo el curso de nuestra vida consciente e inconsciente. El conformismo empieza en la niñez, mediante la educación y el impacto de la sociedad.

El deseo de imitar es un factor muy potente en nuestra vida, no sólo en los niveles superficiales, sino también profundamente. Apenas tenemos pensamientos y sentimientos independientes. Cuando suceden, son meras reacciones y por consiguiente no están libres de la pauta establecida, pues en la reacción no hay libertad.

La filosofía y la religión prescriben ciertos métodos mediante los cuales podemos llegar a la realización de la verdad o de Dios; sin embargo, limitarse a seguir un método significa continuar siendo inconscientes y desintegrados, no importa cuán beneficioso pueda parecer el método en nuestra vida social cotidiana.

El instinto de adaptación, que es el deseo de seguridad, genera miedo y concede prominencia a las autoridades políticas y religiosas, a los líderes y héroes que fomentan la subordinación y por quienes somos dominados sutil o descaradamente; pero no adaptarse es sólo una reacción contra la autoridad y no nos ayuda en absoluto a convertirnos en seres humanos íntegros. La reacción es interminable, sólo conduce a mayor reacción.

El conformismo, con su corriente subterránea de temor, es un impedimento; pero el mero reconocimiento intelectual de este hecho no superará el impedimento. Sólo cuando con todo nuestro ser nos damos cuenta de los impedimentos, podemos librarnos de ellos sin crear bloqueos adicionales y más profundos.

Cuando somos interiormente dependientes, entonces la tradición tiene mayor dominio sobre nosotros; y una mente que piensa de acuerdo con la tradición no puede descubrir lo que es nuevo. Al adaptarnos, nos convertimos en mediocres imitadores, en piezas de una cruel máquina social. Lo que importa es lo que nosotros pensamos, no lo que otros quieren que pensemos. Cuando nos adaptamos a la tradición, al poco tiempo nos volvemos meras copias de lo que deberíamos ser.

La imitación de lo que deberíamos ser genera temor, y el temor mata el pensamiento creativo. El miedo embota la mente y el corazón, de manera que no estamos atentos al pleno significado de la vida; nos hacemos insensibles a nuestros propios sufrimientos, al movimiento de las aves, a las sonrisas y desdichas de los demás.

El miedo consciente e inconsciente tiene muchas causas diferentes y se necesita una observación alerta para deshacerse de todas ellas. El miedo no puede ser eliminado mediante la disciplina, la sublimación o por medio de ningún otro acto de la voluntad: hay que investigar y comprender sus causas. Esto requiere paciencia y un darse cuenta en el que no hay juicio de ninguna clase.

Es relativamente fácil comprender y disolver nuestros miedos conscientes. Pero los miedos inconscientes ni siquiera son descubiertos por la mayoría de nosotros, pues no permitimos que salgan a la superficie; y cuando en raras ocasiones afloran, nos apresuramos a encubrirlos, a huir de ellos. A menudo, los miedos ocultos nos hacen sentir su presencia por medio de sueños y otras formas de insinuación, y causan mayor deterioro y conflicto que los miedos superficiales.

Nuestras vidas no están sólo en la superficie; su mayor parte se oculta a la observación superficial. Si queremos que nuestros miedos oscuros salgan a la luz y se disuelvan, la mente consciente debe estar un tanto quieta, no perpetuamente ocupada; entonces, conforme estos miedos afloran, deben ser observados sin impedimento, pues cualquier forma de condena o justificación sólo fortalece el miedo. Para liberarnos de todo temor, debemos estar despiertos a su influencia ensombrecedora, y sólo la continua observación alerta puede revelar sus múltiples causas.

Uno de los resultados del miedo es la aceptación de la autoridad en cuestiones humanas. La autoridad es creada por nuestro deseo de tener razón, de estar seguros, de estar cómodos, de no tener conflictos o perturbaciones conscientes; pero nada que resulte del miedo puede ayudarnos a comprender nuestros problemas, aunque el miedo pueda adoptar la forma de respeto y sumisión a los supuestamente sabios.

Los sabios no ejercen autoridad alguna, y aquéllos en posiciones de autoridad no son sabios. El miedo, en cualquiera de sus formas, impide la comprensión de nosotros mismos y de nuestra relación con todas las cosas.

El seguimiento de la autoridad es la negación de la inteligencia. Aceptar la autoridad es someterse a la dominación, so-

juzgarse a un individuo, a un grupo o a una ideología, ya sea religiosa o política; y esta sumisión de uno a la autoridad es la negación no sólo de la inteligencia sino también de la libertad individual. La conformidad con un credo o sistema de ideas es una reacción de autoprotección. La aceptación de la autoridad puede ayudarnos momentáneamente a encubrir nuestras dificultades y problemas, pero evitar un problema es sólo intensificarlo, y en este proceso se abandonan el autoconocimiento y la libertad.

¿Cómo puede haber compromiso entre la libertad y la aceptación de la autoridad? Si hay compromiso, entonces aquéllos que dicen que están buscando el autoconocimiento y la libertad no son serios en su empeño. Aparentemente, pensamos que la libertad es un fin último, una meta y que para hacernos libres primero debemos someternos a varias formas de supresión e intimidación. Esperamos alcanzar la libertad mediante el conformismo. ¿Pero no son los medios tan importantes como el fin? ¿No son los medios los que determinan el fin?

Para tener paz, uno debe emplear medios pacíficos; pues si los medios son violentos, ¿cómo puede ser pacífico el fin? Si el fin es la libertad, el comienzo deber ser libre, porque el fin y el principio son uno. Sólo puede haber autoconocimiento e inteligencia cuando hay libertad desde un principio; y la libertad es negada cuando se acepta la autoridad.

Adoramos la autoridad en distintas formas: conocimiento, éxito, poder y demás. Ejercemos autoridad sobre los jóvenes y, al mismo tiempo, le tememos a la autoridad superior. Cuando el hombre en sí carece por completo de visión interior, el poder y la posición externos cobran enorme importancia, y entonces el individuo está cada vez más sujeto a la autoridad y la coacción, se convierte en el instrumento de otros. Podemos ver este proceso manifestándose a nuestro alrededor: en momentos de crisis, las naciones democráticas actúan como las totalitarias, olvidando su democracia y obligando al hombre a adaptarse.

Si podemos comprender la compulsión detrás de nuestro deseo de dominar o de ser dominados, entonces tal vez podamos librarnos de los efectos perniciosos de la autoridad. Anhelamos estar seguros, tener razón, tener éxito, saber; y este deseo de

certidumbre, de permanencia, va formando dentro de nosotros la autoridad de la experiencia personal, mientras exteriormente crea la autoridad de la sociedad, de la familia, de la religión y demás. Pero limitarse a ignorar la autoridad, a desprenderse de sus símbolos externos, tiene muy poco significado.

Romper con una tradición y adaptarse a otra, dejar a este líder y seguir a aquél, no es más que un gesto superficial. Si hemos de darnos cuenta de todo el proceso de la autoridad, si hemos de ver la naturaleza interior de la misma, si hemos de comprender y trascender el deseo de certidumbre, entonces debemos tener una atención y penetración amplias; debemos ser libres, no al final, sino al principio.

El afán de certidumbre, de seguridad, es una de las principales actividades del ego, y es este anhelo compulsivo el que tiene que ser vigilado continuamente, y no sólo torcido o forzado en otra dirección, u obligado a ajustarse a una pauta deseada. El ego, el "yo" y lo "mío", es muy fuerte en la mayoría de nosotros; dormidos o despiertos, está siempre alerta, siempre fortaleciéndose. Pero cuando hay un darse cuenta del ego y un reconocimiento de que todas sus actividades, por muy sutiles que sean, deben conducir inevitablemente al conflicto y el dolor, entonces el afán de certidumbre, de continuidad personal, llega a su fin.

Uno tiene que estar continuamente atento para que el ego revele sus comportamientos y trucos; pero cuando empecemos a comprenderlos, y a comprender las repercusiones de la autoridad y todo lo que supone nuestra aceptación y negación de la misma, entonces ya nos estaremos desembarazando de la autoridad.[10]

PARA LA MAYORÍA DE NOSOTROS, los problemas de la vida no son muy serios y queremos respuestas hechas. No queremos ahondar en el problema, examinarlo por completo, plenamente, y comprender todo su significado; queremos que se

10 *Education and the Significance of Life* (*La educación y el significado de la vida*), capítulo 3: "Intelecto, autoridad e inteligencia".

nos diga la respuesta, y cuanto más gratificante sea, más rápidamente la aceptaremos. Cuando se nos obliga a pensar sobre un problema, cuando tenemos que indagar en él, nuestras mentes se rebelan, porque no estamos acostumbrados a investigar problemas.

Al considerar estas cuestiones, si se limitan a esperar de mí una respuesta hecha, me temo que van a sentirse decepcionados; pero si podemos investigar la cuestión juntos, reflexionar sobre ella de un modo nuevo, no según viejas pautas, entonces acaso podamos solucionar los múltiples problemas que afrontamos y que a menudo estamos muy poco dispuestos a contemplar. Tenemos que mirarlos, o sea, debe haber la capacidad de encarar el hecho; y no podemos encarar el hecho, cualquiera que éste sea, mientras tengamos explicaciones, mientras las palabras llenen nuestras mentes.

Son las palabras, las explicaciones, los recuerdos, los que nublan la comprensión del hecho. El hecho es siempre nuevo, porque el hecho es un desafío; pero el hecho deja de ser un desafío, no es nuevo, cuando sólo lo consideramos como algo viejo y lo descartamos. Por lo tanto, al tratar estas cuestiones, confío en que ustedes y yo reflexionaremos juntos sobre el problema. No estoy prescribiendo la respuesta, sino que vamos a reflexionar juntos acerca de cada problema y a descubrir la verdad del mismo.

Interlocutor: Usted está predicando una especie de anarquismo filosófico, el cual es la evasión favorita de los intelectuales cultos. ¿No necesitará siempre una comunidad, de algún tipo de regulación y autoridad? ¿Qué orden social expresaría los valores que usted está defendiendo?

Krishnamurti: Señor, cuando la vida es muy difícil, cuando los problemas aumentan, nos evadimos ya sea mediante el intelecto o mediante el misticismo. Conocemos la evasión a través del intelecto: la racionalización, más y más estratagemas ingeniosas, más y más técnica, más y más respuestas económicas a la vida, todo muy sutil e intelectual. Y existe la evasión a través del misticismo, mediante los libros sagrados, por medio del cul-

to a una idea establecida, la idea que es una imagen, un símbolo, una entidad superior, o lo que sea, creyendo que no pertenece a la mente; pero tanto lo intelectual como lo místico son productos de la mente.

A uno le llamamos intelectual culto, y al otro lo despreciamos, porque ahora está de moda despreciar al místico, mandarlo a paseo; pero ambos funcionan mediante la mente. El intelectual puede que hable, que se exprese con mayor claridad, pero él también se encierra en sus propias ideas y vive tranquilamente allí, desentendiéndose de la sociedad y persiguiendo sus ilusiones, las cuales nacen de la mente; así que no creo que haya ninguna diferencia entre los dos. Ambos persiguen ilusiones de la mente, y ni el intelectual culto ni el inculto, ni el místico o el yogui que huye, que se retira del mundo, ni el comisario político, tienen la respuesta.

Somos usted y yo, personas comunes, quienes tenemos que resolver el problema sin ser ni sofisticados intelectuales ni místicos, sin evadirnos ni a través de la racionalización, ni mediante términos imprecisos, ni dejándonos hipnotizar por las palabras, por métodos de nuestra propia proyección.

El mundo es lo que es usted, y a menos que se comprenda a sí mismo, lo que usted cree siempre incrementará la confusión y la desdicha; pero la comprensión de sí mismo no es un proceso por el que tenga que pasar a fin de actuar. No es que primero deba comprenderse a sí mismo y luego actuar; al contrario, la comprensión de sí mismo reside en el propio acto de la relación. La acción es la relación en la cual usted se comprende a sí mismo, en la que se ve claramente; pero si espera hasta hacerse perfecto o hasta comprenderse a sí mismo, esa espera es muerte. La mayoría de nosotros hemos estado activos y esa actividad nos ha dejado vacíos, secos; y una vez que hemos sido escarmentados, esperamos y no actuamos más, porque decimos: "No actuaré hasta que comprenda".

Esperar comprender es un proceso de muerte; pero si comprende todo el problema de la acción, de vivir de instante en instante —lo cual no requiere espera—, entonces la comprensión se encuentra en lo que está haciendo, en la acción misma, no está separada del vivir. La vida es acción, vivir es relación, y por-

que no comprendemos la relación, porque evitamos la relación, estamos atrapados en palabras; y las palabras nos han inducido por hipnosis a una acción que conduce a mayor caos y desdicha.

"Una comunidad, ¿no necesitará siempre algún tipo de reglamentación y autoridad?". Evidentemente, debe haber autoridad en tanto una comunidad se base en la violencia. ¿No se basa nuestra actual estructura social en la violencia, en la intolerancia? La comunidad es usted y otro en relación. ¿Y no se basa su relación en la violencia? En última instancia, ¿no persigue usted sus propios intereses? ¿No se basa nuestra relación actual en la violencia, la violencia que es un proceso de autoencierro, de aislamiento? ¿No es nuestra acción diaria un proceso de aislamiento? Y dado que cada uno se está aislando, tiene que haber autoridad para producir cohesión, ya sea la autoridad del Estado o la autoridad de la religión organizada.

En cuanto nos hemos mantenido unidos, hasta ahora eso se ha conseguido por medio del temor a la religión o del miedo al gobierno; pero un hombre que comprende la relación, cuya vida no se basa en la violencia, no precisa de ninguna autoridad. El hombre que necesita autoridad es el estúpido, el violento, el infeliz, o sea, usted.

Usted busca autoridad porque cree que sin ella está perdido; por eso tiene todas estas religiones, ilusiones y creencias, por eso tiene innumerables líderes, tanto políticos como religiosos. En momentos de confusión, usted produce al líder y le sigue; y puesto que él es el resultado de la ofuscación que usted tiene, evidentemente el propio líder debe estar confuso. Por consiguiente, la autoridad es necesaria en cuanto usted esté produciendo conflicto, aflicción y violencia en sus relaciones.

"¿Qué orden social expresaría los valores que usted defiende?". Señor, ¿comprende usted los valores que yo defiendo? ¿Estoy defendiendo algo, al menos para aquellos pocos que han escuchado con una intención seria? No le estoy dando un nuevo conjunto de valores a cambio del viejo conjunto de valores, no le estoy dando un sustituto, sino que le digo: mire las cosas que usted sostiene, examínelas, busque su verdad, y los valores que usted establezca entonces crearán una nueva sociedad. No le corresponde a otra persona diseñar un modelo que usted pueda seguir ciega-

mente sin saber de qué se trata, sino que le corresponde a usted descubrir por su cuenta el valor, la verdad de cada problema.

Lo que estoy diciendo es muy claro y simple, si le presta atención. La sociedad es su propio producto, es su proyección. El problema del mundo es su problema, y para comprender ese problema tiene que comprenderse a sí mismo; y puede comprenderse a sí mismo sólo en la relación, no en las evasiones. Porque usted se evade a través de su religión y de su conocimiento, éstos no tiene ninguna validez, ningún sentido. Usted no está dispuesto a alterar fundamentalmente su relación con el otro, porque eso acarrea problemas, significa agitación, revolución; por eso habla del gran intelectual, del místico y de todas esas tonterías.

Una nueva sociedad, un orden nuevo, no puede ser establecido por otro; debe ser establecido por usted. Una revolución basada en una idea no es, en absoluto, una revolución. La verdadera revolución viene de dentro, y esa revolución no es llevada a cabo mediante la evasión, sino que sólo sobreviene cuando usted comprende sus relaciones, sus actividades diarias, su forma de actuar, su forma de pensar, su modo de hablar, su actitud hacia su vecino, hacia su mujer, hacia su marido, hacia sus hijos. Sin comprenderse a sí mismo, haga lo que hiciere no importa cuán lejos se escape, sólo producirá más desdicha, más guerras, más destrucción.[11]

11 Bombay, 4ª plática, 5 de marzo de 1950.

Como ser humano

AQUÍ ESTOY, UN SER HUMANO COMÚN Y CORRIENTE. No he leído nada. Quiero saber. ¿Por dónde debo empezar? Tengo que trabajar: en un jardín, como cocinero, en una fábrica, en una oficina; tengo que trabajar. Y también están la esposa y los hijos: les amo, les odio, soy un adicto sexual porque ésa es la única evasión que me ofrece la vida. Aquí estoy. Este es mi esquema de la vida y parto de ahí. No puedo comenzar desde allá; empiezo aquí y me pregunto de qué trata todo esto.

No sé nada de Dios. Usted puede inventar, fingir; a mí, fingir me horroriza. Si no sé, no sé. No voy a citar a Shankara, a Buda ni a nadie. Así que digo: Aquí es donde empiezo. ¿Puedo producir orden en mi vida? No el orden inventado por mí ni por ellos, sino el orden que es virtud. ¿Puedo producirlo? Y para ser virtuoso no debe haber ninguna batalla, ningún conflicto ni en mi interior ni con el exterior. Por lo tanto, no debe haber ninguna agresividad, ninguna violencia ni odio ni animadversión. Y descubro que tengo miedo. Debo liberarme del miedo. Ser consciente de ello es ser consciente de todo esto, consciente de dónde estoy.

Y entonces descubro que puedo estar solo, sin acarrear todas las cargas de la memoria. Puedo estar solo porque he comprendido el orden en mi vida; y he comprendido el orden porque he negado el desorden, porque he aprendido respecto al desorden. Desorden significa conflicto, aceptación de la autoridad, conformismo, imitación y todo eso. Eso es desorden. La moralidad social es desorden. Partiendo de eso produciré orden en mí; no en mí como pequeño y mezquino ser humano en un rincón perdido, sino como Ser Humano.

Cada ser humano está pasando por este infierno. De modo que si yo, como ser humano, comprendo esto, he descubierto algo que todos los seres humanos pueden descubrir.[11]

Krishnamurti: De modo que, ¿qué es el ego? Todo el proceso de identificación: mi casa, mi nombre, mis posesiones, lo que seré, el éxito, el poder, la posición, el prestigio. El proceso de identificación es la esencia del ego.

¿Puede terminar esta identificación si el pensamiento no se identifica con las posesiones, porque la identificación le da placer, posición, seguridad? La raíz del ego es el movimiento del pensamiento.

Cuando el pensamiento se acaba, ésa es una forma de muerte en vida. Ahora bien, ¿puede el pensamiento acabarse? Todo ser humano se ha identificado y por consiguiente se ha condicionado con una cosa u otra. Mientras se vive, ¿puede tener lugar esa muerte, que es el cese del pensamiento?

Walpola Rahula: Concuerdo con usted cuando dice que no es necesario esperar hasta el final de la vida. Buda señaló lo mismo cuando se le hizo esta pregunta. Cuando le preguntaron qué le sucedería al Buda después de su muerte, él le preguntó a su discípulo, "¿Qué es el Buda? ¿Es este cuerpo?", del mismo modo que usted preguntó sobre el nombre, la forma, exactamente lo que dijo usted. En la terminología budista, esto se denomina kamarupa.

K: Señor, espero que no me considere impertinente, pero si me permite la pregunta, ¿por qué menciona al Buda? Estamos hablando como seres humanos.

WR: Simplemente porque planteé la pregunta desde el punto de vista del Buda.

12 *The Awakening of Intelligence* (*El despertar de la inteligencia*), 4ª parte, capítulo 1 (1ª conversación con Swami Venkatesananda, Saanen, 25 de julio de 1969).

K: Ah, no; como ser humano yo quiero saber: ¿puede uno vivir diariamente sin ego?

WR: Por supuesto. Esa no era mi pregunta sino, ¿qué le sucede a la persona que ha alcanzado la verdad, que se ha liberado, se ha hecho libre?

K: Yo nunca haría esa pregunta, porque él podría decir: sucede esto, sucede eso o no pasa nada. Entonces se convierte en una teoría para mí, que es una idea.

WR: Yo esperaba algo más de usted.

K: Ah, usted espera de mí.

WR: No una teoría.

K: Si usted lo espera de esta persona que está hablando, tiene que indagar como él lo está haciendo. Y por lo tanto él pregunta: ¿se puede vivir, no al final de la propia existencia, sino una vida diaria sin este proceso de identificación, el cual produce la estructura y naturaleza del ego, que es el resultado del pensamiento?

¿Puede el movimiento del pensamiento terminar mientras vivo? Ésa es la cuestión y no qué sucede cuando muero. El yo no es más que un movimiento del pensamiento. El pensamiento mismo es muy limitado. Por consiguiente, ¿puede un ser humano, usted o yo o cualquiera de nosotros, podemos vivir sin el movimiento del pensamiento, que es la esencia del ego?

Supongamos que quien habla, esta persona, dice: sí, es posible, sé que es posible. ¿Entonces qué? ¿Qué valor tiene eso para usted? O bien lo acepta o dice: No sea tonto y, puesto que no es posible, se va y lo deja. Pero si quiere inquirir y dice: Mire, ¿es posible? Investiguémoslo, no como idea, sino como una realidad de la vida cotidiana.

G. Narayan: Dr. Rahula, hemos estado hablando, en este contexto, del valor de la meditación budista, de la preparación, la práctica y el estado de alerta mental. ¿Cuál es el valor de todas esas cosas que se mencionan en las escrituras budistas, que se

practican como algo muy importante en relación al cese del pensamiento?

K: Señor, espero que no me considere insolente o irreverente hacia lo que dijo el Buda. Personalmente no he leído todas estas cosas. No quiero leer nada respecto de todo esto. Puede que sean acertadas o no acertadas, pueden estar presas de la ilusión o no estarlo, puede que hayan sido compuestas por discípulos. Lo que los discípulos hacen con sus gurúes es espantoso, lo tergiversan todo.

De manera que digo: Mire, no quiero empezar con alguien que me diga lo que tengo que hacer o lo que tengo que pensar. No tengo autoridad. Digo: Mire, como ser humano que sufre, que experimenta agonías, sexo, malicia, terror y todo lo demás, al investigar todo eso llego al quid, que es el pensamiento. Eso es todo.

No tengo que conocer toda la literatura del mundo, lo cual sólo condicionará todo pensamiento ulterior. Así que perdóneme por expresarlo de esta manera: rechazo todo eso. Esto ya lo hemos hecho. He conocido a cristianos, a monjes benedictinos, a jesuitas, a grandes eruditos, que estaban siempre citando, citando, citando, creyendo que esto es así, que esto no es así. ¿Comprende, señor? Espero que no crea que soy irreverente.

Mire, yo sólo parto de lo que es un hecho para mí. Lo que es un hecho, no según algunos filósofos, maestros religiosos y sacerdotes. Un hecho: sufro, tengo miedo, tengo apremios sexuales. ¿Cómo voy a afrontar todas estas cosas tan sumamente complejas que conforman mi vida? Soy completamente desdichado, infeliz. Parto de ahí, no de lo que alguien dijo; eso no significa nada. Perdóneme, no estoy menospreciando al Buda; yo no haría eso.

WR: Lo sé; sé que usted le tiene el mayor respeto al Buda. Pero nosotros tenemos la misma actitud, y quiero examinarla con usted. Por eso planteé la pregunta.

K: No, señor, no exactamente; perdóneme por decirlo, pero no es del todo así. Empiezo con algo que es común a todos nosotros. No según el Buda, no según algún dios cristiano o hindú o algún

grupo; para mí todo eso es totalmente irrelevante. No tienen cabida alguna porque sufro; quiero averiguar, para ponerle fin.

Veo la raíz de toda esta confusión, incertidumbre, inseguridad, trasiego, esfuerzo; la raíz de esto es el ego, el yo. Ahora bien, ¿es posible liberarse del yo, el cual produce todo este caos, tanto externamente en política, religión, economía y todo lo demás, como también interiormente en esta lucha, batalla y esfuerzo constantes? Pregunto, ¿puede cesar el pensamiento? Por consiguiente, el pensamiento no tiene futuro; lo que termina tiene entonces un principio totalmente distinto, no el principio del yo, que termina y se reanuda más tarde.

¿Puede terminar el pensamiento? Viene el sacerdote y dice: Sí, puede terminar, sólo identifíquese con Cristo, con Buda, ¿comprende? Identifíquese, olvídese de sí mismo. Algunas personas han dicho: Suprímalo, identifique el ego con lo supremo, lo cual sigue siendo el movimiento del pensamiento. Algunos han dicho: Queme todos los sentidos. Lo han hecho; han hecho ayuno, han hecho todo con este fin.

Viene alguien como yo y dice: El esfuerzo es la esencia misma del ego. ¿Comprendemos eso? ¿O se ha convertido en una idea y la llevamos a cabo? Una persona como yo dice: El esfuerzo, de la clase que sea, sólo fortalece al ego. Ahora bien, ¿cómo recibe esa afirmación? Cuando come, lo hace porque tiene hambre. El estómago recibe la comida; no hay idea de estar recibiendo la comida. De modo que, ¿puede escuchar, escuchar, sin la idea de recibir, aceptar, negar, argüir, simplemente escuchar una afirmación? Puede ser falsa, puede ser verdadera, pero escúchela sin más. ¿Puede hacerlo?

Después de explicar la disposición del pensamiento que se identifica con la forma, con el nombre, con esto, eso y aquello, después de explicar muy cuidadosamente, se dice que el pensamiento es la raíz misma del ego. Ahora bien, ¿cómo recibimos o escuchamos la verdad de ese hecho, de que el pensamiento es la raíz del ego? ¿Es una idea, una conclusión o es un hecho absoluto e irrevocable?

WR: Si me lo pregunta a mí, es un hecho. Mire, lo escucho, lo recibo. Lo veo.

K: ¿Escucha usted como budista? Discúlpeme por expresarlo de ese modo.

WR: No lo sé.

K: No, debe saberlo.

WR: No me estoy identificando absolutamente con nada. No le estoy escuchando como budista o no budista.

K: Le estoy preguntando, señor, ¿escucha usted como budista? ¿Escucha como una persona que ha leído mucho sobre el Buda y sobre lo que el Buda ha dicho, y por consiguiente está comparando y por eso se ha alejado del escuchar? O sea, ¿está escuchando? No le estoy criticando, señor, discúlpeme.

WR: Oh, usted puede ser perfectamente franco conmigo. No le malentenderé y usted no me malentenderá.

K: No, no. No me importa en absoluto que me malentienda. Puedo remediarlo. ¿Está usted escuchando la idea, las palabras y las implicaciones de esas palabras, o escucha sin ninguna sensación de comprensión verbal, la cual ha captado de pasada, y dice: Sí, veo la absoluta verdad de eso?

WR: Eso es lo que dije.

K: ¿La ve?

WR: Sí.

K: No, señor. Entonces se acabó. Es como ver algo tremendamente peligroso; se acabó, no lo toca. Me pregunto si lo ve.

Cuando usted me dice algo sobre lo que ha dicho el Buda, escucho. Digo: Sólo está citando de lo que Buda ha dicho, pero no está diciendo algo que yo quiero saber. Me está contando acerca del Buda, pero yo quiero saber lo que usted piensa, no lo que pensó Buda, porque entonces estaremos estableciendo una relación entre usted y yo, y no entre usted, Buda y yo. Me pregunto si ve eso.

David Bohm: Me parece que esta cuestión de la identificación es la principal; es muy sutil; a pesar de todo lo que usted ha dicho, la identificación continúa.

K: Por supuesto.

DB: Parece ser algo innato en nosotros.

Interlocutor: Y, si lo he entendido bien, esto plantea la cuestión de si esa identificación puede terminar.

DB: La identificación impide escuchar libre y abiertamente porque uno escucha a través de la identificación.

K: ¿Qué significa identificación? ¿Por qué los seres humanos se identifican con algo: mi coche, mi casa, mi esposa, mis hijos, mi país, mi dios, mi...? ¿Comprende? ¿Por qué?

I: Tal vez para ser algo.

K: Investiguemos por qué. Me identifico no sólo con cosas externas, sino también interiormente con mi experiencia. Me identifico con la experiencia y digo: ésta es mi experiencia. ¿Por qué los seres humanos pasan continuamente por esto?

DB: En un momento dado, usted dijo que nos identificamos con nuestras sensaciones, por ejemplo, con nuestros sentidos, y esto parece ser muy potente. ¿Cómo sería no identificarnos con nuestras sensaciones?

K: Cuando escucho, ¿escucho para identificarme con el hecho, o no hay identificación alguna y por lo tanto se escucha con un oído totalmente distinto? ¿Escucho con mis órganos auditivos u oigo con total atención? ¿Escucho con total atención o mi mente está divagando y diciendo: "Oh, Dios mío, esto es muy aburrido"?

¿Puedo estar tan completamente atento que sólo existe el acto de escuchar y nada más, sin identificación, sin decir: Sí, ésa es una buena idea, una mala idea, eso es verdad, eso es mentira, todos los cuales son procesos de identificación? ¿Puedo escuchar sin todos esos movimientos?

Cuando escucho de ese modo la verdad de que el pensamiento es la esencia del ego, y de que el ego crea toda esta aflicción, ¿qué pasa? Se acabó. No tengo que meditar, no tengo que practicar; se termina cuando veo el peligro de estas cosas. ¿Podemos escuchar tan completamente que se produce la ausencia del ego? Y uno dice: ¿Puedo ver, observar algo sin el ego, o sea, sin "mi país, adoro ese cielo, es un cielo hermoso" y todas esas cosas? El cese del pensamiento es poner fin o cortar la mismísima raíz del ego —un mal símil, pero aceptémoslo. Cuando hay esa atención activa, despierta y sin identificación, entonces, ¿existe el ego?

Necesito un traje, ¿por qué habría de haber identificación a la hora de conseguir un traje? Lo consigo; existe la acción de conseguirlo. De manera que el escuchar activo implica estar atento a los sentidos, a mi gusto, a todo el movimiento sensorial. Quiero decir que no se puede detener los sentidos, sino uno quedaría paralizado. Pero en el momento en que digo: "Ése es un sabor maravilloso, debo obtener más de eso", ahí empieza toda la identificación.

DB: Me parece que ésa es la condición general de la humanidad, estar identificándose con los sentidos. Ahora bien, ¿cómo vamos a cambiar eso?

K: Ése es el verdadero problema, señor. La humanidad ha sido educada, condicionada durante milenios, a identificarse con todo: mi gurú, mi casa, mi dios, mi país, mi rey, mi reina y todo el horror de lo que está pasando.

DB: Y a cada una de esas cosas le acompaña una sensación.

K: Es una sensación, a la que se le llama experiencia. Cuando el ego llega a su fin, ¿qué sucede? No al final de mi vida, no cuando el cerebro se deteriora sino cuando está sumamente activo, en calma, vivo, ¿qué sucede entonces, cuando el ego desaparece? Ahora bien, ¿cómo puede averiguarlo, señor?

Supongamos que X le ha puesto fin por completo al ego; no lo recupera en el futuro, otro día, sino que le pone fin por completo. X dice: Sí, hay una actividad totalmente distinta que no es

el ego. ¿De qué me sirve eso a mí o a cualquiera de nosotros? El dice: Sí, puede terminar; es un mundo completamente distinto, una dimensión diferente; no es una dimensión sensorial ni una dimensión intelectual proyectada, sino algo totalmente diferente. Yo digo que él debe ser o bien un chiflado, un charlatán o un hipócrita; pero quiero averiguar, no porque él lo diga, sino porque quiero descubrirlo.

¿Puedo, como ser humano, vivir sin ego en este mundo tremendamente espantoso, brutal y violento en lo económico, social, moral y en todo lo demás? Quiero averiguarlo. Y quiero averiguarlo no como idea; quiero hacerlo. Ésa es mi pasión. Entonces, empiezo a investigar: ¿por qué existe identificación con la forma, con el nombre? No tiene mucha importancia si usted es K, W o Y. Así que usted lo examina muy cuidadosamente, el no identificarse con nada, con la sensación, con las ideas, con un país, con una experiencia. ¿Comprende, señor? ¿Puede hacerlo? No de forma imprecisa y ocasional, sino con la pasión, con la intensidad de descubrir.

Entonces, ¿qué lugar le corresponde al pensamiento? ¿Comprende, señor? ¿Qué lugar le corresponde al pensamiento? ¿Tiene cabida alguna? Evidentemente, cuando estoy hablando empleo palabras, las palabras están asociadas a la memoria, etc., etc., así que ahí hay pensamiento. No en mi caso; cuando estoy hablando hay muy poco pensamiento, pero no entremos en eso.

De manera que al pensamiento le corresponde un lugar. Cuando tengo que tomar un tren, cuando tengo que ir al dentista, cuando tengo que hacer algo, el pensamiento tiene cabida. Pero no tiene cabida psicológica, por ejemplo cuando tiene lugar el proceso de identificación. ¿Verdad? Me pregunto si lo ve.

DB: Usted está diciendo que la identificación es lo que hace que el pensamiento haga todas las cosas equivocadas.

K: Eso es. La identificación ha hecho que el pensamiento haga las cosas equivocadas.

DB: De otro modo estaría bien.

K: De otro modo el pensamiento tiene su lugar correspondiente.

DB: Pero cuando dice sin identificación, quiere decir que el ego está vacío, que no tiene contenido, ¿no es así?

K: Sólo hay sensaciones.

DB: Sensaciones, pero no son identificadas. ¿Quiere decir que simplemente suceden?

K: Sí, las sensaciones se suceden.

DB: Fuera o dentro.

K: Dentro.

GN: Y usted también está sugiriendo que no hay vuelta atrás.

K: Por supuesto que no. Cuando ve algo sumamente peligroso, no retrocede ni avanza; es peligroso. Señor, entonces, ¿es eso la muerte? Ésa es la pregunta con la que empezamos. ¿Existe un vivir con las sensaciones plenamente despiertas? Están despiertas, están vivas, pero la no identificación con la sensación despoja del ego, lo elimina. Eso dijimos. ¿Se puede vivir a diario con la muerte, la cual es el cese del ego? En el momento en que tiene una percepción directa, se acabó.

DB: ¿Diría usted que la percepción directa transforma a la persona?

K: La percepción directa no sólo transforma el estado de la mente, sino que las propias células cerebrales experimentan un cambio.

DB: Por lo tanto, las células cerebrales, al hallarse en un estado diferente, se comportan de otra forma; no es necesario repetir la percepción directa.

K: O bien es así, o no lo es. Esto es con lo que me quedo ahora: con la cuestión de lo que es la muerte. ¿Es el cese del ego la muerte? La muerte, en la acepción común de la palabra. No lo

es, evidentemente, porque la sangre sigue circulando, el cerebro sigue funcionando, el corazón sigue bombeando y todo lo demás.

DB: Todavía está vivo.

K: Está vivo, pero el ego es inexistente porque no hay identificación de ninguna clase. Esto es algo tremendo. No identificarse con nada, con la experiencia, con la creencia, con un país, con ideas, con ideales, con la esposa, con el marido, con el amor, ninguna identificación en absoluto.

¿Es eso la muerte? Los que le llaman muerte a eso dicen: Santo Dios, si no me identifico con mi esto o aquello, pues no soy nada. Así que tienen miedo de no ser nada, y por lo tanto se identifican. Pero la nada no es cosa alguna, ¿comprende, señor?— ninguna cosa—, por lo tanto, es un estado mental completamente distinto. Ahora bien, eso es muerte mientras hay vida, respiración, sensaciones, el corazón que late, la sangre que circula, el cerebro activo, indemne. Pero nuestros cerebros están dañados.

DB: ¿Puede curarse este daño? ¿Se puede remediar el daño?

K: La percepción directa, eso es a lo que quiero llegar. Nuestros cerebros están dañados. Durante miles de años hemos sido heridos psicológicamente, interiormente, y esas heridas recordadas forman parte de nuestras células cerebrales: la propaganda de dos mil años que dice que soy cristiano, que creo en Jesucristo o que soy budista; eso es una herida. ¿Comprende, señor? Así que nuestros cerebros están dañados. Remediar ese daño es escuchar muy atentamente, escuchar, y en el acto de escuchar se tiene una percepción directa de lo que se ha dicho, y por consiguiente, hay inmediatamente un cambio en las células cerebrales. Por lo tanto, hay una completa y total ausencia de identificación.

¿Ve usted la verdad de que la identificación, junto con el pensamiento y todo lo demás, es la raíz del ego? Ése es un hecho absoluto, como una cobra, como un animal peligroso, como un precipicio, como tomar un veneno mortal. Por lo tanto, cuando ve el peligro no hay identificación alguna, en absoluto.

Entonces, ¿cuál es mi relación con el mundo, con la naturaleza, con mi mujer, mi marido, mi hijo? Cuando no hay identificación, ¿hay indiferencia, insensibilidad, brutalidad? ¿Digo, "No me identifico", y adopto una actitud superior?

Estoy preguntando, señor, ¿es esta ausencia de identificación un ideal, una creencia, una idea con la que voy a vivir y, por lo tanto, mi relación con el perro, con la esposa, con el marido, con la chica o con lo que sea, se vuelve muy superficial, anodino? No hay indiferencia sólo cuando la identificación se extirpa completamente de la propia vida, porque entonces la relación es real.[13]

CREO QUE ES MUY IMPORTANTE comprender la relación entre usted y el que habla; porque si esa relación no es claramente comprendida, conducirá a mucha confusión.

El que habla no es importante en absoluto, sólo es la voz, el teléfono; pero, cuando uno está en vías de aprender, lo que se dice tiene inmenso significado. Si usted le da importancia al que habla, como a un maestro, está meramente creando un seguimiento, y por lo tanto se está destruyendo a sí mismo y a lo que se dice. Tanto el seguidor como el maestro son un detrimento para el proceso de aprender; y cuando uno está empeñado en aprender, no hay ni maestro ni seguidor.

Creo que también es importante comprender que no le estoy hablando a usted como a un individuo que se opone a la sociedad, o como a alguien perteneciente a este o aquel grupo. Para mí sólo existe el ser humano, ya viva en la India, en Estados Unidos, en Rusia, en Alemania o en cualquier otra parte. No le estoy hablando a usted como a un indio con un sistema particular de creencias, sino que juntos estamos procurando averiguar de qué se trata todo este proceso de vivir.

Esta es nuestra Tierra, no es la Tierra del inglés o del ruso, del estadounidense o del indio; es la Tierra en que vivimos, usted y yo. No le pertenece al comunista ni al capitalista, al cris-

13 Brockwood Park, 2ª conversación con el profesor Bohm, G. Narayan y dos eruditos budistas, 23 de junio de 1978.

tiano o al hindú. Es nuestra Tierra, para vivir distendida, amplia y profundamente en ella; pero esa vida se niega cuando usted es nacionalista, cuando pertenece a un partido político o a una religión organizada. Por favor, créame, éstas son justamente las cosas que están destruyendo a los seres humanos.

El nacionalismo es una maldición. Llamarse hindú o cristiano también es una maldición, porque nos divide. Somos seres humanos, no miembros de una secta o funcionarios dentro de un sistema. Pero el político; el hombre que está comprometido con una conclusión o sistema en el que tiene un interés creado, explotará a cada uno de nosotros, por medio de nuestro nacionalismo, mediante nuestra vanidad y sentimentalismo, como también nos explota el sacerdote en nombre de lo que se llama religión.

Al tratar juntos estas cosas, creo que es muy importante que cada uno de nosotros comprenda que oír es una cosa y el escuchar, que produce acción, es otra muy distinta. Usted puede estar superficialmente de acuerdo cuando oye decir que el nacionalismo, con todo su sentimentalismo e intereses creados, conduce a la explotación y a enfrentar al hombre contra el hombre; pero liberar de verdad la mente, de la mezquindad del nacionalismo es otro asunto.

Ser libre, no sólo del nacionalismo, sino además de todas las conclusiones de las religiones organizadas y de los sistemas políticos, es esencial si la mente ha de ser joven, fresca, inocente, o sea, encontrarse en un estado de revolución; y sólo una mente así puede crear un mundo nuevo, no los políticos, quienes ya están muertos, ni los sacerdotes, quienes están atrapados en sus propios sistemas religiosos.

Afortunada o desafortunadamente para usted, ha oído algo que es verdad; y si meramente lo oye y no está activamente perturbado, de modo que su mente empiece a liberarse de todas las cosas que la están haciendo obtusa y retorcida, entonces la verdad que ha oído se convertirá en un veneno. No cabe duda de que la verdad se convierte en un veneno, como la ulceración de una herida, si se oye y no surte efecto en la mente. Pero descubrir por sí mismo lo que es verdad y lo que es falso, y ver la verdad en lo falso, es dejar que esa verdad opere y genere su propia acción.

Es evidentemente de suma importancia que, como seres humanos individuales, comprendamos por nuestra cuenta todo este proceso de vivir. Vivir no es simplemente una cuestión de función y estatus; si nos satisface ser meros funcionarios con cierto prestigio social, nos volvemos mecánicos, y entonces la vida nos pasa de largo. Me parece que si uno no participa realmente en la vida, no abraza la plenitud de la vida, entonces la mente se vuelve mezquina, estrecha, llena de creencias dogmáticas que en estos momentos están destruyendo a los seres humanos.

No sé si alguna vez ha investigado a fondo en su propio interior. Para hacerlo, es evidente que debe poner a un lado todas las explicaciones, todas las conclusiones acerca de sí mismo, todo el conocimiento que ha adquirido respecto del ego. Sólo una mente libre es capaz de inquirir, no una mente que está atada a cierta conclusión, creencia o dogma.

Si ha investigado muy profundamente en sí mismo, seguramente se ha encontrado con ese estado al que llamamos soledad, una sensación de completo aislamiento, de no estar relacionado. Como ser humano, en alguna ocasión debe haber tenido esa sensación desesperada, agonizante y desolada de aislamiento, de la cual consciente o inconscientemente siempre estamos huyendo. En nuestra huida de la realidad de esta sensación extraordinaria de soledad, nos vemos empujados, ¿no es cierto?, por un profundo impulso que está incesantemente buscando satisfacción mediante libros, a través de la música, por medio del trabajo y la actividad, mediante la posición, el poder, el prestigio.

Si en alguna ocasión ha tenido esa sensación de absoluta soledad, o si alguna vez consciente, deliberadamente se ha permitido darse cuenta de ella, sabrá que de inmediato quiere huir, escapar de ella. Acude al templo, adora a un dios, se engolfa en perpetua actividad, habla incesantemente, se desentiende de las cosas con explicaciones, o prende la radio. Como bien sabemos, si es que estamos mínimamente conscientes de nosotros mismos, todos hacemos esto.

Ahora bien, darse cuenta de que la huida, de la forma que sea, nunca satisfará este profundo impulso hacia la realización personal; ver que es insaciable, un pozo sin fondo, uno debe ser

totalmente consciente de ella, lo cual significa que debe ver la verdad de que todas las escapatorias carecen por completo de realidad. Puede evadirse valiéndose de Dios o de la bebida, pero las dos cosas son lo mismo; ninguna es más sagrada que la otra.

Tiene que comprender este impulso oculto e ir más allá de él; y no puede comprender y trascenderlo, si no ha saboreado esa extraordinaria soledad, esa oscuridad que no tiene salida ni esperanza. La esperanza surge cuando hay desesperación. Una mente sólo está desesperada porque está frustrada en su esperanza. Para comprender este impulso profundo, este deseo oculto, debe percibirlo por completo, como percibiría un árbol o una bella flor. Entonces puede ir más allá de él; y una vez trascendido, descubrirá que hay una completa soledad que es enteramente distinta de sentirse solo. Pero no puede descubrir ese estado de completa soledad sin comprender el impulso profundo de autorrealizarse, de huir de la soledad.

Todo esto puede parecer inusual, irreal, y usted acaso diga: "¿Qué tiene esto que ver con nuestra vida diaria?". Creo que está íntimamente relacionado con su vida diaria porque ésta es un agobio de frustración; hay una lucha continua por llegar a ser, por convertirse en algo, lo cual es el resultado real de este profundo impulso, de este deseo oculto. En la superficie, usted puede practicar la disciplina, controlar su mente, meditar, hablar de paz o de lo que sea, pero todo es un sinsentido mientras no comprenda el deseo oculto que le impulsa.

Ese estado de soledad es esencial, porque nuestras mentes se cansan con el esfuerzo constante. ¿Qué es nuestra vida? Usted está constantemente tratando de ser esto y de no ser aquello, luchando incesantemente por hacerse famoso, por conseguir un mejor empleo, por ser más eficiente; está haciendo un esfuerzo interminable, ¿no es cierto? Me pregunto si alguna vez ha notado lo mísera que es nuestra existencia, siempre luchando por ser algo, por ser bueno, por ser no violento, incesantemente hablando de paz mientras nos complacemos en el sentimentalismo político y nos preparamos para la guerra. Nuestra vida es lucha, desorden, tribulación, y una mente en esa condición nunca puede ser fresca, joven, nueva.

No cabe duda de que, viendo todo esto, uno debe haberse preguntado si semejante esfuerzo es necesario para vivir en este mundo. Puede que haya una manera completamente distinta de vivir, una forma de vivir sin esfuerzo, no al nivel más bajo, como una vaca, ni como un ser humano que siempre está haciendo lo que se le antoja, sino al nivel más elevado, a un nivel donde no hay esfuerzo alguno.

Pero usted no puede decir: "¿Cómo voy a hacer realidad ese estado mental en el que no hay esfuerzo alguno?", porque el deseo mismo de adquirir ese estado es otra forma de apego, y todo apego es a las cosas que están muriendo o que están muertas. Usted está apegado a los muertos, no a los vivos. Está apegado, no a su esposa, que es un ser humano viviente, sino a la esposa del recuerdo placentero. No puede estar apegado a los vivos, al río que fluye; está apegado al placer de haber visto ese río, lo cual es un recuerdo, algo muerto.

Hay una forma de vivir completamente sin esfuerzo. Por favor, no le estoy pidiendo que acepte esto. No tiene nada que ver con aceptación o negación. Sencillamente, usted no la conoce. Todo lo que conoce es esfuerzo, lucha; está perpetuamente impulsándose a sí mismo a ser o no ser algo, y su esfuerzo agresivo por realizar sus propias ambiciones, con sus tensiones y contradicciones, es el resultado de este deseo oculto.

No puede eliminar este deseo oculto, hipnotizándose. Tiene que mirarlo; y no puede mirarlo mientras esté huyendo. Puede mirarlo sólo cuando se acerca a él sin ningún miedo, porque es un hecho. No prescriba lo que el hecho debería ser; deje que el hecho le diga lo que es. La mayoría de nosotros nos acercamos al hecho con una opinión al respecto, con conocimiento, con creencia, lo cual es un acto inmaduro y pueril. Debe acercarse al hecho con inocencia, con cierta plenitud del corazón, la cual es humildad. Entonces, el hecho le contará lo que es.

Este deseo oculto es extraordinariamente profundo y sutil; pero si usted es capaz de contemplarlo sin opinión alguna, sin ningún miedo, entonces descubrirá que puede ir a un estado más allá de su oscuridad, en el que la mente está totalmente sola y que, por consiguiente, ya no es el resultado de la influencia. Esta soledad es el estado de atención.

En dicha soledad, que es el estado de atención, no hay asomo de concentración. Al estar sola, no influida, no atrapada en opiniones, la mente se halla completamente atenta; está inmóvil, silenciosa, absolutamente quieta. Pero usted no puede aquietar la mente. Puede hipnotizarla mediante la repetición de ciertas frases o aquietarla por medio de la oración, pero eso no es quietud, eso es muerte. Es igual que poner la mente en una camisa de fuerza, con el fin de mantenerla quieta, con lo cual la mente se deteriora.

Lo esencial es comprender este afán profundo y oculto que está siempre cambiando, y ésa es la belleza del mismo. Usted cree haberlo comprendido, cuando descubre que se ha trasladado a otra parte. De modo que uno tiene que perseguir este oculto afán, por todos los oscuros corredores de la mente. Entonces sobreviene esa soledad que es atención y que, en realidad, es un estado de inmovilidad. No estoy empleando esa palabra *inmóvil* en oposición a actividad. Una mente que está inmóvil, quieta, no es una mente muerta. Es una mente activa, es la actividad misma, porque está quieta, y sólo una mente así es creativa.[14]

14 Nueva Delhi, 10ª plática, 11 de marzo de 1959.

Emoción

Miedo

LO QUE NOS LIBERA DEL MIEDO —y les aseguro que la libertad es completa— es darse cuenta del miedo, sin la palabra, sin intentar negar o evadirse del miedo, sin querer hallarse en algún otro estado. Si con completa atención se da cuenta del hecho de que hay miedo, entonces descubrirá que el observador y lo observado son uno, no hay división alguna entre ellos. No hay ningún observador que diga: "Tengo miedo"; sólo hay miedo, sin la palabra que indica ese estado. La mente ya no está escapando, ya no está buscando deshacerse del miedo, ya no está tratando de encontrar la causa, y por lo tanto ya no es esclava de las palabras. Sólo hay un movimiento de aprender, el cual es el resultado de la inocencia, y una mente inocente no tiene miedo.[1]

¿TIENEN USTEDES ALGÚN TIPO DE MIEDO, físico o psicológico? Si uno tiene miedos psicológicos, ¿cómo les hace frente? Si tengo miedo de perder mi posición, mi prestigio, entonces dependo del público, de ustedes, para darme ánimos. Dependo de ustedes para proporcionarme vitalidad dando charlas. Y tengo miedo de que si envejezco, si me vuelvo senil, me encontraré ante la nada y me asusto. O temo depender de ustedes. La dependencia hace que me apegue a ustedes y que tenga miedo de perderles. Me asusta haber hecho algo en el pasado, algo que lamento o de lo que me avergüenzo, y no quiero que lo sepan, así que tengo miedo de eso, de que se enteren. Y me siento culpable. O me siento tremendamente ansioso respecto de la muerte, la vida, lo que dice la gente, lo que no di-

1 Saanen, 6ª plática, 2 de agosto de 1962.

ce, cómo me miran; tengo una profunda sensación de presentimiento, de ansiedad, de inferioridad, de vivir una vida carente de todo sentido.

Debido a mi ansiedad, busco algún apoyo de alguien en la relación humana, o busco una sensación de seguridad en cierta creencia, en una ideología, en Dios, y demás. Y también temo que no podré hacer todo lo que quiero conseguir en esta vida. No poseo la capacidad ni la inteligencia, pero tengo tremenda ambición por alcanzar algo. Por lo tanto, eso también me asusta. Y, por supuesto, le tengo miedo a la muerte, me asusta sentirme solo, no ser amado; de ahí que quiera establecer una relación con otro en la cual este miedo, esta ansiedad, esta sensación de soledad, esta separación no existan. Y además tengo miedo de la oscuridad. Los innumerables miedos neuróticos que uno tiene.

Ahora bien, este miedo, ¿qué es? ¿Por qué existe este miedo? ¿Se basa en no estar herido, en no ser herido? ¿O es que uno quiere completa seguridad y, al ser incapaz de encontrar esta sensación de completo amparo, de seguridad, de protección física, emocional, psicológica e intelectual, uno se vuelve tremendamente ansioso respecto de la vida?

Uno de nuestros principales problemas es el miedo, tanto si nos damos cuenta de él como si no. Si huimos de él o intentamos superarlo, si tratamos de resistirlo, de cultivar el valor y demás, sigue habiendo miedo. ¿Es la mente tan delicada, tan sensible, que desde la infancia no quiere ser herida? Y por lo tanto, al no querer ser herido, uno construye una muralla, uno es muy tímido o agresivo. Antes de que usted ataque, yo ya estoy dispuesto a atacarle a usted verbalmente, con el pensamiento, porque soy muy sensible, he sido muy herido en mi vida, en mi infancia. En la oficina, en la fábrica, todo el mundo se anda pisando mutuamente los pies, y yo no quiero ser herido. ¿Es ésa una de las razones de que exista el miedo? Usted ha sido herido, ¿no es cierto? Y partiendo de esa herida hacemos toda clase de cosas, ofrecemos mucha resistencia, no queremos que nos molesten. A causa de ese sentimiento de estar heridos, nos aferramos a algo confiando en que nos protegerá. Y por lo tanto, me vuelvo agresivo contra cualquier cosa que ataque aquello a lo que me aferro como protección.

Como ser humano, ¿a qué le tiene usted miedo? ¿Es un miedo físico? ¿Miedo para evitar más dolor físico? ¿O un miedo psicológico al peligro, a la incertidumbre, a ser más herido, a no ser capaz de encontrar completa y total seguridad, certeza? ¿Miedo de no querer ser dominados y no obstante serlo? De modo que, como ser humano, ¿a qué le tiene usted miedo? ¿Se da usted cuenta de su miedo?[2]

EL MIEDO, EL PLACER Y EL SUFRIMIENTO han existido desde tiempos inmemoriales. El hombre siempre tuvo estos tres factores en su vida: miedo, búsqueda de placer y sufrimiento. Y, según parece, el hombre no ha ido más allá de eso. Hemos probado toda clase de método, toda clase de sistema imaginable. Hemos tratado de suprimirlo, intentado huir de él, intentado inventar un dios y entregarlo todo a esa invención. Pero eso tampoco ha funcionado. Así que debemos averiguar si el sufrimiento puede terminar, y comprender la naturaleza del sufrimiento, la causa del sufrimiento. ¿Es la causa algo distinto del temor? ¿Es la causa algo distinto del placer: placer del éxito, de la posesión, de tener gran poder, del talento, de la riqueza?

Así que averigüemos si el sufrimiento y el temor pueden cesar alguna vez. La búsqueda de placer es infinita, interminable, no sólo del placer sexual sino también del placer de convertirse en algo, del placer del éxito, del placer de estar apegado a algo, ya sea a una persona, a una idea o a una conclusión. Y mientras usted persigue ese placer, siempre está ahí, acompañándolo, la sombra del temor. Y donde hay miedo, hay sufrimiento. El miedo no es algo aparte; van todos juntos, todos están interrelacionados y uno debe afrontarlos conjuntamente, no por separado. Usted tiene que afrontar todo esto en su totalidad, no parcialmente; si lo afronta fragmentariamente, no lo solucionará nunca.

La codicia, el dolor, el sufrimiento es un movimiento de la vida, un movimiento íntegro de la vida, no algo distinto de ella. Esta es nuestra vida diaria. Y para averiguar si la aflicción, el

2 Saanen, 4º diálogo, 7 de agosto de 1971.

conflicto, el dolor, el sufrimiento y el dolor, si todo esto tiene un final, uno debe ser capaz de percibirlos, de darse cuenta de ellos. Por consiguiente, debemos comprender lo que es la percepción, cómo mirar todo esto. La pobreza, la soledad, la ansiedad, la incertidumbre y el sufrimiento, ¿son diferentes del observador, o el observador es todo eso?

Hemos separado el yo, que es el observador, de lo que está observando. Digo que estoy sufriendo; digo para mí que el sufrimiento debe terminar y que para ponerle fin debo suprimirlo, debo huir de él, debo seguir cierto sistema. Por lo tanto, soy diferente del miedo, del placer, del dolor, del sufrimiento. ¿Es usted diferente de todo eso? Puede creer que hay algo en usted que es totalmente distinto de todo eso, pero si lo cree, eso forma parte de su pensamiento, y por consiguiente, ahí no hay nada sagrado. ¿Es el observador distinto de lo observado?

No lo convierta en algo absurdo. Usted ve un árbol, y cuando dice: "¿Soy distinto del árbol?", lo es, o eso espero. Pero cuando se siente colérico, envidioso, brutal, violento, ¿no es usted todo eso? Vea la importancia de esto. Hemos separado al observador de lo observado. Eso significa que hay una división entre eso y lo otro. Por lo tanto, hay conflicto. Usted lo controla, lo suprime, lucha contra él, pero si usted es eso, si es el sufrimiento, el miedo, el placer, usted es todo este conglomerado. Y darse cuenta de ese hecho es una realidad tremenda. Por lo tanto, no hay división alguna y, en consecuencia, no hay ningún conflicto. Entonces, el observador es lo observado. Entonces, tiene lugar una acción totalmente distinta, una acción química totalmente diferente.

No es un logro intelectual ver la verdad de esto; no me refiero al concepto intelectual de la verdad sino al hecho de que usted no es diferente de sus cualidades. Usted no es distinto de su ira, celos, odio; usted es todo eso. ¿Sabe lo que sucede cuando se da cuenta de eso, no verbal sino interiormente? Averígüelo. ¡Yo no se lo voy a decir! Ya ve cómo funciona su mente. Usted está esperando a que yo se lo diga. Usted no quiere averiguarlo. Si se lo digo, entonces dirá: Sí, correcto o equivocado, pero seguirá como hasta ahora. Descubra por sí mismo la verdad del asunto, de que el observador es lo observado, el que mira es el mirado.

Cuando observa la Luna llena, esa Luna no es usted, a menos que usted sea lunático. Pero usted es todo el fardo de su conciencia. El contenido de su conciencia es lo que usted es, y el contenido de esa conciencia está configurado por el pensamiento. Ahora descubra, no el cese del pensamiento sino cómo observar el contenido. Cuando usted observa sin la división, entonces tiene lugar una acción totalmente distinta. Cuando hay amor, no hay ningún observador, no existen ni usted ni aquél a quien ama, sólo existe esa cualidad de amor.[3]

Interlocutor: Si, como usted dice, el miedo y el placer están relacionados, ¿puede uno eliminar el miedo y de esa forma disfrutar completamente del placer?

Krishnamurti: Sería estupendo, ¿verdad? Quitarme todos los miedos de manera que pueda deleitarme con mis placeres. Toda la gente del mundo quiere lo mismo, algunos de forma muy grosera y otros muy sutilmente: escapar del miedo y retener el placer. Usted fuma y eso es un placer, no obstante hay dolor en ello porque puede contraer una enfermedad. Usted ha sentido, bien sea como mujer o como hombre, placer sexual y de otra clase, comodidad y demás; cuando el otro aparta la mirada, usted se siente celoso, colérico, frustrado, mutilado.

El placer indefectiblemente acarrea dolor. No estamos diciendo que no podamos sentir placer, pero vea toda la estructura y entonces sabrá que la dicha, el verdadero disfrute, la belleza de disfrutar, su libertad, no tienen nada que ver con el placer ni, por consiguiente, con el dolor o con el miedo. Si ve la verdad de eso, entonces comprenderá el placer y lo pondrá en su justo lugar.

I: ¿No hay ciertos miedos que son útiles, al menos para la supervivencia? Por ejemplo, me asusta mucho saltar del edificio del Empire Estate.

K: Ciertamente. Cuando físicamente encara un peligro, la respuesta natural es protegerse a sí mismo. La supervivencia físi-

3 Bombay, 3a. plática, 29 de enero de 1983.

ca. ¿Es eso miedo o es inteligencia? Ahora bien, no aplicamos esa misma inteligencia en relación al miedo, a los miedos internos, los miedos psicológicos. Mire esto, señor, muy sencillamente. El mundo se ha dividido en nacionalidades y grupos religiosos y políticos. Esta división está produciendo guerra, odio. Y esa misma guerra nos está destruyendo, aunque creamos que mediante el nacionalismo tendremos seguridad. Cuando uno se da cuenta de todo esto, la inteligencia se vuelve tremendamente importante. Y usted sabe cuándo esa inteligencia está operando; sólo puede funcionar cuando no hay ningún miedo.[4]

Mary Zimbalist: Señor, hay un tema del que ha hablado en muchísimas ocasiones, pero que sigue siendo planteado reiteradamente en las preguntas y preocupaciones de la gente, y ese tema es el miedo. ¿Quiere hablar de eso?

K: Es un tema bastante complicado. Requiere realmente mucha investigación porque es muy sutil, muy diverso y muy abstracto. Y también es un hecho real, aunque lo convirtamos en una abstracción: la realidad del miedo y la idea del miedo, que es la abstracción del miedo en forma de idea. Por lo tanto, debemos tener muy claro de qué estamos hablando, de la abstracción de una idea o de la realidad del miedo. Usted y yo, y todos los que estamos aquí sentados, en este preciso instante no estamos asustados. No hay ningún sentimiento de aprensión, de peligro. En este momento no hay miedo alguno.

De modo que el miedo es ambas cosas, una abstracción, una idea, una palabra y también un hecho. Primeramente, vamos a tratar de estos dos. ¿Por qué, por lo general, hacemos una abstracción de las cosas? ¿Por qué vemos algo real y luego lo convertimos en una idea? ¿Se debe a que es más fácil cultivar la idea? ¿O el ideal es nuestro condicionamiento, se nos educa para las ideas o en las ideas y no se nos educa para afrontar los hechos? ¿A qué se debe esto? ¿Por qué los seres humanos del mundo entero tratan con abstracciones? Lo que debería ser, lo

4 *Beyond violence* (*Más allá de la violencia*), 2ª parte, 1er. capítulo (San Diego State College, 2ª plática, 6 de abril de 1970).

que debe ser, lo que sucederá, y demás; todo el mundo de ideación y de las ideologías, ya sea la ideología comunista basada en Marx y Lenin, o las ideas capitalistas del llamado libre comercio y demás, o todo el mundo de los conceptos, creencias e ideas religiosos, y los teólogos que elaboran estas ideas. ¿Por qué las ideas, los ideales, se han vuelto tan extraordinariamente importantes? Desde los tiempos de los antiguos griegos, incluso desde antes de los griegos y demás, prevalecieron las ideas. E incluso ahora las ideas, los ideales, separan a los hombres y ocasionan guerras de toda clase. ¿Por qué los cerebros de los seres humanos funcionan de este modo?

¿Es porque no pueden afrontar los hechos directamente y por consiguiente se evaden, sutilmente, en ideaciones? Uno ve que las ideas, en realidad, son factores muy divisivos, que ocasionan fricción, crean la división entre las comunidades, las naciones, las sectas, las religiones y demás; o sea que las ideas, las creencias, la fe, todo eso se basa en el pensamiento. Y los hechos, ¿qué son los hechos? ¿Qué es exactamente un hecho, no una opinión respecto de un hecho o una opinión convertida en hechos?

MZ: ¿Cuál es el hecho del miedo, señor?

K: Eso es a lo que voy. Primero debemos establecer la distinción entre la idea del miedo, la abstracción de la palabra miedo, y el miedo mismo. El miedo mismo es el hecho, no su abstracción. Si uno puede alejarse de la abstracción, entonces podemos afrontar el hecho. Pero si ambos se mueven continuamente en paralelo, entonces hay conflicto entre los dos. Es decir, la idea, la ideología que se impone al hecho y el hecho que a veces se impone a la idea.

MZ: La mayoría de las personas diría que el hecho del miedo es una emoción muy dolorosa.

K: Por lo tanto, miremos el hecho; eso es a lo que voy, el hecho del miedo mismo, y permanezcamos con ese hecho, lo cual requiere mucha disciplina interior.

MZ: ¿Puede usted describir lo que realmente es "permanecer con el hecho del miedo"?

K: Es como sostener una joya, un complejo diseño hecho por un artista que ha traído esta joya extraordinaria. Usted la mira, no la condena, no dice: "¡Qué hermosa!" y se deja llevar por las palabras, sino que mira esta cosa extraordinaria hecha a mano por hábiles dedos y por el cerebro que la ha producido. La está observando, la está contemplando. Le da la vuelta, mira las distintas caras, la posterior, la anterior y de perfil, y no la suelta nunca.

MZ: ¿Quiere usted decir que lo siente muy intensamente, con mucha sensibilidad, con gran cuidado?

K: Con cuidado. Esto es lo que sucede.

MZ: Pero lo siente porque es una emoción.

K: Por supuesto. Usted tiene el sentimiento de belleza, el sentimiento del complejo diseño, y el centelleo, el brillo de la joya y demás. De manera que, ¿podemos afrontar el hecho del miedo y mirarlo de esa manera, sin escapar, sin decir: "Bueno, no me gusta el miedo", sin ponerse nervioso, aprensivo, y suprimirlo, controlarlo o trasladarlo a otro campo? Si podemos hacer todo eso, simplemente permanecer con ese miedo, entonces el miedo se convierte en un hecho real que está ahí, tanto si es consciente de él como si no lo es; aunque lo haya escondido muy hondo, sigue estando ahí.

Entonces, podemos preguntar muy cuidadosa y tentativamente, ¿qué es el miedo? ¿Por qué los seres humanos, después de esta tremenda evolución, siguen viviendo con temor? ¿Es algo que puede ser intervenido y extirpado, como un cáncer, o como cualquier otra enfermedad terrible y dolorosa? ¿Es algo que se pueda operar? Lo cual significa que hay una entidad que puede operarlo; pero esa misma entidad es una abstracción del intento de hacer algo respecto del miedo; esa entidad es irreal. El hecho real es el miedo.

Esto requiere una atención muy cuidadosa, para no caer atrapado en la abstracción del que dice: "Estoy observando el miedo", o del que dice: "Debo deshacerme del miedo o controlar el miedo" y demás. El que observa también es el resultado del miedo. Si esto está claro, esto de que, volviendo a nuestro

viejo dicho, el observador es lo observado, el pensador es el pensamiento, el hacedor es la entidad que está haciendo, entonces no hay ninguna división. Y por lo tanto, si existe el reconocimiento de que no hay división alguna entre el observador y lo observado, lo cual es un hecho extraordinario, no una idea que debo llevar a cabo, entonces no hay conflicto. Hay conflicto cuando existe el observador distinto de lo observado, que es lo que hacemos la mayoría de nosotros y, por consiguiente, vivimos en perpetuo conflicto. Ése es otro asunto.

Por lo tanto, ¿podemos mirar el miedo, y en el acto mismo de mirar, de observar, empezar a descubrir el origen del miedo, su principio, su causa? Porque el acto mismo de mirarlo es ver cómo se ha generado. No que analicemos el miedo, porque el analizador es lo analizado; no que diseccionemos el miedo, sino que la observación muy detenida y delicada revela el contenido del miedo, el contenido que es el origen, el principio, la causalidad. Donde hay una causa hay un final. La causa nunca puede ser diferente del resultado. En la observación, en el acto de mirar, se revela la causalidad.

MZ: Señor, la causalidad de la que habla no es, presumiblemente, la de un miedo individual, un miedo en particular. Usted está hablando de la causalidad del miedo mismo.

K: Del miedo mismo, no de las distintas formas del miedo. Vea cómo fragmentamos el miedo. Eso forma parte de nuestra tradición, llevar a cabo una fragmentación del miedo, y por consiguiente, preocuparse sólo por un tipo de miedo, no por todo el árbol del temor. No una rama en particular o una hoja específica del miedo sino toda la naturaleza, la estructura, la cualidad del miedo. Y al observar eso muy detenidamente, al mirarlo, en el acto mismo de mirar tiene lugar la revelación de la causalidad. No que usted lo analice para descubrir la causa, sino que el acto mismo de observar muestra la causalidad, la cual es tiempo y pensamiento. Por supuesto. Eso es simple, cuando se expresa de ese modo. Todo el mundo aceptaría que es el tiempo y el pensamiento. Si no hubiera tiempo ni pensamiento, no habría miedo alguno.

MZ: Bueno, ¿podría usted ampliar eso un poco más? Porque la mayoría de las personas cree que hay algo, que hay... ¿Cómo diría? No ven que no hay futuro, piensan "Tengo miedo ahora", por una causa; no ven el factor de tiempo que eso supone.

K: Creo que es bastante simple. Si no hubiera tiempo alguno o si no se dijera: Estoy asustado porque hice algo en el pasado, o tuve dolor en el pasado, o alguien me ha herido y no quiero que me hieran más... Todo eso es el pasado, el bagaje, lo cual es tiempo. Y el futuro, es decir: ahora soy esto, moriré, o podría perder el trabajo, o mi esposa se enfadará conmigo, y así por el estilo. Existen el pasado y el futuro y estamos atrapados entre los dos.

O sea, el pasado tiene su relación con el futuro, el futuro no es algo separado del pasado, es un movimiento de modificación desde el pasado hacia al futuro, al mañana. Eso es el tiempo, este movimiento del pasado, o sea el pasado del "he sido", y el futuro del "seré", lo cual es este constante devenir. Y eso también es otro problema complejo que no vamos a tocar por ahora. Ésa puede ser la causalidad del miedo, el devenir.

De modo que el tiempo es un factor básico del miedo. No cabe la menor duda al respecto. Ahora tengo un trabajo, dinero, un techo sobre mi cabeza, pero mañana o dentro de muchos cientos de mañanas, algún accidente, algún incendio, alguna falta de seguro y demás, puede privarme de todo eso. Todo eso es un factor de tiempo. No se trata de ponerle fin al tiempo, sino de ver el hecho de que el miedo es parte del tiempo; no es decir: "¿Puedo ponerle fin al tiempo?". Ésa es una pregunta tonta. Disculpe el uso de la palabra tonta.

Además, el pensamiento es uno de los factores del miedo, el pensamiento: He sido, soy, pero puede que no sea. El factor pensamiento, que es limitado. Lo cual es otra cuestión. El pensamiento es limitado porque se basa en el conocimiento. El conocimiento es siempre acumulativo y aquello a lo que se le añade es siempre limitado, así que el conocimiento es limitado, y por lo tanto, el pensamiento es limitado, ya que se basa en el conocimiento, en la memoria, y todo eso.

El pensamiento y el tiempo son los factores centrales del miedo. El pensamiento no existe aparte del tiempo. Son uno, no

están divorciados, no están separados. Éstos son los hechos. Ésta es la causalidad del miedo. Eso es un hecho, no una idea, no una abstracción: pensamiento y tiempo es, no son, la causa del miedo. Es singular.

Así que un hombre, entonces, pregunta: ¿cómo detengo tiempo y pensamiento? Porque su intención, su deseo, su anhelo es liberarse del temor. De modo que está atrapado en su propio deseo de ser libre, pero no está observando la causalidad muy cuidadosamente. Observar implica un estado del cerebro en el que no hay movimiento alguno. Es como observar un pájaro; si lo observa muy detenidamente, como observamos esta mañana aquella paloma en el alféizar, observa todas sus plumas, los ojos rojos, el brillo en los ojos, el pico, la forma de su cabeza, las alas. Observa muy cuidadosamente, y lo que observa muy cuidadosamente revela no sólo la causalidad sino el cese de aquello que está observando.

Esta observación es en verdad de la más extraordinaria importancia. Podemos preguntar cómo ponerle fin al pensamiento, o cómo liberarnos del miedo, o lo que significa el tiempo, y todas las complicaciones de eso, pero cuando estamos observando el miedo sin ninguna abstracción, eso es el ahora real, porque el ahora contiene la totalidad del tiempo; el presente contiene el pasado, el futuro y el presente. En esa cualidad del ahora, ¿podemos escuchar muy cuidadosamente, no sólo escuchar con el oído, sino escuchar la palabra e ir más allá de ella para ver la verdadera naturaleza del miedo? Entonces usted no está leyendo algo sobre el miedo; en el acto de observarlo, el miedo se vuelve extraordinariamente hermoso, sensible, vivo.

Todo esto requiere una extraordinaria cualidad de atención, porque en la atención no hay actividad del ego. El interés propio es la causa del miedo en nuestra vida. Esta sensación de mí y mi preocupación, mi felicidad, mi éxito, mi fracaso, mi logro, soy esto, no soy... toda esta observación egocéntrica con todas sus expresiones de temor, agonías, depresión, dolor, ansiedad, aspiración y sufrimiento, todo eso es interés propio, ya sea en nombre de Dios, en nombre de la oración, en nombre de la fe. Donde hay interés propio, tiene que haber miedo y todas sus consecuencias.

Entonces uno vuelve a preguntar: ¿se puede vivir en este mundo en el que el interés propio predomina? El interés propio predomina tanto en el mundo totalitario, con su búsqueda de poder y apego al mismo, como en el mundo capitalista, con su propio poder. Ya sea en el mundo religioso jerárquico católico o en cualquier mundo religioso, el interés propio predomina y, por lo tanto, están perpetuando el temor; aunque hablen de vivir con *pacem in terris*, o sea con paz en la tierra, no lo dicen realmente en serio, porque el interés propio, con su deseo de poder, posición, satisfacción, etc., es el factor que está destruyendo no sólo el mundo sino la extraordinaria capacidad de nuestro propio cerebro.

El cerebro tiene una capacidad extraordinaria, como lo demuestran las cosas extraordinarias que se están haciendo en el mundo tecnológico. Y nunca aplicamos esa misma capacidad inmensa, interiormente, para liberarnos del miedo, para ponerle fin al sufrimiento, para saber lo que es el amor y la compasión con su inteligencia. Nunca buscamos, exploramos ese campo; estamos atrapados por el mundo con toda su aflicción.[5]

AHORA BIEN, ¿QUÉ ES EL MIEDO? No estamos tratando con ideas, con palabras. Estamos tratando con la vida, con las cosas que están sucediendo adentro y afuera, lo cual requiere una mente muy clara y aguda, una mente precisa; usted no puede ser sentimental, emociona, respecto de estas cosas. Para comprender el miedo, usted necesita claridad, no la claridad de algo que va a obtener, sino la claridad que sobreviene cuando comprende que el hecho es infinitamente más importante que cualquier idea. Por lo tanto, ¿qué es, no el miedo de algo, sino el miedo? ¿Existe semejante cosa como el miedo *per se*, en sí, o el miedo siempre está relacionado con algo? ¿Y hay miedo?

De momento tomaré la muerte. Usted puede aportar su propio ejemplo. ¿Hay miedo si no hay pensamiento, o sea, si no hay tiempo? La mayoría de las personas le tienen miedo a la

5 Brockwood Park, 2ª conversación con Mary Zimbalist, 5 de octubre de 1984.

muerte. Por mucho que la hayan racionalizado, cualesquiera que sean sus creencias, el miedo a la muerte existe. Ese miedo no es causado por la muerte sino por el tiempo, el tiempo que es el intervalo entre ahora y lo que va a suceder, lo cual es el proceso de pensar, que produce el miedo a lo desconocido. ¿Es el miedo a lo desconocido o el miedo a abandonar las cosas que conocemos?

Tenemos miedo de la muerte. No estamos hablando de la muerte o de lo que sucede después de la muerte; estamos hablando del miedo en relación a la muerte. Yo digo: ¿Es ese miedo causado por aquello que no conozco? Obviamente, no sé nada de la muerte. Puedo tener conocimiento al respecto, pero ahora no se trata de eso. Puedo investigar, descubrir toda la belleza o la fealdad o el terror, el extraordinario estado que debe ser la muerte.

¿Es el miedo, en relación con la muerte, causado por la muerte —lo que significa afrontar lo desconocido—, o es causado por las cosas que sé que me van a ser quitadas? El miedo es a ser despojado de las cosas, a que el yo desaparezca en el olvido. Y por lo tanto, empiezo a protegerme con todas las cosas que conozco y vivo en ellas con más ahínco, me aferro mucho más a ellas, en vez de darme cuenta de lo desconocido.

¿A qué le tengo miedo? No a afrontar lo desconocido, sino a encarar algo que puede sucederme cuando me separen de todas las cosas que aprecio, a las que les tengo cariño; eso es lo que me asusta, no la muerte. De hecho, no teóricamente, ¿qué es lo que tengo?

No sé si se ha hecho alguna vez una pregunta fundamental con el fin de descubrir lo que usted es. ¿Se la ha planteado alguna vez y ha encontrado una respuesta? ¿Hay una respuesta? Si hay una respuesta, no es en términos de lo que ya sabe, pues lo que sabe es el pasado, y el pasado es tiempo, y el tiempo no es usted. El usted está cambiando. Lo que está vivo nunca genera temor. Lo que engendra temor es lo que ya pasó o lo que debería ser.

Estamos atrapados en las palabras. ¿Por qué la palabra se ha vuelto importante y no la cosa? Porque usted puede jugar con ideas, pero no puede jugar con el hecho. Somos esclavos de las

palabras. Por consiguiente, en la comprensión del miedo debe haber un darse cuenta de la palabra y de todo el contenido de la palabra, lo que significa que la mente tiene que estar libre de palabras. Estar libre de la palabra es un estado extraordinario. Darse cuenta del símbolo, de la palabra, del nombre, es darse cuenta del hecho en otra dimensión, si puedo emplear ese término.

Ahora me doy cuenta del hecho del miedo a través de la palabra, y sé por qué surge la palabra. La negación del miedo y el desarrollo de su contrario, del coraje, y todo lo demás, es una evasión, es la tradición, el ambiente en el que me he criado. Y cuando comprendo todo lo que la palabra implica, entonces hay un darse cuenta del hecho, lo cual es algo completamente distinto.[6]

¿SABEN? LO QUE ESTE MUNDO NECESITA no son políticos o más ingenieros sino seres humanos libres. Los ingenieros y los científicos pueden ser necesarios, pero me parece que lo que el mundo necesita son seres humanos que sean libres, creativos, que no tengan miedo; y la mayoría de nosotros estamos dominados por el temor. Si usted puede penetrar profundamente en el miedo y comprenderlo de verdad, acabará produciendo inocencia, de modo que su mente sea clara. Eso es lo que necesitamos, y por eso es muy importante comprender cómo mirar un hecho, cómo mirar su miedo. Ése es el verdadero problema, no cómo deshacerse del miedo, cómo ser valiente, qué hacer respecto del miedo, sino estar plenamente con el hecho.

Usted quiere estar plena, totalmente con la ola de placer, ¿verdad? Y lo está. Cuando se encuentra en el momento de placer, no hay ninguna condena, ninguna justificación, ninguna negación. No hay factor alguno de tiempo en el momento de experimentar el placer; física, sensualmente todo su ser vibra con él. ¿No es así? Cuando está en el momento de experimentar, no hay tiempo, ¿verdad? Cuando está intensamente enojado o cuando está lleno de lujuria, no hay tiempo. El tiempo, el pensamiento interviene sólo después del momento de experimentar; y

6 Benarés, 5ª plática, 10 de enero de 1962.

entonces usted dice: "¡Santo Dios, qué maravilla!", o "¡Qué horrible!". Si fue agradable, usted quiere más de lo mismo; si fue terrible, espantoso, quiere evitarlo; por consiguiente empieza a explicar, a justificar, a condenar, y éstos son los factores del tiempo que le impiden mirar el hecho.

Ahora bien, ¿ha encarado el miedo alguna vez? Por favor, escuche cuidadosamente la pregunta. ¿Ha mirado al miedo alguna vez, o en el momento de darse cuenta del temor ya se encuentra en disposición de evadirse del hecho? Voy a entrar un poco en ello, y verá a lo que me refiero.

Nosotros nombramos, les damos un término a nuestros varios sentimientos, ¿no es cierto? Al decir: "Estoy enojado", le hemos puesto una designación, un nombre, una etiqueta a un sentimiento específico. Ahora, por favor observen sus propias mentes, muy claramente. Cuando usted tiene un sentimiento, lo nombra, lo llama ira, lujuria, amor, placer, ¿verdad? Y este acto de nombrar el sentimiento es un proceso de intelección que le impide mirar el hecho, es decir, ese sentimiento.

Cuando ve un pájaro y se dice a sí mismo que es un loro, o un palomo, o un cuervo, usted no está mirando el pájaro. Ya ha dejado de mirar el hecho, porque la palabra loro o paloma o cuervo se ha interpuesto entre usted y el hecho.

Esto no es una difícil proeza intelectual, sino un proceso de la mente que debe ser comprendido. Si se propone profundizar en el problema del miedo, de la autoridad, del placer o del amor, debe ver que nombrar, etiquetar, le impide mirar el hecho. ¿Comprende?

Usted ve una flor y la llama rosa, y en el momento en que le ha dado un nombre, su mente está distraída; no le está prestando toda su atención a la flor. Por lo tanto, nombrar, designar, verbalizar, simbolizar impide la total atención al hecho.

Ahora bien, la mente, que está adicta a los símbolos y cuya naturaleza misma es verbalizar, ¿puede dejar de verbalizar y mirar el hecho? Hágase la pregunta, no diga: "¿Cómo lo voy a hacer?". Tengo un sentimiento y lo llamo miedo. Al ponerle nombre lo he relacionado con el pasado, de manera que la memoria, la palabra, el símbolo, me impide mirar el hecho. Ahora bien, la mente, que en su mismo proceso de pensamiento verbaliza, da nombres, ¿puede mirar el hecho sin nombrarlo?

Ustedes tienen que descubrir esto por sí mismos; yo no puedo decírselo. Si se lo digo y lo hacen, estarán siguiendo y no estarán libres del miedo. Lo que importa es que ustedes estén totalmente libres del miedo y no sean seres humanos medio muertos, gente corrupta, afligida, que perpetuamente está asustada de su propia sombra.

Para comprender este problema del miedo, ustedes deben examinarlo muy a fondo, porque el miedo no está sólo en la superficie de la mente. El temor no consiste sólo en tenerle miedo al vecino o a perder un empleo; es mucho más profundo que eso, y comprenderlo requiere una penetración a fondo. Para penetrar profundamente, se necesita una mente aguda; y la mente no se hace aguda mediante la mera argumentación o evasión. Hay que examinar el problema paso a paso, y por eso es muy importante comprender todo este proceso del nombrar. Cuando usted nombra a todo un grupo de personas llamándoles musulmanes o lo que sea, ya los ha despachado, ya no tiene que verlos como individuos; de manera que el nombre, la palabra, le ha impedido ser un ser humano en relación con otros seres humanos. Del mismo modo, cuando usted nombra un sentimiento, no está mirando el sentimiento, no está totalmente con el hecho.

Hay innumerables formas de evasión del miedo; pero si se evade, si huye, el miedo le perseguirá para siempre. Para ser fundamentalmente libre del miedo, debe comprender este proceso del nombrar y darse cuenta de que la palabra nunca es la cosa. La mente debe ser capaz de separar la palabra del sentimiento, y no ha de permitir que la palabra interfiera con la percepción directa del sentimiento, el cual es el hecho.

Cuando haya llegado tan lejos, penetrado tan hondo, descubrirá que, enterrada en el inconsciente, en los rincones más recónditos y oscuros de la mente, hay una sensación de completa soledad, de aislamiento, la cual es la causa fundamental del miedo. Y, nuevamente, si la evita, si huye de ella, diciendo que es demasiado aterradora, si no la examina sin darle un nombre, nunca la trascenderá. La mente tiene que encontrarse cara a cara con el hecho de la completa soledad interior, y no permitirse hacer nada respecto de ese hecho.

Esa cosa extraordinaria llamada soledad es la esencia misma del ego, del yo, con todos sus embustes, su astucia, sus sustituciones, su telaraña de palabras en la que la mente está atrapada. Sólo hay libertad, la absoluta libertad del temor, cuando la mente es capaz de ir más allá de esa soledad última. Y sólo entonces descubrirá por sí mismo lo que es la realidad, esa energía inconmensurable que no tiene principio ni fin. Mientras la mente engendre sus propios miedos en términos de tiempo, será incapaz de comprender lo que es intemporal.[7]

7 Nueva Delhi, 4ª plática, 24 de febrero de 1960.

Soledad

NO SÉ SI SE HA SENTIDO SÓLO ALGUNA VEZ, cuando repentinamente se da cuenta, no de modo intelectual sino de hecho, de que no tiene relación alguna con nadie y que está completamente aislado, algo que es tan concreto como este micrófono. Toda clase de pensamiento y de emoción está bloqueada. No hay nadie a quien recurrir. Los dioses, los ángeles, todos han desaparecido más allá de las nubes y, al igual que las nubes se desvanecen, ellos también se han desvanecido. Usted se siente completamente solo. No emplearé la palabra a solas.

A solas tiene un sentido distinto; a solas tiene belleza. Estar a solas significa algo completamente diferente. Y hay que estar a solas. Cuando el hombre se libera de la estructura social de la codicia, la envidia, la ambición, la arrogancia, el éxito, el estatus, cuando se libera de esas cosas, entonces está completamente a solas. Eso es algo muy distinto. Entonces hay gran belleza, la sensación de tremenda energía.

Pero sentirse solo no es eso. El sentimiento de soledad es esta sensación de estar completamente aislado de todo. No sé si lo ha sentido. Cuanto más despierto está, cuanto más está cuestionando, mirando, preguntando, exigiendo, tanto más se da cuenta de que en el fondo de su conciencia, en todos los niveles, se siente completamente incomunicado. Y ésa es una de las grandes aflicciones, no ser capaz de ir más allá de eso y estar atrapado en este tremendo sentimiento de soledad con su gran energía.

Tiene vitalidad, ímpetu, insistencia, fealdad; y nos evadimos de ella, de todas las formas. O bien somos tremendamente ingeniosos, escribimos libros sobre esa soledad y la apartamos

a un lado, o huimos, nos divertimos y nunca la tocamos. Y permanece ahí, oculta; pero, como una laceración cancerosa, está ahí, esperando. Uno tiene que entrar en contacto con ella, no verbalmente sino de hecho.

Esta soledad es una especie de muerte. Hay muerte no sólo cuando se termina la vida, sino cuando no hay respuesta, no hay salida. Eso también es una forma de muerte: estar interminablemente en la prisión de la propia actividad egocéntrica, cuando uno está atrapado en sus propios pensamientos, en su propia agonía, en sus propias supersticiones, en su mortífera y diaria rutina del hábito. Y prolongaremos durante otros cincuenta años o más las mismas actividades egocéntricas y brutales de la ambición, la competitividad, la búsqueda de estatus, de posición, de poder, la codicia, la envidia.[8]

VIVIMOS BAJO LA PRESIÓN DE LAS FAMILIAS, de la relación entre nosotros. Tenemos la presión sexual, la demanda mutuamente impuesta, la dependencia posesiva, el apego, los celos, la ansiedad, el odio y demás. ¿Por qué los seres humanos de todo el mundo viven así? ¿Se debe a que son perezosos, indiferentes e insensibles, el que hablen de la relación y que esa palabra no signifique nada para ellos? ¿Es el hábito, la tradición? ¿Es que no sabemos cómo abrirnos paso a través de esto? Y tal vez ésa sea una de las razones de que los seres humanos acepten tan fácilmente vivir en este conflicto.

¿Qué entendemos por la palabra relación? ¿Estar relacionado, estar en contacto con? Cuando emplea las palabras en contacto con, eso implica que usted está no sólo en contacto físico y sexual sino, efectivamente, en contacto psicológico con otra persona. ¿Es así o está usted en contacto con la imagen que ha proyectado de ella, la imagen que el pensamiento ha creado durante una relación, íntima o no, de treinta o cuarenta años, o durante una que duró diez días? Usted crea una imagen de esa persona y esa imagen es proyectada por la memoria, por la expe-

8 Madrás, 5ª plática, 30 de diciembre de 1964.

riencia, por el conocimiento que usted ha acumulado acerca de ella o de él.

Ese conocimiento es almacenado en el cerebro, y eso se convierte en memoria, de modo que está mirando a la mujer o al hombre desde el conocimiento que ha adquirido acerca de ella o de él. Usted proyecta ese conocimiento sobre esa persona, ve la imagen que ha proyectado y cree que está en contacto con ella, pero en realidad sólo está en contacto con la imagen que el pensamiento ha proyectado acerca de ella o de él.[9]

CREO QUE A VECES, QUIZÁS SÓLO EN CONTADAS OCASIONES, pues estamos sumamente activos, la mayoría de nosotros nos damos cuenta de que la mente está vacía. Y, al darnos cuenta, nos asustamos de ese vacío. Nunca hemos investigado ese estado de vacuidad, nunca hemos penetrado en él profundamente, a fondo. Tenemos miedo y, por lo tanto, nos alejamos de él. Le hemos dado un nombre, decimos que está "vacía", que es "terrible", que es "doloroso", y ese mismo acto de ponerle nombre ya ha creado una reacción en la mente, un miedo, un efugio, una huida.

Ahora bien, ¿puede la mente dejar de huir y no ponerle nombre, no darle el significado de una palabra como vacío, acerca de la cual tenemos recuerdos de placer y de dolor? ¿Podemos observarla? ¿Puede la mente darse cuenta de esa vacuidad sin nombrarla, sin escapar de ella, sin juzgarla, sino simplemente permanecer con ella? Porque entonces eso es la mente. Entonces no hay observador mirándola; no hay censor que la condene; sólo existe ese estado de vacuidad, con el que todos estamos muy familiarizados, pero que todos estamos evitando, intentando llenarlo de actividad, de culto, de oración, de conocimiento, de toda clase de ilusión y exaltación.

Pero cuando toda la exaltación, la ilusión, el miedo, la fuga se detiene y usted no le está poniendo nombre, y por consiguiente condenándolo, ¿es entonces el observador distinto de lo

9 Ojai, 3ª plática, 8 de abril de 1978.

que es observado? No cabe duda de que al darle nombre, al condenarlo, la mente ha creado un censor, un observador, fuera de sí. Pero cuando la mente no lo designa, no lo nombra, no lo condena, no lo juzga, entonces no hay observador, sólo un estado de eso a lo que hemos llamado vacuidad.[10]

ME PREGUNTO SI SOMOS CONSCIENTES de que dependemos psicológicamente de los demás. No es que sea necesario, justificable o malo depender psicológicamente de otros, pero en primer lugar, ¿nos damos cuenta de que somos dependientes? La mayoría de nosotros somos psicológicamente dependientes, no sólo de las personas sino también de la propiedad, de las creencias, de los dogmas. ¿Somos siquiera conscientes de ese hecho? Si sabemos que efectivamente dependemos de algo para nuestra felicidad psicológica, para nuestra estabilidad y seguridad interior, entonces nos podemos preguntar por qué.

¿Por qué dependemos psicológicamente de algo? Sin duda porque en nosotros mismos somos insuficientes, pobres, vacíos. En nosotros nos sentimos extraordinariamente solos, y es esta soledad, esta vacuidad, esta extrema pobreza y retraimiento interiores, lo que hace que dependamos de una persona, del conocimiento, de la propiedad, de la opinión y de tantas otras cosas que se nos antojan necesarias.

Ahora bien, ¿puede la mente darse plenamente cuenta del hecho de que se siente sola, insuficiente, vacía? Es muy difícil darse cuenta, ser plenamente conscientes de ese hecho, porque siempre estamos tratado de huir de él; y conseguimos escapar de él momentáneamente, escuchando la radio y mediante otras formas de diversión, yendo a la iglesia, oficiando rituales, adquiriendo conocimientos, y dependiendo de las personas y de las ideas.

Para conocer su propia vacuidad, debe mirarla, pero no puede mirarla si su mente está de continuo buscando distraerse del hecho de que está vacía. Y esa distracción adopta la forma de apego a una persona, a la idea de Dios, a un dogma o creencia en particular, etcétera.

10 Amsterdam, 4ª plática, 23 de mayo de 1955.

¿Puede la mente dejar de fugarse, de escapar y no limitarse a preguntar cómo dejar de huir? Porque la misma indagación sobre cómo la mente puede dejar de escapar se convierte en otra evasión. Si sé que cierto sendero no conduce a ninguna parte, no pongo el pie en ese sendero; no se plantea ninguna cuestión de cómo dejar de caminar en él. De manera similar, si sé que, por mucho que me fugue, ninguna evasión solucionará nunca esta soledad, esta vacuidad interior, entonces dejo de escapar, dejo de estar distraído. Entonces la mente puede observar el hecho de que se siente sola, y no hay miedo alguno. El miedo surge en el proceso mismo de fugarse de *lo que es.*

Cuando la mente comprende la futilidad, la absoluta inutilidad de intentar llenar su propia vacuidad mediante la dependencia, el conocimiento, la creencia, entonces es capaz de observarla sin miedo. ¿Y puede la mente seguir observando esa vacuidad, sin ninguna evaluación? Cuando la mente se da plena cuenta de que se evade, de que huye de sí misma, cuando se da cuenta de la futilidad de huir y ve que ese mismo proceso de fuga crea temor, cuando se da cuenta de esa verdad, entonces puede afrontar *lo que es.*

Ahora bien, ¿qué entendemos cuando decimos que estamos afrontando *lo que es*? ¿Lo estamos encarando, mirando, si siempre estamos dándole un valor, interpretándolo, si tenemos opiniones al respecto? Es evidente que las opiniones, los valores, las interpretaciones, sólo impiden que la mente mire el hecho. Si usted quiere comprender el hecho, no sirve de nada tener una opinión al respecto. Por lo tanto, ¿podemos mirar sin evaluación alguna el hecho de nuestra vacuidad psicológica, de nuestra soledad, la cual engendra tantos otros problemas?

Creo que ahí es donde reside la dificultad, en nuestra incapacidad para mirarnos a nosotros mismos sin juicio, sin condena, sin comparación, porque a todos se nos ha enseñado a comparar, a juzgar, a evaluar, a dar una opinión. La mente sólo es capaz de mirarse a sí misma cuando ve la futilidad, lo absurdo de todo eso. Entonces, aquello a lo que hemos temido como algo solitario y vacío, ya no está vacío. Entonces, no hay dependencia psicológica de nada, el amor ya no es apego sino algo enteramente diferente, y la relación tiene un significado muy distinto.

Pero para descubrir eso por sí mismo y no limitarse a repetirlo verbalmente, uno debe comprender el proceso de evasión. En la propia comprensión de la evasión se da el cese de la misma, y la mente es capaz de mirarse. Al mirarse a sí misma, no debe haber evaluación ni juicio. Entonces, el hecho es importante en sí y hay completa atención, sin ningún deseo de distracción; por consiguiente, la mente ya no está vacía. La atención completa es el bien.[11]

DEPENDO DE MIS PADRES cuando soy joven; y conforme me hago mayor, dependo de la sociedad, de un trabajo, de la capacidad; y cuando éstos me fallan, dependo de la fe. Siempre hay una dependencia, una fe en algo; esa dependencia me sostiene, me proporciona vitalidad, energía y, como acontece con todas las dependencias, siempre hay miedo, y de ese modo pongo en marcha el conflicto.

O bien, careciendo de fe, cultivo la consecuencia, ser constante en mi vida de acuerdo con mi idea, y esa consecuencia misma pone en peligro mi autoconfianza; cuanto más consecuente, menos fuerte, vital y definido soy. Ser consecuente consigo mismo, con cierta forma, con cierta acción, es por lo que la mayoría de nosotros se esfuerza, lo cual es el cultivo de la confianza en sí mismo.

Dondequiera que lo intentemos, siempre existe este deseo de depender de algo, de una persona, de determinada idea, de un partido político, de un sistema o de una experiencia, para darnos fuerzas. Así que siempre tenemos una dependencia de algo para sostenernos; y como dependemos cada vez más, lo que se cultiva es el temor.

La dependencia surge porque en nosotros mismos somos insuficientes, nos sentimos solos, estamos vacíos. Dependo y, en consecuencia, cultivo la fe; por lo tanto, debemos tener más conocimientos; y conforme nos hacemos cada vez más civilizados, más eruditos, más materialistas o espirituales, debemos tener fe o nos volvemos cínicos.

11 Bruselas, 4a. plática, 23 de junio de 1956.

Para la mayoría de nosotros, la autoconfianza es necesaria. Para la mayoría de nosotros, la confianza es meramente la continuación de una experiencia o la continuación del conocimiento. ¿La confianza en sí mismo libera la mente de su propia influencia condicionante? Esta confianza, obtenida mediante el esfuerzo, ¿produce libertad o sólo condiciona la mente? ¿Y no se puede liberar la mente, eliminar todas las dependencias? Es decir, ¿puedo darme cuenta de mi soledad, de mi completa vacuidad, darme cuenta de ella sin evadirme, y no ser consecuente con ninguna forma de conocimiento o experiencia?

Ése es nuestro problema, ¿verdad? La mayoría de nosotros estamos huyendo de nosotros mismos, de lo que somos; cultivamos varias clases de virtudes para ayudarnos a huir. Cultivamos diversas formas de confianza, de conocimiento, de experiencia; dependemos de la fe. Pero detrás de todo eso, hay una sensación de inmensa soledad; y sólo cuando somos capaces de mirarla, de vivir con ella, comprendiéndola plenamente, existe la posibilidad de actuar sin producir una serie de esfuerzos que condicionan la mente para una acción específica. Por favor, escuchen esto y lo verán.

Toda nuestra vida intentamos ser consecuentes con un pensamiento en particular o con una pauta de pensamiento, y el deseo mismo de ser consecuente crea energía, empuje, nos da fuerza y de ese modo reduce la amplitud de la mente. La mente que es consecuente es una mente muy pequeña y mezquina. Una mente pequeña tiene enorme capacidad para la energía; obtiene mucha fuerza de su mezquindad, y así nuestra vida se vuelve muy reducida, muy limitada, muy estrecha. ¿Podemos darnos cuenta de este proceso de dependencia del que sacamos fuerza, en el que hay conflicto, en el que hay miedo, envidia, celos, competitividad, que constantemente reduce todos nuestros esfuerzos de tal manera que siempre hay miedo?

¿No es posible mirar, darse cuenta de nuestra soledad, de nuestra vacuidad, y comprenderla sin intentar huir de ella? La comprensión de la misma no consiste en condenarla sino en darse cuenta de ella pasivamente, en escuchar todo el contenido de esa soledad. En realidad, significa ir más allá del ego, más allá del yo y actuar desde ahí, porque nuestra acción actual está den-

tro de los confines del yo. Puede ser ampliada, extendida, pero siempre es el yo identificándose con una persona o con un ideal; y esa identificación nos da mucha fuerza para actuar, para hacer, para ser; esa identificación refuerza el yo, el ego, en cuyo ámbito siempre hay conflicto, siempre hay aflicción; y por lo tanto, todas nuestras acciones conducen a la frustración.

Reconociendo eso, recurrimos a la fe, recurrimos a Dios como fuente de fortaleza; y eso también es la ampliación del yo, el fortalecimiento del yo, porque el yo está huyendo de sí mismo, de esa soledad en su interior. Cuando somos capaces de afrontarla sin juzgarla o condenarla, mirándola, comprendiéndola, escuchando todo el contenido del yo, de esa soledad, sólo entonces existe la posibilidad de tener una fuerza que no pertenece al yo. Sólo entonces existe la posibilidad de generar un mundo o una cultura diferente.[12]

12 Bombay, 5ª plática, 22 de febrero de 1953.

Descontento

¿TE HAS PREGUNTADO ALGUNA VEZ por qué, conforme envejece, la gente parece perder toda la dicha de vivir, esa jubilosa insinuación de algo más allá, de algo de mayor significación? ¿Por qué muchos de nosotros, conforme vamos llegando a lo que llamamos madurez, nos embotamos, nos volvemos insensibles a la dicha, a la belleza, a los cielos abiertos y a la tierra maravillosa?

¿Saben? Muchas explicaciones le vienen a uno a la mente cuando se hace esta pregunta. Estamos muy preocupados con nosotros mismos; ésa es una de las explicaciones. Luchamos por llegar a ser alguien, por conseguir y mantener cierta posición; tenemos hijos y otras responsabilidades, y debemos ganar dinero.

Al poco tiempo, el peso de todas estas cosas externas nos agobia y por eso perdemos la dicha de vivir. Mira las caras de los mayores a tu alrededor, ve lo tristes que son la mayoría de ellas, cuán abrumadas de preocupaciones y enfermizas, cuán retraídas, distantes y a veces neuróticas, sin una sonrisa. ¿No te preguntas por qué? E incluso si nos preguntamos por qué, la mayoría de nosotros parecemos satisfacernos con meras explicaciones.

Ayer por la tarde vi un barco que ascendía el río a toda vela, empujado por el viento del oeste. Era un barco grande, con un pesado cargamento de leña para el pueblo. Era al atardecer y este barco se recortaba contra la puesta del Sol; no había esfuerzo alguno, porque el viento hacía todo el trabajo. De modo similar, si cada uno de nosotros pudiera comprender el problema de la lucha y el conflicto, entonces creo que podríamos vivir sin esfuerzo, felizmente, con una sonrisa en el rostro.

Creo que el esfuerzo es lo que nos destruye, esta lucha en la que invertimos casi cada momento de nuestras vidas. Si observas a las personas mayores de tu entorno, verás que para la mayoría de ellas la vida es una serie de batallas consigo mismas, con sus esposas o maridos, con sus vecinos, con la sociedad, y esta lucha incesante disipa energía.

El hombre que es dichoso, realmente feliz, no está atrapado en el esfuerzo. Carecer de esfuerzo no significa que vayas a estancarte, que seas torpe, estúpido; al contrario, sólo los sabios, los extraordinariamente inteligentes están realmente libres de esfuerzo, de lucha.

Pero cuando oímos hablar de la ausencia de esfuerzo, queremos ser así, queremos conseguir un estado en el que no tengamos lucha alguna, ningún conflicto; de modo que convertimos eso en nuestra meta, nuestro ideal, y nos esforzamos por alcanzarlo; y en el momento en que hacemos esto, ya hemos perdido la dicha de vivir. Estamos otra vez atrapados en el esfuerzo, en la lucha. El objetivo de la lucha varía, pero toda lucha es esencialmente lo mismo. Uno puede luchar para llevar a cabo reformas sociales o para encontrar a Dios, o para crear una relación mejor con su esposa o marido, o con su vecino; uno puede sentarse a orillas del Ganges, rendir culto a los pies de algún gurú, y demás. Todo esto es esfuerzo, lucha. Por consiguiente, lo importante no es el objetivo de la lucha sino comprender la lucha misma.

Ahora bien, ¿puede la mente no sólo darse cuenta superficialmente de que de momento no está luchando, sino estar completamente libre de lucha todo el tiempo, de manera que descubra un estado de dicha en el que no hay ninguna noción de superior e inferior?

Nuestra dificultad es que la mente se siente inferior y, por eso, lucha para ser o convertirse en algo, o para tender un puente entre sus varios deseos contradictorios. Pero no demos explicaciones de por qué la mente está llena de lucha. Todo hombre pensante sabe por qué hay lucha tanto en el interior como en el exterior.

Nuestra envidia, codicia, ambición, nuestra competitividad, las cuales conducen a la eficiencia despiadada, son, evidente-

mente, los factores que hacen que luchemos, ya sea en este mundo o en el mundo futuro. No tenemos que estudiar libros de psicología para saber por qué luchamos; y lo importante, sin duda, es descubrir si la mente puede liberarse totalmente de la lucha.

Al fin y al cabo, cuando luchamos, el conflicto es entre lo que somos y lo que deberíamos ser o lo que queremos ser. Ahora bien, sin dar explicaciones, ¿puede uno comprender todo este proceso de lucha, de modo que llegue a su fin? Como aquel barco que se movía con el viento, ¿puede la mente carecer de lucha? Sin duda, ésta es la cuestión y no cómo conseguir un estado en el que no haya lucha. El esfuerzo mismo por alcanzar tal estado es en sí un proceso de lucha y, por consiguiente, ese estado no se alcanza nunca.

Pero si observas de instante en instante cómo la mente queda atrapada en perpetua lucha, si simplemente observas el hecho sin tratar de alterarlo, sin intentar imponerle a la mente cierto estado al que calificas de paz, entonces descubrirás que la mente deja espontáneamente de luchar; y en ese estado puede aprender muchísimo. Aprender, entonces, no es meramente un proceso de recoger información, sino un descubrimiento de las extraordinarias riquezas que yacen más allá de la esperanza de la mente; y para la mente que realiza este descubrimiento, hay dicha.

Obsérvate y verás cómo luchas de la mañana a la noche, y cómo tu energía se desperdicia en esta lucha. Si meramente explicas por qué luchas, te pierdes en explicaciones y la lucha continúa; mientras que, si observas tu mente muy tranquilamente, sin dar explicaciones, si simplemente dejas que la mente se dé cuenta de su propia lucha, pronto descubrirás que sobreviene un estado en el que no hay lucha en absoluto, un asombroso estado de observación. En ese estado de percepción alerta no hay sensación alguna de superioridad e inferioridad, no hay gran hombre ni pequeño, no hay gurú. Todos esos absurdos desaparecen, porque la mente está plenamente despierta; y la mente que está plenamente despierta es dichosa.[13]

13 *This Matter of Culture*, también titulado *Think on These Things* (*El propósito de la educación*), capítulo 25.

EL DESCONTENTO ES ESFORZARSE POR CONSEGUIR "MÁS", y el contento es el cese de esa lucha; pero no puedes llegar al contento sin comprender todo el proceso del "más", y el por qué la mente lo demanda.

Estamos luchando por conseguir algo, y nunca nos hemos detenido a investigar si vale la pena luchar por lo que perseguimos. Nunca nos hemos preguntado si merece el esfuerzo, así que todavía no hemos descubierto que no lo merece ni hemos rechazado la opinión de nuestros padres, de la sociedad, de todos los Maestros y gurúes. Sólo cuando hayamos comprendido todo el significado del "más", dejaremos de pensar en términos de éxito y fracaso.

Tenemos mucho miedo de fracasar, de cometer errores. Cometer un error se considera algo terrible porque seremos criticados por ello, alguien nos reñirá. Pero, después de todo, ¿por qué no habrías de cometer un error? ¿No están cometiendo errores todas las personas del mundo? ¿Y dejaría el mundo de estar en este horrible desorden si nunca cometieras un error?

La imitación es una forma de robo: tú no eres nada pero él es alguien, así que vas a obtener un poco de su gloria, copiándole. Esta corrupción se extiende a toda la vida humana y muy pocos están libres de ella. De modo que lo importante es descubrir si la vacuidad interior puede llenarse alguna vez. Mientras la mente esté buscando llenarse, estará siempre vacía. Cuando la mente ya no está preocupada por llenar su propia vacuidad, sólo entonces deja de existir ese vacío.[14]

LA MENTE ESTÁ PERPETUAMENTE PIDIENDO más y más, y toda nuestra civilización se basa en la adquisición de algo más, en la demanda de más propiedades, más dinero, más, más y más; por lo tanto, siempre hay comparación y, en consecuencia, lucha a perpetuidad.

Conociendo la envidia, decimos que debemos cultivar la no envidia, lo cual es otra forma del más, en negativo. Por lo tanto, ¿puede la mente dejar de pensar en términos del más, dejar

14 Ídem.

de comparar, de juzgar lo que es? Esto no es estancamiento; al contrario, cuando la mente ya no está buscando, cuando no está comparando, a usted ya no le preocupa el tiempo.

El tiempo implica el "más": "Mañana seré algo", "Seré feliz en el futuro", "Seré un hombre rico", "Me realizaré", "Seré amado", "Amaré", etcétera. La mente comparativa, la mente que está pidiendo más, es la mente del tiempo, del mañana, ¿verdad? De manera que, cuando esa mente dice: "No debo ser envidiosa", eso es nuevamente otra forma de tiempo, ¿no es cierto? Otra forma de comparación es: "He sido esto, seré menos que eso". Por lo tanto, ¿puede la mente que está buscando el más, cesar completamente en su demanda del más, la cual es envidia? ¿Comprenden el problema, señores?

El problema no es cómo liberarse de la envidia, lo cual es un asunto insignificante, sino cómo dejar de pensar en términos del más, cómo dejar de pensar comparativamente, cómo dejar de pensar en términos de tiempo, cómo dejar de pensar: "Seré". ¿Puede la mente dejar en absoluto de pensar en términos del más? No digan que no es posible. No lo saben. Todo lo que conocen es el más: más conocimiento, más influencia, más ropa, más propiedad, más amor. Si ustedes no pueden conseguir más, entonces quieren cada vez menos.

Ahora bien, ¿puede la mente dejar de pensar del todo en estos términos? Primero planteen la pregunta. No me ayuden a librarme de la envidia. ¿Puede la mente dejar de pensar en términos del más? Háganse la pregunta y escuchen, no sólo ahora, sino cuando se vayan a casa, cuando estén tomando el tranvía, cuando estén sentados en el autobús, cuando estén caminando solos, cuando vean un sari. Cuando vean pasar en un coche grande a un hombre, al gran político, al gran hombre de negocios, háganse esa pregunta, escúchenla y averigüen. Entonces descubrirán la verdad del asunto; entonces descubrirán que la verdad libera la mente, del más.

La mente entonces no es la mente consciente haciendo un esfuerzo por despojarse del más. Cuando la mente hace un esfuerzo consciente por no pedir más, eso es otra versión de lo mismo, del más, en forma de negación; de manera que en eso no hay respuesta. Pero si ustedes hacen esa pregunta, sólo pue-

den escucharla cuando no estén juzgando, cuando no quieran un resultado, cuando no quieran utilizarla para producir una acción determinada. Sólo cuando están escuchando puede la verdad manifestarse, la cual liberará a la mente, del más.[15]

ESTÁBAMOS PASEANDO EN LOS JARDINES PÚBLICOS cerca de un enorme hotel. Había un azul dorado en el poniente y se oía el ruido de los autobuses, de los coches que pasaban. Había plantas jóvenes muy prometedoras, que eran regadas a diario. Todavía estaban construyendo, creando los jardines y un pájaro estaba suspendido en el aire, aleteando rápidamente antes de dejarse caer hacia la tierra; y en el este se vislumbraba la aparición inminente de la Luna llena. Lo bello no era ninguna de estas cosas sino el inmenso vacío que parecía sostener la tierra. Lo bello era aquel hombre pobre y cabizbajo que llevaba una pequeña botella de aceite.

Krishnamurti: ¿Qué significado tiene el sufrimiento en este país? ¿Cómo encara la gente de este país el sufrimiento? ¿Se evaden del sufrimiento mediante la explicación del karma? ¿Cómo reacciona la mente, en la India, cuando se encuentra con el sufrimiento? El budista le hace frente de una forma y el cristiano de otra. ¿Cómo lo afronta la mente hindú? ¿Se resiste al sufrimiento o escapa de él? ¿O la mente hindú lo racionaliza?

Pupul Jayakar: ¿Realmente existen muchas formas de afrontar el sufrimiento? El sufrimiento es dolor, el dolor de alguien que muere, el dolor de la separación. ¿Se puede afrontar este dolor de varias maneras?

K: Hay varias formas de evasión, pero sólo hay una manera de afrontar el sufrimiento. Las evasiones, con las que todos estamos familiarizados, en realidad son formas de evitar la grandeza del sufrimiento. Empleamos explicaciones para hacerle frente al sufrimiento, pero estas explicaciones no son una respuesta

15 Bombay, 5ª plática, 22 de febrero de 1953.

a la cuestión. La única forma de encarar el sufrimiento es carecer de toda resistencia, no alejarse en absoluto, externa o internamente, del sufrimiento, permanecer completamente con él, sin querer trascenderlo.

PJ: ¿Cuál es la naturaleza del sufrimiento?

K: Existe el sufrimiento personal: el sufrimiento que resulta de la pérdida de alguien a quien ama, la soledad, la separación, la ansiedad por el otro. La muerte viene además acompañada del sentimiento de que el otro ha dejado de existir, cuando había tantas cosas que él quería hacer. Todo esto es sufrimiento personal. Luego está ese hombre harapiento, sucio, cabizbajo; es ignorante, ignorante no sólo del saber de los libros, sino profunda y realmente ignorante. Lo que uno siente por ese hombre no es autocompasión, ni tampoco hay una identificación con él; no es que uno esté situado en mejor posición que él y, por lo tanto, le dé lástima, sino que por dentro uno siente el peso eterno del sufrimiento en el hombre. Este sufrimiento no tiene nada de personal. Existe.

PJ: Mientras usted ha estado hablando, el movimiento del sufrimiento ha estado operando dentro de mí. Este sufrimiento no tiene ninguna causa inmediata, sino que se parece a una sombra que siempre acompaña al hombre. Este vive, ama, crea apegos, y todo se acaba. Sea cual fuere la verdad de lo que usted dice, en esto hay infinitud de sufrimiento. ¿Cómo va a terminar? No parece haber respuesta. El otro día, usted dijo que en el sufrimiento está todo el movimiento de la pasión. ¿Qué significa eso?

K: ¿Existe una relación entre sufrimiento y pasión? Me pregunto qué es el sufrimiento. ¿Existe semejante cosa como el sufrimiento sin causa? Conocemos el sufrimiento que es causa y efecto. Mi hijo muere. En eso están implicados mi identificación con mi hijo, mi deseo de que sea algo que yo no soy, mi búsqueda de continuidad a través de él; y cuando muere, todo eso es negado y me encuentro completamente vacío de toda esperanza. En eso hay lástima de sí mismo, miedo; en eso hay dolor, el cual es la causa del sufrimiento. Esto es lo que a todos nos toca en suerte. Esto es lo que entendemos por sufrimiento.

Luego también existe el sufrimiento del tiempo, el sufrimiento de la ignorancia, no la falta de conocimiento sino la ignorancia del propio condicionamiento destructivo: el sufrimiento de no conocerse a sí mismo, de desconocer la belleza que yace en el fondo del propio ser y el movimiento de ir más allá. ¿Vemos que, cuando huimos del sufrimiento a través de varias clases de explicaciones, en realidad estamos desperdiciando un acontecimiento extraordinario?

PJ: Entonces, ¿qué hace uno?

K: Usted no ha respondido a mi pregunta: ¿Existe un sufrimiento sin causa y efecto? Conocemos el sufrimiento y el movimiento para evadirse del sufrimiento. El hombre ha vivido con el sufrimiento desde tiempos inmemoriales. Nunca ha sabido cómo resolverlo. Por consiguiente, o bien lo ha adorado o ha huido de él. Los dos son el mismo movimiento. Mi mente no hace ninguno de esos movimientos, ni tampoco emplea el sufrimiento como medio para despertar. Entonces, ¿qué tiene lugar?

PJ: Todo lo demás es producto de nuestros sentidos. El sufrimiento es más que eso. Es un movimiento del corazón.

K: Le estoy preguntando cuál es la relación entre sufrimiento y amor.

PJ: Ambos son movimientos del corazón; a uno se le identifica como dicha y al otro como dolor.

K: ¿Es el amor placer? ¿Diría usted que la dicha y el placer son lo mismo? Sin comprender la naturaleza del placer, la dicha carece de toda profundidad. No se puede invitar la dicha. La dicha acontece. El acontecimiento puede ser transformado en placer. Cuando ese placer es negado, ése es el principio del sufrimiento. Puedo invitar el placer, puedo perseguirlo. Si el placer es amor, entonces el amor puede ser cultivado.

PJ: Sabemos que el placer no es amor. El placer puede ser una manifestación del amor, pero no es amor. Tanto el sufrimiento como el amor brotan de la misma fuente.

K: Pregunté: ¿Cuál es la relación entre sufrimiento y amor? ¿Puede haber amor si hay sufrimiento, siendo éste todas las cosas de las que hemos hablado? En el sufrimiento existe el factor de la separación, de la fragmentación. ¿No hay mucha autocompasión en el sufrimiento? ¿Cuál es la relación de todo esto con el amor? ¿Tiene el amor dependencia? ¿Tiene el amor la cualidad del "yo" y del "usted"?

Cuando no hay ningún movimiento para huir del sufrimiento, entonces el amor es. La pasión es la llama del sufrimiento, y esa llama sólo puede ser despertada cuando no hay evasión alguna, ninguna resistencia. ¿Qué significa eso? Significa que el sufrimiento en sí no tiene ninguna cualidad divisoria.

¿Qué es la relación, para la mente que ha comprendido el sufrimiento y, por consiguiente, el cese del sufrimiento? ¿Cuál es la cualidad de la mente que ya no tiene miedo de terminar, lo cual es muerte? Cuando la energía no se disipa mediante la evasión, entonces esa energía se convierte en la llama de la pasión. Compasión significa pasión hacia todo. Compasión es pasión hacia todas las cosas.[16]

16 *Tradition and Revolution* (*Tradición y revolución*), 1er. diálogo, Nueva Delhi, 12 de diciembre de 1970.

Orgullo/Ambición

¿SE HAN PREGUNTADO ALGUNA VEZ lo que significa tener éxito como escritor, como poeta, como pintor, como hombre de negocios o político? Sentir que interiormente has alcanzado cierto control sobre ti mismo, que los demás no tienen, o que has triunfado donde otros han fracasado; sentir que eres mejor que otra persona, que te has convertido en un hombre de éxito, respetado, admirado por otros como un ejemplo. ¿Qué indica todo esto?

Naturalmente, cuando tienes este sentimiento, hay orgullo: He hecho algo, soy importante. El sentimiento del "yo" es, en su naturaleza misma, un sentimiento de orgullo. De modo que el orgullo crece con el éxito; uno está orgulloso de ser muy importante, en comparación con otra gente. Esta comparación de uno con otro también existe en tu búsqueda del ejemplo, del ideal, y te da esperanzas, fuerzas, propósito, empuje, lo cual sólo refuerza el "yo", el placer de sentir que eres mucho más importante que otra persona; y ese sentimiento, esa sensación de placer, es el principio del orgullo.

El orgullo produce mucha vanidad, una inflación egoísta. Lo puedes observar en la gente mayor y en ti mismo. Cuando pasas un examen y sientes que eres un poco más listo que otro, se produce una sensación de placer. Es lo mismo cuando te impones a alguien en un argumento, o cuando sientes que eres físicamente más fuerte o más guapo: de inmediato existe la sensación de la propia importancia. Este sentimiento de importancia del "yo", indefectiblemente produce conflicto, lucha, dolor porque tienes que mantener tu importancia todo el tiempo.

Supongamos que estoy orgulloso porque he conseguido algo. Me he convertido en el director; he estado en Inglaterra o en Es-

tados Unidos; he hecho grandes cosas, mi fotografía ha aparecido en los periódicos, etcétera, etcétera. Sintiéndome muy orgulloso, me digo a mí mismo: "¿Cómo he de librarme del orgullo?"

Ahora bien, ¿por qué quiero librarme del orgullo? Ésa es la cuestión importante, no cómo librarse. ¿Cuál es el motivo, la razón, el incentivo? ¿Quiero librarme del orgullo porque me resulta dañino, doloroso, espiritualmente malo? Si ése es el motivo, entonces tratar de librarme del orgullo es otra forma de orgullo, ¿verdad? Todavía me preocupa conseguir algo. Al descubrir que el orgullo es muy doloroso, espiritualmente feo, digo que debo librarme de él. El "debo librarme" contiene el mismo motivo que "debo triunfar". El "yo" todavía es importante, es el centro de mi lucha por ser libre.

De modo que, lo importante no es cómo librarse del orgullo sino comprender el "yo", y el "yo" es muy sutil. Quiere una cosa este año y otra al año siguiente; y cuando eso resulta ser doloroso, entonces quiere otra cosa. Así que mientras el centro del "yo" exista, el que uno sea orgulloso o lo que se llama humilde, significa muy poco. Son sólo distintas chaquetas que ponerse. Cuando una chaqueta en particular me resulta atractiva, me la pongo; y al año siguiente, según mis antojos, mis deseos, me pongo otra.

Lo que tienes que comprender es cómo se genera este "yo". El "yo" se genera por medio de la sensación de triunfo en sus distintas formas. Esto no significa que no debas actuar; pero el sentimiento de que estás actuando, de que estás consiguiendo algo, de que debes carecer de orgullo, tiene que ser comprendido. Tienes que comprender la estructura del "yo". Tienes que darte cuenta de tu propio pensar; tienes que observar cómo tratas a tu madre y a tu padre, a tu profesor y al criado; tienes que ser consciente de cómo estimas a los que están por encima de ti y a los que están por debajo, aquéllos a los que respetas y aquéllos a los que desprecias. Todo esto revela los modismos del "yo". Mediante la comprensión de sus modismos, hay un liberarse del "yo". Eso es lo que importa, no sólo cómo librarse del orgullo.[17]

17 *Life Ahead* (*El arte de vivir*), 1ª parte, capítulo 10.

HEMOS OÍDO DECIR A LA GENTE QUE sin ambición no podemos hacer nada. En nuestras escuelas, en nuestra vida social, en la relación entre nosotros, en todo lo que hacemos en la vida, sentimos que la ambición es necesaria para conseguir cierto fin, ya sea personal, colectivo, social, o para la nación. ¿Saben lo que esa palabra ambición significa? Conseguir un fin, poseer el impulso, la determinación personal, el sentimiento de que sin luchar, sin competir, sin empujar no se puede hacer nada en este mundo.

Por favor, obsérvate a ti mismo y a quienes te rodean, y verás lo ambiciosa que es la gente. Un oficinista quiere convertirse en gerente, el gerente quiere convertirse en el jefe, el ministro quiere ser primer ministro, el teniente quiere ascender a general. Así que cada cual tiene su ambición. También fomentamos este sentimiento en las escuelas. Animamos a los estudiantes a competir, a ser mejores que algún otro.

Todo nuestro mentado progreso se basa en la ambición. Si dibujas, debes dibujar mucho mejor que otra persona; si creas una imagen, debe ser mucho mejor que la hecha por otra persona; existe esta lucha constante. Lo que pasa en este proceso es que te vuelves muy cruel. Porque quieres alcanzar un fin, te vuelves cruel, despiadado, irreflexivo, en tu grupo, en tu clase, en tu nación.

En realidad, la ambición es una forma de poder, el deseo de poder sobre mí mismo y sobre otros, el poder de hacer algo mejor que otra persona. En la ambición existe un sentimiento de comparación; y por lo tanto, el ambicioso nunca es realmente un hombre creativo, nunca es un hombre feliz; está descontento en sí mismo. Y sin embargo, creemos que sin ambición no seríamos nada, no tendríamos progreso alguno.

¿Existe una forma distinta de hacer las cosas, sin ambición, una forma distinta de vivir, de actuar, de construir, de inventar, sin esta lucha del afán competitivo, en la que hay crueldad y que, por último, acaba en guerra? Creo que hay una forma diferente, pero esa forma requiere hacer algo contrario a todos las costumbres de pensamiento establecidas.

Cuando estamos buscando un resultado, lo importante es el resultado, no lo que hacemos en sí. ¿Podemos comprender y amar

lo que estamos haciendo, sin importarnos lo que producirá, lo que nos aportará, el nombre o la reputación que obtendremos?

El éxito es un invento de una sociedad codiciosa, adquisitiva. ¿Podemos, cada uno de nosotros, conforme crecemos, descubrir lo que realmente nos encanta hacer, ya sea remendar un zapato, convertirse en zapatero, construir un puente, o ser un administrador capaz y eficiente? ¿Podemos poseer el amor de la cosa en sí, sin preocuparnos de lo que nos proporcionará o de lo que hará en el mundo? Si podemos comprender ese espíritu, ese sentimiento, entonces, creo yo, la acción no creará aflicción, como sucede en estos momentos; entonces no estaremos en conflicto con otra persona.

Pero es muy difícil descubrir lo que realmente nos gusta hacer, porque uno tiene cantidad de impulsos contradictorios. Cuando ves una locomotora que va muy rápida, quieres ser maquinista. Cuando eres joven, la locomotora posee una belleza extraordinaria. No sé si lo habéis observado. Pero más tarde, esa fase pasa y quieres convertirte en orador, conferenciante, escritor o ingeniero, y eso también pasa. Paulatinamente, debido a nuestra podrida educación, te ves forzado a entrar en un cauce en particular, en un surco determinado. Así que te conviertes en oficinista, en abogado o en traficante de maldades; y en ese trabajo vives, compites, eres ambicioso, luchas.

¿No es la función de la educación, mientras son muy jóvenes, contribuir a desarrollar en cada uno de ustedes una inteligencia de tal naturaleza que cada uno tenga un trabajo que le es grato, que le encanta y quiere hacer, que no haga un trabajo que odia o con el que se aburre pero que tiene que hacer porque ya está casado o porque tiene la responsabilidad de cuidar de sus padres, o porque sus padres le dicen que debe ser abogado cuando lo que quiere es ser pintor? ¿No es muy importante, mientras son jóvenes, que el profesor comprenda este problema de la ambición y lo evite, hablándolo con cada uno de ustedes, explicando, examinando todo el problema de la competitividad? Esto les ayudará a descubrir lo que realmente quieren hacer.

Ahora bien, pensamos en términos de hacer algo que nos proporcionará un beneficio personal o que rendirá un beneficio para la sociedad o la nación. Alcanzamos la madurez sin madu-

rar interiormente, sin saber qué queremos hacer, pero viéndonos obligados a hacer algo en lo que no tenemos puesto el corazón. De modo que vivimos en la desdicha. Pero la sociedad, es decir, tus padres, tus guardianes, tus amigos, y todo el mundo a tu alrededor, dice que eres una persona maravillosa, porque tienes éxito.

Somos ambiciosos. La ambición no existe sólo en el mundo exterior sino también en el mundo interior, en el mundo de la psique y del espíritu. Ahí también queremos tener éxito, queremos poseer los más grandes ideales. Esta lucha constante por convertirse en algo es muy destructiva; desintegra, destruye. ¿Puedes comprender este impulso de "llegar a ser", y preocuparte por ser lo que seas, y luego avanzar partiendo de ahí? Si soy celoso, ¿puedo saber que soy celoso o envidioso, y no intentar convertirme mentalmente en no envidioso? Los celos producen aislamiento. Si sé que soy celoso, lo observo, y lo dejo en paz, entonces veré que de eso resulta algo extraordinario.

El trepador, tanto en el mundo externo como en el mundo psicológico, es una máquina; nunca sabrá lo que es la verdadera dicha. Uno sólo conocerá la dicha cuando vea lo que uno es y deje que esa complejidad, esa belleza, esa fealdad, esa corrupción actúe sin tratar de convertirse en otra cosa. Hacer esto es muy difícil, porque la mente siempre está queriendo ser algo. Ustedes quieren convertirse en filósofos o en grandes escritores. Adoran al dios del éxito, no a aquello "que es". Por muy pobre que seas, por muy vacío o torpe, si puedes ver la cosa tal como es, entonces eso empezará a transformarse. Pero la mente empeñada en convertirse en algo nunca comprende el ser. La comprensión del ser, de lo que uno es, produce una extraordinaria exaltación, una liberación de pensamiento creativo, de vida creativa.

Todos los libros religiosos, toda nuestra educación, todos nuestros planteamientos sociales y culturales consisten en conseguir, en convertirse en algo. Pero eso no ha creado un mundo feliz; ha producido enorme aflicción. Vivimos con la ambición. Ése es nuestro pan de cada día. Pero ese pan nos envenena, produce toda clase de aflicción mental y física, de manera que en el momento en que se nos frustra o impide llevar a cabo nuestra ambición, caemos enfermos. Pero un hombre que posee el sentimiento interior de hacer aquello que ama, sin pensar en un fin,

sin pensar en un resultado, ese hombre no tiene frustraciones, no tiene impedimentos, es el verdadero creador.[18]

LA AMBICIÓN Y EL INTERÉS SON DOS COSAS DIFERENTES, ¿verdad? Si realmente me interesa la pintura, si me encanta pintar, entonces no compito para ser el mejor pintor o el más famoso. Sencillamente me encanta pintar. Puede que tú seas mejor en pintura que yo, pero no me comparo contigo. Cuando pinto, me encanta lo que estoy haciendo, y para mí eso es suficiente en sí.[19]

SI LA MENTE SE ENCUENTRA EN UN ESTADO DE COMPARACIÓN, crea problemas y está perpetuamente atrapada en ellos, y por lo tanto nunca es libre. Desde la niñez se nos ha enseñado a comparar la arquitectura griega, la egipcia, la moderna, a compararnos con el líder, el mejor, el más culto, el más astuto, a ser el ejemplo perfecto, a seguir al maestro, a comparar, comparar y comparar y, por consiguiente, a competir. Donde hay comparación debe haber, obviamente, conflicto y contradicción, lo cual significa ambición. Esas tres cosas están inevitablemente ligadas entre sí. La comparación viene con la competición y la competición es esencialmente ambición.

Y, sin embargo, usted sabe que toda sociedad se basa en esta competitividad. El más, el más, el más, el mejor: el mundo y todo individuo está atrapado en eso. Decimos que si no tenemos ambición, si no tenemos ninguna meta, si no tenemos objetivo alguno, simplemente estamos decayendo. Esto está profundamente arraigado en nuestras mentes, en nuestros corazones, esto de alcanzar, de llegar, de ser.

Ahora bien, ¿se puede ver el proceso de este conflicto? La percepción misma de este conflicto, el percibir, ver la fuente misma del conflicto, no lo que usted debería hacer al respecto,

18 Benarés, India, 8ª plática a los estudiantes en la Rajghat School, 13 de enero de 1954.

19 *Life Ahead* (*El arte de vivir*), 1ª parte, capítulo 7.

tiene su propia acción. Ahora bien, ¿lo vemos? Eso es todo lo que estoy preguntando.

¿De qué sirve decir: "Es inevitable. ¿Qué sucederá si no compito en la sociedad que es competitiva, que es ambiciosa, que es autoritaria? ¿Qué me va a pasar?". Ése no es el problema. Usted le dará respuesta más tarde. Pero ¿podemos ver el hecho de que la mente que está en conflicto es la más destructiva y que cualquier cosa que quiera hacer, cualquier actividad, por muy reformadora que sea, tiene en sí el germen de la destrucción?

¿Veo, como veo una cobra, que esto es venenoso? Ése es el quid de todo el asunto. Y si lo veo, no tengo que hacer nada al respecto; eso tiene su propia acción. ¿Para qué discutir todo lo demás: cómo imprimir carácter, lo que debería hacer y lo que no debería hacer, y cómo podemos descubrirlo? Sin duda, para descubrir la fuente del amor, la mente debe estar extraordinariamente libre de conflicto. Por lo tanto, ¿puede la mente estar libre de conflicto, el cual significa competición y todo lo demás?[20]

SI PODEMOS EXAMINAR la cuestión de la iniciativa, entonces tal vez exista la posibilidad de comprender la autorrealización. Para la mayoría de nosotros, la realización en una u otra forma se vuelve urgente, se hace necesaria. En el proceso de realizarse surgen muchos problemas, muchas contradicciones, muchos conflictos; en la realización hay perpetua aflicción. No obstante, no sabemos cómo escapar de ella, cómo actuar sin realizarnos, pues en la realización misma de la acción hay sufrimiento.

La acción no es meramente hacer algo. ¿No es, además, pensamiento? A la mayoría de nosotros nos preocupa hacer algo; y si esa acción es satisfactoria, si garantiza suficientemente la realización de los propios deseos, anhelos y aspiraciones, entonces nos apaciguamos fácilmente. Pero si no descubrimos el

20 Nueva Delhi, 3ª plática, 13 de enero de 1961.

incentivo que subyace tras el impulso de realizar, no cabe duda de que siempre nos perseguirán el miedo y la frustración. Por lo tanto, ¿no es necesario averiguar cuál es este incentivo que nos impele? Puede estar revestido de distintos colores, de distintas intenciones, de distintos significados, pero tal vez, si pudiéramos explorar cautelosa y tentativamente esta cuestión del incentivo, entonces empezaríamos a comprender una acción o pensamiento que no nace siempre de esta conciencia de la autorrealización.

La mayoría de nuestros incentivos dimanan de las ambiciones, del orgullo, del deseo de estar seguros o de tener buena fama. Ahora bien, usted puede decir, o yo puedo decir, que mi acción es el resultado del deseo de hacer el bien, o de descubrir los verdaderos valores, o de tener una ideología, un sistema que es incorruptible, o de hacer algo que es esencialmente meritorio, etc.. Pero detrás de todas estas palabras, de todas estas frases bien sonantes, ¿no es la ambición el motivo, el impulso, de una u otra forma? Quiero conseguir, quiero llegar, quiero tener comodidad, conocer una certeza mental en la que no haya conflicto alguno.

Mi incentivo es conseguir un resultado y estar seguro de ese resultado, del mismo modo que el hombre que acumula dinero y que también busca seguridad. De manera que en estas dos fuerzas existe la motivación que llamamos ambición, a la cual le dedicamos todas nuestras actividades, nuestra actitud, nuestras energías. ¿Se puede actuar sin estas ambiciones, sin estos deseos de realizarnos? Es decir, quiero realizarme, quiero realizarme por medio de mi nación, de mis hijos, de la propiedad, del nombre, quiero ser "alguien". Y el orgullo de ser alguien es algo extraordinario, porque proporciona inmensa energía, sin hacer nada; el solo hecho de sentirme orgulloso es en sí suficiente para que siga adelante, para seguir resistiendo, controlando, dando forma.

Observen sus propias mentes en funcionamiento. Verán las actividades y verán que detrás de ellas, por mucho que puedan encubrirlas con gratas palabras, el ímpetu está encaminado a la realización, a ser alguien, a conseguir un resultado. En este impulso de la ambición hay competitividad, una actitud despiadada; y en eso se basa toda la estructura de nuestra sociedad.

El hombre ambicioso está considerado como algo meritorio, como alguien que es bueno para la sociedad, que mediante su ambición creará un buen ambiente, etcétera, etcétera. O condenamos la ambición cuando es mundana; no la condenamos cuando la tildamos de espiritual. A un hombre que ha repudiado el mundo, que ha renunciado al mismo y está buscando, no se le condena. ¿No está él también motivado por la ambición de ser algo?

Cada uno de nosotros busca la realización a través de las ideas, de la capacidad, de la expresión pictórica, de la escritura de un poema, del amor, de ser generoso, de intentar que tengan una buena opinión de nosotros. Por consiguiente, ¿no son todas nuestras actividades el resultado de este impulso de realizarnos? Y detrás de ese impulso está la ambición. Cuando oigo eso, cuando sé eso, y cuando me doy cuenta de que donde haya autorrealización tiene que haber sufrimiento, ¿qué debo hacer? ¿Entienden lo que quiero decir?

Me doy cuenta de que mi vida se basa en la ambición. Aunque trato de encubrirlo, aunque sufro, aunque me sacrifico por una idea, todas mis actividades son una vía de autorrealización. Usted ve que estoy quemado y se propone hacer algo que merezca la pena; ese "merecimiento" sigue siendo el impulso de la realización. Ésta es nuestra vida, ésta es nuestra continua demanda, nuestra búsqueda constante, consciente e inconsciente. Cuando me doy cuenta de esto, cuando conozco el contenido de toda esta lucha, ¿qué debo hacer?

Este impulso de realizarnos es uno de nuestros problemas más fundamentales, ¿verdad? Esta demanda de realizarnos está tanto en cosas pequeñas como en las grandes: ser alguien en mi casa, tener dominio sobre mi esposa y mis hijos, y someterme en la oficina, con el fin de ascender, con el fin de ser alguien algún día. Así que ése es el proceso de mi vida, ése es el proceso de todas nuestras vidas. Entonces, ¿cómo va una mente así a descartar el deseo de realización? ¿Cómo voy a liberarme de la ambición?

Veo que la ambición es una forma de autorrealización, y donde hay realización siempre existe la sensación de estar derrotado, hundido, frustrado; hay miedo, una sensación de absoluta soledad, de desesperación y perpetua esperanza.

¿Existe alguna actividad, alguna forma de movimiento de la mente que no se base en esto? Si rechazo, controlo, dirijo la ambición, eso sigue siendo ambición, porque digo: "No me compensa hacer esto; pero si hago eso, eso me compensará". Si digo que debo realizarme, entonces existe el conflicto de no realizarme, la resistencia contra el deseo; y la resistencia misma contra el deseo de realizarme se convierte en otra forma de realización.

¿Por qué la mente busca la realización? ¿Por qué la mente, el "yo", que es pensamiento, por qué es orgullosa, ambiciosa? ¿Por qué quiere que tengan buena opinión de ella? ¿Puedo comprender eso? ¿Puede la mente darse cuenta de lo que la está impulsando continuamente hacia el exterior? Y cuando se interrumpe el movimiento externo de la conciencia, entonces ésta se vuelca hacia el interior, y ahí se frustra una vez más.

De manera que nuestra conciencia es este continuo aspirar y espirar, ser importante y no serlo, recibir y rechazar; ésta es la vida diaria de nuestra conciencia. Y por detrás, la mente está buscando una salida. Si puedo comprender eso, si puedo captar su pleno significado, entonces tal vez sea posible tener una acción que no pertenece a la ambición, que no pertenece al orgullo, que no es realización propia, que no es de la mente.

Buscar o tratar de encontrar a Dios es otra forma de orgullo. ¿Y podemos usted y yo descubrir lo que hace que estemos continuamente yendo y viniendo? ¿No somos conscientes de un estado de vacuidad en nosotros, un estado de desesperación, de soledad, de la completa sensación de ser incapaces de depender de nada, de no tener a nadie a quien admirar? ¿No conocemos un momento de extraordinaria soledad, de extraordinario sufrimiento, sin razón, una sensación de desesperación en la cima del éxito, en la cumbre del orgullo, en la cúspide del pensamiento, en el punto álgido del amor? ¿No conocemos esta soledad? ¿Y no es esta soledad la que siempre nos empuja a ser alguien, a que tengan buena opinión de nosotros?

¿Puedo vivir con esa soledad, no huir de ella, no intentar realizarme mediante alguna acción, y no tratar de transformarla, no procurar dirigirla y controlarla? Si la mente puede hacerlo, entonces tal vez vaya más allá de esta soledad, más allá de esa deses-

peración; lo cual no quiere decir que recurra a la esperanza, a un estado de devoción. ¿Puedo comprender y vivir en esa soledad, no huir de ella sino vivir en esa extraña soledad que me viene cuando estoy aburrido, cuando estoy asustado, cuando me siento aprensivo, sin causa alguna o con causa? Cuando conozco esta sensación de soledad, ¿puede la mente vivir con ella sin tratar de apartarla de su lado?

Por favor, escuchen esto; no se limiten a oír meras palabras. Conforme he estado hablando, si han observado sus propias mentes, habrán llegado a ese estado de soledad. Está con ustedes ahora. Esto no es hipnosis, no es así porque yo lo sugiera, sino que de hecho, si han seguido el funcionamiento de su propia mente, habrán llegado a ese estado de soledad, de estar despojado de todo, de toda pretensión, de todo orgullo, toda virtud, toda acción. ¿Puede la mente vivir con eso? ¿Puede la mente permanecer con eso, sin ningún tipo de condena? ¿Puede contemplarla sin intervenir, no mirarla como observador? ¿No es entonces la mente misma ese estado? ¿Comprenden?

Si observo la soledad, entonces la mente actúa sobre la soledad, trata de darle forma, de controlarla o de huir de ella. La mente misma, no como observador, está sola, solitaria, vacía. No puede tolerar ni por un instante un estado en el que está completamente vacía, un estado en el que no sabe, en el que no hay acción del saber. De manera que, al ver eso, la mente se siente atemorizada, se evade en alguna actividad de realización.

Ahora bien, si la mente puede permanecer en ese sentimiento tan extraordinario de estar desconectado de todo, de todas las ideas, de todas las muletas, de todas las dependencias, entonces, ¿no puede una mente así ir más allá, no en teoría sino de hecho? Sólo cuando puede experimentar de lleno ese estado de soledad, ese estado de vacuidad, de no dependencia, es posible producir una acción desprovista de ambición. Sólo entonces puede haber un mundo en el que no haya competitividad, el cultivo despiadado de la actividad aisladora. Entonces, esa acción no es la acción a través del estrecho embudo del "yo". Esa acción no es conducente a encerrarse en sí mismo. Descubrirán que esa acción es creativa, porque carece de motivo, de ambición, no busca un resultado. Pero, para descubrirla, ¿tiene la mente que pasar por todo esto? ¿No puede saltar súbitamente?

La mente puede dar un salto si sé cómo escuchar. Si ahora estoy escuchando debidamente, sin ninguna barrera, sin ninguna interpretación, con una puerta abierta al descubrimiento, entonces hay libertad; y sólo puedo descubrir mediante la libertad.

Esa libertad consiste en estar libre del miedo, libre de la buena fama, libre del orgullo, del deseo de realizarse. Y esa libertad no puede producirse excepto cuando se lleva a cabo la completa negación de todo pensamiento, cuando la mente está totalmente vacía, solitaria, cuando la mente se encuentra en un estado en el que no hay ni desesperación ni triunfo. Sólo entonces existe la posibilidad de un mundo en el que la actitud despiadada, la brutalidad, la competitividad pueden llegar a su fin.[21]

LA ESTRUCTURA PSICOLÓGICA DE LA SOCIEDAD es lo que somos, lo que pensamos, lo que sentimos, la envidia, la ambición, la perpetua lucha de la contradicción, tanto consciente como inconsciente, y en eso estamos atrapados. Creemos que debemos hacer mucho esfuerzo para abrirnos paso a través de eso. Pero el esfuerzo siempre supone conflicto, contradicción, ¿no es cierto? Cuando no hay contradicción, no hay esfuerzo: usted vive. Pero existe la contradicción producida por la estructura psicológica de la sociedad en la que vivimos; dentro de cada uno de nosotros continuamente está teniendo lugar un conflicto, una batalla, consciente o inconscientemente; y siento que hasta que toda esta estructura psicológica no sea completamente comprendida y trascendida, no podremos de ninguna manera vivir una vida plena ni comprender lo que está más allá de la mente.

Como pueden ver, el mundo se está volviendo cada vez más superficial. La prosperidad va en aumento en todo el mundo. Existe el estado de bienestar y se está realizando un gran progreso en muchas direcciones, pero interiormente hemos permanecido más o menos estáticos, siguiendo las mismas viejas pau-

21 Bombay, 9ª plática, 8 de marzo de 1953.

tas, las mismas creencias. Puede que de vez en cuando modifiquemos nuestros dogmas para acomodarnos a las circunstancias, pero estamos viviendo nuestras vidas muy superficialmente. Siempre estamos escarbando en la superficie y nunca nos metemos a fondo. Y por muy superficialmente listos que seamos, por mucho conocimiento o información que tengamos acerca de tantísimas cosas, hasta que cambiemos completamente, en lo profundo, toda la estructura psicológica de nuestro ser, no veo cómo podemos ser libres y, por consiguiente, creativos.

De modo que me gustaría considerar con ustedes esta tarde cómo llevar a cabo una revolución, una revolución psicológica, sin esfuerzo. Estoy empleando la palabra esfuerzo en el sentido de afán, del intento de conseguir o convertirse en algo, de una mente que está atrapada en la contradicción, que está luchando por superar, disciplinar, conformarse, ajustarse, para producir un cambio en su propio interior. Estoy empleando la palabra esfuerzo para abarcar todo eso.

Ahora bien, ¿se puede llevar a cabo una revolución total, sin esfuerzo, no sólo en la mente consciente sino también en lo profundo, en el inconsciente? Porque cuando hacemos un esfuerzo para producir una revolución psicológica dentro de nosotros, eso supone presión, influencia, un motivo, una dirección, todo lo cual es el resultado de nuestro condicionamiento.

Nuestro condicionamiento, consciente e inconsciente, es muy profundo y de mucho peso, ¿no es cierto? Somos cristianos, hindúes, ingleses, franceses, alemanes, indios, rusos; pertenecemos a esta o esa iglesia con todos sus dogmas, a esta o esa raza con su carga histórica. Nuestras mentes están superficialmente educadas. La mente consciente está educada según la cultura en que vivimos, y de eso uno acaso pueda desprenderse con bastante facilidad. No es demasiado difícil dejar de lado el ser inglés, indio, ruso, o lo que uno sea, o renunciar a una iglesia o religión en particular. Pero es mucho más difícil descondicionar el inconsciente, el cual juega un papel mucho mayor en nuestra vida que la mente consciente.

La instrucción de la mente consciente es útil y necesaria como medio para ganarse la vida o ejercer cierta función, lo cual es la principal preocupación de nuestra educación. Se nos ense-

ña a hacer ciertas cosas, a funcionar de forma más o menos mecánica en cierta dirección. Ésa es nuestra educación superficial. Pero interior, inconscientemente, en lo profundo, somos el resultado de muchos miles de años del esfuerzo del hombre; somos la suma de sus luchas, sus esperanzas, sus desesperaciones, su perpetua búsqueda de algo más allá, y este cúmulo de experiencia todavía continúa dentro de nosotros. Darse cuenta de ese condicionamiento y liberarse de él exige muchísima atención.

Pero para penetrar muy hondamente en uno mismo, obviamente uno debe estar libre de ambición, de afán competitivo, de envidia, de codicia. Y eso es algo muy difícil de hacer, porque la envidia, la codicia y la ambición son la esencia misma de la estructura psicológica social de la que formamos parte. Al vivir, como hacemos actualmente, en un mundo compuesto de codicia, ambición y competitividad, el verdadero problema es ser por completo libre de estas cosas y, no obstante, no ser destruido por el mundo.

Si uno observa, se da cuenta de lo rápido que el conocimiento y la tecnología avanzan en el mundo. El hombre pronto será capaz de ir a la luna. Los ordenadores están asumiendo el control y nosotros mismos nos estamos volviendo cada vez más como máquinas, cada vez más automáticos. Muchos de nosotros vamos a la oficina día tras día y estamos completamente hastiados de lo que estamos haciendo, de modo que buscamos evadirnos de ese aburrimiento. Y la religión es una evasión maravillosa; o recurrimos a varias clases de sensaciones y a las drogas con el fin de sentir más, de ver más. Esto está sucediendo en todo el mundo.

Estamos en perpetuo conflicto, no sólo con nosotros mismos sino con los demás. Todas nuestras relaciones se basan en el conflicto, en la posesión, en la codicia, en la fuerza. Y cuando la mente está atrapada en semejante conflicto, en semejante desesperación y ansiedad, no veo cómo uno puede ir muy lejos. Pero uno tiene que ir lejos. Uno tiene que destruir toda la estructura psicológica de la sociedad dentro de sí, destruirla por completo. Ése es el verdadero quid de nuestra existencia. Porque, efectivamente, llevamos una vida sumamente superficial; y tratamos de indagar a fondo mediante la lectura, la adquisición

de conocimientos, la obtención de más y más información. Pero todo conocimiento, toda información está siempre en la superficie.

Por consiguiente, la pregunta es: ¿cómo ha de vivir uno en este mundo, sin producir conflicto exteriormente y en especial por dentro? Porque el conflicto interno determina el conflicto externo. Sólo una mente que esté realmente libre de conflicto, en todo nivel, porque no tiene ningún problema psicológico de ninguna clase, sólo una mente así puede descubrir si hay algo más allá de sí misma.

Esencialmente, nuestro problema no es cómo ganar más dinero o cómo parar la bomba de hidrógeno, o si integrarnos al Mercado Común; tales problemas no son muy profundos. Serán determinados y controlados por factores económicos, por sucesos históricos y por las innumerables presiones de gobiernos soberanos, sociedades y religiones. Lo que importa es ser capaz de abstraerse de todo eso, no retirándose, no convirtiéndose en monje o monja, sino comprendiendo realmente todo su significado. Uno tiene que descubrir por sí mismo si existe la menor posibilidad de ser completamente libre de la estructura psicológica de la sociedad, lo cual es estar libre de ambición.

Yo digo que es enteramente posible; pero no es fácil. Liberarse de la ambición es algo muy difícil. La ambición supone "el más", "el más" implica tiempo, y el tiempo significa llegar, conseguir. Negar el tiempo es liberarse de la ambición. No estoy hablando del tiempo cronológico; eso no se puede negar, porque en ese caso perdería el autobús. Pero el tiempo psicológico que nos hemos creado para nosotros mismos con el fin de convertirnos interiormente en algo, ése puede negarse. Lo que, de hecho, significa morir al mañana, sin desesperación.

¿Saben? Hay gente lista, intelectuales que han examinado las manifestaciones externas del hombre. Han examinado la sociedad con sus infinitas guerras, han examinado las iglesias con sus creencias, dogmas y salvadores; y después de hacerlo se encuentran en la desesperación. Basándose en la desesperación, han ingeniado una filosofía de la aceptación de lo inmediato, de no pensar en el mañana sino vivir tan plenamente como sea posible en el ahora. Eso no es en absoluto lo que quiero decir. Eso

es muy fácil. Cualquier persona materialista, superficial, puede hacerlo, y no tiene que ser muy hábil. Y eso, desafortunadamente, es lo que hacemos la mayoría de nosotros. Vivimos para hoy, y hoy se extiende a muchos mañanas. Eso no es en absoluto a lo que me refiero. Me refiero a negar total e inmediatamente la ambición, a morir psicológicamente a la estructura social, de modo que la mente nunca esté atrapada en el tiempo, en la ambición, en el deseo de ser o de no ser algo.

¿Saben? La muerte es algo maravilloso, y comprender la muerte requiere muchísima percepción directa, morir a la ambición, de forma natural, sin esfuerzo, negar la envidia. La envidia significa comparación, éxito, la búsqueda del "más": usted tiene más y yo tengo menos, usted tiene muchísimo conocimiento y yo soy ignorante. ¿Puede uno ponerle fin completa e instantáneamente a este proceso? Uno puede ponerle fin, puede morir del todo a la envidia, la ambición, la competitividad sólo cuando es capaz de mirarla sin ninguna distorsión. Hay distorsión mientras haya motivo. Cuando usted quiere morir a la ambición, con el fin de ser otra cosa, sigue siendo ambicioso. Eso no es morir, en absoluto. Cuando usted renuncia con un motivo, no es renunciación. Y detrás de la mayoría de los renunciamientos está este motivo de ser, conseguir, llegar, encontrar.

De manera que me parece que meramente nos estamos haciendo cada vez más astutos, cada vez estamos mejor informados. Se nos educa a base de palabras, ideas, teorías y conocimiento, y hay muy poco espacio vacío en la mente desde el que se pueda ver algo claramente. Sólo la mente vacía puede ver con claridad, no la mente que está atiborrada de información y conocimiento, no la mente que está incesantemente activa, buscando, alcanzando, demandando. Pero una mente que está vacía no se encuentra simplemente en blanco. Darse cuenta de una mente vacía es extraordinariamente difícil. Y sólo en esa vacuidad existe la comprensión; sólo en ese vacío hay creación.

Para llegar a ese estado de vacuidad, uno tiene que negar toda la estructura social, la estructura psicológica de la ambición, el prestigio, el poder. A la gente mayor le resulta relativamente fácil no ser ambiciosa, negar poder y posición, pero esas negaciones son muy superficiales. Por eso es tan importante com-

prender el inconsciente. Para comprender el inconsciente, lo que está oculto y que usted no conoce, no puede examinarlo con una mente positiva, educada, analítica. Si examina el inconsciente mediante el proceso consciente del análisis, inevitablemente creará conflicto.

Hagan el favor de comprender esto; no es muy complicado. Nuestro acercamiento a cualquier problema psicológico profundo es siempre un acercamiento positivo. Es decir, queremos desentrañarlo, queremos controlar o resolver el problema, de manera que lo analizamos, o seguimos un sistema particular, con el fin de comprenderlo. Pero no se puede comprender algo que no se conoce, por medio de lo ya conocido; no se puede dictaminar lo que debería o no debería ser. Debe abordarse con las manos vacías; y tener las manos vacías, o una mente vacía, es una de las cosas más difíciles de hacer. Nuestras mentes están tan llenas de las cosas que hemos conocido; estamos tan cargados de nuestros recuerdos, y todo pensamiento es una respuesta de esos recuerdos. Con el pensamiento positivo abordamos lo que no es positivo, lo oculto, lo inconsciente.

Ahora bien, si usted puede escuchar sencillamente lo que se dice, sin tener idea alguna, sin esperar a que se le diga cómo, entonces creo que descubrirá que es capaz de acercarse al inconsciente —el cual tiene un enorme poder, un empuje y una compulsión extraordinarios— sin crear contradicción y, por consiguiente, sin esfuerzo.

Ustedes no tienen que aceptar mi palabra al respecto, y espero que no lo hagan, pues entonces me convertirían en su autoridad, lo cual sería una acción sumamente impropia.

Existe lo incognoscible, algo mucho más allá de la mente, más allá de todo pensamiento. Pero ustedes no pueden acercarse a ello en modo alguno con su conocimiento y recuerdos, con las cicatrices de la experiencia, el peso de la ansiedad, la culpa, el temor. Y no pueden deshacerse de estas cosas mediante ningún esfuerzo. Sólo pueden liberarse de ellas escuchando cada pensamiento y cada sentimiento, sin tratar de interpretar lo que escuchan; simplemente escuchen, sencillamente observen y estén atentos desde el vacío. Entonces pueden vivir en este mundo, sin estar contaminados por su odio, su fealdad, su brutali-

dad. Pueden trabajar como oficinista, conductor de autobús, gerente de banco, o lo que sea, sin estar atrapados en el estatus. Pero en el momento en que a esa función se le añaden los factores psicológicos de ambición, autoridad, poder y prestigio, entonces uno no puede vivir en este mundo, sin perpetuo sufrimiento.

En realidad, la mayoría de nosotros sabemos todo esto. No se necesita para nada escuchar una charla de esta clase. Sabemos muy bien que éste es un mundo terrible, brutal, feo, donde cada religión, cada facción política está tratando de moldear el pensamiento del hombre, donde el estado del bienestar nos está haciendo cada vez más cómodos, insensibles, estúpidos, porque hemos utilizado el conflicto como medio de volvernos exteriormente ingeniosos, astutos. Pero interiormente no hemos cambiado en absoluto; seguimos actuando del mismo modo en que lo hemos estado haciendo durante siglos: temerosos, ansiosos, culpables, buscando poder, buscando sexo. Estamos perpetuando lo que es bestial, lo cual significa que todavía funcionamos dentro de la estructura psicológica de la sociedad.

La cuestión es cómo romper totalmente esa estructura, cómo destruirla por completo y salirse de ella, sin volverse loco y sin convertirse en monje, monja o ermitaño. Esa estructura sólo puede ser rota inmediatamente; no hay tiempo para hacerlo. O lo hace de inmediato o nunca.[22]

22 Londres, 1ª plática, 5 de junio de 1962.

Ira

INCLUSO A AQUELLA ALTITUD se hacía sentir el calor. Los vidrios de las ventanas estaban calientes al tacto. El zumbido sostenido de los motores del avión era tranquilizador, y muchos de los pasajeros estaban adormilados. La tierra se hallaba a mucha distancia, por debajo de nosotros, temblando por el calor, una extensión interminable de color pardo con ocasionales recortes verdes. Al rato aterrizamos y el calor se hizo casi insoportable; era literalmente penoso, y aun en la sombra de un edificio parecía que la cabeza fuera a estallar. Estábamos en pleno verano y el campo era casi un desierto.

Partimos de nuevo y el avión ascendió, buscando los vientos frescos. Dos nuevos pasajeros, ubicados en los asientos de enfrente, conversaban en voz alta; era imposible no oírlos. Empezaron hablando bastante tranquilos, pero al poco tiempo la ira se fue introduciendo en sus voces, la ira de la familiaridad y el resentimiento. En su violencia parecían haberse olvidado del resto de los pasajeros; estaban tan enojados el uno con el otro que sólo existían ellos y nadie más.

La ira tiene la característica peculiar de aislar; al igual que el dolor, nos incomunica y, al menos de momento, cesa toda relación. La ira tiene la fuerza y vitalidad momentáneas de lo aislado. Hay en la ira una extraña desesperación, pues el aislamiento es desesperación. La ira de la desilusión, de los celos, de la voluntad de herir, proporciona un violento desahogo cuya satisfacción es en verdad una justificación de nosotros mismos. Sin algún tipo de actitud, ya sea de altivez o de humillación, ¿qué somos? Empleamos cualquier medio para darnos importancia, y la ira, al igual que el odio, es uno de los más fáciles de conseguirlo.

Un simple enojo, un arrebato repentino que se olvida al poco tiempo, es una cosa; pero la ira que es el resultado de una causa psicológica es mucho más sutil y difícil de tratar. A la mayoría de nosotros no nos importa enfadarnos; le buscamos excusas. ¿Por qué no habríamos de encolerizarnos cuando se maltrata a alguien o somos maltratados? Por lo tanto, nos sentimos justamente indignados. Nunca decimos simplemente que estamos enojados y lo dejamos ahí; recurrimos a complicadas explicaciones de las causas. Nunca decimos sencillamente que estamos celosos o amargados, sino que lo justificamos o lo explicamos. Preguntamos cómo puede haber amor sin celos, o decimos que las acciones de otro nos han amargado, y así por el estilo.

Es la explicación, la verbalización, tanto silenciosa como enunciada, lo que sostiene la ira, lo que le da amplitud y calado. La explicación, silenciosa o hablada, actúa como una defensa contra el descubrimiento de nosotros tal como somos. Queremos ser elogiados o adulados, esperamos obtener algo, y cuando estas cosas no suceden, nos sentimos defraudados, nos volvemos amargados o celosos. Entonces, violenta o suavemente, le echamos la culpa a otro, decimos que él es el responsable de nuestra amargura.

Ustedes son de gran importancia porque dependo de ustedes para mi felicidad, para mi posición o prestigio. Por medio de ustedes me realizo, y por eso son importantes para mí; debo protegerlos, poseerlos. Por medio de ustedes huyo de mí mismo, y puesto que tengo miedo de mi propio estado, cuando soy devuelto bruscamente a mi propio ser, me enfurezco. La ira adopta muchas formas: desilusión, resentimiento, amargura, celos, etcétera.

La acumulación de la ira, que es el resentimiento, requiere el antídoto del perdón; pero la acumulación de la ira es mucho más significativa que el perdón. El perdón es innecesario cuando no hay acumulación de ira. El perdón es esencial si hay resentimiento; pero estar libre de la adulación y del sentido de ofensa, sin la dureza de la indiferencia, propicia la misericordia y la caridad.

La ira no puede ser eliminada mediante la acción de la voluntad, porque la voluntad es parte de la violencia. La voluntad

es la resultante del deseo, del ansia de ser; y el deseo, en su misma naturaleza, es agresivo, dominante. Suprimir la ira mediante el ejercicio de la voluntad es transferirla a otro nivel, dándole un nombre distinto, pero todavía sigue formando parte de la violencia. Para librarse de la violencia, lo que no significa el culto de la no violencia, debe haber comprensión del deseo. No existe ningún sustituto espiritual para el deseo; éste no puede ser suprimido ni sublimado. Tiene que haber una percepción silenciosa, alerta y no selectiva del deseo; y esta percepción pasiva es experimentar el deseo de forma directa, sin un experimentador que lo nombre.[23]

DONDEQUIERA QUE HAYA UNA DIVISIÓN, debe haber conflicto. Ésa es una ley, una ley eterna. Donde haya separación, división, ruptura en dos partes, debe haber conflicto. Y ese conflicto existe porque hemos separado el observador de lo observado: soy distinto de mi ira, soy diferente de mi envidia, soy diferente de mi sufrimiento. Por consiguiente, al ser distinto, hay conflicto, o sea: "Debo deshacerme del sufrimiento", "Dígame cómo superar el sufrimiento", "Dígame qué hacer con mi miedo". Por lo tanto, hay conflicto todo el tiempo. Pero usted es sufrimiento. Usted no es diferente del sufrimiento, ¿verdad? No es distinto de la ira, ¿verdad? No es diferente de sus deseos sexuales, ¿no es cierto? No se diferencia de la soledad que siente: usted se siente solo.

Ahora bien, antes, cuando separaba, actuaba sobre mi sufrimiento. ¿Comprende? Si me siento solo, entonces huyo de la soledad, trato de superarla o analizarla e intento llenar la soledad con toda clase de diversiones o de actividad religiosa. Antes actuaba sobre ella; ahora no puedo actuar sobre ella porque soy eso. Entonces, ¿qué sucede cuando el observador es lo observado? ¿Comprende? Cuando la ira soy yo, entonces, ¿qué tiene lugar?

Primero, cesa todo conflicto. Todo conflicto cesa cuando usted se da cuenta de que es eso. Soy moreno: se acabó. Es un

23 *Commentaries on Living*, Series I (*Comentarios sobre el vivir*, 1ª serie), capítulo 30, "Ira".

hecho. Moreno claro o moreno oscuro, púrpura o del color que sea. De modo que elimina por completo este proceso divisivo que produce conflicto en usted.

El hecho es: yo soy la ira, yo soy celoso, yo me siento solo. ¿Por qué convertimos eso en una idea, hacemos de ello una abstracción? ¿Es más fácil crear una abstracción que encarar el hecho? Porque entonces puedo jugar con la idea. Digo: "Sí, ésta es una buena idea", "Ésta es una mala idea". Pero cuando no hay abstracción sino el hecho, entonces tengo que vérmelas con él.[24]

EL MIEDO, EL PLACER, EL SUFRIMIENTO, EL PENSAMIENTO y la violencia están todos interrelacionados. La mayoría de nosotros disfrutamos con la violencia, sintiendo aversión hacia alguien, odiando a una raza o grupo de personas en particular, teniendo sentimientos antagónicos hacia los demás. Pero en un estado mental en el que toda violencia ha llegado a su fin, hay una dicha que es muy distinta del placer de la violencia, con sus conflictos, odios y temores.

¿Podemos llegar a la raíz misma de la violencia y liberarnos de ella? De otro modo viviremos eternamente batallando los unos con los otros. Si ésa es la manera en que usted quiere vivir, y al parecer la mayoría de las personas así lo desea, entonces adelante; si dice: "Bueno, lo siento, la violencia no puede acabar nunca", entonces usted y yo no disponemos de medio alguno de comunicación; usted se ha bloqueado. Pero si dice que puede haber una forma diferente de vivir, entonces podremos comunicarnos.

Consideremos juntos, pues, aquéllos de nosotros que podemos comunicarnos, si existe alguna posibilidad de ponerle fin por completo en nosotros mismos a toda forma de violencia, y no obstante vivir en este mundo monstruosamente brutal. Creo que es posible. No quiero tener ni un asomo de odio, celos, ansiedad o miedo en mí. Quiero vivir completamente en paz. Lo cual no significa que quiera morir. Quiero vivir en esta tierra

24 Bombay, 2º encuentro de preguntas y respuestas, 7 de febrero de 1985.

maravillosa, tan abundante, tan rica, tan hermosa. Quiero mirar los árboles, las flores, los ríos, los prados, a las mujeres, a los muchachos, a las muchachas, y al mismo tiempo vivir completamente en paz conmigo mismo y con el mundo. ¿Qué puedo hacer?

Si sabemos cómo observar la violencia, no sólo en sus manifestaciones externas en la sociedad, las guerras, las revueltas, los antagonismos nacionales y los conflictos de clase, sino también en nosotros mismos, entonces tal vez podamos trascenderla.

Aquí tenemos un problema muy complejo. El hombre ha sido violento por los siglos de los siglos; en todo el mundo las religiones han tratado de domarlo y ninguna lo ha conseguido. Por lo tanto, si vamos a examinar la cuestión, me parece que debemos ser al menos muy serios al respecto, porque nos conducirá a un dominio muy diferente; pero si meramente queremos jugar con el problema, a modo de entretenimiento intelectual, no llegaremos muy lejos.

Usted puede sentir que es muy serio en cuanto al problema, pero que mientras tantísima otra gente en el mundo no sea seria y no esté dispuesta a hacer nada al respecto, ¿de qué sirve que usted haga nada? A mí no me importa si ellos se lo toman en serio o no. Yo lo tomo en serio; eso es suficiente. No soy custodio de mi hermano. Yo mismo, como ser humano, soy un apasionado de esta cuestión de la violencia, y me aseguraré de no ser violento en mí mismo. Pero no puedo decirle a usted ni a ninguna otra persona: "No sea violento". No tiene ningún sentido, a menos que usted mismo así lo quiera. De manera que si usted mismo de verdad quiere comprender este problema de la violencia, continuemos juntos nuestro viaje de exploración.

Este problema de la violencia, ¿está ahí afuera o aquí? ¿Quiere resolver el problema en el mundo exterior, o está cuestionando la violencia misma tal como se manifiesta en usted? Si en sí mismo está libre de violencia, entonces la pregunta es: "¿Cómo voy a vivir en un mundo lleno de violencia, de afán adquisitivo, codicia, envidia, brutalidad? ¿No acabaré siendo destruido?". Ésa es la inevitable pregunta que invariablemente se plantea. Cuando usted hace esa pregunta, me parece que de hecho no está viviendo pacíficamente. Si vive pacíficamente, no

tendrá ningún problema. Puede ser encarcelado porque se niega a incorporarse al ejército, o fusilado porque se niega a luchar; pero ése no es un problema: será fusilado. Es extraordinariamente importante comprender esto.

Estamos tratando de comprender la violencia como un hecho, no como una idea, como un hecho que existe en el ser humano, y el ser humano es yo mismo. Y para entrar en el problema debo ser completamente vulnerable, receptivo. Debo revelarme a mí mismo, no necesariamente mostrarme a usted, porque puede que usted no esté interesado, pero debo encontrarme en un estado mental que requiere que se vea esto hasta el final y que no se detenga en ningún punto y diga: "No avanzaré más".

Ahora bien, debe ser evidente para mí, que soy un ser humano violento. He experimentado violencia en la ira, en mis demandas sexuales, en el odio, en los celos, creando enemistad, etcétera. La he experimentado, conocido, y me digo a mí mismo: "Quiero comprender todo este problema, no sólo uno de sus fragmentos que se expresa en la guerra, sino esta agresividad en el hombre que también existe en los animales y de la que participo".

La violencia no es meramente matar a otro. Es violencia cuando empleo una palabra áspera, cuando hago un gesto de rechazo hacia una persona, cuando obedezco porque tengo miedo. De modo que la violencia no es sólo la carnicería organizada en nombre de Dios, en nombre de la sociedad o del país. La violencia es mucho más sutil, mucho más profunda, y estamos investigando en las mismas profundidades de la violencia.

Cuando usted se llama a sí mismo indio o musulmán, cristiano o europeo, o cualquier otra cosa, está siendo violento. ¿Ve usted por qué eso es violento? Porque está separándose del resto de la humanidad. Cuando se separa mediante la creencia, la nacionalidad, la tradición, eso genera violencia. Por lo tanto, un hombre que se propone comprender la violencia no pertenece a ningún país, a ninguna religión, a ningún partido político o sistema parcial; lo que le preocupa es la comprensión total de la humanidad.

Hay dos escuelas básicas de pensamiento en lo referente a la violencia, una que dice: "La violencia es innata en el hombre", y la otra que dice: "La violencia es el resultado de la he-

rencia social y cultural en la que el hombre vive". A nosotros no nos concierne a qué escuela pertenecemos; no tiene ninguna importancia. Lo que importa es el hecho de que somos violentos, no la razón de ello.

Una de las expresiones más comunes de la violencia es la ira. Cuando mi esposa o hermana es atacada, digo que estoy justamente iracundo; cuando mi país, mis ideas, mis principios, mi forma de vida son atacados, estoy justamente enfadado. También me pongo colérico cuando mis hábitos o mis pequeñas y mezquinas opiniones son atacados. Cuando usted me ofende o me insulta, me encolerizo; o si usted se fuga con mi esposa y me vuelvo celoso, esos celos son calificados de justos porque ella es de mi propiedad. Toda esa ira está moralmente justificada. Y también está justificado matar por mi país.

De modo que cuando hablamos de la ira, la cual forma parte de la violencia, ¿observamos la ira en términos de ira justificada e injustificada, según nuestras propias inclinaciones y motivación ambiental, o sólo vemos la ira? ¿Existe alguna vez la ira justificada o sólo hay ira? No hay influencia buena o mala, sólo influencia, pero cuando usted es influido por algo que no me conviene, la denomino influencia maligna.

En el momento en que usted protege a su familia, a su país, un trozo de trapo colorado llamado bandera, una creencia, idea, dogma, lo que usted demanda o lo que sostiene, esa protección misma indica ira. De manera que, ¿puede mirar la ira sin dar ninguna explicación o justificación, sin decir: "Debo proteger mis bienes", "Tuve razón en enfadarme", o "¡Qué estúpido de mi parte enfadarme!"? ¿Puede observar la ira como si fuera algo de por sí? ¿Puede mirarla de manera completamente objetiva, lo que significa ni defendiéndola ni condenándola? ¿Puede?

¿Puedo mirarle si siento antagonismo hacia usted, o si estoy pensando qué persona tan maravillosa es? Sólo le puedo ver cuando le miro con cierto cuidado en el que no interviene ninguna de estas cosas. Ahora bien, ¿puedo observar la ira del mismo modo, lo que significa que soy vulnerable al problema, que no lo resisto, que estoy observando este fenómeno extraordinario sin reacción alguna hacia él?

Es muy difícil mirar desapasionadamente la ira porque forma parte de mí, pero eso es lo que estoy intentando hacer. Aquí estoy, un ser humano violento, ya sea negro, marrón, blanco o púrpura. No me interesa si he heredado esta violencia o si la sociedad la ha producido en mí; todo lo que me preocupa es si de algún modo es posible liberarse de ella. Liberarse de la violencia lo es todo para mí. Para mí es más importante que el sexo, la comida y la posición, porque esta cosa me está corrompiendo. Me está destruyendo y destruyendo al mundo, y quiero comprenderla, quiero ir más allá de ella. Me siento responsable de toda esta ira y violencia en el mundo. Me siento responsable, no es simplemente una sarta de palabras, y me digo: "Sólo puedo hacer algo si yo mismo estoy más allá de la ira, de la violencia, de la nacionalidad". Este sentimiento que tengo de que debo comprender la violencia en mí mismo proporciona extraordinaria vitalidad y pasión por descubrir.

Para investigar el hecho de su propia ira, no debe dictar juicio alguno sobre ella, porque en el momento en que concibe su contrario, la condena y, por lo tanto, no puede verla como es. Cuando dice que le tiene antipatía o que odia a alguien, ése es un hecho, aunque suene terrible. Si lo mira, lo examina completamente, cesa, pero si dice: "No debo odiar; debo tener amor en mi corazón", entonces usted está viviendo en un mundo hipócrita con doble tabla de valores. Vivir completa, plenamente en el instante es vivir con lo que es, lo actual, sin ningún sentimiento de condena o justificación. Entonces usted la comprende tan por completo que ha acabado con ella. Cuando ve claramente, el problema está resuelto.[25]

¿QUÉ ES EL ANÁLISIS? El análisis es observación, ¿verdad?, una forma de observación. Observo, y al observarme digo: "He estado enfadado, ¿por qué lo he estado?". Las explicaciones, la causa, las justificaciones, todo eso forma parte del análisis, el cual es parte del pensamiento, ¿verdad?

25 *Freedom From The Known* (*Libérese del pasado*), capítulo 6.

Y el análisis lleva tiempo. Al final del mismo digo: "Esa ira estuvo justificada o esa ira no estuvo justificada, por lo tanto debo estar atento la próxima vez; sólo me pondré colérico cuando esté justificado". ¡Ira justa e injusta!

Fíjense en lo que está pasando. El pensamiento despierta a la realidad y a la observación de la ira. Entonces, ¿qué tiene lugar? El pensamiento es el observador, ¿no es cierto? Entonces el observador es diferente de lo que observa, de su ira. Al observar el pensamiento y todas las actividades del pensamiento, de esa observación proviene la inteligencia. Esta inteligencia es el resultado de la observación del funcionamiento del pensamiento.

Ahora esa inteligencia está mirando, observando la mente, el cuerpo, el corazón. Esa inteligencia dice: "No tomes esa comida —escuchen esto— porque ayer tuviste dolor, déjala". Y porque la inteligencia está funcionando, la deja al instante.

Interlocutor: Eso es memoria, señor.

Krishnamurti: No, espere, escuche cuidadosamente. Dije, señor, que la inteligencia no es pensamiento. La inteligencia surge de la observación del funcionamiento del pensamiento, de la observación, no de su condena o aceptación, simplemente de observar cómo funciona el pensamiento. En esa observación aparece la inteligencia. Ahora esa inteligencia está observando. Y yo como cosas perjudiciales. Cuando esa inteligencia está mirando —escuchen esto—, también se da cuenta de la causalidad, que es el pasado. De modo que la inteligencia no descuida la causa; se da cuenta de la causa y del resultado. Pero no es memoria; es la inteligencia que percibe todo el movimiento de la causalidad.[26]

MIRE, ESTOY ENOJADO, ése es el único factor, ¿verdad? Cuando digo: "No debo estar enojado", ésa es una conclusión, es una abstracción. Pero el hecho es que estoy enojado. Si su-

26 Saanen, 3er. diálogo, 6 de agosto de 1971.

piera cómo resolver esa ira, no surgiría su opuesto. ¿Puedo solucionar esa ira sin recurrir a su opuesto, sin decir: "No debo enojarme"? El "no debo enojarme" es el opuesto. Y eso sólo se presenta cuando no puedo comprender toda la estructura de la ira y trascenderla.

De modo que me digo: ¿puedo comprender la ira, no controlarla, no rechazarla, no dejarme llevar por ella, sino comprenderla, tener una percepción profunda de toda la estructura de la ira? Si lo hago, entonces el opuesto no existe.

Interlocutor: Si no controlo mi ira, me temo que voy a matar a alguien.

Krishnamurti: Mire, antes de que mate a alguien, trate de averiguar si puede resolver la ira. Controlarla significa suprimirla. Decir: "No debo enfadarme" es crear el opuesto, y por lo tanto, un conflicto entre "no debo estar" y el hecho de que estoy enfadado. O si usted trata de evadirse de ella, la ira sigue estando ahí.

Mire lo que ha sucedido. Antes, traté de controlarla, lo cual es un desperdicio de energía. Antes, traté de suprimirla, lo cual es un derroche de energía. Antes, traté de huir de ella o de racionalizarla, lo cual es una evasión, una huida del hecho. Si no huyo, controlo, suprimo o trato de racionalizarla, toda esa energía está concentrada, ¿verdad? De modo que poseo esa enorme energía para afrontar un hecho, que es la ira. ¿Han captado eso? Por favor, de otro modo no podemos seguir. Si no lo han captado entonces se vuelve algo meramente verbal. ¿Comprenden?

Usted entra en cólera. Su tradición, su cultura dice: "Suprímala, contrólela, huya de ella y racionalícela". Yo digo que eso es un desperdicio de energía, lo cual le impide observar el único factor, que es la ira. Por consiguiente, la ira no tiene opuesto, sólo existe eso, y usted tiene energía.

Ahora, el paso siguiente. ¿Por qué le llama ira? Porque previamente usted ha estado enojado; al darle el nombre de ira ha recalcado la experiencia anterior. De manera que está observando el factor presente con la experiencia previa, y por consiguiente, condicionando el factor presente. ¿Está siguiendo esto? De manera que el nombrar es un desperdicio de energía. Por lo

tanto, usted no nombra, no controla, no suprime, no huye, y tiene la energía. Entonces, ¿hay ira?

No diga que no sabe, porque en ese momento está afrontando el único factor. Y cuando está encarando completamente ese factor, el factor no existe, porque sólo existe cuando está escapando, luchando, controlando, suprimiendo. Eso es. ¿Lo ha captado?

En mí, en uno, en un ser humano existe esta dualidad. Y me pregunto: "¿Existe dualidad alguna?". Existen el hombre, la mujer, la luz del Sol, la oscuridad. Eso es obvio, pero psicológicamente, ¿hay opuestos? Esto requiere atención, ¿verdad? Porque necesita observar para verlo claramente.[27]

LA LIBERTAD NO ES UNA REACCIÓN sino más bien el estado mental que resulta cuando comprendemos la reacción. La reacción es la respuesta al desafío, es placer, ira, miedo, dolor psicológico, y al comprender esta estructura muy compleja de respuesta, toparemos con la libertad. Entonces descubrirá que la libertad no es estar libre de ira, libre de autoridad, etcétera. Es un estado per se, para ser experimentado por sí mismo, y no porque usted esté en contra de algo.[28]

27 Saanen, 2ª discusión, 3 de agosto de 1972.
28 Saanen, 3ª plática, 11 de julio de 1963.

Culpa

¿QUÉ ES LA CULPA? ¿Cuál es su relación con el ego, con toda la conciencia de la humanidad, del hombre, de la mujer, y demás? ¿Qué es la culpa? ¿Por qué tiene uno este enorme sentimiento de culpa? Puede ser muy superficial o estar muy hondamente arraigado desde la infancia, y al que se le deja crecer conforme uno se hace mayor. Y ese sentimiento de culpa hace que uno se sienta muy vacío —ya conocen todo esto—, con una sensación de no ser capaz de hacer nada. Y esa pared impide cualquier otra comunicación. O tengo miedo de esa culpa: usted me ha dicho, desde mi niñez, que haga algo y no puedo hacerlo, pero siento que debo hacerlo y si fracaso me siento culpable. Y los padres juegan un papel terrible en esto. ¡Lo siento! Ellos alientan esta culpa, consciente o inconscientemente, de modo que esta culpa se convierte en parte del ego, parte de mí.

Creo que sería erróneo plantear la pregunta de cuál es la relación entre ambos. ¿Comprenden cómo está evolucionando la cuestión? No son dos cosas separadas. El resultado de sentirse culpable, junto con otros factores, es lo que constituye el ego. No son dos actividades separadas o dos reacciones distintas. De modo que la culpa forma parte de la psique, parte del ego, parte del "yo".

Ahora bien, ¿por qué siente uno culpa? La gente le hace sentirse culpable y lo mantiene en ese estado porque es muy conveniente para ellos; les gusta abusar de usted y producir un sentimiento de culpa, el sentimiento de que debe resignarse, debe aceptar, debe obedecer. Aunque usted se rebele contra ello, lo mantiene soterrado y se aferra a su culpa. Y otros factores constituyen el ego, el "yo". La culpa hace que uno se sienta tremen-

damente solo, con una sensación de depresión, y si esa culpa es muy profunda y fuerte, uno no puede resolverla. Por consiguiente, acudo a usted y le digo: "Por favor, ayúdeme a superar esta culpa". Y entonces usted impone, si es el que manda, otra reacción de culpa. Y así va la cosa.

Estoy preguntando, ¿por qué existe siquiera este sentimiento? Es alentado en las religiones ortodoxas, ¿verdad? En el cristianismo existen el pecado original y el salvador, y por consiguiente debo sentirme culpable, confesarme y empieza todo el circo. Perdónenme si empleo esa palabra. Adopta formas distintas. En el mundo cristiano es la confesión y la absolución; y en el mundo asiático tiene una forma diferente: acuden a los templos, ya saben, hacen toda suerte de cosas.

Pero, ¿es necesario sentir eso? ¿Puede haber una educación en la cual no haya nada de esto? Me lo pregunto. Estamos jugando juntos, por favor. ¿Existe una forma de criar al niño en la que no se fomente el sentimiento de culpa?

Cómo resolver la culpa, cómo superarla, se convierte en un problema. En ella tienen su origen toda suerte de cosas y la convertimos en un problema. Ahora bien, ¿qué es un problema? Al parecer, los seres humanos tienen miles de problemas: políticos, religiosos, económicos, sexuales, en la relación. La vida, el vivir, se convierte en un problema, y una parte del mismo generalmente está asociada con la culpa.

¿Es posible no tener ni un solo problema sexual, religioso, político, económico, en la relación, etcétera? Así que vamos a investigarlo. Ustedes están participando en el juego conmigo. Averigüemos por qué los seres humanos tienen problemas.

Desde la niñez, cuando el niño va a la escuela, escribir se convierte en un problema para él. Leer, deletrear, luego las matemáticas, la geografía, la historia, la biología, la química, la ciencia, la arqueología, etcétera. De modo que desde el principio es instruido, o condicionado, para tener problemas. Esto es obvio. Así que su cerebro está condicionado a tener problemas. ¿Están ustedes participando en el juego conmigo? Y toda su vida, prácticamente desde el momento en que nace hasta que muere, el cerebro continúa viviendo en problemas, porque ha si-

do educado, culturizado en todo el sistema de la comparación, de los exámenes, los premios, los castigos, etcétera. Todo eso ha hecho que el cerebro no sólo reciba problemas sino que tenga los suyos propios; está condicionado de esa forma, y por consiguiente, nunca puede solucionar problema alguno.

Por lo tanto, ¿se puede tener un cerebro que no tenga ningún problema pero que pueda dar respuesta a los problemas? Porque hay problemas. Ahora bien, ¿es eso posible? Porque mientras usted tenga problemas debe tener el sentimiento de que debe resolverlos, y si no puede hacerlo se siente culpable. Y por consiguiente, mantenemos esto en marcha. Entonces otros vienen y nos ayudan, y todo el asunto vuelve a empezar de otra forma.

Escuchen la pregunta. Entren en el mecanismo de la culpa, su relación con el ego. Y dijimos: No los separen, porque la culpa forma parte del ego, parte del "yo". No existe por separado. Por lo tanto, no es algo con lo que esté relacionado, Está dentro, está ahí. Luego dijimos: ¿Por qué tenemos problemas? Los problemas existen desde la niñez, desde que el niño va a la escuela. Se le educa para tener problemas. De manera que toda su vida se convierte en un problema: depresión, ansiedad, etcétera. Luego va y le pregunta a otro; lo cual significa pedirle ayuda a otro. Pero el otro es él; el otro tiene problemas, se deprime, se siente solo. De modo que el otro es usted. Me pregunto si se dan cuenta de esto. Por lo tanto, ¿de qué sirve preguntarle?[29]

Interlocutor: He hecho algo malo y pecaminoso, y me ha dejado con un terrible sentimiento de culpa. ¿Cómo puedo superar este sentimiento?

Krishnamurti: Señor, ¿qué entiende por pecado? Los cristianos tienen un concepto del pecado que usted no tiene, pero usted sí se siente culpable cuando tiene más dinero, cuando tiene una casa más grande que la de otra persona —al menos debería. (Risas). Cuando va en un auto confortable y ve una cola de gente de una milla de largo esperando para tomar el autobús, eso le

29 Ojai, 1er. encuentro de preguntas y respuestas, 14 de mayo de 1985.

produce algo. O bien tiene lo que se llama un sentimiento de culpa, o quiere transformar algo radicalmente, no en el estúpido sentido económico sino en el sentido religioso, de manera que estas cosas no puedan suceder en el mundo. O puede sentirse culpable porque se da cuenta de que tiene cierta capacidad, una comprensión que otros no tienen. Pero, extrañamente, nunca nos sentimos culpables respecto de semejantes cosas; sólo nos sentimos culpables en relación con cosas mundanas, por tener más dinero o una posición social mejor, etcétera.

Ahora bien, ¿qué es este sentimiento de culpa, y cuándo se da cuenta del mismo? ¿Es una forma de lástima? La mayoría estamos ocupados con nosotros mismos, de distintas maneras, de la mañana a la noche, y consciente o inconscientemente nos movemos en esa corriente. Cuando hay un desafío repentino, ese movimiento de la ocupación consigo mismo se ve alterada, y entonces nos sentimos culpables, sentimos que estamos haciendo algo malo, o que no hemos hecho algo bien; pero ese sentimiento sigue estando dentro de la corriente de la actividad egocéntrica, ¿verdad? No sé si todos ustedes están siguiendo esto.

¿Por qué se siente culpable? Si está viviendo intensamente con todo su ser, si está plenamente consciente de todo a su alrededor y en su interior, del consciente al igual que del inconsciente, ¿dónde hay cabida para la culpa? El hombre que se siente culpable es el que vive en fragmentos, que está dividido en su interior. Una parte de él es buena, la otra parte es corrupta; una parte trata de ser noble, y la otra es innoble; una parte es ambiciosa, despiadada, y la otra parte habla de paz, de amor. Esa gente se siente culpable porque siguen estando dentro de la pauta de su propia creación. Mientras haya actividad egocéntrica, no puede superar el sentimiento de culpa; es imposible. Ese sentimiento sólo desaparece cuando aborda la vida de manera total, con todo su ser, es decir, cuando no hay autorrealización de ninguna clase. Entonces descubrirá que el sentimiento de culpa no existe en absoluto, porque no está pensando en sí mismo. No hay ninguna actividad egocéntrica.

Señores, si están escuchando y no actúan, es como un hombre que siempre está labrando y nunca siembra. Es mejor no escuchar una verdad que escuchar sin actuar, porque entonces se

convierte en un veneno. El que aprueben o desaprueben los detalles de lo que aquí se está diciendo es irrelevante; lo que importa es ver la verdad de que mientras funcionen dentro del campo de la actividad egocéntrica, inevitablemente tendrán varios tipos de frustración y sufrimiento. El sufrimiento y la frustración sólo cesan cuando están viviendo totalmente, con la intensidad de todo su ser, de su mente, corazón y cuerpo; y no pueden vivir con esa plenitud, con esa intensidad, si están preocupados por su propia virtud. Pueden estar libres del sentimiento de culpa hoy, pero surgirá de otra forma mañana, o dentro de dos días.

Prueben esto, señores, hagan un pequeño intento por vivir intensamente cada día, con toda su mente, corazón y cuerpo, con toda su capacidad, sentimiento y energía. El deseo es contradictorio en sí; pero si aman intensamente con su cuerpo, mente y corazón, con todo lo que tienen, entonces descubrirán que no hay contradicción alguna, que no hay ningún pecado. Es el deseo, la envidia, la ambición lo que crea contradicción, y la mente atrapada en la contradicción nunca puede encontrar lo que es real.[30]

SIENTO CULPA. ¿POR QUÉ LA NOMBRO? La nombro al instante. Nombrarla es reconocerla, y por lo tanto he tenido ese sentimiento antes. Y habiéndolo tenido antes, lo reconozco ahora. Mediante el reconocimiento fortalezco lo que ha sucedido anteriormente. He reforzado el recuerdo de la culpa anterior al decir: "Me siento culpable". Así que vean lo que ha sucedido. Toda forma de reconocimiento refuerza el pasado. Y el reconocimiento tiene lugar mediante el nombrar. De manera que por medio y a través del reconocimiento, fortalezco el pasado.

¿Por qué hace esto la mente? ¿por qué siempre refuerza el pasado diciendo: "He sido culpable, soy culpable, es terrible ser culpable, cómo voy a deshacerme de esta culpa"? ¿Por qué lo hace? ¿Lo hace porque la mente necesita estar ocupada con algo? Necesita estar ocupada, ya sea con Dios, con el tabaco, con

30 Bombay, 2ª plática, 10 de febrero de 1957.

el sexo, con algo; tiene que estar ocupada, por consiguiente, tiene miedo de no estar ocupada. Y al ocuparse con el sentimiento de culpa, en ese sentimiento encuentra cierta seguridad. Al menos tengo eso; no tengo nada más, pero al menos tengo ese sentimiento de ser culpable.

¿Qué está pasando? Mediante el reconocimiento, que es el nombrar, la mente está fortaleciendo un sentimiento pasado, que ha sucedido antes, y por lo tanto la mente está constantemente ocupada con ese sentimiento de culpa. Eso le proporciona cierta ocupación, cierta sensación de seguridad, cierta acción resultante de eso, la cual se vuelve neurótica. Entonces, ¿qué tiene lugar? ¿Puedo, cuando surge el sentimiento, observarlo sin nombrar?

Descubro, pues, cuando no nombro, que la cosa ya no existe. Y tengo miedo —escuchen esto cuidadosamente—, la mente tiene miedo de vivir en un estado de vacuidad. Por consiguiente, tiene que tener una palabra. La palabra se ha vuelto tremendamente importante: mi país, mi dios, mi Jesús, mi Krishna; la palabra. De manera que la palabra —escuchen esto—, la palabra es el pasado, la palabra es la memoria, la palabra es el pensamiento. O sea que el pensamiento divide.

Miren, debo tener memoria para ir a mi casa. Debo tener memoria para hablar inglés. Debo tener memoria para venir aquí y sentarme en esta tarima. Debo tener memoria para el idioma que empleo. Tengo recuerdos de montar en bicicleta o de conducir un auto. De manera que la memoria es absolutamente esencial, de otro modo no podría actuar. La memoria es conocimiento y debemos tener conocimiento. Y ese conocimiento —escuchen lo que tiene lugar—, ese conocimiento es palabras.

Ahora bien, he tenido conocimiento de una culpa anterior. Cuando le llamo culpa al sentimiento presente, he reforzado el conocimiento previo. Y ese conocimiento es el observador. De modo que el observador mira ese sentimiento que tengo ahora y lo denomina culpa. Y por lo tanto, al llamarlo culpa, el conocimiento del pasado se refuerza. Es bastante simple y claro.

Interlocutor: ¿Quién es el observador? ¿Es el observador distinto de los múltiples fragmentos?

Krishnamurti: El es uno de los fragmentos, ¿verdad?

I: Pero la sensación de mí mismo está ahí.

K: Sé que está ahí. Ésa es la ilusión. Espere, señor. Ésa es nuestra cultura, ésa es nuestra afirmación verbal, ésa es la forma en que vivimos. Decimos: "Me he identificado con mi país, con mi dios, con mi bandera, mi política" y demás. Me he estado identificando con todas esas cosas y digo: "Qué estúpido de mi parte; eso ha conducido a mucho daño; ahora quiero identificarme conmigo mismo". He descartado todas las identificaciones externas y ahora quiero identificarme conmigo mismo.

¿Qué es mi yo? Es obviamente un montón de imágenes y palabras. Y por lo tanto digo: "Mira lo que estoy haciendo. Siempre estoy tratando de constatar un hecho, el cual se convierte en un no hecho, siempre tratando de defenderme con una idea, con una imagen, con una conclusión, y todas esas cosas son palabras". La mente tiene miedo de estar completamente vacía, y por consiguiente dice: "Debo ser". Debe estar ocupada con la cocina, con el sexo, con Dios, con la política, con una docena de cosas, porque tiene mucho miedo de estar completamente vacía.

El observador es el pasado, y lo observado es el presente. Ahora bien, ¿puede la mente observar sin nombrar el sentimiento, que es el presente?[31]

31 Saanen, 1er. diálogo, 1 de agosto de 1973.

Deseo

¿POR QUÉ ESTAMOS TORTURADOS POR EL DESEO? ¿Por qué hemos convertido el deseo en instrumento de tortura? Existen el deseo de poder, el deseo de posición, deseo de fama, deseo sexual, deseo de tener dinero, de tener un auto, etcétera. ¿Qué entendemos por esa palabra deseo? ¿Y por qué es malo? ¿Por qué decimos que debemos suprimir o sublimar el deseo, hacer algo al respecto? Estamos tratando de averiguar. No se limite a escucharme, sino examínelo conmigo y descubra por sí mismo.

¿Qué tiene de malo el deseo? Usted lo ha suprimido, ¿verdad? La mayoría de ustedes ha suprimido el deseo, por varias razones: porque no es conveniente, no es satisfactorio, porque cree que no es moral, o porque los libros religiosos dicen que para encontrar a Dios deben carecer de deseo, etcétera. La tradición dice que deben suprimir, controlar, dominar el deseo, de modo que gastan su tiempo y energía en disciplinarse.

Ahora bien, veamos primero lo que le sucede a una mente que siempre se está controlando, que está suprimiendo, sublimando el deseo. Esa mente, al estar ocupada consigo misma, se vuelve insensible. Aunque pueda hablar de sensibilidad, bondad, aunque pueda decir que debemos ser fraternos, que debemos producir un mundo maravilloso, y todas las demás tonterías de las que habla la gente que suprime el deseo, esa mente es insensible porque no comprende lo que ha suprimido.

Tanto si suprime como si se deja llevar por el deseo, es esencialmente lo mismo, porque el deseo sigue estando ahí. Usted puede suprimir el deseo de tener una mujer, un auto, posición; pero el propio impulso de no tener estas cosas, que hace

que usted suprima el deseo que tiene de ellas, es en sí una forma de deseo. De manera que, porque está atrapado en el deseo, tiene que comprenderlo, y no decir que está bien o mal.

Ahora bien, ¿qué es el deseo? Cuando veo un árbol meciéndose en el viento, es algo hermoso de ver, ¿y qué tiene eso de malo? ¿Qué tiene de malo mirar el bello movimiento de un pájaro en vuelo? ¿Qué tiene de malo mirar un auto nuevo, hecho a la perfección y muy pulido? ¿Y qué tiene de malo ver a una persona agradable, con un rostro simétrico, una cara que refleja sensatez, inteligencia, calidad?

Pero el deseo no se detiene ahí. Su percepción no es sólo percepción, sino que la acompaña la sensación. Con el surgimiento de la sensación, usted quiere tocar, contactar, y luego viene el impulso de poseer. Usted dice: "Esto es hermoso, debo tenerlo", y de ese modo empieza la agitación del deseo.

Ahora bien, ¿es posible ver, observar, darse cuenta de las cosas bellas y de las feas de la vida, y no decir: "Debo tener" o "No debo tener"? ¿Alguna vez ha observado algo, sin más? ¿Comprenden, señores? ¿Han observado a su esposa, a sus hijos, a sus amigos, sólo los han observado? ¿Han observado alguna vez una flor sin llamarla rosa, sin querer ponérsela en el ojal, o llevársela a casa y dársela a alguien? Si son capaces de observar así, sin todos los valores atribuidos por la mente, entonces descubrirán que el deseo no es algo tan monstruoso.

Usted puede mirar un auto, ver su belleza, y no caer atrapado en la confusión o contradicción del deseo. Pero eso requiere una inmensa intensidad de observación, no una mera mirada casual. No es que usted carezca de todo deseo, sino simplemente que la mente es capaz de mirar sin describir. Puede mirar la Luna y no decir inmediatamente: "Ésa es la Luna, qué hermosa es", de modo que no se interpone ningún parloteo de la mente. Si puede hacer esto, descubrirá que en la intensidad de la observación, del sentimiento, del verdadero afecto, el amor tiene su propia acción, la cual no es la acción contradictoria del deseo.

Experimente con esto y verá lo difícil que es para la mente observar sin parlotear acerca de lo que observa. Pero seguramente el amor es de esa naturaleza, ¿verdad? ¿Cómo puede usted amar si su mente nunca está en silencio, si siempre está pen-

sando en sí mismo? Amar a una persona con todo su ser, con su mente, corazón y cuerpo requiere gran intensidad; y cuando el amor es intenso, el deseo pronto desaparece. Pero la mayoría de nosotros nunca hemos tenido esta intensidad respecto a nada, excepto en lo que concierne a nuestro propio beneficio, consciente o inconsciente; nunca tenemos pasión por nada sin esperar obtener otra cosa de ello. Pero sólo la mente que posee esta energía intensa es capaz de seguir el rápido movimiento de la verdad.

La verdad no es estática, es más rápida que el pensamiento, y la mente no puede concebirla de ningún modo. Para comprender la verdad, debe haber esta inmensa energía, la cual no puede ser conservada o cultivada. Esta energía no viene por medio de la abnegación, mediante la supresión. Al contrario, exige completo abandono; y usted no puede abandonarse a sí mismo o abandonar todo lo que tiene, si meramente quiere un resultado.[32]

¿QUÉ ES EL DESEO? ¿Produce claridad el deseo? ¿Y por consiguiente esa claridad es destreza en acción? ¿Florece la compasión, en el campo del deseo? Usted tiene que hacer estas preguntas. Para descubrir la verdad del asunto, debe examinar lo que es el deseo; no el deseo del objeto. Los objetos no son importantes, varían: en la infancia desea un juguete y demás, y conforme se hace mayor, desea otra cosa. No estamos discutiendo o conversando juntos acerca de los objetos del deseo sino de lo que de hecho es el deseo. Si no proporciona claridad, y si el deseo no es el campo en el que florecen la belleza y la grandeza de la compasión, entonces, ¿qué lugar le corresponde al deseo? Usted debe examinarlo y averiguar, no según ningún psicólogo, ningún predicador, incluido el que les habla, sino examinarlo juntos para descubrir. Estamos insistiendo en que pensemos juntos, razonemos juntos, descubramos juntos. No que yo descubra y luego usted acepte o rechace, sino que averigüemos juntos.

Así pues, ¿qué es el deseo? El deseo de una sociedad mejor, y el cultivo de ese deseo se convierte en pasión por una idea.

32 Bombay, 2ª plática, 10 de febrero de 1957.

La gente está muy comprometida con el comunismo, le apasiona el comunismo o cualquier otra forma de proyección ideológica. De modo que se vuelve muy importante examinar esta cuestión de lo que es el deseo, no cómo suprimirlo, cómo huir de él, cómo hacerlo más hermoso, sino simplemente lo que el deseo es. ¿Cómo es que los seres humanos están atrapados en esto? Durante un año usted es cristiano, o durante treinta años, luego se desprende de eso y se integra a alguna otra etiqueta con el nombre de hindú, budista, zen, o lo que sea.

Al inquirir, debemos tratar con hechos, no con opiniones, no con juicios, pues entonces usted tiene sus opiniones y el que habla puede que tenga las suyas y, por lo tanto, hay una batalla, no hay comunicación alguna. Pero vamos a examinar los hechos, no su hecho y mi hecho, sino el hecho de que los seres humanos tienen deseos colosales, deseos absurdos, deseos ilusorios. Por lo tanto, ¿qué es el deseo? ¿Cómo surge? Examínelo. Mírelo. Usted tiene sus propios deseos, desafortunada o afortunadamente. El deseo de ser bueno: ¿cómo surge ese deseo en usted? Usted ve a una mujer hermosa o a un hombre guapo, ve. Percepción, ver, luego el contacto, luego la sensación, después el pensamiento se apodera de esa sensación, lo cual se convierte en deseo, con su imagen. Sígalo usted mismo y lo verá.

Usted ve un jarrón hermoso, una bella escultura, una estatua preciosa, del Antiguo Egipto o griega, y la mira. Conforme la mira, si le permiten tocarla, la toca. Vea la intensidad de esa figura sentada en una silla o con las piernas cruzadas. De eso resulta una sensación, ¿no es cierto? "¡Qué cosa maravillosa!". Y partiendo de esa sensación, el deseo dice: "Ojalá la tuviera en mi cuarto. Ojalá pudiera contemplarla, tocarla todos los días". Aparece el orgullo de la posesión, de tener una cosa tan maravillosa. Eso es deseo, ¿verdad? Ver, contacto, sensación; luego el pensamiento utiliza esa sensación para cultivar el deseo de poseer o de no poseer. Esto es obvio. Esto no es mi explicación. Es una explicación basada en los hechos.

Ahora viene la dificultad. Reconociendo que las personas religiosas de todo el mundo han dicho: "No mire. Cuando una mujer se acerque, mire otra cosa. Piense en ella como su hermana, su madre, Dios", o lo que sea. (Risas). Ustedes se ríen,

pero nacen en esto. Están condicionados para esto. Todas las personas religiosas han dicho: "Haga voto de castidad. No mire a una mujer. Si la mira, trátela como a su hermana, su madre, lo que le parezca, porque está al servicio de Dios y necesita toda su energía para servirle. En el servicio de Dios va a tener grandes tribulaciones, por lo tanto esté preparado, no desperdicie su energía". Pero la cosa está en ebullición, ¿verdad? Estamos intentando comprender lo que está hirviendo, no si mirar a una mujer o a un hombre, sino lo que es el deseo, que está constantemente en ebullición, que quiere consumarse, completarse.

Dijimos que el deseo es el movimiento de percepción, ver, contacto, sensación, pensamiento en forma de deseo, con su imagen. Ahora estamos diciendo que ver, tocar, sensación, es normal, sano. Déjelo ahí. No permita que el pensamiento intervenga, asuma el control sobre ella y la convierta en deseo. Comprenda esto y entonces verá que no habrá supresión del deseo.

O sea, usted ve una casa hermosa, bien proporcionada, con ventanas preciosas, un bello jardín, bien cuidado, con un techo que se funde con el cielo, paredes que son gruesas y forman parte de la tierra. La mira, hay sensación. La toca. Puede que no la toque realmente, pero la toca con sus ojos. Huele el aire, las hierbas aromáticas, el césped recién cortado. ¿Y no puede dejarlo ahí? ¿Por qué la sensación se convierte en deseo? Cuando hay percepción, contacto, sensación, es natural, es hermoso ver las cosas atractivas, o algo feo. Entonces, para detenerlo ahí, diga: "Es una casa hermosa". Entonces no hay grabación del pensamiento que dice: "Ojalá tuviera esa casa", lo cual es deseo y la continuación del deseo. Usted puede hacer esto muy fácilmente, y quiero decir fácilmente, si comprende la naturaleza del deseo.[33]

Interlocutor: Sabemos que el sexo es una necesidad física y psicológica ineludible, y parece ser una causa primordial del caos en la vida personal de nuestra generación. ¿Cómo podemos resolver este problema?

33 Saanen, 4ª plárica, 17 de julio de 1977.

Krishnamurti: ¿Por qué será que cualquier cosa que tocamos la convertimos en un problema? Hemos hecho de Dios un problema, hemos hecho del amor un problema, hemos convertido la relación, la vida en un problema, y hemos hecho del sexo un problema. ¿Por qué? ¿Por qué todo lo que hacemos es un problema, un horror? ¿Por qué sufrimos? ¿Por qué el sexo se ha convertido en un problema?

¿Por qué nos resignamos a vivir con problemas, por qué no les ponemos fin? ¿Por qué no morimos a nuestros problemas en vez de arrastrarlos día tras día, año tras año? El sexo es ciertamente una cuestión relevante, pero tenemos la pregunta primordial: ¿Por qué hacemos de la vida un problema? Trabajar, sexo, ganar dinero, pensar, sentir, experimentar, ya saben, todo este asunto de vivir, ¿por qué es un problema?

¿Qué entendemos por el problema del sexo? ¿Es el acto o es un pensamiento acerca del acto? Ciertamente no es el acto. El acto sexual no representa problema alguno para usted, como tampoco lo es el comer, pero si piensa en comer o en cualquier otra cosa durante todo el día, porque no tiene nada más en qué pensar, eso se convierte en un problema para usted. ¿Es el problema el acto sexual o es el pensamiento acerca del acto?

¿Por qué piensa en ello? ¿Por qué lo intensifica? Cosa que evidentemente están haciendo. Los cines, las revistas, las historias, la forma de vestir de las mujeres, todo está contribuyendo a promover su pensamiento en torno al sexo. ¿Por qué la mente lo fomenta, por qué piensa siquiera en el sexo? ¿Por qué? ¿Por qué se ha convertido en la cuestión central de nuestra vida? Cuando hay tantas cosas pidiendo, reclamando su atención, usted le presta completa atención al pensamiento del sexo.

¿Qué sucede? ¿Por qué sus mentes están tan ocupadas con él? Porque ésa es una forma de evasión última, ¿verdad? Es una forma de olvidarse por completo de uno mismo. Durante un rato, al menos por ese instante, usted puede olvidarse de sí mismo, y no hay otra forma de hacerlo. Todas las demás cosas que hace en la vida ponen énfasis en el "yo".

El sexo se convierte en un problema extraordinariamente difícil y complejo mientras usted no comprenda la mente que piensa en el problema. El acto mismo nunca puede ser un pro-

blema, pero el problema lo crea el pensamiento acerca del acto. Usted salvaguarda el acto; vive licenciosamente o se da rienda suelta en el matrimonio, convirtiendo a su esposa en una prostituta, todo lo cual es aparentemente muy respetable, y se contenta con dejar ahí las cosas.

Sin duda, el problema sólo se puede resolver cuando usted comprende todo el proceso y estructura del "yo" y de lo "mío": mi esposa, mi hijo, mi propiedad, mi coche, mi logro, mi éxito; hasta que comprenda y resuelva todo eso, el sexo continuará siendo un problema. Mientras usted sea ambicioso en política, en religión o en lo que sea; mientras haga hincapié en el ego, en el pensador, el experimentador, alimentándolo de ambición, ya sea en su propio nombre como individuo o en nombre del país, del partido o de una idea a la que llama religión, mientras exista esta actividad de expansión personal, tendrá un problema sexual.[34]

EN PRIMER LUGAR, ¿POR QUÉ LOS SERES HUMANOS, en todo el mundo, han convertido el sexo en algo tan importante en su vida? ¿Comprende mi pregunta? ¿Por qué? Ahora en Occidente es permisivo: chicos y chicas de doce o trece años ya experimentan el sexo. Y uno se pregunta, ¿por qué los seres humanos, en todas sus actividades, durante toda su vida le han dado a esto una importancia tan colosal? Adelante, plantee la pregunta, contéstela. Estamos compartiendo juntos la pregunta, ¿verdad? Usted no está escuchando el oráculo de Delfos, sino que estamos investigando juntos. Es su vida. La estamos examinando.

Hay toda una filosofía llamada Tantra, parte de la cual se basa en el sexo, que dice que mediante el sexo se puede alcanzar a Dios, sea lo que fuere ese dios. Eso tiene mucha aceptación. Y existen aquéllos que, como los monjes, los mendicantes indios y los sacerdotes budistas, han negado el sexo porque todos ellos han sostenido que es un desperdicio de energía, y para servir a Dios hay que presentarse con toda la energía. Y, por

34 *The First and Last Freedom* (*La libertad primera y última*), pregunta 21.

lo tanto niegue, suprima, arda por dentro con todas las demandas, pero suprímalo, contrólelo.

Así que tiene la permisividad y la llamada supresión religiosa. Y en medio están aquéllos que disfrutan de todo, de ambos lados, tienen un pie en esto y otro pie en lo otro. Entonces pueden hablar de ambas cosas, ver si pueden armonizar las dos y encontrar a Dios, o lo que fuere que quieren encontrar. Probablemente, al final encontrará un montón de tonterías.

Así que estamos preguntando: ¿Por qué el hombre, la mujer, ha convertido este asunto del sexo en algo tan importante? ¿Por qué no le da la misma importancia al amor? ¿Comprende? ¿A la compasión? ¿A no matar? ¿Por qué le da tan inmenso valor sólo al sexo? Sus guerras, terrores, divisiones nacionales, toda la sociedad inmoral en la que vivimos, ¿por qué no le concede igual importancia a todo eso y no sólo a esto?

¿Es porque el sexo es el mayor placer que usted tiene en la vida? ¿El resto de su vida es un aburrimiento, un esfuerzo penoso, una lucha, conflicto, una existencia sin sentido? Y esto al menos le proporciona cierta sensación de gran placer, una sensación de bienestar, una sensación de lo que llama relación y de lo que también llama amor, ¿verdad? ¿Es ésa la razón de que estemos tan locos por el sexo? ¿Porque no somos libres en ninguna otra dirección?

De nueve a cinco, usted tiene que ir a la oficina, donde es avasallado, donde tiene a su jefe encima, ya sabe todo lo que sucede en una oficina, o en una fábrica, o en otro trabajo donde hay alguien que le domina. Y nuestras mentes se han vuelto mecánicas: repetimos, repetimos, repetimos; caemos en una tradición, en un surco, en una rutina. Nuestro pensamiento es eso: soy cristiano, soy budista, soy hindú, soy católico, ya sabe, todo el asunto está claramente trazado y usted lo sigue. O rechaza todo eso y forma su propia rutina.

De modo que nuestras mentes se han convertido en esclavas de varias normas de existencia, ¿verdad? Así que se han vuelto mecánicas. Y el sexo puede ser placentero, y gradualmente eso también se vuelve mecánico. Así que, si quiere profundizar mucho en el tema, uno pregunta: ¿Es el amor, sexo?

Adelante, pregúntelo. ¿Es el amor, placer? ¿Es el amor, deseo? ¿Es el amor el recuerdo de un incidente, al que llama sexo, con toda la imaginación, las imágenes, el pensamiento al respecto, es eso amor? ¡Oh, por el amor de Dios! ¿Es el amor un recuerdo?

¿Ve a lo que se reduce? La relación humana es placer, sexo, conflicto, disputas, divisiones, usted siga su rumbo y yo seguiré el mío, ¿comprende? Ésa es nuestra relación, la relación real en nuestra vida diaria. Estamos celosos el uno del otro, queremos poseernos, dominarnos mutuamente, y por lo tanto hay antagonismo entre nosotros. Uno está sexualmente insatisfecho, así que se va junto a otra persona, y en esa relación sexual hay soledad, ¿verdad? Todas estas cosas, y andar siempre buscando el propio placer, ¿es todo eso amor?

Por eso usted hace caso omiso, pasa por alto eso que se llama amor —tal vez eso sea lo más maravilloso, si lo tiene— y está tan atrapado en este torbellino del propio deseo, del propio placer, ¿verdad? De manera que siempre estamos queriendo, no sólo satisfacción sexual, sino gratificación en todas las direcciones, lo cual se basa en el placer. Y a eso le llamamos amor. Nos matamos el uno al otro por el amor de un país.

Al final de esto, usted se pregunta por qué el hombre y la mujer le han concedido tan extraordinaria importancia a esta cosa. ¿Es que el hombre y la mujer han perdido su capacidad creadora, no la capacidad sexual, sino la capacidad creadora de poder ver, de ser su propia luz, de no seguir a nadie, no adorar ninguna imagen, ilusión o creencia?

Cuando descarte todo eso y haya comprendido sus pequeños y mezquinos deseos personales, que son sus propias exigencias y gratificaciones sexuales, entonces, cuando vea todo eso, cuando tenga una percepción directa de todo eso, de ello surge la creación. No significa pintar un cuadro o escribir un poema. Esa sensación de perenne frescura, ¿comprende?, de tener una mente que es fresca, joven, inocente todo el tiempo, no ofuscada, apesadumbrada con todo tipo de recuerdos, insatisfacciones, miedos y ansiedades. Cuando hayan perdido todo eso, existe una clase de mente totalmente distinta. Entonces el sexo tiene su lugar correspondiente.

Al parecer, no tenemos esa cualidad de escepticismo, ¿comprenden?, de ser escéptico acerca de las propias demandas, de cuestionar, de dudar.[35]

35 Brockwood Park, 2º encuentro de preguntas y respuestas, 30 de agosto de 1979.

Felicidad

Interlocutor: ¿No estamos en realidad buscando felicidad?

Krishnamurti: Para contestar esta pregunta, para comprenderla plena y significativamente, ¿no deberíamos tal vez comprender esta idea de la búsqueda? ¿Por qué buscamos felicidad? ¿Por qué este incesante empeño por ser feliz, por ser dichoso, por ser algo? ¿Por qué existe esta búsqueda y se realiza este inmenso esfuerzo por encontrar? Si podemos comprender eso y examinarlo plenamente, tal vez sabremos lo que es la felicidad, sin buscarla.

Porque, al fin y al cabo, la felicidad es un subproducto, es de importancia secundaria. No es un fin en sí; no tiene sentido si es un fin en sí. ¿Qué significa ser feliz? El hombre que toma un trago es feliz. El hombre que deja caer una bomba sobre un gran número de personas se siente eufórico y dice que es feliz, o que Dios está con él. Sensaciones momentáneas, que desaparecen, proporcionan ese sentimiento de ser feliz.

Seguramente hay alguna otra cualidad que es esencial para la felicidad. Porque la felicidad no es un fin, como tampoco lo es la virtud. La virtud no es un fin en sí; proporciona libertad, y en esa libertad hay descubrimiento. Por consiguiente, la virtud es esencial, mientras que una persona no virtuosa es servil, desordenada, está dispersa, perdida, confusa. Pero tratar la virtud como un fin en sí, o la felicidad como un fin en sí, tiene muy poco sentido. Así que la felicidad no es un fin. Es un asunto secundario, un derivado que se producirá si comprendemos otra cosa. Lo importante es esta comprensión de otra cosa, y no meramente la búsqueda de felicidad.[36]

36 Ojai, 14ª plática, 28 de agosto de 1949.

LA SENSACIÓN ES UNA COSA, y la felicidad es otra. La sensación siempre está buscando más sensación, en círculos cada vez más amplios. Los placeres de la sensación no tienen fin; se multiplican, pero siempre hay insatisfacción en su consumación; siempre existe el deseo de más, y la demanda de más no tiene fin. La sensación y la insatisfacción son inseparables, pues el deseo de más las vincula. La sensación es el deseo de más y también el deseo de menos. En el acto mismo de la consumación de la sensación nace la demanda de más.

La mente nunca puede encontrar la felicidad. La felicidad no es algo que se pueda perseguir y encontrar, como la sensación. La sensación puede ser encontrada una y otra vez, pues nunca se pierde; pero la felicidad no puede ser encontrada. La felicidad recordada sólo es sensación, una reacción a favor o en contra del presente. Lo que se acabó no es felicidad; la experiencia de la felicidad que se acabó es sensación, pues el recuerdo es el pasado y el pasado es sensación. La felicidad no es sensación.[37]

Interlocutor: ¿Qué es la felicidad? ¿No es la búsqueda de felicidad lo que hace que la mente anhele nuevas experiencias? ¿Existe un estado de felicidad más allá de la mente?

Krishnamurti: ¿Por qué preguntamos "qué es la felicidad"? ¿Es ése el enfoque correcto? ¿Es ésa la indagación apropiada? No somos felices. Si fuéramos felices, nuestro mundo sería completamente distinto; nuestra civilización y nuestra cultura serían íntegra y radicalmente diferentes. Somos seres humanos infelices, mezquinos, desdichados, vanidosos, que luchan, que se rodean de cosas inútiles e innecesarias, satisfechos con pequeñas ambiciones, con dinero y posición. Somos seres infelices, aunque podamos tener conocimiento, aunque podamos disponer de dinero, casas suntuosas, muchos hijos, coches, experiencia.

Somos seres humanos infelices que sufren, y porque sufrimos, queremos felicidad, y por eso somos conducidos por aqué-

37 *Commentaries on Living*, Series I (*Comentarios sobre el vivir*, 1ª serie), capítulo 85, "Sensación y felicidad".

llos que prometen esta felicidad social, económica o espiritual. De manera que queremos huir de lo que es, del sufrimiento, del dolor, la soledad, la desesperación. Queremos huir de eso, y la huida misma nos proporciona experiencia, y a esa experiencia la llamamos felicidad. ¿Hay alguna otra clase de felicidad?

¿De qué me sirve preguntar si existe la felicidad cuando estoy sufriendo? ¿Puedo comprender el sufrimiento? Ése es mi problema, no cómo ser feliz. Soy feliz cuando no sufro, pero en el momento en que soy consciente de ello, no es felicidad. ¿No es así? Porque en el momento en que sé que soy virtuoso, dejo de serlo. En el momento en que sé que soy humilde, valiente, generoso, en el momento en que me doy cuenta de ello, entonces no soy eso.

La felicidad, como la virtud, no es algo que se pueda buscar o invitar. Cuando se cultiva, la virtud se vuelve inmoral porque conduce a la respetabilidad y fortalece al "yo", o sea, al ego. Así que debo comprender lo que es el sufrimiento. ¿Puedo comprender lo que es el sufrimiento cuando una parte de mi mente está huyendo en la búsqueda de felicidad, buscando una salida a esta aflicción? Si he de comprender el sufrimiento, ¿no debo ser completamente uno con él, no rechazarlo, no justificarlo, no condenarlo, no compararlo sino estar completamente con él y comprenderlo?

¿Puedo escuchar la voz del sufrimiento, sin proyecciones? No puedo escuchar cuando estoy buscando felicidad. De manera que mi indagación, mi investigación ya no es qué es la felicidad, ni si hay felicidad más allá de mi mente, ni si es permanente o transitoria, ni si es una experiencia y por consiguiente algo a almacenar. En el momento en que hago cualquiera de estas cosas, ya se ha ido; por lo tanto, ya no es felicidad. Pero la verdad de lo que es la felicidad vendrá si sé cómo escuchar. Debo saber cómo escuchar al sufrimiento; si puedo escuchar al sufrimiento puedo escuchar a la felicidad, porque eso es lo que soy.

Sufro; me atemoriza la muerte, deseo estar seguro después de la muerte; deseo ser permanente, tener posición, riqueza, comodidad; estoy repleto del dolor de la soledad. De manera que, ¿puedo escuchar todo eso? Entonces mi problema ya no es cómo descubrir un camino hacia la felicidad sino cómo escuchar la voz del sufrimiento, simplemente escuchar sin tratar de inter-

pretarlo. Y ése es un proceso muy arduo, porque la mente continuamente se resiste a vivir con el sufrimiento, a contemplarlo, en vez de interpretarlo, justificarlo, traducirlo o condenarlo; se niega a mirarlo, a conocer su contenido, a familiarizarse con él, a amarlo. La mente sólo es capaz de escuchar esa voz que está más allá del sufrimiento cuando no está huyendo de él recurriendo a alguna imaginación fútil, a alguna ilusión o a cierto deseo de satisfacción.

Así que lo importante no es si hay felicidad, sino inquirir desde el principio mismo qué es el sufrimiento, y permanecer con eso hasta que llegue la respuesta correcta. La respuesta correcta no puede venir si usted está buscando. En el momento en que busca la respuesta correcta, la mente está proyectando porque quiere la respuesta; por consiguiente, no está interesada en escuchar al sufrimiento. No le interesa escuchar, sino la respuesta que repudie este sufrimiento.

En el momento en que usted desea rechazar algo, entonces encontrará la respuesta que será satisfactoria, y por lo tanto, lo que la mente busca será esa satisfacción y no la comprensión del sufrimiento. Después de todo, eso es lo que todos queremos. Queremos satisfacción, ya sea en una posición, en la relación o en las ideas. Y cuanto más satisfechos estemos, tanto mayor será el sufrimiento. Porque la mente que está satisfecha nunca tiene tregua; siempre está siendo desafiada desde todos los flancos de la vida.

De manera que, al darse cuenta de que está buscando satisfacción —el deseo mismo de encontrar una respuesta al sufrimiento es estar satisfecho—, la mente descarta todo esto por completo. Por lo tanto, sólo está escuchando, viendo todo el proceso de cómo la mente se evade, cómo nunca puede quedarse con el sufrimiento, por ejemplo, afrontando el miedo. El miedo sólo surge cuando usted está huyendo de él. El miedo existe en el proceso de fuga, no cuando está enfrentado con el objeto. El miedo sólo se crea cuando está huyendo del objeto, en el acto mismo de huir, no cuando está observando la cosa, lo que es.

De manera similar, ¿puedo mirar el sufrimiento sin huir, lo cual crea sufrimiento, crea miedo, me impide observarlo? Si puedo mirarlo, entonces existe una posibilidad de escuchar el su-

frimiento sin hacer interpretaciones, sin enjuiciamiento, sin traducir o pedir un resultado. Sólo entonces existe una posibilidad de escuchar, de tratar de encontrar algo más allá de la mente.

No podemos encontrar lo que está más allá de la mente si no conocemos, si somos incapaces de afrontar lo que es. Y observar sin justificación, sin juzgar, simplemente observar y escuchar, requiere una enorme atención, mucho darse cuenta pasivo. En eso hay transformación. En eso hay felicidad, la cual no es medida por el tiempo, por la mente.[38]

CUANDO USTED VE UNA COSA HERMOSA, hay una dicha inmediata; ve un atardecer y hay una reacción inmediata de dicha. Unos momentos más tarde, esa dicha se convierte en recuerdo. Ese recuerdo de la dicha, ¿es algo vivo? ¿Es el recuerdo del atardecer algo vivo? No, es algo muerto. De manera que, con esa impresión muerta del atardecer, mediante eso, usted quiere encontrar la dicha.

La memoria no contiene dicha; sólo es el recuerdo de algo que ha dado origen a la dicha. La memoria en sí no contiene dicha alguna. Hay dicha, la reacción inmediata a la belleza de un árbol; y entonces la memoria interviene y destruye esa dicha. De modo que, si hay una constante percepción de la belleza sin la acumulación de recuerdos, entonces existe la posibilidad de la dicha eterna.

Pero no es fácil liberarse de la memoria. En el momento en que ve algo muy placentero, lo convierte de inmediato en algo a lo que se aferra. Ve algo hermoso, un niño encantador, un árbol bello; y cuando lo ve, hay un placer inmediato; luego usted quiere más de lo mismo. El más es la reacción de la memoria. Por consiguiente, cuando usted quiere más, ya ha iniciado el proceso de desintegración.[39]

LA DICHA NO ES PLACER. Usted no puede pensar en la dicha; puede pensar en ella y reducirla al placer, pero a lo que se le llama dicha o éxtasis, no es el producto del pensamiento.

38 Bombay, 6ª plática, 25 de febrero de 1953.
39 Rajghat, 10ª plática a los estudiantes, 21 de diciembre de 1952.

¿No ha notado, cuando hay un gran estallido de dicha, que no puede pensar en ella al día siguiente, y si lo hace, ya se ha convertido en placer?

De modo que el miedo y el placer son sostenidos por el pensamiento; el pensamiento les da continuidad. ¿Cómo debe uno contemplar una gran belleza, la belleza de un cielo sin nubes, la belleza del ocaso, la belleza de un rostro, la belleza de la verdad, mirarla y ponerle fin, no pensar en ella?

Cargamos con nuestros placeres y temores. Como ser humano, usted, el ego, el "yo", es la carga del miedo y del placer. Y usted tiene miedo de perder esa carga. Una mente que comprende la naturaleza y estructura del pensamiento está libre de temor. Y porque comprende el temor, también comprende el placer; lo cual no significa que usted no pueda disfrutar del placer. Cuando mira una nube y una hoja, mirar es un placer; la belleza de cualquier cosa es un placer, pero cuando se acarrea hasta el día siguiente, entonces empieza el dolor.

La dicha es algo enteramente distinto del placer. Usted puede invitar al placer, puede pensar en él, sostenerlo, alimentarlo, buscarlo, perseguirlo, retenerlo; pero no puede hacerlo con la dicha, con el éxtasis. Y este éxtasis sucede naturalmente, con facilidad, sin ningún convite, cuando comprende el miedo y el placer.

Una mente que esté realmente libre de esto o, mejor dicho, que lo comprenda, esa mente que está en el éxtasis, nunca es violenta, nunca es ambiciosa, nunca busca posición, prestigio, y todas esas tonterías.[40]

EN EL ÉXTASIS NO HAY DUALIDAD. Es un estado que surge espontáneamente, sin nuestra voluntad. El sufrimiento es una señal de dualidad. Sin comprender esto, perpetuamos la dualidad mediante los numerosos esfuerzos intelectuales y los procedimientos para superarla, entregándonos a su opuesto, desarrollando virtudes y demás. Todos esos intentos sólo refuerzan la dualidad.

Si hay una falta de sensibilidad a la fealdad, al sufrimiento, también debe haber profunda insensibilidad a la belleza, a la di-

40 *Talks and Dialogues*, Sydney 1970, 3ª plática, 25 de noviembre de 1970.

cha. La resistencia contra el sufrimiento también es una barrera para la felicidad.

¿Qué es el éxtasis? Ese estado del ser cuando la mente y el corazón están en completa unión, cuando el miedo no los desgarra al uno del otro, cuando la mente no se retiene.[41]

USTED NO PUEDE, NO DEBE INVITAR LA DICHA. Si lo hace, ésta se convierte en placer. El placer es el movimiento del pensamiento y el pensamiento no debe, no puede de ninguna manera cultivar la dicha, y si lo que persigue es lo que ha sido dichoso, entonces eso sólo es un recuerdo, algo muerto. La belleza nunca está ligada al tiempo; es íntegramente libre del tiempo y, por lo tanto, de la cultura. Existe cuando el ego no está. El ego está formado por el tiempo, por el movimiento del pensamiento, por lo conocido, por la palabra. En la abnegación del ego, en esa atención total, se encuentra la esencia de la belleza. Desprenderse del ego no es la acción calculada del deseo-voluntad. La voluntad es directriz y, por consiguiente, resistente, divisoria, de modo que genera conflicto. La disolución del ego no es la evolución del conocimiento acerca del ego; como factor, el tiempo no interviene en ello para nada. No hay manera o medio de ponerle fin. La total inacción interior es la atención positiva de la belleza.[42]

CUANDO USTED MIRA UNA NUBE, la luz en esa nube, hay belleza. La belleza es pasión. Para ver la belleza de esa nube o la belleza de la luz sobre un árbol, debe haber pasión, debe haber intensidad. En esta intensidad, en esta pasión, no hay sentimiento alguno, ninguna sensación de agrado o desagrado. El éxtasis no es personal; el éxtasis no es ni suyo ni mío, como tampoco es suyo o mío el amor.[43]

41 Ommen, 5ª plática, 6 de agosto de 1937.
42 *Krishnamurti's Journal* (Diario II), Ojai, 8 de abril de 1975.
43 *Flight of the Eagle* (*El vuelo del águila*), capítulo 8, París, 5ª plática, 24 de abril de 1969.

Ego e Identificación

Ego e Identificación

LA EXPERIENCIA CASI SIEMPRE FORMA un centro endurecido en la mente, el ego, que es un factor de deterioro. La mayoría de nosotros buscamos experiencia. Puede que estemos cansados de las experiencias mundanas de fama, notoriedad, riqueza, sexo, y demás, pero todos queremos alguna clase de experiencia más grande y más amplia. Creemos que la búsqueda de experiencia es la forma de vida correcta para alcanzar mayor visión, y yo cuestiono si eso es así.

Esta búsqueda de experiencia, que en realidad es una demanda de mayor y más completa sensación, ¿conduce a la realidad o es un factor que anquilosa la mente? En todo esto, el deseo fundamental es conseguir mayor sensación, ampliar la sensación de placer, hacerla más intensa y permanente, en contraposición al sufrimiento, el tedio, la rutina y la soledad de nuestras vidas diarias.

De modo que la mente siempre está buscando experiencia, y esa experiencia se endurece, formando un centro, y desde ese centro actuamos. Vivimos y tenemos nuestro ser en este centro, en esta experiencia acumulada y endurecida del pasado. ¿Y se puede vivir sin formar este centro de experiencia y sensación? Porque me parece que la vida entonces tendrá un significado completamente distinto al que ahora le damos. Actualmente lo que nos preocupa a todos es la ampliación del centro, reclutando mayor y más extensa experiencia que siempre fortalece al ego, y creo que esto indefectiblemente limita la mente.

Así que, ¿se puede vivir en este mundo sin formar este centro? Creo que sólo es posible cuando hay una plena conciencia de la vida, un darse cuenta en el que no hay ningún motivo o

elección, sino simple observación. Si experimenta con esto y reflexiona sobre ello con un poco de profundidad, creo que descubrirá que ese darse cuenta no forma un centro alrededor del cual la experiencia y las reacciones a la experiencia puedan acumularse. Entonces la mente se vuelve asombrosamente viva, creativa, y no me refiero a escribir poemas o a pintar cuadros sino a la creatividad en la que el ego está totalmente ausente. Creo que esto es lo que la mayoría de nosotros está realmente buscando, un estado en el que no hay conflicto, un estado de paz y serenidad mental. Pero esto no es posible mientras la mente sea el instrumento de la sensación y esté siempre demandando más sensación.

Después de todo, la mayor parte de nuestra memoria se basa en la sensación, o bien placentera o dolorosa; tratamos de huir de la dolorosa y nos aferramos a la placentera; a una la suprimimos o tratamos de evitarla y a la otra la perseguimos ciegamente, la retenemos y pensamos en ella. De modo que el centro de nuestra experiencia se basa esencialmente en el placer y el dolor, que son sensaciones, y siempre estamos buscando experiencias que confiamos sean permanentemente satisfactorias. Eso es lo que perseguimos todo el tiempo, y por ende, hay conflicto perpetuo.

El conflicto nunca es creativo; al contrario, el conflicto es un factor sumamente destructivo, tanto dentro de la mente misma como en nuestra relación con el mundo que nos rodea, que es la sociedad. Si podemos comprender esto muy profundamente, que una mente que busca experiencia se limita a sí misma y es su propia fuente de aflicción, entonces tal vez podamos descubrir lo que es darse cuenta.

Darse cuenta no significa aprender y acumular lecciones de la vida; al contrario, darse cuenta es estar sin las cicatrices de la experiencia acumulada. Al fin y al cabo, cuando la mente se limita a cosechar experiencia según sus propios deseos, permanece muy poco profunda, superficial. Una mente que es profundamente perspicaz no queda atrapada en actividades egocéntricas, y la mente no es observadora si hay alguna acción de condena o comparación. La comparación y la condena no proporcionan entendimiento, más bien lo bloquean. Darse cuenta es

observar, sólo observar, sin ningún proceso de identificación personal. Una mente así está libre de ese núcleo duro que forman las actividades egocéntricas.

Creo que es muy importante experimentar este estado de darse cuenta por uno mismo, y no meramente enterarse de él por medio de alguna descripción que otro pueda ofrecer. El darse cuenta se manifiesta de forma natural, con facilidad, espontáneamente, cuando comprendemos el centro que perpetuamente busca experiencia, sensación. Una mente que busca sensación a través de la experiencia se vuelve insensible, incapaz de ágil movimiento y, por lo tanto, nunca es libre. Pero al comprender sus propias actividades egocéntricas, la mente se encuentra con este estado de darse cuenta que no tiene elección, y una mente así, entonces es capaz de completo silencio, de quietud.[1]

ME GUSTARÍA DISCUTIR acerca de cómo la experiencia fortalece al ego.

¿Saben qué entiendo por ego? Con esa palabra me refiero a la idea, al recuerdo, a la conclusión, a la experiencia, a las diversas formas de intenciones nombrables e innombrables, al empeño consciente de ser o no ser, a la memoria acumulada del inconsciente, a lo racial, al grupo, al individuo, al clan, y a todo eso, ya se proyecte exteriormente en la acción o espiritualmente como virtud; el esforzarse en la consecución de todo esto es el ego. En él se incluye la competitividad y el deseo de ser.

Todo ese proceso es el ego; y de hecho sabemos, cuando nos encaramos con él, que es algo maligno. Empleo la palabra maligno intencionadamente, porque el ego es divisorio; el ego es aislante; sus actividades, por muy nobles que sean, son separativas y aisladas. Sabemos todo esto. También sabemos lo extraordinarios que son los momentos cuando el ego no se encuentra presente, en los que no hay ningún indicio de empeño, de esfuerzo, y que suceden cuando hay amor.

Me parece que es importante comprender cómo la experiencia fortalece al ego. Si nos urge seriamente, deberíamos comprender este problema de la experiencia.

1 Estocolmo, 4ª plática, 22 de mayo de 1956.

Ahora bien, ¿qué entendemos por experiencia? Continuamente tenemos experiencias, impresiones; y traducimos esas impresiones y reaccionamos a ellas; o actuamos de acuerdo con esas impresiones; somos calculadores, astutos, y demás. Hay una constante interacción entre lo que se ve de manera objetiva y nuestra reacción a ello, y la interrelación entre el consciente y los recuerdos del inconsciente.

Reacciono a todo lo que veo, a todo lo que siento, según mis recuerdos. La experiencia tiene lugar en este proceso de reaccionar a lo que veo, siento, sé y creo. ¿No es así? La experiencia es la reacción a la respuesta de ver algo. Cuando lo veo a usted, reacciono; la reacción es la experiencia. El acto de nombrar esa reacción es experiencia. Si no nombro esa reacción, no es una experiencia. Por favor, obsérvelo. Observe sus propias respuestas y lo que está sucediendo a su alrededor. No hay experiencia, a menos que al mismo tiempo haya un proceso de nombrar, en marcha. Si no le reconozco a usted, ¿cómo puedo tener una experiencia?

Luego está la proyección de diversos deseos. Deseo ser protegido, tener seguridad interiormente; o deseo tener un Maestro, un gurú, un instructor, un Dios; y experimento eso que he proyectado. O sea, he proyectado un deseo, que ha tomado una forma, y a la que le he dado un nombre; reacciono a eso. Es mi proyección. Es mi nombrar. Ese deseo que me proporciona una experiencia, es lo que me hace decir: "He conseguido", "He experimentado", "He encontrado al Maestro", o "No he encontrado al Maestro". Ya conocen todo el proceso de nombrar una experiencia. El deseo es a lo que usted llama experiencia. ¿No es cierto?

Cuando deseo el silencio de la mente, ¿qué sucede? Veo la importancia de tener una mente silenciosa, una mente apacible, por varias razones. Quiero tener una mente silenciosa y, por consiguiente, le pregunto a usted cómo conseguirla. Sé lo que este libro o ése dicen acerca de la meditación y de las diversas formas de disciplina. Quiero obtener una mente silenciosa mediante la disciplina y experimento el silencio. El ego, el "yo", se ha afincado en la experiencia del silencio. ¿Me explico?

Quiero comprender lo que es la verdad; ése es mi deseo, mi anhelo; luego está mi proyección de lo que considero que la verdad es, porque he leído mucho al respecto; he oído a muchas personas hablar del tema; las escrituras religiosas la han descrito. Quiero todo eso. ¿Qué sucede? La propia apetencia, el deseo mismo es proyectado y experimento ese estado porque lo reconozco. Si no reconociera dicho estado, ese acto, esa verdad, no la denominaría verdad. La reconozco y la experimento. Esa experiencia da fuerzas al ego, al "yo".

De modo que la experiencia siempre está reforzando al "yo". Cuanto más se refuerza usted a sí mismo, más atrincherado está en su experiencia y más se fortalece el ego. Como resultado de esto, usted posee cierta fuerza de carácter, fortaleza de conocimiento, de creencia, que transmite a otras personas, porque sabe que ellos no son tan listos como usted, y porque usted es astuto y tiene el don de la pluma.

Porque el ego sigue actuando, sus creencias, sus Maestros, sus castas, su sistema económico son todo un proceso de aislamiento y, por consiguiente, generan contienda. Usted, si es mínimamente serio o está comprometido con esto, debe disolverlo por completo y no justificarlo. Por eso debemos comprender el proceso de la experiencia.

¿Puede la mente, el ego, dejar de proyectar, de desear, de experimentar? Vemos que todas las experiencias del ego son una negación, una destrucción; y sin embargo, a eso mismo le llamamos acción positiva. ¿No es cierto? Eso es lo que todos denominamos la forma de vida positiva. Deshacer todo este proceso es lo que usted llama negación. ¿Tiene usted razón en eso? No hay nada positivo. ¿Podemos, usted y yo, como individuos, penetrar hasta la raíz y comprender el proceso del ego?

Ahora bien, ¿cuál es el elemento que lo disuelve? ¿Qué produce la disolución del ego? Los grupos religiosos y otros grupos lo han explicado mediante la identificación. ¿No es cierto? Identifíquese con algo más grande y el ego desaparece; eso es lo que dicen. Aquí decimos que la identificación sigue siendo el proceso del ego; lo más grande es simplemente la proyección del "yo", que experimento y que por lo tanto refuerza al "yo".

Me pregunto si están siguiendo esto. Todas las distintas formas de disciplina, creencias y conocimiento sólo fortalecen al ego.

¿Podemos encontrar un elemento que disuelva al ego? ¿O es ésa una pregunta equivocada? Eso es básicamente lo que queremos. Queremos encontrar algo que disuelva el "yo". ¿No es cierto? Creemos que hay varias formas de descubrir eso, por ejemplo, la identificación, la creencia, etc.; pero todas ellas están al mismo nivel; una no es superior a la otra, porque todas ellas son igualmente poderosas en el fortalecimiento del ego, del "yo".

Ahora bien, veo el "yo" dondequiera que actúa, y veo sus fuerzas y energía destructivas. Sea cual fuere el nombre que se le dé, es una fuerza aisladora, destructiva; y yo quiero encontrar un modo de disolverlo. Usted debe haberse preguntado esto: veo el "yo" en acción todo el tiempo y siempre ocasionando ansiedad, miedo, frustración, desesperación, desdicha, no sólo para mí sino para todos los que me rodean. ¿Puede ese ego ser disuelto, no parcial sino completamente? ¿Podemos penetrar hasta su raíz y destruirlo? Ésa es la única forma de actuar. ¿No es cierto?

No quiero ser parcialmente inteligente sino inteligente de forma integrada. La mayoría de nosotros somos inteligentes por capas, usted probablemente de una forma y yo de otra forma distinta. Algunos de ustedes son inteligentes en sus asuntos de negocios, otros en su trabajo de oficina, etc.; las personas son inteligentes en formas distintas, pero no somos íntegramente inteligentes. Ser íntegramente inteligente significa carecer de ego. ¿Es eso posible? Si persisto en esa acción, ¿cuál es su respuesta? Las implicaciones que he tratado de señalar deben producir una reacción en usted. ¿Cuál es su respuesta?

¿Puede el ego estar completamente ausente ahora? Usted sabe que es posible. Ahora bien, ¿cómo es posible? ¿Cuáles son los ingredientes, los requisitos necesarios? ¿Cuál es el elemento que lo ocasiona? ¿Puedo encontrarlo? Cuando hago esa pregunta, "¿Puedo encontrarlo?", ciertamente estoy convencido de que es posible. Ya he creado una experiencia en la que el ego va a ser fortalecido, ¿verdad? Yo, que soy muy serio, quiero disolver el ego. Entonces digo que sé que es posible disolverlo. En el

momento en que digo, "Quiero disolver esto", en el procedimiento que sigo para su disolución, está la experiencia del ego y, por lo tanto, el ego se fortalece.

¿Puede la mente estar muy quieta, en un estado de no reconocimiento, o sea de no experimentar, en un estado en el que la creación pueda tener lugar, lo que significa cuando el ego no está presente, cuando el ego está ausente?

Éste es el problema, ¿verdad? Cualquier movimiento positivo o negativo de la mente es una experiencia que de hecho fortalece al "yo". ¿Puede la mente no reconocer? Eso sólo puede tener lugar cuando hay completo silencio, pero no el silencio que es una experiencia del ego y que, por consiguiente, lo fortalece.

¿Existe una entidad aparte del ego, que mira al ego y lo disuelve? ¿Están siguiendo todo esto? ¿Existe una entidad espiritual que está por encima del ego y que lo destruye, que lo depone? Creemos que la hay, ¿no es cierto? La mayoría de las personas religiosas creen que tal elemento existe.

El materialista dice: "Es imposible destruir al ego; sólo puede ser política, económica y socialmente condicionado y restringido; podemos mantenerlo firmemente dentro de cierta pauta y domeñarlo; en consecuencia, se le puede obligar a que lleve una vida elevada, moral, y que no se entrometa en nada sino que siga el modelo social y funcione sólo como una máquina". Eso lo sabemos.

Hay otras personas, las denominadas religiosas —no son realmente religiosas, aunque así las llamemos—, que dicen: "Fundamentalmente, ese elemento existe. Si usted puede ponerse en contacto con él, disolverá el ego".

¿Existe tal elemento para disolver al ego? Por favor, vean lo que estamos haciendo. Estamos meramente acorralando al ego. Verá lo que va a suceder si usted se deja acorralar. Nos gustaría que hubiera un elemento intemporal, que no perteneciese al ego, y confiamos en que ese elemento, al que llamamos Dios, venga, interceda y destruya.

Ahora bien, ¿existe algo así que la mente pueda concebir? Puede que lo haya y puede que no; ésa no es la cuestión. Cuando la mente busca un estado espiritual intemporal, el cual entra-

rá en acción con el fin de destruir al ego, ¿no es ésa otra forma de experiencia que está fortaleciendo al "yo"? Cuando usted cree, ¿no es eso lo que realmente está teniendo lugar? Cuando cree que la verdad, Dios, el estado intemporal, la inmortalidad existen, ¿no es ése el proceso de fortalecimiento del ego?

El ego ha proyectado eso que usted siente y cree que vendrá y destruirá al ego. De manera que, habiendo proyectado esta idea de continuación, en un estado intemporal, como entidad espiritual, usted va a experimentarla. Toda esa clase de experiencia sólo fortalecerá al ego y, por lo tanto, ¿qué ha hecho? Usted en realidad no ha destruido el ego sino que sólo le ha dado un nombre distinto, una cualidad diferente; el ego sigue estando ahí porque usted lo ha experimentado. De manera que nuestra acción, desde principio a fin, es la misma; sólo que nosotros pensamos que está evolucionando, creciendo, haciéndose cada vez más bella; pero si observa interiormente, es la misma acción que continúa, el mismo "yo" operando en distintos niveles, con distintas etiquetas, con nombres diferentes.

Cuando usted ve todo el proceso, la astucia, las extraordinarias invenciones, la inteligencia del ego, cómo se encubre mediante la identificación, la virtud, la experiencia, la creencia, el conocimiento, cuando ve que se mueve en círculos, en una jaula de su propia factura, ¿qué sucede? Cuando se da cuenta, cuando es plenamente consciente de ello, entonces, ¿no está su mente extraordinariamente callada, no debido a la compulsión ni a ningún premio o temor?

Cuando se da cuenta de que todo movimiento de la mente sólo es una forma de fortalecer al ego, cuando lo observa, lo ve, cuando es completamente consciente de él en acción, cuando llega a ese punto, no ideológica o verbalmente, no mediante la experiencia, sino cuando de hecho se encuentra en ese estado, entonces verá que la mente, al estar absolutamente quieta, no tiene poder alguno para crear. Cualquier cosa que la mente crea se encuentra dentro de un círculo, dentro del campo del ego. Cuando la mente deja de crear, entonces hay creación, la cual no es un proceso reconocible.

La realidad, la verdad no se puede reconocer. Para que la verdad venga, la creencia, el conocimiento, la experiencia, la

virtud, la búsqueda de virtud —la cual es distinta de ser virtuoso—, todo esto debe desaparecer.

La persona virtuosa que es consciente de buscar la virtud nunca puede encontrar la realidad. Puede que sea una persona muy decente; eso es totalmente distinto del hombre verdadero, del hombre que comprende. Para el hombre verdadero, la verdad se ha hecho realidad. Un hombre virtuoso es un hombre recto, y un hombre recto nunca puede comprender lo que la verdad es porque, para él, la virtud es la envoltura, el fortalecimiento del ego, pues está persiguiendo la virtud. Cuando dice: "No debo tener codicia", el estado en el que no es codicioso y que experimenta, fortalece al ego.

Por eso es tan importante ser pobre, no sólo en lo que respecta a las cosas del mundo, sino también en cuanto a creencias y conocimientos. Un hombre rico en bienes mundanos o un hombre rico en conocimientos y creencias, no conocerá nunca nada que no sea oscuridad, y será el foco de toda malignidad y desdicha. Pero si usted y yo, como individuos, podemos ver todo el funcionamiento del ego, entonces sabremos lo que es el amor. Le aseguro que ésa es la única reforma que puede cambiar el mundo. El amor no es el ego. El ego no puede reconocer el amor. Usted dice: "Amo", y entonces, en el mismo acto de decirlo, en el mismo acto de experimentarlo, el amor desaparece. Pero, cuando conoce el amor, no hay ego. Cuando hay amor, el ego no existe.[2]

NUESTRA ESTRUCTURA SOCIAL Y RELIGIOSA se basa en el afán de convertirse en algo, positiva o negativamente. Ese procedimiento es el sustento mismo del ego, por medio del nombre, de la familia, del logro personal, de la identificación del yo y lo mío, lo cual siempre está causando conflicto y sufrimiento. Percibimos los resultados de esta forma de vida: lucha, confusión y antagonismo siempre en expansión, siempre arrolladores. ¿Cómo se han de trascender la lucha y el sufri-

2 Madrás, 5ª plática, 19 de enero de 1952.

miento? Esto es lo que estamos tratando de comprender durante estas discusiones.

¿No es el anhelo la raíz misma del ego? ¿Cómo puede el pensamiento, que se ha convertido en el medio de expansión personal, actuar sin darle sustento al ego, el cual es la causa del conflicto y del sufrimiento? ¿No es ésta una cuestión importante? No deje que la haga importante para usted. ¿No es ésta una cuestión vital para cada uno de nosotros? Si lo es, ¿no debemos encontrar la verdadera respuesta? Estamos alimentando el ego de muchas formas, y antes de condenar o alentar debemos comprender su significado, ¿no es cierto?

Empleamos la religión y la filosofía como medios de expansión personal. Nuestra estructura social se basa en el engrandecimiento del ego: el empleado se convertirá en gerente y más tarde en el dueño, el alumno se convertirá en Maestro y así sucesivamente. En este proceder siempre hay conflicto, antagonismo, sufrimiento. ¿Es éste un procedimiento inteligente e inevitable? Sólo podemos descubrir la verdad por nuestra cuenta cuando no dependemos de otro; ningún especialista puede darnos la respuesta correcta. Cada uno de nosotros tiene que descubrirla directamente por sí mismo. Por esta razón es importante ser serios.

Nuestra seriedad varía de acuerdo con las circunstancias, con nuestros antojos y estados de ánimo. La seriedad debe ser independiente de las circunstancias y los estados de ánimo, de la persuasión y la esperanza. A menudo pensamos que tal vez mediante la conmoción nos volveremos serios, pero la dependencia nunca produce seriedad. La seriedad se pone de manifiesto con el darse cuenta inquisitivo, pero ¿nos damos cuenta de una manera tan alerta?

Si usted está alerta, se dará cuenta de que su mente está constantemente ocupada con las actividades y la identificación del ego. Si sigue la pista de esta actividad, descubrirá el interés propio hondamente arraigado. Estos pensamientos de interés propio surgen de las necesidades de la vida diaria, de las cosas que usted hace de instante en instante, de su papel en la sociedad y demás, todo lo cual fortalece la estructura del ego.

Esto parece ser extrañamente inevitable, pero antes de aceptar esta inevitabilidad, ¿no debemos darnos cuenta de nuestro propósito intencionado, de si deseamos alimentar el ego o no? Pues actuaremos según nuestras intenciones ocultas. Sabemos cómo el ego se acrecienta y se fortalece valiéndose del principio de placer y dolor, de la memoria, de la identificación y demás. Este proceso es la causa del conflicto y del sufrimiento. ¿Buscamos seriamente ponerle fin a la causa del sufrimiento?

La verdad del asunto se conoce mediante el darse cuenta de sus intenciones sin elección. A menudo nos sentimos bloqueados porque, inconscientemente, tenemos miedo de tomar medidas, las cuales podrían conducir a mayores molestias y sufrimiento. Pero ninguna acción clara y definitiva puede tener lugar si no hemos desencubierto nuestra profunda y oculta intención con respecto a sustentar y mantener al ego.

¿No es este miedo —el cual dificulta el entendimiento— el resultado de la proyección, de la especulación? Usted imagina que estar libre de la acción expansiva del ego es un estado de vacuidad, la nada; esto crea temor, impidiendo, de ese modo, cualquier experiencia real. Al recurrir a la especulación y a la imaginación, usted impide el descubrimiento de lo que es. Dado que el ego se encuentra en un estado de constante fluidez, buscamos la permanencia a través de la identificación. La identificación produce la ilusión de permanencia, y la pérdida de ésta es lo que causa temor.

Reconocemos que el ego está fluyendo constantemente; sin embargo, nos aferramos a algo que denominamos lo permanente en el ego, un ego duradero que fabricamos a partir del ego transitorio. Si experimentáramos y comprendiéramos profundamente que el ego siempre es transitorio, entonces no habría identificación con ninguna forma específica de anhelo, con ningún país o nación en particular ni con ningún sistema organizado de pensamiento o religión, porque con la identificación viene el horror de la guerra, la crueldad de la llamada civilización.[3]

3 Ojai, 1ª plática, 7 de abril de 1946.

MUCHOS DE NOSOTROS HEMOS EXPERIMENTADO, en un momento u otro, ese estado cuando el "yo", el ego, con sus demandas agresivas, ha cesado por completo y la mente está extraordinariamente quieta, sin ninguna volición directa; ese estado en el que tal vez uno pueda experimentar algo que no tiene medida, algo que es imposible de expresar con palabras.

Tiene que haber habido raras ocasiones cuando el ego, el "yo", con todos sus recuerdos y tribulaciones, con todas sus ansiedades y temores, ha cesado por completo. Entonces uno es un ser sin motivo alguno, sin ninguna compulsión; y en ese estado uno siente o se da cuenta de una asombrosa sensación de distancia inconmensurable, de espacio y ser sin límites.

Esto debe haberles sucedido a muchos de nosotros. Y creo que valdría la pena si pudiéramos profundizar juntos en esta cuestión y ver si es posible resolver el ego aislante y limitador, este "yo" restrictivo que se preocupa, que tiene ansiedades, miedos, que es dominante y dominado, que tiene innumerables recuerdos, que está cultivando la virtud y tratando por todos los medios de convertirse en algo, de ser importante.

No sé si usted ha notado el constante esfuerzo que uno está realizando consciente o inconscientemente para expresarse a sí mismo, para ser algo, bien sea social, moral o económicamente. Esto supone mucho esfuerzo por alcanzar algo, ¿no es cierto? Toda nuestra vida se basa en la interminable lucha por llegar, alcanzar, devenir.

Cuanto más luchamos, más significativo y exagerado se vuelve el ego, con todas sus limitaciones, miedos, ambiciones y frustraciones; y debe haber habido ocasiones cuando cada uno se haya preguntado si no es posible estar completamente sin ego.

Después de todo, tenemos raras ocasiones en que la sensación del ego no está presente. No estoy hablando de la transmutación del ego a un nivel más elevado, sino del simple cese del "yo" con sus ansiedades, preocupaciones, miedos, de la ausencia del ego. Uno se da cuenta de que semejante cosa es posible, y luego uno se pone deliberada y conscientemente a eliminar el ego. Al fin y al cabo, eso es lo que las religiones organizadas tratan de hacer, ayudar a cada fiel, a cada creyente a perderse en

algo más grande, y de esa manera tal vez a experimentar un estado más elevado.

Si usted no es una persona de las llamadas religiosas, entonces se identifica con el Estado, con el país, y trata de perderse en esa identificación, la cual le proporciona el sentimiento de grandeza, de ser algo mucho más grande que el ego pequeño y mezquino, y todo lo demás. O, si no hacemos eso, procuramos perdernos en algún tipo de asistencia social, de nuevo con la misma intención.

Creemos que si podemos olvidarnos de nosotros mismos, negarnos, quitarnos de en medio dedicándole nuestras vidas a algo mucho más grande y más vital que nosotros, entonces tal vez experimentemos una dicha, una felicidad que no es meramente una sensación física. Y si no hacemos ninguna de estas cosas, esperamos dejar de pensar en nosotros mismos mediante el cultivo de la virtud, a través de la disciplina, por medio del control, de la práctica constante.

Ahora bien, no sé si usted ha pensado al respecto, pero todo esto implica, sin duda, un esfuerzo incesante por ser o convertirse en algo. Y tal vez, al escuchar lo que se está diciendo, podamos juntos profundizar en este proceso y descubrir por nuestra cuenta si es posible eliminar el sentimiento del "yo" sin esta disciplina temible y restrictiva, sin este enorme esfuerzo por negarnos a nosotros mismos, esta constante lucha por renunciar a nuestras apetencias, nuestras ambiciones, con el fin de ser algo o de alcanzar cierta realidad. Creo que en esto reside la verdadera cuestión. Porque todo esfuerzo supone un motivo, ¿no es cierto? Hago un esfuerzo por olvidarme de mí mismo, en algo, en algún ritual o alguna ideología, porque al pensar en mí mismo soy infeliz. Cuando pienso en otra cosa estoy más relajado, mi mente está más tranquila, me siento mejor, veo las cosas de otra forma. Por consiguiente, hago un esfuerzo por olvidarme de mí mismo. Pero detrás de mi esfuerzo hay un motivo, que es huir de mí mismo porque sufro; y ese motivo es esencialmente una parte del ego.

Ahora bien, ¿puede uno olvidarse de sí mismo sin ningún motivo? Porque podemos ver perfectamente que cualquier motivo contiene en su interior la semilla del ego, con su ansiedad,

ambición, frustración, su miedo a no ser y el inmenso afán de estar seguro. ¿Y puede todo eso desprenderse con facilidad, sin ningún esfuerzo? Lo que en realidad significa, ¿podemos usted y yo, como individuos, vivir en este mundo sin estar identificados con nada?

Al fin y al cabo, me identifico con mi país, con mi religión, con mi familia, con mi nombre, porque sin identificación no soy nada. Sin una posición, sin poder, sin prestigio de una u otra clase, me siento perdido; y por lo tanto, me identifico con mi nombre, con mi familia, con mi religión, me incorporo a alguna organización o me convierto en monje. Todos conocemos los distintos tipos de identificación a los que la mente se aferra. Pero ¿podemos vivir en este mundo sin la más mínima identificación?

Si podemos pensar en esto, si somos capaces de escuchar lo que se está diciendo y al mismo tiempo darnos cuenta de nuestros atisbos con respecto a las repercusiones de la identificación, entonces creo que descubriremos, si somos mínimamente serios, que es posible vivir en este mundo, sin la pesadilla de la identificación y sin la lucha incesante por conseguir un resultado.

Entonces, creo, el conocimiento tiene un significado muy distinto. Actualmente nos identificamos con nuestro conocimiento y lo empleamos como medio de expansión personal, al igual que lo hacemos con la nación, con una religión o con alguna actividad. La identificación con el conocimiento que hemos obtenido es otra forma de impulsar el ego, ¿no es cierto? Por medio del conocimiento, el "yo" continúa su lucha por ser algo, y de ese modo perpetúa la desdicha, el dolor.

Si podemos muy humilde y sencillamente ver las repercusiones de todo esto, darnos cuenta, sin suponer nada, de cómo nuestras mentes funcionan y de aquello en que se basa nuestro pensamiento, entonces creo que comprenderemos la extraordinaria contradicción que existe en todo este proceso de identificación.

Después de todo, me identifico con mi país porque me siento vacío, solo, desdichado, y esta identificación me proporciona una sensación de bienestar, un sentimiento de poder. O, por la misma razón, me identifico con un héroe, con un santo. Pero si puedo profundizar muy hondamente en este proceso de identifi-

cación, entonces veré que todo el movimiento de mi pensar y toda mi actividad —por muy noble que sea— esencialmente se basa, de una u otra forma, en la continuación de mí mismo.

Ahora bien, si consigo ver eso, si lo comprendo, lo siento con todo mi ser, entonces la religión tiene un significado muy distinto. Entonces la religión ya no es un proceso de identificarme con Dios, sino más bien la emergencia de un estado en el que sólo existe esa realidad y no el "yo". Pero esto no puede ser una mera afirmación verbal, no es sólo una frase para ser repetida.

Por eso es muy importante, a mi parecer, tener autoconocimiento, lo que significa profundizar muy a fondo en uno mismo sin suponer nada, de manera que la mente no tenga ni decepciones ni ilusiones, de modo que no se autoinduzca visiones y falsos estados. Tal vez entonces sea posible que el proceso aislador del ego llegue a su fin, pero no mediante ninguna forma de compulsión o disciplina; porque el ego, cuanto más lo discipline, más fuerte se vuelve.

Lo importante es profundizar en esto muy a fondo y pacientemente, sin dar nada por sentado, de modo que uno empiece a comprender las modalidades, los propósitos, los motivos y direcciones de la mente. Entonces, creo yo, la mente llega a un estado en el que no existe la menor identificación, y por lo tanto ningún esfuerzo por ser algo; entonces se produce el cese del ego, y creo que eso es lo real.

Aunque podamos experimentar rápida y fugazmente ese estado, la dificultad para la mayoría de nosotros es que la mente se aferra a la experiencia y quiere más; y el acto mismo de querer más es nuevamente el principio del ego. Por eso es muy importante, para aquéllos de nosotros que somos realmente serios en estas materias, darnos cuenta interiormente del proceso de nuestro propio pensar, observar silenciosamente nuestros motivos, nuestras reacciones emocionales, y no tan sólo decir: "Me conozco muy bien a mí mismo", porque en realidad uno no se conoce.

Usted puede conocer sus reacciones y motivos superficialmente, en el nivel consciente. Pero el ego, el "yo", es un asunto muy complejo, y explorar la totalidad del ego requiere una persistente y continua indagación sin motivo, sin vistas a un fin.

Seguimos a otro porque queremos estar seguros, bien sea en términos económicos, sociales o religiosos. Después de todo, la mente siempre está buscando seguridad, quiere estar a salvo en este mundo y también en el otro. Por eso creamos la autoridad del gobierno, el dictador, y la autoridad de la iglesia, el ídolo, la imagen. Mientras seamos seguidores, deberemos crear autoridad, la cual por último acaba volviéndose maligna porque impensadamente nos hemos entregado a la dominación de otro.

Creo que es importante examinar a fondo toda esta cuestión y empezar a comprender por qué la mente insiste en seguir. Usted sigue no sólo a los líderes políticos y religiosos sino que también acepta lo que lee en el periódico, en las revistas, en los libros; busca la autoridad de los especialistas y de la palabra escrita. Todo esto indica que la mente no está segura de sí, ¿verdad? Uno tiene miedo de pensar de manera distinta a lo que han dicho los líderes, porque podría perder el empleo, ser condenado al ostracismo, excomulgado o internado en un campo de concentración.

Nos sometemos a la autoridad porque todos nosotros tenemos esta demanda interna de estar a salvo, este afán de estar seguros. Mientras queramos estar seguros en nuestras posesiones, en nuestro poder, en nuestros pensamientos, debemos tener autoridad, debemos ser seguidores; y en eso reside el germen del mal, pues esto indefectiblemente conduce a la explotación del hombre por el hombre. Aquél que realmente quiera descubrir lo que es la verdad, lo que Dios es, no puede tener autoridad alguna, ya sea del libro, del gobierno, de la imagen o del sacerdote; debe estar totalmente libre de todo eso.

Esto es muy difícil para la mayoría de nosotros, porque significa estar inseguro, valerse completamente por sí solo, buscar, tantear, no estar nunca satisfecho, nunca perseguir el éxito. Pero si experimentamos en serio con esto, entonces creo que descubriremos que ya no se trata en absoluto de crear o de seguir la autoridad, porque entra en funcionamiento otra cosa, lo cual no es una mera afirmación verbal sino un hecho real. El hombre que incesantemente está cuestionando, que no tiene autoridad, que no sigue ninguna tradición, ningún libro o maestro, se convierte en su propia luz.

Limitarse a decir: "Sí, me conozco muy bien a mí mismo" es sólo un comentario superficial. Pero no es nada fácil darse cuenta, experimentar realmente que todo su ser no es nada más que un legajo de recuerdos, que todo su pensar y sus reacciones son mecánicos. Significa darse cuenta, no sólo del funcionamiento de su mente consciente, sino también del residuo inconsciente, de las impresiones raciales, los recuerdos, las cosas que hemos aprendido; significa descubrir todo el campo de la mente, lo oculto al igual que lo visible, y eso es sumamente arduo.

Y si la mente es meramente el residuo del pasado, si sólo es un fardo de recuerdos, de impresiones, configurado por lo que se llama educación y varias otras influencias, entonces, ¿existe alguna parte de mí que no sea todo eso? Porque, si sólo soy una máquina de repetición —como lo somos la mayoría de nosotros— repitiendo lo que hemos aprendido, lo que hemos acumulado, transmitiendo lo que se nos ha dicho, entonces cualquier pensamiento que surja dentro de este campo condicionado obviamente sólo puede conducir a mayor condicionamiento, a mayor desdicha y limitación.

Por consiguiente, ¿puede la mente, conociendo sus limitaciones, dándose cuenta de su condicionamiento, ir más allá de sí misma? Ése es el problema. Limitarse a afirmar que puede o que no puede sería una tontería. Ciertamente, es bastante obvio que toda la mente está condicionada. Todos estamos condicionados por la tradición, por la familia, por la experiencia, mediante el proceso del tiempo. Si usted cree en Dios, esa creencia es el resultado de un determinado condicionamiento, como también lo es la incredulidad del hombre que dice no creer en Dios. De modo que la creencia y la incredulidad tienen muy poca importancia. Pero lo importante es comprender todo el campo del pensamiento, y ver si la mente puede ir más allá de todo esto.[4]

Krishnamurti: Somos entes egoístas. Somos seres humanos egocéntricos, pensamos en nosotros mismos, en nuestras preocupaciones, nuestra familia; nosotros somos el centro. Trasladamos

4 Hamburgo, 2ª plática, 6 de septiembre de 1956.

el centro a la labor social, a la actividad política, pero sigue siendo el centro en funcionamiento.

Pupul Jayakar: Ver eso es un poco más sutil, porque uno puede interesarse en algo en lo que siente que el centro no está implicado.

K: Así puede parecerle. Soy "yo" quien trabaja en beneficio de los pobres, pero sigo trabajando dentro de esta limitación.

PJ: Señor, quiero cierta aclaración. ¿Lo que usted cuestiona no es el trabajar en beneficio de los pobres?

K: No. Es mi identificación con los pobres, mi identificación con la nación, con Dios, con algún ideal, etc.; ése es el problema.

PJ: En realidad es de este modo: hemos hecho todo lo posible por comprender la naturaleza de esta actividad egocéntrica. Hemos observado, hemos meditado, pero el centro no cesa, señor.

K: No, porque creo que estamos cometiendo un error. No vemos verdaderamente, no percibimos en nuestro corazón, en nuestra mente, que cualquier acción dentro de esta periferia, desde el centro hacia la periferia, hacia la circunferencia, y luego de la circunferencia hacia el centro, este movimiento de acá para allá, es un desperdicio de energía y debe ser limitado y traer sufrimiento. Dentro de esa área todo es sufrimiento. No vemos eso.

PJ: Señor, si forma parte de nuestras células cerebrales y si la acción de éstas es emitir constantemente estas ondas que quedan atrapadas, que en cierto sentido es la existencia egocéntrica, entonces...

K: No, Pupul, el cerebro necesita dos cosas: seguridad y una sensación de permanencia.

PJ: Las dos son proporcionadas por el ego.

K: Por eso se ha vuelto muy importante.[5]

5 *Exploration into Insight* (Más allá del pensamiento), "Energía y el cultivo del campo".

SÓLO SOY CONSCIENTE DE ESTA ACTIVIDAD DEL "YO" cuando me opongo a algo, cuando la conciencia experimenta un revés, cuando el "yo" está deseoso de alcanzar un resultado. El "yo" está activo, o soy consciente de ese centro, cuando el placer se termina y quiero tener más de ese placer; entonces hay resistencia y una acomodación deliberada de la mente a un fin determinado que me proporcionará deleite y satisfacción. Me doy cuenta de mí mismo y de mis actividades, cuando estoy persiguiendo conscientemente la virtud. Eso es todo lo que conocemos. Un hombre que persigue la virtud conscientemente no es virtuoso. La humildad no puede ser perseguida, y ésa es la belleza de la humildad.

Por consiguiente, mientras exista este centro de actividad, en cualquier dirección, consciente o inconsciente, habrá este movimiento del tiempo, y seré consciente del pasado y del presente conjuntamente con el futuro. El centro de esta actividad, de la actividad egocéntrica del "yo", es un proceso del tiempo. Eso es lo que usted entiende por tiempo, el proceso psicológico del tiempo. Es la memoria la que da continuidad a la actividad del centro, que es el "yo".

Por favor, obsérvense a sí mismos en acción; no hagan caso de mis palabras ni se dejen hipnotizar por ellas. Si se observa a sí mismo y es consciente de este centro de actividad, verá que sólo es el proceso del tiempo, de la memoria, de la experiencia y la traducción de toda experiencia según la memoria; también ve que la actividad del ego es reconocimiento, el cual es la forma de proceder de la mente.

¿Puede la mente liberarse alguna vez de la actividad egocéntrica? Ésa es una pregunta muy importante que plantearnos en primer lugar, porque en el acto mismo de plantearla descubrirán la respuesta. Es decir, si ustedes se dan cuenta de todo el proceso de esta actividad egocéntrica, si son plenamente conocedores de sus actividades en distintos niveles de su conciencia, entonces ciertamente se tienen que preguntar si es posible que termine esa actividad, o sea, no pensar en términos de tiempo, no pensar en términos de lo que seré, lo que he sido, lo que soy.

Todo el proceso de la actividad egocéntrica empieza a partir de un pensamiento de esa naturaleza; también empiezan la

determinación de devenir, la determinación de elegir y evitar, todas las cuales son un proceso del tiempo. En ese proceso vemos cómo tienen lugar la malignidad, la desdicha, la confusión y la distorsión infinitas. Dése cuenta de ello en su relación, en su mente, conforme estoy hablando.

Ciertamente, el proceso del tiempo no es revolucionario. En el transcurso del tiempo no hay transformación; sólo hay continuidad y ningún final. En el proceso del tiempo no hay nada más que reconocimiento. Sólo existe lo nuevo, sólo hay revolución y transformación cuando hay un cese completo del proceso del tiempo, de la actividad del ego.

Al darse cuenta de todo este proceso del "yo" en actividad, ¿qué debe hacer la mente? Sólo con la renovación, sólo con la revolución y no a través de la evolución, no por medio del devenir del "yo", sino mediante la completa terminación del "yo", existe lo nuevo. El proceso del tiempo no puede traer lo nuevo; el tiempo no es una vía de creación.

No sé si alguno de ustedes ha tenido un momento de creatividad. No de acción; no estoy hablando de poner algo en práctica; me refiero a ese momento de creación, cuando no hay reconocimiento alguno. En ese momento, existe ese extraordinario estado en el que el "yo", como actividad de reconocimiento, ha cesado. Creo que algunos de nosotros lo hemos tenido; tal vez lo hemos tenido la mayoría de nosotros.

Si estamos alerta, veremos que en ese estado no hay experimentador que recuerde, traduzca, reconozca y luego identifique; no hay proceso de pensamiento que pertenezca al tiempo. En ese estado de creación, de creatividad, o en ese estado de lo nuevo, que es intemporal, no hay acción alguna del "yo".

Ahora, nuestra pregunta sin duda es: ¿Puede la mente experimentar, tener ese estado, no momentáneamente, no en raras ocasiones —yo no emplearía las palabras perpetuo o para siempre, porque eso supondría tiempo— sino tener ese estado, hallarse en ese estado sin tener en cuenta el tiempo?

Sin duda, ése es un descubrimiento importante a realizar por cada uno de nosotros, porque ésa es la puerta al amor; todas las demás puertas son actividades del ego. Donde hay acción del ego, no hay amor. El amor no pertenece al tiempo. Usted no

puede practicar el amor. Si lo hace, entonces es una actividad autoconsciente del "yo" que espera alcanzar un resultado mediante el vivir.

De manera que el amor no pertenece al tiempo; usted no puede dar con el amor mediante ningún esfuerzo consciente, por medio de la disciplina o de la identificación, todos los cuales son procesos del tiempo. La mente, que sólo conoce el proceso del tiempo, no puede reconocer el amor. El amor es lo único nuevo, eternamente nuevo. No sabemos lo que es el amor porque la mayoría de nosotros ha cultivado la mente, la cual es un proceso, el resultado del tiempo. Hablamos de amor; decimos que amamos a las personas, que amamos a nuestros hijos, a nuestras esposas, a nuestro prójimo; decimos que amamos la naturaleza; pero en el momento en que soy consciente de que amo, ha surgido la actividad egoísta y, por consiguiente, eso deja de ser amor.

Este proceso total de la mente sólo se puede comprender mediante la relación, la relación con la naturaleza, con las personas, con nuestra propia proyección, con todas las cosas. De hecho, la vida no es nada más que relación. Aunque intentemos aislarnos de la relación, no podemos existir sin ella; no podemos hacerlo, aunque la relación sea dolorosa y tratemos de huir recurriendo al aislamiento, convirtiéndonos en ermitaños y cosas por el estilo.

Todos estos métodos denotan la actividad del ego. Al ver todo este panorama, al darse cuenta de todo este proceso del tiempo como conciencia, sin elección alguna, sin ninguna intención determinada y resuelta, sin desear ningún resultado, verá que este proceso de tiempo se termina espontáneamente, no de forma inducida o como resultado del deseo. Sólo cuando ese proceso llega a su fin, hay amor, el cual es eternamente nuevo.

No tenemos que buscar la verdad. La verdad no es algo distante. Es la verdad de la mente, la verdad de sus actividades de instante en instante. Si nos damos cuenta de esta verdad instantánea, de todo este proceso del tiempo, este darse cuenta permite que la conciencia o esa energía se libere.

Mientras la mente emplee la conciencia como actividad egoísta, surgirá el tiempo con todas sus desdichas, con todos sus

conflictos, con todas sus malignidades, sus engaños intencionados; y sólo habrá amor cuando, al comprender la totalidad de este proceso, cese la mente. Puede llamarle amor o darle algún otro nombre; el nombre que le dé no tiene la menor importancia.[6]

EL EGO SE PERPETÚA A TRAVÉS DE LA IDENTIFICACIÓN, ¿no es cierto? Mi hijo, mi esposa, mi casa, mis muebles, mis dificultades, mis ansiedades y todo lo demás. La identificación con algo perpetúa el "yo". Me identifico con los muebles porque mis muebles son muy antiguos, del siglo catorce, me encantan; los mantengo muy cuidadosamente, les doy brillo, los cuido; los valoro porque algún día los venderé y conseguiré mucho dinero. De manera que los muebles se han vuelto más importantes que el "yo". Vean las jugarretas que nos hacemos a nosotros mismos y los unos a los otros. Mediante la identificación con ese objeto, éste se vuelve importante, y no el "yo" que se identifica. Me identifico con mi país, con mi nacionalidad, con mi dios: el país, la nacionalidad, el dios se convierten en lo más importante.

Nunca investigamos por qué tiene lugar esta identificación. ¿Por qué quiero identificarme? Yo estoy haciendo la pregunta, pero es usted quien tiene que hacerla.

Quiero comprenderme a mí mismo. No sé lo que soy; de verdad que no lo sé. Debo averiguarlo. Debo aprender acerca de mí mismo y no de acuerdo con otra persona. No según los profesionales; puede que ellos se equivoquen o que tengan razón. No estoy interesado en ellos. Lo que me interesa es aprender acerca de mí mismo. Aprender significa que debo observar, no debo acercarme con ninguna conclusión, con ningún prejuicio, con ninguna clase de esperanza. Debo aprender, descubrir lo que es. ¿Hará usted eso? Se han dicho muchas cosas al respecto. Yo descarto todo lo que los demás han dicho. ¿Hará usted eso? Descarte por completo lo que han dicho los demás.

Quiero averiguar y, por lo tanto, miro, observo. Sólo puedo observarme en la relación: cómo reacciono, la ira, los celos, el

6 Madrás, 12ª plática, 10 de febrero de 1952.

odio, la envidia, la violencia, la dominación, la supresión; ya sabe, observo todo el movimiento.

Cuando mira algo, un árbol o una nube, una montaña o el agua, lo mira con un espacio entre usted y eso. No sólo hay espacio físico sino también espacio dividido por el pensamiento. Ese árbol está en mi jardín. Existe una división.

¿Puede usted mirar ese árbol sin que medie esa división? Esto no significa que se identifique con el árbol; usted no se convierte en el árbol. Lo observa y en esa observación, si no hay espacio entre el observador y lo observado, no hay identificación sino una relación de una clase totalmente distinta.

Hágalo alguna vez. Mire un objeto, no importa cuál sea, sin el espacio intermedio; entonces hay un contacto directo. Puede hacer eso con un árbol, con relativa facilidad. Pero resulta muy difícil hacerlo con su marido, con su amigo, con su esposa.

¿Puede mirar a su esposa, a su marido, al vecino, a los políticos, puede mirar con ojos que no tienen este espacio intermedio creado por la imagen? ¿Puede mirarse a sí mismo sin condenar ni justificar? Justificación y condena son el censor. El censor es la entidad condicionada. La entidad condicionada es el "yo", el "yo" que dice: "Debo tener más éxito", "Debo tener más placer". O sea que, ¿puede mirarse a sí mismo sin ninguna distracción del pensamiento? ¿Está siguiendo todo esto? ¿Lo ha hecho?

¿Puede olvidarse de sí mismo, aunque se haya identificado con algo? Esa misma identificación es la continuidad del ego. Me identifico con la India. Yo me he convertido en la idea de la India. Y si usted dice cualquier cosa contra la India, me siento herido; mientras usted la adule, estoy contento.

Me identifico con una creencia, y lucharé a muerte contra cualquier intento de destruir esa identificación, porque en el momento en que no me identifico con algo, me veo obligado a mirarme a mí mismo. No quiero mirarme a mí mismo porque mirarme me da miedo.[7]

7 *Talks and Dialogues*, Sydney 1970, 2° diálogo, 19 de noviembre de 1970.

Krishnamurti: Uno debe tener muy clara la naturaleza del deseo, ¿verdad? El deseo forma parte de la sensación, el pensamiento se identifica con esa sensación, y por medio de la identificación se configura el "yo", el ego, y el ego entonces dice: "Debo" o "No lo haré".

De modo que estamos tratando de averiguar si existe una acción no basada en el principio de los ideales, en el deseo, en la voluntad; no una acción espontánea; ésa es una palabra bastante peligrosa, porque nadie es espontáneo; uno cree que puede ser espontáneo, pero no hay semejante cosa, porque uno debe ser totalmente libre para ser espontáneo. ¿Comprende?

Así que, ¿existe tal acción? Porque la mayor parte de nuestra acción tiene un motivo. Y motivo significa movimiento: quiero construir una casa, quiero esa mujer, o ese hombre, estoy psicológica o biológicamente herido y mi motivo es devolver la herida, de manera que siempre hay alguna clase de motivo en la acción que realizamos en la vida diaria. Por consiguiente, la acción está condicionada por el motivo. El motivo forma parte del proceso de identificación. Así que si comprendo —no "comprendo"—, si hay una percepción de la verdad de que la identificación configura toda la naturaleza, la estructura del ego, entonces, ¿existe una acción que no dimane del pensamiento? No sé, ¿tengo razón, señor?

David Bohm: Antes de entrar en eso, ¿podríamos preguntar por qué hay identificación, a qué se debe que esto sea tan predominante?

K: Por qué el pensamiento se identifica.

DB: Con la sensación y con otras cosas.

K: ¿Por qué hay identificación con algo? En la identificación hay dualidad, el identificador y lo identificado. Cuando no hay identificación, los sentidos son sentidos. Pero, ¿por qué se identifica el pensamiento con los sentidos?

DB: Sí, eso todavía no está claro.

K: Vamos a aclararlo.

DB: ¿Está usted diciendo que cuando la sensación es recordada, entonces tenemos identificación?

K: Sí.

DB: ¿Podemos aclarar eso más?

K: Aclarémoslo un poco más. Trabajemos en ello. Existe la percepción de un lago placentero, de ver un hermoso lago, ¿qué sucede en ese acto de ver? No sólo hay visión óptica, por el ojo, sino que además los demás sentidos se despiertan: el olor del agua, los árboles en el lago...

DB: ¿Podríamos detenernos un momento? Cuando usted dice "ver", por supuesto que ve a través de su sentido visual.

K: Estoy empleando puramente el sentido visual.

DB: Por lo tanto, ya tiene el sentido visual despierto simplemente para ver. ¿Es eso lo que quiere decir?

K: Sí. Sólo ver.

DB: Visualmente.

K: Visual, ópticamente, sólo estoy viendo. Entonces, ¿que tiene lugar?

DB: Y los demás sentidos entran en funcionamiento.

K: Y los demás sentidos empiezan a funcionar. ¿Por qué no se detiene ahí?

DB: ¿Cuál es el siguiente paso?

K: El paso siguiente es que interviene el pensamiento: "Qué hermoso es eso, ojalá pudiera quedarme aquí."

DB: O sea que el pensamiento lo identifica.

K: Sí.

DB: Dice: "Es esto".

K: Porque en eso hay placer.

DB: ¿En qué?

K: Ver y el deleite de ver, luego el pensamiento que entra en funcionamiento y dice: "Debo tener más, debo construir una casa aquí, es mío."

DB: Pero, ¿por qué hace eso el pensamiento?

K: Por qué el pensamiento se entremete con los sentidos, ¿es eso? Un momento, señor. Cuando los sentidos disfrutan y dicen: "¡Qué delicia!", y ahí se queda, el pensamiento no interviene. Ahora bien, ¿por qué interviene el pensamiento? Si es doloroso, el pensamiento lo evita, no se identifica con eso.

DB: Se identifica en su contra, dice: "No lo quiero".

K: No, déjalo, aléjate de él: o bien lo niega o se aleja de él. Pero si es placentero, cuando los sentidos empiezan a disfrutar, dicen: "¡Qué bien!", y luego el pensamiento empieza a identificarse con eso.

DB: Pero, quiero decir, ¿por qué?

K: ¿Por qué? A causa del placer.

DB: Pero ¿por qué no lo deja cuando ve lo inútil que es esto?

K: Oh, eso es mucho después.

DB: Eso es muchísimo más adelante.

K: Cuando se vuelve doloroso, cuando se da cuenta de que la identificación genera tanto placer como temor, entonces empieza a cuestionar.

DB: Bueno, ¿está usted diciendo que el pensamiento al principio ha cometido un simple error, una especie de error inocente?

K: Así es. El pensamiento ha cometido un error al identificarse con algo que le proporciona placer o en lo que se complace.

DB: Y el pensamiento trata de asumir el control.

K: De asumir el control.

DB: Tal vez para hacerlo permanente.

K: Permanente, eso es, lo cual indica memoria: un recuerdo del lago con los narcisos, los árboles, el agua, la luz del Sol y todo lo demás.

DB: Entiendo que el pensamiento ha cometido un error y posteriormente descubre ese error, pero parece ser demasiado tarde, porque no sabe cómo detenerse.

K: Ahora está condicionado.

DB: ¿Podemos, entonces, aclarar por qué no puede dejarlo?

K: Por qué no puede dejarlo. Ése es justo nuestro problema.

DB: ¿Podemos tratar de aclararlo más?

K: ¿Por qué el pensamiento no deja algo que sabe o se da cuenta que es doloroso?

DB: Sí.

K: Que es destructivo. ¿Por qué? Tomemos un ejemplo simple: uno está psicológicamente herido.

DB: Bueno, eso es más tarde.

K: Estoy tomando eso como ejemplo, el más tarde no importa. Uno está herido. ¿Por qué no puede dejar inmediatamente esa herida, sabiendo que va a causar mucho daño? Es decir, cuando estoy herido construyo un muro a mi alrededor para no ser más herido, hay miedo y aislamiento, acciones neuróticas y todo lo que resulta de eso. El pensamiento ha creado la imagen de mí mismo, y esa imagen resulta herida. ¿Por qué el pensamiento no

dice: "Sí, por Dios, he visto esto", y lo abandona inmediatamente? Es la misma pregunta. Porque cuando se desprende de la imagen, no queda nada.

DB: Entonces tenemos otro ingrediente, porque el pensamiento quiere aferrarse al recuerdo de la imagen.

K: Aferrarse a los recuerdos que han creado la imagen.

DB: Y que pueden crearla nuevamente, y el pensamiento siente que son muy valiosos.

K: Sí, son muy valiosos, nostálgicos, y todo lo demás.

DB: Así que de alguna manera le concede un valor muy alto a todo eso. ¿Cómo llegó a hacer eso?

K: Por qué ha hecho que la imagen sea tan valiosa. ¿Por qué la imagen que el pensamiento ha creado se ha vuelto tan importante?

DB: Si puedo decirlo, en un principio fue un simple error, y el pensamiento creó una imagen de placer que parecía volverse muy importante, valiosa, y era incapaz de desprenderse de ella.

K: Sí, ¿por qué no lo hace? Señor, si me desprendo del placer, si el pensamiento renuncia al placer, ¿qué queda?

DB: No parece capaz de regresar al estado inicial, aquél en el que no había nada.

K: Ah, ése es el estado prístino.

DB: Es incapaz de regresar a ese estado. Bueno, creo que lo que sucede es que cuando el pensamiento piensa en renunciar al placer que se ha vuelto muy valioso, entonces sólo pensar eso es doloroso.

K: Sí, renunciar es doloroso.

DB: Y por consiguiente, el pensamiento huye de eso.

K: Sí, por consiguiente, se aferra al placer.

DB: No quiere afrontar el dolor.

K: Hasta que haya un mejor premio para el placer, el cual será un placer mejor.

DB: Ése no es ningún cambio.

K: Por supuesto.

DB: Pero el pensamiento parece haber caído en una trampa que él mismo se ha tendido, porque ha recordado inocentemente el placer y luego, paulatinamente, lo ha hecho importante; y después se ha vuelto demasiado doloroso para renunciar a él, porque cualquier cambio que signifique la inmediata eliminación del placer es muy doloroso.

K: Porque después no tiene nada más, y entonces se asusta. Así que se aferra a algo que conoce.

DB: Que conoce y que es muy valioso para él.

K: Pero no sabe que va a generar miedo.

DB: Incluso cuando lo sabe, todavía se aferra.

K: Pero preferiría huir del miedo, confiando en que el placer continúe.

DB: Por último empieza a volverse irracional, porque crea presiones que hacen que el cerebro sea irracional e incapaz de enderezar esto.

K: Sí. Empezamos, ¿no es cierto?, con la pregunta: ¿Existe una acción en la que no hay ningún motivo ni causa, en la que el ego no interviene en absoluto? Por supuesto que la hay. La hay cuando el ego no está presente, lo cual significa que no tiene lugar ningún proceso de identificación. Hay percepción de un hermoso lago con todo su color, gloria y belleza; eso basta. No hay el cultivo del recuerdo, el cual se desarrolla mediante el proceso de identificación.

DB: Esto plantea la pregunta: ¿Cómo vamos a detener esta identificación?

K: No creo que haya un "cómo". Mire, eso significa meditación, control, práctica y más práctica. Y esa forma vuelve la mente mecánica, insensible —perdóneme— y literalmente incapaz de recibir nada nuevo.

DB: Creo que normalmente estamos identificados con nuestro lenguaje y, por lo tanto, éste nos impulsa, pero si estamos libres de identificación...

K: Así es, señor. Es extraordinario cómo el lenguaje nos ha hecho: "Soy comunista".

DB: Ésa es una identificación.

K: Eso es.

DB: Pero, ¿cree usted que el lenguaje es la principal fuente de identificación?

K: Una de ellas.

DB: Una de las grandes.

K: Sí.[8]

Interlocutor: ¿Qué entiende usted por "identificar"?

Krishnamurti: Le amo, me he identificado con usted. O, la he ofendido a ella, y usted se identifica con ella y se enfada conmigo. Vea lo que ha sucedido: yo le he dicho algo a ella, que es dañino y desagradable; usted es su amigo, se identifica con ella y se enoja conmigo. De manera que eso forma parte de la actividad egocéntrica, ¿verdad? ¿Está seguro?

8 Brockwood Park, 3ª conversación con Bohm, Narayan y dos eruditos budistas, 23 de junio de 1978.

Usted me gusta, le tengo mucho cariño, ¿qué significa eso? Me gusta su aspecto, usted es un buen compañero, etc. ¿Qué significa?

I: Significa que usted es mejor compañero que otras personas y, por consiguiente, me gusta estar con usted.

K: Profundice un poco más. ¿Qué significa?

I: Usted se reserva a esa persona para sí y excluye a los demás.

K: Eso es una parte, pero avance más.

I: Es agradable estar con esa persona.

K: Es agradable estar con esa persona y no es agradable estar con otra. De modo que mi relación con usted se basa en mi placer. Si no me gusta, digo: "¡Me voy!". Mi interés es mi placer, como también lo es mi resentimiento, mi ira. De manera que la preocupación por uno no es sólo pensar en sí mismo e identificarse con esta o esa posesión, persona o libro. ¿Es eso lo que usted hace durante todo el día? Existe la ocupación periférica y también me estoy comparando con usted; eso está sucediendo continuamente, pero desde un centro.

I: Uno lee acerca de los refugiados en la India y, aunque no tiene una relación personal con ellos, se siente identificado con ellos.

K: ¿Por qué me identifico con esas personas que han sido asesinadas y expulsadas de Pakistán Oriental? Los miré el otro día en la televisión; esto está sucediendo en todas partes, no sólo en Pakistán; es espantoso. Ahora usted dice que se identifica con todos esos refugiados. ¿Qué siente?

I: Simpatía.

K: Adelante, explórelo, desentráñelo.

I (1): Cólera contra los que causaron esto.

I (2): Frustración porque no se puede hacer nada al respecto.

K: Usted se enoja con la gente que hace estas cosas, que mata a los hombres jóvenes y expulsa a ancianas y niños. ¿Es eso lo que usted hace? Se identifica con esto y rechaza aquello. ¿Cuál es la estructura, el análisis de la identificación?

I: Es dualista.

K: Avance.

I: Uno no se siente seguro.

K: ¿Siente usted que mediante la identificación podría hacer algo?

I: Incluso poniéndose del lado de una de las partes uno siente que tiene cierta posibilidad de hacer algo.

K: Soy anticatólico; me identifico con un grupo que es anticlerical. Al identificarme con eso, siento que puedo hacer algo. Pero avance más. Sigue siendo el yo el que hace algo al respecto; todavía es la ocupación conmigo mismo. Me he identificado con lo que considero más grande: la India, el comunismo, el catolicismo, mi familia, mi dios, mi creencia, mi casa, usted me ha herido, etc., ¿comprende? ¿Cuál es la razón de esta identificación?

I: Me separo del resto del mundo y, al identificarme con algo más grande, ese algo se convierte en mi aliado.

K: Sí, pero ¿por qué hace esto? Me identifico con usted porque usted me gusta. No me identifico con él porque no me gusta. Y me identifico con mi familia, con mi país, con mi dios, con mi creencia. Ahora bien, no digo que esté ni bien ni mal, pero ¿por qué me identifico con algo? ¿Qué subyace tras esta identificación?

I: Confusión interior.

K: ¿Es eso?

I: Uno está asustado.

K: Siga adelante.

I: La confusión es causada por la identificación.

K: ¿Lo es? Le estoy preguntando a usted y usted debe cuestionarme a mí también. No acepte lo que estoy diciendo, indague. Todo este proceso de identificación, ¿por qué sucede? Si no me identifico con usted o con algo, me siento frustrado. ¿Está seguro?

I1: No lo sé.

I2: Se siente insatisfecho, vacío.

K: Adelante. Me siento triste, frustrado, insatisfecho, insuficiente, vacío. Ahora quiero saber por qué me identifico con un grupo, con una comunidad, con sentimientos, ideas, ideales, héroes y todo lo demás. ¿Por qué?

I: Creo que es con el fin de tener seguridad.

K: Sí. Pero ¿qué entiende usted por esa palabra seguridad?

I: Solo, soy débil.

K: ¿Es porque no puede valerse por sí mismo?

I: Es porque uno tiene miedo de quedarse solo.

K: ¿Usted tiene miedo de estar solo y por eso se identifica?

I: No siempre.

K: Pero ése es el núcleo, la raíz del asunto. ¿Por qué quiero identificarme? Porque entonces me siento seguro. Tengo recuerdos agradables de personas y lugares, así que me identifico con eso. Veo que en la identificación estoy mucho más seguro, ¿verdad?

I: No sé si usted quiere hablar sobre este aspecto específico, pero si veo que la matanza en Vietnam está mal, y hay un grupo

de manifestantes contra la guerra en Washington, entonces voy y me uno a ellos.

K: Espere un momento. Hay un grupo antibelicista de personas y me uno a ellas. Me identifico con ellas porque al identificarme con un grupo de personas que están haciendo algo al respecto, yo también estoy haciendo algo; por mí mismo no puedo hacer nada. Pero al pertenecer a un grupo de personas que organizan manifestaciones, que escriben artículos y que dicen: "Es terrible", estoy tomando parte activa en el cese de la guerra. Ésa es la identificación. No estamos buscando los resultados de esa identificación, si es buena o mala. Pero, ¿por qué la mente humana quiere identificarse con algo?

La identificación tiene lugar porque usted siente: "Aquí estoy seguro". Por lo tanto, ¿la razón de que usted se identifique es porque está inseguro? ¿Es eso? Inseguridad significa temor, incertidumbre, no saber qué pensar, estar confuso. De modo que usted necesita protección; es bueno tener protección. ¿Es ésa la razón por la cual se identifica?

¿Cuál es el paso siguiente? En mí mismo estoy indeciso, falto de claridad, confuso, asustado. soy insuficiente y, por consiguiente, me identifico con una creencia. Ahora, ¿qué sucede?

I: Descubro que todavía estoy inseguro.

K: No. Me he identificado con ciertas ideologías. ¿Qué sucede entonces?

I: Uno trata de convertir eso en su seguridad.

K: He dado varias razones para esta identificación: porque es racional, es factible, todo lo demás. Ahora, ¿qué sucede cuando me he identificado con eso?

I: Tiene un conflicto.

K: Mire lo que pasa. Me he identificado con una ideología, con un grupo de personas o con una persona; eso forma parte de mí. Debo protegerlo, ¿no es cierto? Por lo tanto, si eso es amenazado estoy perdido, vuelvo nuevamente a mi inseguridad. De ma-

nera que, ¿qué sucede? Me pongo colérico con quienquiera que lo ataque o lo ponga en duda. Entonces, ¿qué es lo que realmente sucede?

I: Conflicto.

K: Mire: me he identificado con una ideología; debo protegerla porque es mi seguridad y resisto a todo el que la amenace; o sea que tengo una ideología contradictoria. De manera que una vez que me he identificado con una ideología, debe haber resistencia; construyo un muro alrededor de aquello con lo que me he identificado. Donde hay un muro, éste tiene que crear división. Entonces hay conflicto. No sé si ve todo esto.

Ahora, ¿cuál es el siguiente paso? Adelante.

I (1): ¿Cuál es la diferencia entre identificación y cooperación?

I (2): Parece que tiene que haber mayor comprensión de la cooperación.

K: ¿Usted sabe lo que significa cooperar, trabajar juntos? ¿Puede haber cooperación cuando hay identificación? ¿Sabe qué entendemos por identificación? Hemos examinado su anatomía. Cooperación significa trabajar juntos. ¿Puedo trabajar con usted si me he identificado con una ideología y usted está identificado con otra? Obviamente, no.

I: Pero las personas tienen que trabajar juntas.

K: ¿Es eso cooperación?

I: No.

K: Vea lo que implica. Colaboramos debido a nuestra identificación con una ideología; usted la protege y yo la protejo. Es nuestra seguridad, en nombre de Dios, en nombre de la belleza, en nombre de cualquier cosa. Creemos que eso es cooperación. Ahora bien, ¿qué sucede? ¿Puede haber cooperación cuando hay identificación con un grupo?

I: No, porque hay división. Me encuentro en conflicto con miembros del grupo debido a que sigo identificándome con ellos.

K: Mire lo que sucede. Usted y yo nos hemos identificado con esa ideología. Nuestra interpretación de esa ideología puede ser...

I: ...diferente...

K: Por supuesto. Si usted discrepa en la interpretación de esa ideología, se está desviando y, consecuentemente, estamos en conflicto. Por lo tanto, nosotros dos debemos estar completamente de acuerdo respecto de esa ideología. ¿Es eso posible?

I: Eso es exactamente lo que sucede con una escuela. En vez de una ideología, uno se identifica con una escuela, y cada persona tiene su propio concepto.

K: Sí, perfectamente de acuerdo. ¿Por qué?

I: Tengo la impresión de que a veces aquí hay conflicto justo por la razón que usted daba cuando hablaba de una ideología. Si usted y yo nos identificamos con la escuela, creemos que estamos cooperando, pero no hay ese espíritu.

K: Por lo tanto pregunto, ¿puede haber cooperación cuando hay identificación?

I: No.

K: ¿Sabe lo que está diciendo? (Risas). Así es como funciona todo en este mundo. ¿Es ésa la verdad, que donde haya identificación no puede haber cooperación? Es algo maravilloso descubrir la verdad de esto. No su opinión o mi opinión, sino la verdad, la validez de esto. Por consiguiente, tenemos que averiguar qué entendemos por cooperación. No puede haber cooperación cuando hay identificación con una idea, con un líder, con un grupo, etc. Entonces, ¿qué es esa cooperación en la que no hay identificación alguna?

I: Actuar en respuesta a la situación misma.

K: No digo que usted no tenga razón, pero ¿podemos colaborar, cuando usted y yo pensamos de formas distintas, cuando usted está interesado por sí mismo y yo me preocupo por mí? Una de las razones es que, sabiendo que no podemos cooperar cuando estamos pensando en nosotros mismos, tratamos de identificarnos con una ideología, confiando en producir cooperación por ese medio. Pero si usted no se identifica, ¿qué es la cooperación?

Aquí estamos, en Brockwood, en una escuela. Vemos que no puede haber cooperación cuando hay identificación con una escuela, con una idea, con un programa, con una determinada norma acerca de esto y aquello. Y también vemos que la identificación es la causa de toda división. Entonces, ¿qué es la cooperación? Trabajar juntos, no "en torno a algo". ¿Ven la diferencia? De modo que, antes de hacer algo juntos, ¿qué es el espíritu de cooperación, la índole del mismo, ese sentimiento?

I: Comprensión, estar completamente abiertos.

K: Profundice un poco más. Dijimos que la identificación no es cooperación. ¿Está usted completamente seguro respecto de ese punto? ¿Tiene usted completamente claro que la cooperación no puede existir cuando cada uno de nosotros se preocupa por sí mismo? Pero usted se preocupa por sí mismo, por lo tanto, no tiene ningún espíritu de cooperación, sólo coopera cuando es de su agrado. De manera que, ¿qué significa cooperar? No estamos practicando juegos de salón. ¿Qué significa cooperar cuando no hay "yo"? De otro modo no se puede cooperar. Puedo tratar de cooperar en torno a una idea, pero ahí siempre está el "yo".[9]

Interlocutor: Usted dice que mediante la identificación producimos separación, división. A algunos de nosotros su forma de vida nos parece separativa y aislante y que ha ocasionado división entre aquéllos que anteriormente estaban unidos. ¿Con qué se ha identificado usted?

Krishnamurti: Ahora, primero veamos la verdad de la afirmación que la identificación divide, separa. Yo he afirmado eso varias veces. ¿Es o no es un hecho?

9 *Beginnings of Learning* (*Principios del aprender*), 1ª parte, capítulo 10 (diálogo escolar, Brockwood Park, 19 de junio de 1971).

¿Qué entiende usted por identificación? No se limite meramente a complacerse verbalmente en ello, sino mírelo directamente. Usted se identifica con su país, ¿no es cierto? Cuando hace eso, ¿qué sucede? De inmediato se encierra en sí mismo mediante la identificación con un determinado grupo. Ése es un hecho, ¿verdad?

Cuando usted se llama hindú, se ha identificado con determinadas creencias, tradiciones, esperanzas, ideas; y esa identificación misma le aísla. Ése es un hecho, ¿verdad?

Si ve la verdad de eso, entonces deja de identificarse; por lo tanto, usted ya no es hindú ni budista ni cristiano, en política o en religión. De manera que la identificación es separativa, es un factor de deterioro en la vida. Eso es un hecho; ésa es la verdad al respecto, tanto si le gusta como si no.

El interlocutor pregunta además si yo, mediante mi acción, he producido división entre aquéllos que anteriormente estaban unidos. Completamente de acuerdo. Si uno ve algo verdadero, ¿no debe declararlo? Aunque ocasione problemas, aunque produzca desunión, ¿no debería proclamarlo? ¿Cómo puede haber unidad en torno a lo falso? Usted se identifica con una idea, con una creencia, y cuando otro cuestiona esa creencia, la idea, usted expulsa a ese otro tipo. No le hace pasar sino que lo echa fuera. Usted lo ha aislado; el hombre que dice que lo que usted hace está mal no lo ha aislado a usted. De modo que su acción es aislante, y no la de él, no la acción de la persona que apunta a la verdad. Usted no quiere encarar el hecho de que la identificación es separativa.

Toda identificación con una familia, con una idea, con una creencia, con cualquier organización determinada es siempre separativa. Cuando a eso se le pone fin directamente, o cuando a usted se le obliga a mirarlo y se le presenta como un desafío, entonces usted, que quiere identificarse, que quiere ser separativo, que quiere echar al otro individuo, dice que ese hombre está aislando.

Su modo de existencia, su forma de vida es separativa y, por consiguiente, usted es responsable de la separación, no yo. Usted me ha echado; yo no me he ido. Naturalmente, usted empieza a sentir que yo estoy aislando, que estoy introduciendo división, que mis ideas y expresiones están destruyendo, son des-

tructivas. Deberían ser destructivas; deberían ser revolucionarias. De otro modo, ¿cuál es el valor de cualquier cosa nueva?

No cabe duda, señores, de que debe haber revolución, no según una ideología o pauta en particular. Si es de acuerdo con una ideología o pauta, entonces no es revolución, es meramente la continuación del pasado; es identificación con una nueva idea y, por lo tanto, proporciona continuidad a una forma específica y, ciertamente, eso no es revolución.

La revolución se produce cuando hay un cese interno de toda identificación; y usted sólo puede hacer eso cuando es capaz de mirar de frente el hecho sin engañarse a sí mismo y sin darle una oportunidad al intérprete a que le diga lo que él piensa al respecto.

Al ver la verdad de la identificación, obviamente no me identifico con nada. Cuando veo la verdad de que algo duele, no hay problema; lo dejo en paz. Dejo de identificarme ahí o en otra parte. Usted se da cuenta de que todo el proceso de identificación es destructivo, separativo; tanto si este proceso tiene lugar en las creencias religiosas como en la perspectiva dialéctica de la política, es todo separativo. Cuando reconoce, cuando ve y es plenamente consciente de eso, entonces obviamente se libera; por lo tanto, no hay identificación con nada. No identificarse significa valerse por sí mismo, pero no como una entidad noble haciéndole frente al mundo. Esto no tiene nada que ver con estar juntos. Pero usted tiene miedo de la desunión.

El interlocutor dice que yo he producido desunión. ¿Lo hice? Lo dudo. Usted ha descubierto por sí mismo la verdad al respecto. Si es persuadido por mí, y por consiguiente se identifica conmigo, entonces usted no ha hecho algo nuevo; usted sólo ha canjeado un mal por otro.

Debemos romper para descubrir. La verdadera revolución es la revolución interior; es una revolución que ve las cosas claramente, y eso es amor. En ese estado, usted no tiene ninguna identificación con nada.[10]

10 Madrás, 12ª plática, 10 de febrero de 1952.

DARSE CUENTA ES UN PROCESO DE DESCUBRIMIENTO, el cual se bloquea mediante la identificación. Cuando nos damos cuenta debidamente de la complejidad de la codicia, no hay lucha alguna en su contra, ninguna afirmación negativa de la no codicia, la cual sólo es otra forma de autoafirmación; y en ese darse cuenta descubriremos que la codicia ha cesado.

Nuestra dificultad reside en que a nuestro alrededor hemos erigido conclusiones a las que llamamos "comprensión". Estas conclusiones son obstáculos para el entendimiento. Si usted examina esto más a fondo, verá que todo lo que ha sido acumulado debe ser abandonado por completo, para que haya entendimiento y sabiduría. Ser simple no es una conclusión, un concepto intelectual que se afane por alcanzar. Sólo puede haber sencillez cuando el ego, con su acumulación, cesa.

Es relativamente fácil renunciar a la familia, a la propiedad, a la fama, a las cosas del mundo; ése es sólo el principio; pero es sumamente difícil descartar todo conocimiento, todo recuerdo condicionado. En esta libertad, este recogimiento interior, hay una experiencia que está más allá y por encima de todas las creaciones de la mente. No preguntemos si la mente puede alguna vez liberarse del condicionamiento, de la influencia; lo descubriremos conforme avanzamos en autoconocimiento y comprensión. El pensamiento, que es un resultado, no puede comprender lo que no tiene causa.

Las formas de la acumulación son sutiles; la acumulación es autoafirmación, como también lo es la imitación. Llegar a una conclusión es construir un muro alrededor de sí, una seguridad protectora que impide la comprensión. Las conclusiones acumuladas no contribuyen a la sabiduría sino que sólo sustentan el ego. Sin acumulación no hay ego. Una mente sobrecargada de acumulaciones es incapaz de seguir el rápido movimiento de la vida, incapaz de atención alerta, flexible y profunda.

Interlocutor: Puesto que somos imitadores, ¿qué haremos?

K: Dése cuenta de sí mismo, lo cual revelará los motivos ocultos de la imitación, la envidia, el temor, el ansia de seguridad,

de poder y demás. Cuando está libre de identificación personal, este darse cuenta produce entendimiento y tranquilidad, los cuales conducen a la realización de la sabiduría suprema.

I: ¿No es este proceso de darse cuenta, de revelación de sí mismo, otra forma de adquisición? ¿No es la indagación otro medio de expandir la codicia personal?

K: Si el interlocutor experimentara con el darse cuenta, descubriría la verdad de esta cuestión. La comprensión nunca es acumulativa; la comprensión sólo viene cuando hay quietud, cuando hay un estado de alerta pasiva. No hay quietud ni pasividad cuando la mente es adquisitiva; la codicia siempre es inquieta, envidiosa. Como dijimos, darse cuenta no es acumulativo; la acumulación se incrementa mediante la identificación, proporcionándole continuidad al ego a través de la memoria.

Darse cuenta sin identificación personal, sin condena o justificación es extremadamente arduo, porque nuestra respuesta se basa en placer y dolor, premio y castigo. ¡Qué pocos se dan cuenta de la continua identificación! Si nos diéramos cuenta no haríamos estas preguntas que indican ausencia de atención. Así como una persona que duerme sueña que debe despertarse, pero no lo hace, pues sólo es un sueño, así nosotros hacemos estas preguntas sin experimentar, de hecho, con el darse cuenta.

I: ¿Hay algo que uno pueda hacer para darse cuenta?

K: ¿No está usted en conflicto, sufriendo? Si lo está, ¿no trata de encontrar la causa? La causa es el ego, sus deseos atormentadores. Luchar con estos deseos sólo crea resistencia, mayor dolor, pero si se da cuenta sin elección de su anhelo, entonces sobreviene la comprensión creativa. La verdad de esta comprensión es lo que libera, no la resistencia o lucha contra la envidia, la ira, el orgullo y demás.

De modo que el darse cuenta no es un acto de la voluntad, porque la voluntad es resistencia, es el esfuerzo que el ego realiza mediante el deseo para adquirir, para crecer, ya sea positiva o negativamente. Dése cuenta de la codicia, observando pasivamente sus aspectos en distintos niveles; esto le resultará bastan-

te arduo, porque el pensamiento-sentimiento se sostiene a base de identificación y es ésta la que impide comprender la acumulación.

Dése cuenta, emprenda el viaje de descubrimiento de sí mismo. No pregunte qué va a suceder en este viaje, lo cual sólo denota ansiedad, miedo, su deseo de seguridad, de certidumbre. Este deseo de amparo impide el autoconocimiento, la revelación de sí mismo y, por consiguiente, la comprensión. Dése cuenta de esta ansiedad interna y experiméntela directamente; entonces descubrirá lo que revela este darse cuenta. Pero, desafortunadamente, la mayoría de nosotros sólo deseamos hablar del viaje sin emprenderlo.

I: ¿Qué nos sucede al final del viaje?

K: ¿No es importante que el interlocutor se dé cuenta de por qué está haciendo esta pregunta? ¿No es a causa del miedo a lo desconocido, del deseo de alcanzar un fin o de asegurarse la propia continuidad? Porque sufrimos, buscamos felicidad; porque somos transitorios, buscamos lo permanente; porque estamos en tinieblas, buscamos la luz. Pero si nos diéramos cuenta de lo que es, entonces la verdad del sufrimiento, de la transitoriedad, del encarcelamiento liberaría al pensamiento de su propia ignorancia.

I: ¿No existe tal cosa como el pensamiento creativo?

K: Sería más bien pretencioso considerar lo que es la creatividad. Si nos diéramos cuenta de nuestro condicionamiento, entonces la verdad del mismo daría lugar al ser creativo. Especular sobre el ser creativo es un impedimento; toda especulación es un obstáculo para el entendimiento. Lo real sólo se presenta cuando la mente es simple, cuando está depurada de todo autoengaño y astucia, saneada de toda acumulación. La purgación de la mente no es un acto de la voluntad ni el resultado de la compulsión imitativa. Darse cuenta de lo que es el liberador.[11]

11 Ojai, 5ª plática. 5 de mayo de 1946.

DARSE CUENTA ES LA SOLUCIÓN A NUESTROS PROBLEMAS. Debemos experimentar con él y descubrir su verdad. Sería una locura meramente aceptar; aceptar no es comprender. La aceptación o no aceptación es un acto positivo que obstaculiza la experimentación y la comprensión. La comprensión que resulta de la experimentación y del autoconocimiento proporciona confianza.

A esta confianza puede llamársele fe. No es la fe de los necios; no es fe en algo. La ignorancia puede tener fe en la sabiduría, la oscuridad en la luz, la crueldad en el amor, pero semejante fe sigue siendo ignorancia. Esta confianza o fe de la que estoy hablando viene a través de la experimentación en el autoconocimiento, no a través de la aceptación y la esperanza.

La confianza en sí mismos que muchos poseen, es el resultado de la ignorancia, del éxito, de la vanagloria o de la capacidad. La confianza de la que hablo es comprensión, no el "yo comprendo", sino la comprensión sin identificación personal. La confianza o la fe en algo, por muy noble que sea, sólo genera obstinación, y la obstinación es sinónimo de credulidad.

Las personas lúcidas han destruido la fe ciega, pero cuando ellos mismos se encuentran en un estado de conflicto o sufrimiento serios, aceptan la fe o se vuelven cínicos. Creer no es ser religioso; tener fe en algo creado por la mente es no estar abierto a lo real.

La confianza surge, no puede ser fabricada por la mente; la confianza viene con la experimentación y el descubrimiento; no la experimentación con la creencia, la teoría o la memoria sino la experimentación con el autoconocimiento. Esta confianza o fe no es algo que uno se impone a sí mismo ni que se identifica con la creencia, la formulación, la esperanza. No es el resultado del deseo de expansión personal. Al experimentar con el darse cuenta se produce el descubrimiento que, en su comprensión, es liberador. Este autoconocimiento mediante el darse cuenta pasivo es de instante en instante, sin acumulación; es infinito, verdaderamente creativo. A través del darse cuenta sobreviene la vulnerabilidad a la verdad.

Para estar abierto, ser vulnerable a lo real, el pensamiento debe dejar de ser acumulativo. No es que el pensamiento-senti-

miento deba volverse no codicioso, lo cual sigue siendo acumulativo, una forma negativa de expansión personal, sino que debe ser no codicioso. Una mente codiciosa es una mente conflictiva; una mente codiciosa siempre es temerosa, envidiosa en su crecimiento propio y autorrealización. Una mente así siempre está cambiando los objetos de su deseo, y se considera que este cambio es crecimiento. Una mente codiciosa que renuncia al mundo con el fin de buscar la realidad, a Dios, todavía es codiciosa. La codicia siempre está inquieta, siempre buscando crecimiento, realización, y esta actividad intranquila crea la inteligencia autoafirmativa, pero no es capaz de comprender lo real.

La codicia es un problema complejo. Vivir sin codicia en el mundo de la codicia requiere una comprensión profunda; vivir sencillamente, ganándose la vida éticamente en un mundo organizado en torno a la agresión y expansión económicas, sólo es posible para aquéllos que están descubriendo riquezas interiores.

Interlocutor: ¿Existe una técnica para darse cuenta?

Krishnamurti: ¿Qué implica esta pregunta? Usted busca un método mediante el cual pueda aprender a darse cuenta. Darse cuenta no es el resultado de la práctica, del hábito o del tiempo. Tal como un diente que causa intenso dolor tiene que ser atendido de inmediato, del mismo modo el sufrimiento, si es intenso, requiere alivio urgente. Pero, en su lugar, nosotros buscamos una vía de evasión o lo ocultamos con explicaciones; evitamos la verdadera cuestión, que es el ego.

Porque no estamos encarando nuestro conflicto, nuestro sufrimiento, nos aseguramos perezosamente de que debemos hacer un esfuerzo por darnos cuenta y, por consiguiente, exigimos una técnica para llevarlo a cabo.[12]

EL OBSERVADOR Y LO OBSERVADO SON UNO; el pensador y sus pensamientos son uno. Experimentar el pensador y su pensamiento como uno es muy arduo, porque el pensador siempre se está refugiando detrás de su pensamiento; se separa

12 Ojai, 4ª plática, 28 de abril de 1946.

de sus pensamientos para salvaguardarse, para proporcionarse continuidad, permanencia; modifica o cambia sus pensamientos, pero él permanece. Este cultivo del pensamiento como algo aparte de sí mismo, este cambiar y transformar el pensamiento conduce a la ilusión. El pensador es su pensamiento; el pensador y sus pensamientos no son dos procesos separados.

Generalmente consideramos que nuestros pensamientos son algo aparte de nosotros; no nos damos cuenta de la unidad del pensador y sus pensamientos. Ésta es precisamente la dificultad. Al fin y al cabo, las cualidades del ego no están separadas del ego; el ego no es algo aparte de sus pensamientos, de sus atributos. El ego está compuesto, constituido por sus partes, y cuando las partes se disuelven, el ego no existe.

Pero, en la ilusión, el ego se separa de sus cualidades con el fin de protegerse, de proporcionarse continuidad, permanencia. Se refugia en sus cualidades separándose de ellas. El ego asevera que es esto y aquello; el ego, el yo, modifica, cambia, transforma sus pensamientos, sus cualidades, pero este cambio sólo fortalece al ego, sus muros protectores. Pero si usted está profundamente alerta, percibirá que el pensador y sus pensamientos son una sola cosa, que el observador es lo observado.

Experimentar este hecho verdadero e íntegro es sumamente difícil. La recta meditación es el camino que conduce a esta integración.

El proceso aditivo impide la experiencia de lo real. Donde hay acumulación existe un devenir del ego, el cual es la causa del conflicto y del dolor. El deseo acumulativo de placer y de la evitación del dolor es un devenir. El darse cuenta no es acumulativo porque siempre está descubriendo la verdad, y la verdad sólo puede existir cuando no hay acumulación, cuando no hay imitación.[13]

DARSE CUENTA ES OBSERVACIÓN sin condena. Darse cuenta trae entendimiento, porque no hay condena ni identificación sino observación silenciosa. Ciertamente, si quiero comprender algo, debo observar, no debo criticar, no debo con-

13 Ojai, 6ª plática, 12 de mayo de 1946.

denar, no debo perseguirlo como placer o evitarlo como desagrado. Debe haber solamente la observación silenciosa de un hecho. No se persigue ningún fin, sino un darse cuenta de todo, conforme surge. Esa observación y la comprensión de la misma cesan cuando hay condena, identificación o justificación.

Darse cuenta no es autosuperación. Al contrario, es el final del ego, del "yo", con todas sus idiosincrasias, sus recuerdos, demandas y búsquedas peculiares. En el darse cuenta no hay condena ni identificación; por consiguiente, no hay mejoramiento propio. Hay una enorme diferencia entre los dos. El hombre que quiere mejorarse a sí mismo nunca puede darse cuenta, porque el mejoramiento implica condena y la consecución de un resultado. Mientras que en el darse cuenta hay observación sin condena, sin negación ni aceptación.

Ese darse cuenta empieza con cosas externas, dándose cuenta, estando en contacto con objetos, con la naturaleza. Primero existe el darse cuenta de las cosas alrededor de uno, el ser sensible a los objetos, a la naturaleza, luego a las personas, lo cual implica relación, y después está el darse cuenta de las ideas. Este darse cuenta, este ser sensible a las cosas, a la naturaleza, a las personas y las ideas no está compuesto de procedimientos separados sino que es un proceso unitario. Es una observación constante de todo, de todo pensamiento, sentimiento y acción conforme surgen dentro de uno. Y como el darse cuenta no es condenatorio, no hay acumulación alguna. Usted sólo condena cuando tiene un baremo, lo que significa que hay acumulación y, por lo tanto, mejoramiento del ego.

Darse cuenta es comprender las actividades del ego, del "yo", en su relación con las personas, las ideas y las cosas. Ese darse cuenta es de instante en instante y, por consiguiente, no puede ser practicado. Cuando practica una cosa, ésta se convierte en hábito, y darse cuenta no es un hábito. Una mente que es habitual es insensible; una mente que funciona dentro del cauce de una acción particular es embotada e inflexible, mientras que darse cuenta requiere continua flexibilidad y vigilancia.

Esto no es difícil. Es lo que hacen todos ustedes cuando están interesados en algo, cuando están interesados en observar a

su hijo, a su mujer, sus plantas, árboles, pájaros. Usted observa sin condena, sin identificación; por consiguiente, en esa observación hay completa comunión, el observador y lo observado están completamente en comunión. Esto sucede de hecho cuando usted está honda y profundamente interesado en algo.

Darse cuenta es un proceso de liberarse de la acción del ego; es darse cuenta de sus movimientos diarios, de sus pensamientos, de sus acciones, y darse cuenta de otro, observarlo. Usted sólo puede hacer eso cuando ama a alguien, cuando está hondamente interesado en algo. Cuando yo quiero conocerme, cuando quiero conocer todo mi ser, todo el contenido de mí mismo y no sólo una o dos capas, entonces obviamente no debe haber condena alguna. Entonces debo ser receptivo a cada pensamiento, cada sentimiento, a todos mis estados de ánimo, a todas las represiones; y conforme el darse cuenta se expande cada vez más, cada vez se es más libre de todos los movimientos ocultos de pensamientos, motivos e inclinaciones. De manera que el darse cuenta es, trae y produce libertad.

Ahora bien, cuando usted tiene cualquier clase de experiencia profunda, ¿qué sucede? Cuando hay una experiencia así, ¿se da usted cuenta de que está experimentando? Cuando está enojado, en el preciso instante de ira, de celos o de dicha, ¿se da usted cuenta de que es dichoso o de que está encolerizado? Sólo cuando la experiencia se termina existen el experimentador y lo experimentado. Entonces el experimentador observa lo experimentado, el objeto de la experiencia. Pero en ese instante de experiencia, no existen ni el observador ni lo observado: sólo existe el acto de experimentar.

Ahora bien, la mayoría de nosotros no está experimentando. Siempre estamos fuera del estado de experimentar y, por consiguiente, hacemos esta pregunta acerca de quién es el observador, quién es el que se da cuenta. Sin duda ésa es una pregunta equivocada, ¿verdad? En el momento de la experimentación, no existen ni la persona que se da cuenta ni el objeto del que se da cuenta. No existen ni el observador ni lo observado, sino sólo un estado de experimentación.

A la mayoría de nosotros nos resulta sumamente difícil vivir en un estado de experimentación porque eso exige una ex-

traordinaria flexibilidad, una rapidez, un alto grado de sensibilidad; y eso es negado cuando estamos persiguiendo un resultado, cuando queremos triunfar, cuando tenemos las miras puestas en una meta, cuando estamos calculando, todo lo cual produce frustración. Pero un hombre que no demanda nada, que no está buscando un fin, que no está buscando un resultado con todas sus implicaciones, ese hombre se encuentra en un estado de constante experimentación. Entonces todo tiene un movimiento, un significado, y nada es viejo; nada está calcinado, nada es repetitivo, porque lo que es nunca es viejo.

El desafío siempre es nuevo. Lo único viejo es la respuesta al desafío; y lo viejo crea más residuo, el cual es memoria, el observador, quien se separa de lo observado, del desafío, de la experiencia. Usted puede experimentar con esto por su cuenta, de forma muy fácil y simple. La próxima vez que se sienta enojado, celoso, codicioso, violento o lo que fuere, obsérvese. En ese estado, "usted" no existe. Sólo existe ese estado del ser. Pero en el momento, en el segundo siguiente, usted lo califica, lo nombra, lo llama celos, ira, codicia. De modo que usted ha creado inmediatamente el observador y lo observado, el experimentador y la experiencia.

Cuando existen el experimentador y lo experimentado, entonces el experimentador trata de modificar la experiencia, de cambiarla, de recordar cosas al respecto, y así por el estilo y, por lo tanto, mantiene la división entre él y lo experimentado.

Pero si usted no nombra ese sentimiento, lo que significa que no está persiguiendo un resultado, no está condenando, sólo se da cuenta silenciosamente del sentimiento, entonces verá que en ese estado de sentimiento, de experiencia, no hay ni observador ni observado, porque el observador y lo observado son un fenómeno conjunto, y sólo existe la experimentación. Darse cuenta es un estado en el que no hay condena, justificación o identificación, y por consiguiente hay comprensión; y en ese estado de darse cuenta, pasivo y alerta, no existen ni el experimentador ni lo experimentado.

Señor, lo que estoy diciendo no es muy difícil, aunque le pueda resultar difícil verbalmente. Pero notará que esto realmente tiene lugar cuando usted mismo se interesa muy seria y

profundamente en algo. Usted está tan completamente absorto en lo que le interesa que no hay exclusión ni concentración alguna.

Darse cuenta es un estado en el que puede surgir la verdad, la verdad de lo que es, la simple verdad de la existencia diaria. Sólo podemos ir lejos cuando comprendemos la verdad de la existencia diaria. Debe empezar cerca para ir lejos; pero la mayoría de nosotros quiere saltar, empezar lejos sin comprender lo que está cerca. Conforme comprendamos lo cercano, descubriremos que la distancia entre lo cercano y lo lejano no existe. No hay distancia: el principio y el fin son uno.[14]

Interlocutor: He escuchado lo que usted ha estado diciendo y siento que para llevar sus enseñanzas a la práctica debo renunciar al mundo en el que vivo.

Krishnamurti: Señor, usted no puede renunciar al mundo, ¿verdad? ¿Qué es el mundo? El mundo está compuesto de cosas, relaciones e ideas. ¿Cómo puede renunciar a las cosas? Incluso si renunciara a su casa, todavía tendría una kurtha (pieza de vestir).

Usted puede renunciar a su esposa, pero seguirá estando en relación con alguien, con el lechero, por ejemplo, o con el hombre que le da comida. Y usted no puede renunciar a la creencia, ¿verdad? Ojalá lo hiciera. Empiece por ahí. Si debe renunciar a algo, renuncie a las valoraciones erróneas que le ha dado a todas las cosas. Las valoraciones equivocadas crean desorden, y es de estas valoraciones erróneas, que causan aflicción, de las que usted quiere huir.

Usted no quiere comprender que está atribuyendo valores equivocados. Usted quiere huir del resultado de los valores erróneos, pero si comprendiera el mundo, el cual es ideas, relaciones, cosas y su verdadero significado, entonces no estaría en conflicto con el mundo. Usted no puede retirarse del mundo; retirarse significa aislamiento y usted no puede vivir en el aislamiento. Sólo puede vivir en el aislamiento en un asilo, pero no renunciando al mundo.

14 Bombay, 11ª plática, 21 de marzo de 1948.

Usted sólo puede vivir de manera verdaderamente feliz en el mundo cuando no pertenezca al mundo, lo cual significa que no concede valores erróneos a las cosas del mundo. Esto sólo puede suceder cuando se comprende a sí mismo, al atribuidor de valores equivocados.

Es como un hombre estúpido tratando de renunciar a la estupidez. Seguirá siendo estúpido; puede intentar volverse listo, pero seguirá siendo estúpido. Pero si comprendiera lo que es la estupidez, es decir, si se comprendiera a sí mismo, no cabe duda de que entonces alcanzaría grandes alturas. Entonces tendría sabiduría. La realidad no se descubre por medio del renunciamiento. Al renunciar, usted se evade en la ilusión; no descubre lo que es verdad.

Así que lo que he estado diciendo es que uno debe darle el justo valor a las cosas, las relaciones y las ideas y no tratar de huir del mundo. Es relativamente fácil retirarse al aislamiento, pero es extremadamente arduo darse cuenta y atribuir verdaderos valores.

Las cosas no tienen valor en sí mismas. La casa no tiene valor en sí, sino que tiene el valor que usted le da. Si usted se encuentra psicológicamente vacío, insuficiente en sí mismo, la casa se vuelve muy importante porque se identifica con ella y entonces viene el problema del apego y la renunciación. Es realmente estúpido. Si usted comprendiera su naturaleza interior, su oquedad interna, entonces el problema tendría muy poco significado.

Todas las cosas se vuelven extraordinariamente significativas cuando está tratando de usarlas para encubrir su propia soledad. Lo mismo sucede con la relación, con las ideas, con la creencia. De manera que sólo hay riqueza en la comprensión del significado de lo que es, y no en evadirse en el aislamiento.

No importa lo que digan los libros. ¿Está el pensador separado de su pensamiento? Si está separado, los problemas continuarán; si no lo está, entonces puede liberarse de la fuente de todos los problemas.

Si el pensador está separado de sus pensamientos, ¿cómo se separa? Elimine las cualidades del pensador, elimine sus pensamientos, y ¿dónde está el pensador? El pensador no existe. Elimine las cualidades del ego, o sea los recuerdos, la ambición y

demás, y ¿dónde está el ego? Pero si usted dice que el ego no es el pensador sino alguna otra entidad detrás del pensador, esta entidad sigue siendo el pensador, porque lo único que ha hecho es situar al pensador un poco más lejos.

Ahora bien, ¿por qué el pensador se ha separado de sus pensamientos? El pensador no puede existir sin pensamientos, porque si no hay pensamiento no hay pensador.

El pensador se ha separado del pensamiento, por la sencilla razón de que el pensamiento puede ser transformado, puede ser modificado y, por lo tanto, el pensador se separa del pensamiento y de ese modo se proporciona permanencia.

El pensamiento, al ser pasajero, mudable, puede alterarse, pero el pensador que crea el pensamiento puede ser permanente. Él, el pensador, permanece, es la entidad permanente, mientras que el pensamiento es cambiable, puede ser cambiado según las circunstancias, según las influencias ambientales. Él es el pensamiento y, si el pensamiento cesa, ciertamente deja de existir, aunque todos nuestros libros digan lo contrario.

Simplemente reflexione sobre ello por su cuenta, por primera vez. Deje sus libros a un lado, olvide sus autoridades y examine directamente el problema. Sin el pensamiento, el pensador no existe; el pensador crea el pensamiento y se separa de él con el fin de protegerse; de ese modo se proporciona estabilidad, certidumbre y continuidad a sí mismo.

Ahora bien, ¿cómo se forma el pensador? Obviamente, por medio del deseo. El deseo es el resultado de la percepción, del contacto, la sensación, la identificación y el "yo": la percepción de un auto, contacto, sensación, deseo, identificación, y "Me gusta, lo quiero". De modo que yo soy, que el pensador es el producto del deseo, y una vez que se ha producido el "yo", éste se separa del pensamiento, porque entonces puede transformar el pensamiento y no obstante seguir siendo permanente.

De manera que, en cuanto el pensador se separe de su pensamiento, habrá problemas, uno tras otro, innumerables problemas; pero si no hay separación, si el pensador es el pensamiento, entonces, ¿qué sucede? Entonces el propio pensador experimenta una transformación, una transformación radical y fundamental, y eso, como ya he dicho, es meditación.

Eso es el autoconocimiento, es todo eso que he dicho respecto al pensador, cómo se separa del pensamiento y cómo el pensador ha cobrado forma. Usted puede comprobarlo por sí mismo. No tiene que leer un libro sagrado para descubrir la verdad al respecto. Ése es el principio del autoconocimiento, y de eso surge la meditación.

La meditación es el cese del pensamiento, del pensador, dejando de concederle significado, de proporcionarle continuidad. El pensador está disciplinando su pensamiento, separándose con el fin de proporcionarse continuidad por medio de la propiedad, de la familia, de las ideas. En tanto el pensador exista, habrá problemas, y cuando el pensador deja de pensar empieza la meditación.

La meditación es autoconocimiento y sin autognosis no hay meditación. Usted descubrirá que si profundiza en esta cuestión del autoconocimiento —que es el principio de la sabiduría— no mediante ninguna práctica, porque la práctica sólo es resistencia, puede ir cada vez más hondo, empezando por el centro, que es el deseo que crea el "yo", el ego; y cuando ese ego continúa en el Atman o yo superior, éste sigue siendo el pensador que meramente sitúa más lejos su permanencia.

Hasta que usted se dé cuenta de todo este proceso, el problema no tiene fin. Pero cuando se dé cuenta, descubrirá que el tiempo ha cesado, el tiempo del recuerdo del pasado y del futuro, y que existe un presente inmediato, lo eterno. Sólo en esto se encuentra la realidad.[15]

EN LAS DISTINTAS PLÁTICAS QUE HA DADO EL QUE HABLA, éste ha empleado la palabra percepción directa *(insight)*. Es decir, ver en el interior de las cosas, de todo el movimiento del pensamiento, por ejemplo de todo el movimiento de los celos, percibir la naturaleza de la codicia, ver todo el contenido del sufrimiento. Esto no es análisis, ni ejercitar la capacidad intelectual, ni es el resultado del conocimiento, el conoci-

15 Madrás, 11ª plática, 28 de diciembre de 1947.

miento que es lo que ha sido acumulado en el pasado como experiencia, almacenado en el cerebro. El conocimiento siempre va acompañado de ignorancia; no hay conocimiento completo y, por lo tanto, conocimiento e ignorancia van siempre juntos, como dos caballos atados con una cuerda.

Por consiguiente, ¿qué es la percepción directa? Si la observación no se basa en el conocimiento, ni en la capacidad intelectual de razonar, de explorar, de analizar, entonces, ¿qué es? Ésa es la verdadera cuestión.

¿Es intuición? Intuición es una palabra más bien equívoca. La realidad de la intuición puede ser el resultado del deseo. Uno puede desear algo y entonces, unos días más tarde, tiene una intuición al respecto, y cree que esa intuición es extraordinariamente importante. Pero si lo examina muy a fondo, puede descubrir que está basada en el deseo, en el miedo, en diversas formas de placer. De manera que uno tiene muchas dudas respecto de esa palabra, especialmente respecto de cómo la usan esas personas que son más bien románticas, imaginativas, sentimentales y que quieren algo. Ellos ciertamente tienen intuiciones, pero éstas pueden basarse en algún deseo obviamente autoengañoso. De manera que, de momento, podemos descartar esa palabra intuición. Espero no estar hiriendo a nadie que esté atrapado en intuiciones.

Y si no es eso, entonces, ¿qué es la percepción directa? Es decir, percibir instantáneamente algo que debe ser verdad, lógico, sensato, racional. ¿Comprende? Y esa percepción debe actuar instantáneamente. No es que yo tenga una percepción directa y no haga nada al respecto.

Explicaré un poco acerca del pensamiento. Pensar es la respuesta de la memoria. La memoria es el residuo de la experiencia, del conocimiento, almacenado en el cerebro. Y la memoria responde. "¿Dónde vive?". Usted responde. "¿Cómo se llama?". Hay una respuesta inmediata. Y así sucesivamente.

El pensamiento es el resultado o la respuesta de la experiencia acumulada, del conocimiento en forma de memoria. Eso es simple. El pensamiento basado en el conocimiento es limitado porque el conocimiento es limitado. De manera que el pen-

samiento nunca puede abarcarlo todo. Debe ser siempre parcial, limitado, basado en el conocimiento y la ignorancia. Por consiguiente, es perpetuamente acotado, estrecho. Ahora bien, tener una percepción de la naturaleza de eso supone una acción que no es meramente la repetición del pensamiento. Tener una percepción directa significa que usted está observando sin memoria, sin recuerdos, sin argumentación a favor o en contra, sólo viendo todo el movimiento. Usted actúa partiendo de esa percepción. Y esa acción es lógica, es sensata, sana. No es que usted tenga una percepción y luego haga lo contrario; en ese caso no es percepción directa. Me pregunto si está captando todo esto. Siento ser tan enfático. Ésa es mi forma de hacerlo.

Tener una percepción, por ejemplo, de la naturaleza de las heridas, de las laceraciones psicológicas que uno ha recibido desde la infancia. Todos nosotros somos personas que, por distintas razones, estamos heridos; desde la niñez hasta que morimos, existe esta herida psicológica en nosotros. ¿Puede usted tener una percepción de toda la naturaleza y estructura de esa herida? ¿Comprende? ¿No está usted psicológicamente herido, lastimado? Sígame el juego. Ahora es su turno.

Usted está evidentemente herido. Puede acudir a un psicólogo, analista o psicoterapeuta, y éstos trazan el por qué usted está herido: en su infancia su madre era esto, y su padre era eso, y así seguido. Pero limitarse a buscar la causa no va a resolver la herida. Está ahí. Y las consecuencias de eso son el aislamiento, el miedo, la resistencia y el retraimiento que resulta de no querer ser herido nunca más.

Usted sabe todo esto. Ése es todo el movimiento de estar herido. La herida es la imagen que para sí se ha creado de sí mismo, ¿verdad? Mientras esa imagen permanezca, será herido. Obviamente. Cuando haya una percepción directa de todo eso —sin análisis, viéndolo instantáneamente, mediante la propia percepción directa, la cual exige toda su atención y energía— la herida se disuelve. Y por lo tanto, cuando se disuelve, no hay más heridas.

Si me permite preguntar, con todo respeto: usted ha oído esto, ¿ha conseguido esa percepción directa que disolverá su herida por completo, sin dejar rastro, y por lo tanto ninguna herida, de manera que nadie puede herirle? Porque la imagen que usted

se ha creado de sí es inexistente. ¿Siguen todo esto? ¿Lo están haciendo? ¿O sólo están prestando atención verbalmente a las palabras?

Interlocutor: No acabo de comprender lo que quiere decir cuando afirma que nosotros hemos creado esta herida.

Krishnamurti: En primer lugar, ¿quién está herido? Señor, ¿qué entiende usted por estar herido? Usted dice: "Estoy herido"; conscientemente usted se da cuenta de ello o no se da cuenta. Uno está herido. Ahora bien, ¿qué es eso que está siendo herido? ¿Comprende mi pregunta? ¿Qué es lo que se hiere? Usted contesta: "Soy yo". ¿Qué es ese "yo"? Es la imagen que usted tiene de sí mismo. Si tengo la imagen de mí mismo: soy maravilloso, espiritual, etc., y viene usted y dice: "No, es usted un imbécil", entonces me siento herido. Es decir, el pensamiento ha creado una imagen de uno mismo, y esa imagen siempre está comparando. De manera que mientras uno tenga dicha imagen de sí mismo, ésta va a ser pisoteada por alguien, y eso causa, psicológicamente, dolor y heridas.

Tener una percepción de la naturaleza de eso significa ver todo el movimiento, la causa y la imagen, y por lo tanto la propia percepción pone fin a la imagen.[16]

CUANDO UNA MÁQUINA GIRA MUY RÁPIDAMENTE, como en el caso de un ventilador con varias aletas, las distintas partes no son visibles sino que parecen ser una sola pieza. De igual modo, el ego, el "yo" aparenta ser una entidad unificada, pero si se puede reducir la velocidad de sus actividades, entonces percibiremos que no es una entidad unificada sino compuesta de muchos deseos e intereses separados y conflictivos. Estas apetencias y esperanzas, miedos y dichas separados conforman el ego.

El ego es un término que abarca el anhelo en sus distintas formas. Para comprender el ego debe haber un darse cuenta del anhelo en sus múltiples aspectos. El darse cuenta pasivo, el dis-

16 Brockwood Park, 2° encuentro de preguntas y respuestas, 30 de agosto de 1979.

cernimiento no selectivo revela los aspectos del ego, liberándonos de su esclavitud. De ese modo, la sabiduría suprema sobreviene cuando la mente está tranquila y libre de su propia actividad y parloteo.

Nuestro problema es pues, cómo liberar al pensamiento, de sus experiencias y recuerdos acumulados. ¿Cómo puede este ego dejar de existir? La experiencia profunda y verdadera sólo tiene lugar cuando cesa la actividad de esta acumulación. Vemos que a menos que haya una experiencia de la verdad, ninguno de nuestros problemas, ya sea sociológico, religioso o personal, puede ser resuelto. El conflicto no puede terminar meramente mediante la reordenación de las fronteras o la reorganización de los valores económicos o imponiendo una nueva ideología; a lo largo de los siglos hemos probado estas múltiples vías, pero el conflicto y el sufrimiento han continuado.

Hasta que haya una comprensión de lo real, limitarse a podar las ramas de la actividad de nuestra expansión personal es de poca utilidad, porque el problema central sigue sin solucionar. Hasta que descubramos la verdad, no hay salida de nuestros sufrimientos y problemas. La solución es la experiencia directa de la verdad, cuando la mente está quieta, en la tranquilidad del darse cuenta, en la apertura de la receptividad.

A menudo tenemos experiencias religiosas, a veces imprecisas, a veces rotundas, experiencias de intensa devoción o dicha, de ser profundamente vulnerables, de fugaz unión con todas las cosas. Tratamos de utilizar estas experiencias al afrontar nuestras dificultades y sufrimientos. Estas experiencias son numerosas, pero nuestro pensamiento, atrapado en el tiempo, en la confusión y el dolor, trata de emplearlas como estimulantes para superar nuestros conflictos. Decimos que Dios o la verdad nos ayudará en nuestras dificultades, pero estas experiencias, de hecho, no resuelven nuestro sufrimiento y confusión.

Tales instantes de experiencia profunda sobrevienen cuando el pensamiento no está activo en sus recuerdos autoprotectores; estas experiencias son independientes de nuestro esfuerzo por conseguirlas, y cuando tratamos de usarlas como estimulantes para fortalecernos en nuestras luchas, sólo favorecen la expansión del ego y su peculiar inteligencia.

De modo que volvemos a nuestra pregunta: ¿cómo puede cesar esta inteligencia del ego, tan asiduamente cultivada? Sólo puede cesar mediante el darse cuenta pasivo.

Darse cuenta es de instante en instante; no es un efecto acumulativo de recuerdos autoprotectores. Darse cuenta no es determinación ni es la acción de la voluntad. Darse cuenta carece de racionalización, de la división entre el observador y lo observado. Como el darse cuenta no es acumulativo ni residual, no refuerza el ego, positiva o negativamente. El darse cuenta es siempre en el presente y, por consiguiente, no se identifica ni es repetitivo ni tampoco crea hábito.

Tome, por ejemplo, el hábito de fumar y experimente con él en el darse cuenta. Dése cuenta de fumar, no lo condene, racionalice ni acepte, simplemente dése cuenta. Si se da cuenta de ese modo, se produce el cese del hábito, no volverá a reincidir, pero si no se da cuenta, el hábito persistirá. Este darse cuenta no es la determinación de desistir o de complacerse en ello.

Sea consciente. Existe una diferencia fundamental entre ser y hacerse consciente. Para hacerse consciente usted realiza un esfuerzo; el esfuerzo implica resistencia y tiempo y conduce al conflicto. Si usted se da cuenta en el instante, no hay esfuerzo ni continuidad de la inteligencia autoprotectora. Usted se da cuenta o no se da cuenta; el deseo de darse cuenta es sólo la actividad del que duerme, del soñador.

Darse cuenta revela el problema completa y plenamente, sin negación ni aceptación, justificación ni identificación; es la libertad la que aviva el entendimiento. Darse cuenta es un proceso unitario del observador y lo observado.

La mente mezquina es la que se crea problemas, y mediante el darse cuenta de la causa de los problemas, del ego, éstos se disuelven. Darse cuenta de la cerrazón y sus múltiples resultados supone una profunda comprensión de la misma en todos los distintos niveles de la conciencia: mezquindad en las cosas, en la relación, en las ideas.

Cuando somos conscientes de ser mezquinos, violentos o envidiosos, hacemos un esfuerzo para no serlo; lo condenamos, porque deseamos ser otra cosa. Esta actitud condenatoria pone fin al entendimiento de lo que es y su proceso. El deseo de po-

nerle fin a la codicia es otra forma de autoafirmación y, por consiguiente, es la causa de continuo conflicto y dolor.

Sólo mediante el darse cuenta puede cesar la causa del conflicto. Dése cuenta de cualquier hábito de pensamiento o acción; entonces reconocerá el proceso condenatorio y de racionalización que está impidiendo la comprensión. El autoconocimiento viene mediante el darse cuenta, mediante la lectura del libro del hábito, página por página.

Lo que libera es la verdad, no el esfuerzo por ser libre.[17]

17 Ojai, 4ª plática, 28 de abril 1946.

Libertad

Libertad

LA LIBERTAD SIGNIFICA que usted no debe seguir a nadie, ¿verdad? Debe ser libre para inquirir, y no aceptar, no ampararse en un guía, en un sistema, en un salvador, en un gurú. La libertad supone que usted debe tener la capacidad de indagar, no en lo que otros dicen sino en su propio interior, de investigar, de examinar toda la estructura de la mente humana, o sea, de nuestra mente, de su mente.

Cualquier forma de conformismo, de imitación según una pauta, un modelo, no permite la indagación libre. Y de lo que vamos a hablar requiere que usted sea libre para escuchar no sólo la palabra sino el significado de la palabra, y que no sea esclavo de la palabra, que no acepte cualquier cosa que diga el que habla, o que niegue lo que dice, sino que escuche para descubrir, para descubrir por sí mismo, no de acuerdo con cierta interpretación, no según cierto orador, sino que descubra por su propia cuenta la verdad o falsedad de lo que se dice.

La libertad no es hacer lo que se le antoje. Eso no es libertad en absoluto. Y creo que probablemente esa libertad haya producido gran aflicción en el mundo, cada uno haciendo exactamente lo que le da la gana. Eso es un fenómeno muy extendido en este país, donde no hay tradición, donde no hay disciplina. Estoy empleando la palabra disciplina en un sentido totalmente distinto al usual, y que examinaremos a continuación.

La libertad no supone elección. Uno cree ser libre si puede elegir. No sé si alguna vez ha examinado este asunto de la elección. Usted tiene delante una amplia gama de distintos instructores, yoguis, filósofos, científicos, psicólogos y analistas que están bombardeando su mente de continuo, un día tras otro. Y

de esta variedad usted va a elegir a quien cree que debe seguir, a quien cree que debe escuchar.

Usted elige según su temperamento, según su deseo, de acuerdo con su placer. Por favor, escuche esto, si le parece, cuidadosamente, porque se ve enfrentado con este problema cuando tantos le están diciendo: "Siga esto y no siga eso" y "Haga esto" y "Haga eso". Y se le presenta la cuestión de a quién escuchar y a quién seguir, si a ese instructor, esa filosofía, a ese gurú.

Usted no es libre y es absolutamente necesario ser libre para descubrir por su cuenta lo que es verdad y lo que es falso. Nadie puede decírselo, ningún sistema, filosofía o gurú. Porque usted mismo está confuso, porque la vida se ha vuelto terrible, dolorosa, incierta; hay tanta pobreza, la amenaza de destrucción, violencia, y usted quiere huir de todo eso. Cuando afronta este abanico de instructores, filósofos y sistemas, usted se ve obligado a escoger una de estas cosas. Y su elección se basa, naturalmente, en su confusión sobre si seguir, si escuchar a ese instructor, a aquel gurú, a aquel filósofo, de modo que usted empieza a depender de sí mismo, creyendo que es libre de elegir. Indefectiblemente, el trasfondo de la elección es la confusión. ¿No está usted confuso cuando elige? ¿No está incierto cuando escoge uno de entre todos éstos? De manera que su elección es esencialmente el resultado de la confusión.[1]

CREO QUE DEBE SER BASTANTE OBVIO para la mayoría de nosotros que lo que pensamos está condicionado. Cualquiera que sea su pensamiento, por muy noble y ancho o por muy limitado y mezquino, está condicionado y si extiende esa reflexión no puede haber libertad de pensamiento. El pensamiento mismo está condicionado porque el pensamiento es la reacción de la memoria, y la memoria es el residuo de todas sus experiencias, las cuales a su vez son el resultado de su condicionamiento. Si nos damos cuenta de que todo pensamiento, a cualquier nivel, está condicionado, entonces veremos que pen-

1 San Francisco, 1ª plática, 20 de marzo de 1975.

sar no es el medio para abrirse paso a través de esta limitación, lo cual no quiere decir que debamos entrar en algún silencio vacío o especulativo.

La realidad es que todo pensamiento, todo sentimiento, toda acción es conformista, está condicionada, influida, ¿no es cierto? Por ejemplo, viene un santo e influye en usted mediante sus gestos, apariencia física, y su retórica, citándole esto y aquello. Queremos ser influidos y nos da miedo alejarnos de toda clase de influencia y ver si podemos profundizar a fondo y descubrir si existe un estado del ser que no sea el resultado de la influencia.

¿Por qué estamos influidos? En política, como ya sabe, el cometido de los políticos es influirnos; y cada libro, cada instructor, cada gurú —cuanto más poderoso, cuando más elocuente, más nos gusta— nos impone su pensamiento, su forma de vida, sus modales de conducta. De modo que la vida es una batalla de ideas, una batalla de influencias, y su mente es el campo de esa batalla. El político quiere su mente; el gurú quiere su mente; el santo dice: "Haga esto y no eso", y él también quiere su mente; y cada tradición, cada forma de hábito o costumbre, influye, moldea, guía, controla su mente. Creo que eso es bastante obvio. Sería absurdo negarlo.

Estamos diciendo que una mente que está influida, moldeada, atada a la autoridad, obviamente nunca puede ser libre; y cualquier cosa que piense, por muy elevados, sutiles y profundos que sean sus ideales, sigue estando condicionada. Creo que es muy importante comprender que la mente, a través del tiempo, por medio de la experiencia, a través de muchos miles de ayeres, está moldeada, condicionada, y que el pensamiento no es la salida. Lo cual no quiere decir que deba carecer de pensamientos, al contrario. Cuando usted es capaz de comprender muy profunda, honda, extensiva, amplia y sutilmente, sólo entonces reconocerá plenamente lo mezquino, lo pequeño que es el pensamiento. Entonces se derrumba el muro de ese condicionamiento.

Por consiguiente, ¿no podemos ver el hecho de que todo pensamiento está condicionado? Ya sea el pensamiento del comunista, del capitalista, del hindú, del budista o de la persona que habla, el pensar está condicionado. Y, como es obvio, la mente es

el resultado del tiempo, el resultado de las reacciones de miles de años y de ayer, de hace un segundo y de hace diez años; la mente es el resultado del período en el que usted ha aprendido y sufrido y de todas las influencias del pasado y del presente. Ahora bien, una mente así, como es evidente, no puede ser libre y, no obstante, eso es lo que buscamos, ¿no es cierto?

Sintiéndonos descontentos cuando somos jóvenes, sintiéndonos insatisfechos con el estado de cosas, con las estupideces de los valores tradicionales, paulatinamente, conforme nos hacemos mayores, recaemos en las viejas pautas que la sociedad ha establecido y nos perdemos. Es muy difícil sostener el descontento puro, el descontento que dice: "Esto no basta; debe haber algo más". Todos conocemos ese sentimiento, el sentimiento de otredad, que pronto traducimos como Dios, o nirvana, y leemos un libro acerca de eso y nos perdemos. Pero este sentimiento de otredad, su búsqueda e investigación, eso, creo yo, es el principio del verdadero afán de liberarse de todas estas influencias políticas, religiosas y tradicionales y de traspasar este muro.

Ciertamente hay varias clases de libertad. Existe la libertad política; existe la libertad que concede el conocimiento, cuando usted sabe cómo hacer cosas, la pericia técnica; la libertad de un hombre rico que puede viajar por el mundo; la libertad de la capacidad de poder escribir, de expresarse, de pensar claramente. Luego está el liberarse de algo: de la opresión, de la envidia, de la tradición, de la ambición y demás. Y luego está la libertad que es alcanzada al final, al final de la disciplina, después de adquirir virtud, al final del esfuerzo, la libertad última que esperamos conseguir mediante ciertas cosas.

De modo que la libertad que proporciona la capacidad, estar libre de algo y la libertad que se supone alcanzaremos al final de una vida virtuosa son las clases de libertad que todos conocemos. Ahora bien, ¿no son esas diversas libertades meramente reacciones? Cuando usted dice: "Quiero librarme de la ira", eso es meramente una reacción; no es estar libre de la ira. Y la libertad que usted cree que obtendrá al cabo de una vida virtuosa, mediante la lucha, la disciplina, ésa también es una reacción a lo que ha sido.

Hay un sentido de la libertad que no consiste en liberarse de nada, que no tiene causa, sino que es un estado de ser libre. La libertad que conocemos siempre es producida por la voluntad, ¿no es cierto? Seré libre; aprenderé una técnica; me convertiré en especialista; estudiaré, y eso me proporcionará libertad. De manera que usamos la voluntad como medio de conseguir libertad, ¿no es cierto? No quiero ser pobre y, por lo tanto, empleo mi capacidad, mi voluntad, todo para hacerme rico. O soy vanidoso y ejerzo la voluntad para no serlo. De modo que creemos que obtendremos la libertad mediante el ejercicio de la voluntad. Pero la voluntad no proporciona libertad.

Seré, no debo ser, voy a luchar para convertirme en algo, voy a aprender: todas éstas son formas de ejercer la voluntad. Ahora bien, ¿qué es esta voluntad y cómo se forma? Obviamente, por medio del deseo. Nuestros múltiples deseos, con sus frustraciones, compulsiones y consumaciones forman, por así decirlo, los hilos de una cuerda, de una maroma. Eso es la voluntad, ¿verdad? Sus múltiples deseos contradictorios, juntos, se convierten en una maroma muy fuerte y poderosa con la que trata de escalar al éxito, a la libertad.

Ahora bien, ¿proporcionará libertad el deseo, o es el deseo mismo de libertad la negación de ésta? Por favor, obsérvense a sí mismos, observen sus propios deseos, su propia ambición, su propia voluntad. Y si uno no tiene voluntad alguna y está siendo meramente empujado, eso también forma parte de la voluntad, la voluntad de resistir y de dejarse llevar por la corriente. Mediante ese peso del deseo, por medio de esa cuerda esperamos ascender hasta Dios, hasta la gracia o lo que sea.

Así que estoy preguntándole si su voluntad es un factor de liberación. ¿O es la libertad algo completamente distinto que no tiene nada que ver con la reacción, que no puede ser alcanzada mediante la capacidad, el pensamiento, la experiencia, la disciplina o el conformismo constante? Eso es lo que dicen todos los libros, ¿no es cierto? Adáptese a la pauta y al final será libre; haga todas estas cosas, obedezca, y por último habrá libertad. Para mí, todo eso es puro disparate, porque la libertad es al principio y no al final, como le mostraré.

Es posible ver algo verdadero, ¿no es cierto? Usted puede ver que el cielo es azul; miles de personas han dicho que lo es,

pero usted puede ver por cuenta propia que así es. Puede ver por sí mismo, si es mínimamente sensible, el movimiento de una hoja. Desde el principio mismo existe la capacidad de percibir lo que es verdad, instintivamente, no a través de ninguna forma de compulsión, ajuste o conformismo.

Estoy tratando de mostrarle que la mente que es sensible, investigadora, una mente que realmente está escuchando, puede percibir la verdad de algo inmediatamente. Pero la verdad no puede ser "aplicada". Si ve la verdad, ésta opera por sí misma, sin su esfuerzo consciente.

El descontento es el principio de la libertad, y mientras usted esté tratando de manipular el descontento, de aceptar la autoridad con el fin de hacer que este descontento desaparezca, que entre en cauces seguros, entonces usted ya está perdiendo esa prístina sensación del verdadero sentimiento.

La mayoría de nosotros estamos descontentos, ya sea con nuestros trabajos, con nuestras relaciones, o con lo que sea que estemos haciendo, ¿no es cierto? Usted quiere que suceda algo, quiere cambiar, moverse, abrirse paso. Usted no sabe lo que es. Hay una constante búsqueda, indagación, especialmente cuando uno es joven, abierto, sensible. Más tarde, conforme envejece, se asienta en sus hábitos, su trabajo, porque su familia está a salvo, su esposa no le abandonará. De manera que esta extraordinaria llama desaparece y usted se vuelve respetable, irreflexivo y banal.

La libertad es una cualidad de la mente. La cualidad no resulta del análisis cuidadoso o de la compaginación de ideas. Por eso es importante ver la verdad de que la libertad que constantemente estamos demandando es respecto de algo, como, por ejemplo, liberarse del sufrimiento. No es que no haya una liberación del sufrimiento, sino que la demanda de ser libre de él es meramente una reacción y, por consiguiente, no le libera del sufrimiento. El afán de ser libre del sufrimiento nace del dolor. Yo sufro a causa de mi marido, o de mi hijo, o de otra cosa; no me gusta ese estado en el que me encuentro y quiero alejarme de él. Ese deseo de libertad es una reacción; no es libertad. Sólo es otro estado deseable que quiero en oposición a lo que es.

El hombre que viaja por todo el mundo, porque tiene mucho dinero, no es necesariamente libre; ni tampoco lo es el hom-

bre que es ingenioso y eficiente, porque su deseo de ser libre es, una vez más, meramente una reacción. ¿Soy capaz de ver que esa libertad o liberación no puede ser aprendida, adquirida o buscada mediante ninguna reacción? Por lo tanto, debo comprender la reacción, y también debo comprender que la libertad no viene a través de ningún esfuerzo de la voluntad.

Voluntad y libertad son términos contradictorios, como también lo son pensamiento y libertad. El pensamiento no puede generar libertad porque está condicionado. Económicamente, usted tal vez pueda organizar el mundo de forma que el hombre pueda disponer de mayor comodidad, de más comida, vivienda y ropa, y usted puede creer que eso es libertad. Esas cosas son necesarias y esenciales, pero eso no es la totalidad de la libertad. La libertad es un estado y cualidad de la mente. Y esa cualidad es acerca de lo que estamos indagando. Sin esa cualidad, haga lo que hiciere, aunque cultive todas las virtudes del mundo, no obtendrá esa libertad.

¿Cómo ha de producirse esa sensación de otredad, esa cualidad mental? Usted no puede cultivarla porque en el momento en que emplea su cerebro está usando el pensamiento, el cual es limitado. Ya sea el pensamiento del Buda o de cualquier otra persona, todo pensamiento es limitado. De modo que nuestra indagación debe ser negativa; debemos acercarnos a esa libertad de soslayo, no directamente. Esa libertad no puede buscarse agresivamente, no puede cultivarse mediante negaciones, disciplinas, refrenándose, torturándose, haciendo varios ejercicios y todo lo demás. Debe venir sin su conocimiento, como la virtud.

La virtud cultivada no es virtud; la virtud que es verdadera no es consciente de sí misma. Ciertamente, un hombre que haya cultivado la humildad —quien, debido a su engreimiento, vanidad y arrogancia se haya hecho humilde— no tiene un verdadero sentido de la humildad. La humildad es un estado en el que la mente no es consciente de su propia cualidad, así como una flor que tiene fragancia no es consciente de su propio perfume. Esta libertad no puede ser obtenida por medio de ninguna forma de disciplina ni puede comprenderla una mente que esté disciplinada. Usted emplea la disciplina para producir un resultado, pero la libertad no es un resultado. Si es un resultado, ya no es libre, porque ha sido producida.

La mente, que está llena de influencias multitudinarias, de compulsiones, de varias formas de deseos contradictorios, que es el producto del tiempo, ¿cómo va a tener la cualidad de la libertad? Sabemos que todas las cosas de las que he estado hablando no son libertad. Están todas fabricadas por la mente bajo diversas presiones, compulsiones e influencias. Si puedo abordarla negativamente, en el propio darse cuenta de que todo esto no es libertad, entonces la mente ya es disciplinada, pero no disciplinada para conseguir un resultado.

La mente dice: "Debo disciplinarme para alcanzar un resultado". Pero esa disciplina no trae libertad. Trae un resultado porque usted tiene un motivo, una causa que produce un resultado, pero ese resultado nunca es libertad, es sólo una reacción. Ahora bien, si empiezo a comprender las operaciones de esa clase de disciplina, entonces, en el proceso de comprender, indagar, profundizar en ello, mi mente es verdaderamente disciplinada. Al ejercicio de la voluntad para producir un resultado se le llama disciplina; mientras que la comprensión de todo el significado de la voluntad, de la disciplina y de lo que llamamos el resultado requiere una mente que esté extraordinariamente clara y "disciplinada", no por la voluntad sino mediante la comprensión negativa.

De manera que he comprendido negativamente todo el problema de lo que no es la libertad. Lo he examinado, he indagado en mi corazón y mente, en lo más recóndito de mi ser, para comprender lo que significa la libertad, y veo que ninguna de estas cosas que hemos descrito es libertad porque todas están basadas en el deseo, la compulsión, la voluntad, en lo que obtendré al final; todas son reacciones. Veo objetivamente que no son libertad. Por consiguiente, porque he comprendido esas cosas, mi mente está dispuesta a descubrir o recibir lo que es libre.

De modo que mi mente tiene una cualidad que no es la de una mente disciplinada en busca de un resultado, ni la de una mente indisciplinada que divaga sin rumbo; pero ha comprendido, negativamente, tanto lo que es como lo que debería ser y, por lo tanto, puede percibir, puede comprender esa libertad que no es en relación a algo, esa libertad que no es un resultado.

El universo no puede entrar en la mente mezquina; lo inmensurable no puede venir a una mente que conoce la medición. De manera que toda nuestra investigación es cómo romper a través de la medición, lo cual no significa que deba retirarme a un ashram, volverme neurótico, piadoso y todo ese sinsentido.

Y aquí, si así puedo expresarlo, lo importante es la enseñanza y no el maestro. La persona que habla en este momento no es importante; arrójenlo por la borda. Lo importante es lo que se dice. De modo que la mente sólo conoce lo mensurable, su propio compás, las fronteras, ambiciones, esperanzas, desesperación, aflicción, sufrimientos y dichas. Una mente así no puede atraer la libertad. Todo lo que puede hacer es darse cuenta de sí misma y no condenar lo que ve; no condenar lo feo o aferrarse a lo bello, sino ver lo que es.

La sola percepción de lo que es, sólo ver las cosas como son, es el principio del desmantelamiento de la medición de la mente, de sus fronteras y sus pautas. Entonces usted descubrirá que la mente puede alcanzar esa libertad involuntariamente, sin saberlo. Esta transformación en la mente misma es la verdadera revolución. Todas las demás revoluciones son reacciones, aunque empleen la palabra libertad y prometan la utopía, el cielo, el todo. Sólo hay verdadera revolución en la cualidad de la mente.[2]

NO ESTOY NADA SEGURO de que la mayoría de nosotros quiera ser completamente libre. Más bien nos gustaría mantener ciertas ideologías placenteras, satisfactorias y complejas y fórmulas gratificantes. Por supuesto, nos gustaría estar libres de aquellas cosas que son dolorosas, de los recuerdos desagradables, de las experiencias penosas y demás.

Todos decimos que nos gustaría ser libres, pero creo que, antes de ir en pos de ese deseo que nuestras inclinaciones o tendencias nos ponen delante, deberíamos comprender la naturaleza y estructura de la libertad. ¿Es libertad el estar libre de algo,

2 Poona, 5ª plática, 21 de septiembre de 1958.

del dolor, de cierta clase de ansiedad, o la libertad en sí misma es completamente distinta de estar libre de algo? Uno puede estar libre de ira, tal vez de los celos, pero ¿no es estar libre de algo una reacción y, por lo tanto, eso no es libertad en absoluto?

¿No es la libertad algo completamente distinto de cualquier reacción, inclinación o deseo? Uno puede liberarse del dogma muy fácilmente, analizándolo, mandándolo a paseo; no obstante, el motivo de ese desprendimiento del dogma contiene su propia reacción, ¿no es cierto? El motivo, el deseo de ser libre de un dogma puede obedecer a que ya no sea conveniente, a que ya no esté de moda, a que ya no sea razonable o popular; las circunstancias están en su contra y, por consiguiente, usted quiere librarse de él. Éstas son sólo reacciones.

¿Es libertad la reacción de apartarse de algo o la libertad es completamente distinta de la reacción, se sostiene por sí misma sin ningún motivo y no depende de ninguna inclinación, tendencia o circunstancia? ¿Existe semejante clase de libertad?

¿Puede un líder, espiritual o político, prometer libertad al final de algo? ¿Puede ser libertad la que resulta de la disciplina, del conformismo, de la aceptación que promete el ideal al que lo siga? ¿O la libertad es un estado de la mente que es tan intensamente activo y vigoroso que descarta toda forma de dependencia, esclavitud, conformismo y aceptación?

¿Quiere la mente semejante libertad? Esa libertad supone completa soledad, un estado mental que no depende del estímulo, de las ideas o experiencia circunstanciales. Obviamente, esa clase de libertad significa recogimiento interior, soledad.

¿Puede la mente formada en una cultura que es tan dependiente del entorno, de sus propias tendencias e inclinaciones, encontrar alguna vez esa libertad que está completamente sola? Únicamente en dicha soledad puede haber relación con otro; en ella no hay fricción ni dominación ni dependencia. Por favor, usted tiene que comprender esto; no es sólo una conclusión verbal, que puede aceptar o negar. ¿Es eso lo que cada individuo exige y en lo que insiste: una libertad en la que no haya ningún liderazgo, ninguna tradición o autoridad?

De otro modo, no hay libertad; de otro modo, cuando usted dice que está libre de algo, eso es meramente una reacción, la

cual, por serlo, va a causar otra reacción. Uno puede tener una cadena de reacciones, aceptando cada reacción como una liberación, pero esa cadena no es libertad; es una continuidad del pasado modificado, al que la mente se aferra.

La libertad es completa en sí misma, no es una reacción, no es una conclusión ideológica. Libertad implica completa soledad, un estado interior de la mente que no depende de ningún estímulo, de ningún conocimiento; no es el resultado de ninguna experiencia o conclusión. Al comprender la libertad, también comprendemos lo que implica la soledad. La mayoría de nosotros nunca estamos solos interiormente. Hay una diferencia entre aislamiento, desconectarse por completo, y el recogimiento interior, la soledad.

Sabemos lo que es estar aislado, haber construido un muro alrededor de sí, un muro de resistencia, una pared que hemos levantado con el fin de no ser nunca vulnerables. O podemos vivir en una ideología fantasiosa y necia que carece de toda validez. Todas estas cosas producen aislamiento personal; en nuestra vida diaria, en la oficina, en casa, en nuestras relaciones sexuales, en toda actividad, opera este proceso de aislamiento personal. Esa forma de aislamiento y el vivir en la torre de marfil de una ideología, no tienen absolutamente nada que ver con la soledad, con el recogimiento interior. El estado de soledad sólo puede sobrevenir cuando se es libre de la estructura psicológica de la sociedad que hemos construido mediante nuestras reacciones y de la que formamos parte.

Al comprender la libertad total nos encontramos con la sensación de completa soledad. Creo que sólo una mente que haya comprendido esta soledad puede tener una relación en la que no haya ningún conflicto en absoluto. Pero si creamos una imagen de lo que suponemos es el recogimiento y establecemos eso como el fundamento de la soledad en nosotros mismos, y a partir de ahí tratamos de encontrar una relación, entonces esa relación sólo traerá conflicto.

Nosotros, los seres humanos, que hemos vivido durante tanto tiempo, que hemos acumulado tanta experiencia, somos entidades de segunda mano, sin nada original. Estamos contaminados por toda clase de torturas, conflictos, obediencias, acep-

taciones, miedos, celos, ansiedades y, por consiguiente, no existe esa cualidad de recogimiento interior.

Nosotros, como seres humanos, en la actualidad sólo somos un resultado, un producto psicológico. Todas nuestras relaciones se basan en lo que ha sido o en lo que debería ser, por consiguiente, toda relación es un conflicto, un campo de batalla. Si uno ha de comprender lo que es una correcta relación, debe indagar en la naturaleza y la estructura de la soledad interior, la cual es estar completamente solo. Pero esa palabra "solo" crea una imagen. Obsérvese y lo verá. Cuando emplea esa palabra solo, usted ya tiene una fórmula, una imagen, y trata de vivir con arreglo a esa imagen, a esa fórmula. Pero la palabra o la imagen no es el hecho. Uno tiene que comprender y vivir con lo que realmente es.

Comprender la soledad —si usted realmente sabe lo que significa vivir en ese estado— es verdaderamente extraordinario, porque entonces la mente siempre es nueva y no depende de la inclinación, la tendencia, ni está guiada por las circunstancias. Al comprender la soledad interior, usted comenzará a comprender la necesidad de vivir consigo mismo tal como en realidad es.

Al observarme a mí mismo descubro que soy celoso, ansioso o envidioso; me doy cuenta de ello. De modo que quiero vivir con eso porque sólo cuando vivo con algo íntimamente empiezo a comprenderlo. Pero vivir con mi envidia, con mi ansiedad, es una de las cosas más difíciles. Veo que en el momento en que me acostumbro, ya no estoy viviendo con esas cosas.

Ahí está ese río y puedo verlo cada día, escuchar su sonido, el murmullo del agua, pero después de dos o tres días me he acostumbrado a él y no lo oigo siempre. Si tengo un cuadro en mi cuarto, lo miro cada día, su belleza, su color, las distintas intensidades y sombras, su calidad; sin embargo, después de mirarlo durante una semana, ya he perdido interés, me he acostumbrado a verlo. Y lo mismo sucede con las montañas, con los valles, los ríos, los árboles, con la familia, con mi esposa, con mi marido.

Pero vivir con algo vivo como los celos o la envidia, significa que nunca puedo aceptarlo, nunca podré acostumbrarme a

ello, debo cuidarlo como cuidaría de un árbol recién plantado. Debo protegerlo del Sol, de la tormenta. Del mismo modo, tengo que convivir con esta ansiedad y envidia, debo cuidarlas, no acostumbrarme a ellas, no condenarlas. Así empiezo a amarlas y a cuidarlas; lo cual no significa que me encante ser envidioso o ansioso, sino más bien que lo que me interesa es observar. Es como vivir con una serpiente en la habitación; gradualmente empiezo a ver mi relación inmediata con ella y no hay conflicto.

¿Podemos, usted y yo, vivir con lo que realmente somos: insensibles, envidiosos, temerosos, creyendo que tenemos gran afecto, cuando no lo tenemos, sintiéndonos heridos, adulados o aburridos con facilidad? ¿Podemos vivir con estas realidades sin aceptarlas ni negarlas sino observándolas, viviendo con ellas sin volvernos morbosos, deprimidos o eufóricos? Entonces descubrirá que una de las principales razones del miedo es que no queremos vivir con lo que somos.

Primero hemos hablado de libertad, después de soledad, luego de darnos cuenta de lo que somos, y también de cómo lo que somos se relaciona con el pasado y tiene un movimiento hacia el futuro, de darse cuenta de esto y vivir con ello, nunca acostumbrándose a ello, no aceptándolo jamás. Si comprendemos esto, no intelectualmente sino poniéndolo, de hecho, en práctica, entonces podemos hacer otra pregunta: ¿se encuentra o se da con esta libertad, con esta soledad, se entra realmente en contacto inmediato con toda la estructura de lo que es, por mediación del tiempo? O sea, ¿se alcanza la libertad con el paso del tiempo, mediante un proceso gradual?

No soy libre porque soy ansioso, temeroso, soy esto, soy eso, tengo miedo de la muerte, tengo miedo de mi vecino, tengo miedo de perder mi empleo, tengo miedo de que mi marido se vuelva contra mí, le temo a todas las cosas que he cultivado durante toda mi vida. No soy libre. Puedo liberarme deshaciéndome de esas cosas una por una, despojándome de ellas, pero eso no es libertad. ¿Se alcanza la libertad en el transcurso del tiempo? Evidentemente no, porque en el momento en que usted introduce el tiempo hay un proceso, usted se está esclavizando cada vez más. Si voy a librarme gradualmente de la violencia, mediante la práctica de la no violencia, entonces, en la práctica

paulatina estaré sembrando continuamente las simientes de la violencia. De modo que estamos planteando una cuestión muy fundamental cuando preguntamos si la libertad puede ser alcanzada, o mejor dicho, si se manifiesta en el transcurso del tiempo.

La pregunta siguiente es: ¿puede uno ser consciente de esa libertad? Si uno dice: "Soy libre", entonces uno no es libre. Por consiguiente, la libertad de la que estamos hablando no es algo que resulte del esfuerzo consciente por alcanzarla. Por lo tanto, está más allá de todo, más allá del ámbito de la conciencia, y no es una cuestión de tiempo. Tiempo es conciencia; tiempo es sufrimiento; tiempo es el temor del pensamiento.

Cuando usted dice: "He alcanzado esa libertad total", entonces usted sabe con certeza, si es realmente honesto consigo mismo, que está de vuelta en el mismo lugar donde se encontraba. Es como un hombre que dice: "Soy feliz". En el momento en que lo dice, está viviendo el recuerdo de lo que ya pasó. La libertad no pertenece al tiempo. La mente tiene que mirar la vida, la cual es un inmenso movimiento, sin la esclavitud del tiempo.[3]

LA LIBERTAD REQUIERE ESPACIO. No puede haber libertad interior si no hay espacio interior. La palabra espacio es distinta del hecho, así que, si me permiten la sugerencia, eviten la fijación en esa palabra y no se queden atrapados tratando de analizarla o definirla.

Ahora bien, ¿podemos plantearnos a nosotros mismos la pregunta, qué es el espacio, y quedarnos ahí, sin tratar de definir la palabra ni intentar profundizar tentativamente o de indagar en ella, sino más bien ver lo que significa no verbalmente? La libertad y el espacio van juntos. Para la mayoría de nosotros, el espacio es el vacío alrededor de un objeto, alrededor de una silla, de un edificio, de una persona, o alrededor de los contornos de la mente.

3 *Talks and Dialogues, Saanen*, 1967 (Temor, placer, dolor), 5ª plática, 18 de julio de 1967.

La mayoría de nosotros conocemos el espacio sólo a causa de los objetos. Hay un objeto, y alrededor del mismo está lo que llamamos espacio. Aquí está esta carpa (donde la plática está teniendo lugar), y dentro y alrededor de ella hay espacio. Hay espacio alrededor de ese árbol, alrededor de aquella montaña. Conocemos el espacio sólo dentro de las cuatro paredes de un edificio, o fuera del edificio, o alrededor de algún objeto. De manera similar, interiormente conocemos el espacio sólo desde el centro que lo mira. Hay un centro, la imagen, si puedo referirme nuevamente a esa palabra —y, una vez más, la palabra imagen no es el hecho—, y alrededor de ese centro hay espacio; así que conocemos el espacio sólo a causa del objeto dentro de ese espacio.

Ahora bien, ¿hay espacio sin objeto, sin centro desde el que usted, como ser humano, está mirando? El espacio, tal como lo conocemos, tiene que ver con el diseño, la estructura; existe en la relación de una estructura con otra, de un centro con otro. Ahora bien, si el espacio sólo existe a causa del objeto, o porque la mente tiene un centro desde el que mira al exterior, entonces ese espacio es limitado, y por lo tanto en ese espacio no hay libertad. Ser libre en una prisión no es libertad. Estar libre de cierto problema dentro de las cuatro paredes de las relaciones de uno, o sea, dentro del espacio limitado de la propia imagen, de los propios pensamientos, actividades, ideas y conclusiones, no es libertad.

Por favor, ¿puedo una vez más sugerir que observe, a través de las palabras del que habla, el espacio limitado que usted ha creado a su alrededor, como ser humano en relación con otro, como ser humano que vive en un mundo de destrucción y brutalidad, como ser humano en relación con una sociedad en particular? Observe su propio espacio, vea lo limitado que es. No me refiero al tamaño del cuarto en el que vive, a si es pequeño o grande; eso no es de lo que estoy hablando. Me refiero al espacio interior que cada uno de nosotros ha creado en torno a su propia imagen, alrededor de un centro, en torno a una conclusión. De manera que el único espacio que conocemos es el espacio que tiene como centro un objeto.

Ahora bien, para comprender la libertad en la relación, uno debe profundizar en esta cuestión de lo que es el espacio; porque las mentes de la mayoría de nosotros son pequeñas, mezquinas, limitadas. Estamos fuertemente condicionados por la religión, por la sociedad en que vivimos, por nuestra educación, por la tecnología; estamos limitados, obligados a adoptar cierta pauta, y uno ve que no hay libertad dentro de esa área circunscrita. Pero uno demanda libertad, libertad completa, no sólo libertad parcial. Vivir en una celda las veinticuatro horas del día y salir de vez en cuando a pasear en el patio de la prisión, eso no es libertad. Como ser humano que vive en la sociedad actual, con toda su confusión, aflicción, conflicto y tortura, uno exige libertad; y esta demanda de libertad es algo saludable y normal.

Viviendo en sociedad, viviendo en relación con su familia, con su propiedad, con sus ideas, ¿qué significa ser libre? ¿Puede la mente ser libre alguna vez si no tiene espacio ilimitado en su interior, espacio no creado por una idea de espacio, no creado por una imagen que tiene cierto espacio limitado centrado en ella? Ciertamente, como ser humano, uno tiene que descubrir la relación que existe entre libertad y espacio.

Es muy importante averiguar por nuestra cuenta lo que es el espacio, de otro modo siempre estaremos en conflicto entre nosotros, en rebelión contra la sociedad. Limitarse a dejar de fumar o convertirse en un *beatnik* o sabe Dios qué otra cosa, no tiene sentido, porque todas ésas sólo son formas de rebelión dentro de la prisión.

Ahora bien, estamos tratando de averiguar si existe semejante cosa como la libertad que no es una rebelión, libertad que no es una ideación de la mente sino un hecho. Y para descubrirlo, uno debe indagar profundamente en la cuestión del espacio. Una mente mezquina, burguesa, de clase media —o una mente aristocrática, la cual también es mezquina— puede creer que es libre, pero no lo es, porque está viviendo dentro de los límites de su propio espacio, del espacio restringido creado por la imagen dentro de la que funciona.

Usted no puede tener orden sin libertad, y no puede tener libertad sin espacio. Espacio, libertad y orden, los tres van juntos, no existen por separado.

El orden es virtud, y la virtud o la bondad no puede florecer en ninguna sociedad que esté siempre en contradicción consigo misma. Influencias externas, ajuste económico, reforma social, progreso tecnológico, el viaje a Marte, y todo lo demás, en modo alguno puede producir orden. Lo que produce orden es la indagación en la naturaleza de la libertad, no indagación intelectual, sino llevando a cabo el trabajo de desmantelar nuestro condicionamiento, nuestros prejuicios limitadores, nuestras ideas obtusas, descomponiendo toda la estructura psicológica de la sociedad de la que formamos parte.

A menos que se abra paso a través de todo eso, no hay libertad, y por consiguiente, no hay orden. Es como una mente pequeña que trata de comprender la inmensidad del mundo, de la vida, de la belleza. No puede. Puede imaginar, puede escribir poemas al respecto, pintar cuadros, pero la realidad es distinta de la palabra, distinta de la imagen, del símbolo, del cuadro.

El orden sólo puede producirse mediante el darse cuenta del desorden. Usted no puede crear orden. Por favor, vea este hecho. Usted sólo puede darse cuenta del desorden, externa al igual que interiormente. Una mente desordenada no puede crear orden porque no sabe lo que significa. Sólo puede reaccionar a lo que cree es el desorden mediante la creación de una pauta, a la que denomina "orden", y luego ajustándose a esa pauta. Pero si la mente es consciente del desorden en el que vive, lo cual es darse cuenta de lo negativo, no proyectando lo que se ha dado en llamar positivo, entonces el orden se vuelve algo extraordinariamente creativo, en movimiento, viviente.

El orden no es una pauta que usted sigue día tras día. Seguir una pauta que ha sido marcada, practicarla día tras día, es desorden, el desorden del esfuerzo, del conflicto, de la codicia, la envidia, la ambición, el desorden de todos los pequeños y mezquinos seres humanos que han creado y han sido condicionados por la sociedad actual.

Ahora bien, ¿puede uno darse cuenta del desorden, darse cuenta de él sin elegir, sin decir: "Esto es desorden, y eso es orden"? ¿Puede uno darse cuenta del desorden sin elección? Esto requiere extraordinaria inteligencia, sensibilidad; y en ese darse cuenta sin elección también hay una disciplina que no es mero conformismo.

Cuando uno examina toda la estructura y significado de la disciplina, ya sea disciplina impuesta o autodisciplina, uno ve que es una forma de conformismo externo o interno o un ajuste a una pauta, a un recuerdo, a una experiencia. Y nos rebelamos contra esa disciplina. Toda mente humana se rebela contra la clase estúpida de conformismo, ya sea establecida por dictadores, sacerdotes, santos, dioses, o por quienes sean. Y no obstante, uno ve que debe haber algún tipo de disciplina en la vida, una disciplina que no es mero conformismo, que no es ajuste a una pauta, que no se basa en el miedo y todo lo demás; porque si no hay ninguna disciplina, uno no puede vivir.

Uno tiene que averiguar si existe una disciplina que no es conformismo; porque el conformismo destruye la libertad, nunca da origen a la libertad. Mire las religiones organizadas de todo el mundo, los partidos políticos. Es evidente que el conformismo destruye la libertad y no tenemos que recalcarlo. O bien lo ve, o no lo ve; es asunto suyo.

La disciplina del conformismo, que es creada por el miedo de la sociedad y forma parte de la estructura psicológica de la sociedad, es inmoral y desordenada, y estamos atrapados en ella. Ahora bien, ¿puede una mente averiguar si existe cierto movimiento de la disciplina que no es un procedimiento de controlar, configurar, ajustar? Para averiguarlo, uno tiene que darse cuenta de este extraordinario estado de desorden, confusión y aflicción en el que vive; y darse cuenta de ello, no de forma fragmentaria sino total, y por consiguiente sin elección, eso en sí es disciplina.

Si soy plenamente consciente de lo que hago, si, por ejemplo, me doy cuenta sin elección del movimiento de mi mano, ese mismo darse cuenta es una forma de disciplina en la que no hay conformismo. Usted no puede comprender esto meramente de forma verbal, tiene que llevarlo a cabo dentro de sí.

El orden sólo puede producirse a través de este darse cuenta en el que no hay elección y que, por consiguiente, es un darse cuenta total, una sensibilidad completa a todo movimiento del pensamiento. Este darse cuenta total es en sí disciplina sin conformismo; por lo tanto, a partir de este darse cuenta por completo del desorden, hay orden. La mente no ha producido orden.

Para tener orden, que es el florecer de la bondad y de la belleza, debe haber libertad; y no hay libertad si no hay espacio.

De manera que la mente tiene que descubrir mediante el trabajo duro, y no sólo escuchando algunas palabras, que de hecho hay espacio sin centro. Una vez que eso ha sido descubierto, hay libertad, hay orden, y entonces la bondad y la belleza florecen en la mente humana.

Disciplina, orden, libertad y espacio no pueden existir sin la comprensión del tiempo. Es muy interesante indagar en la naturaleza del tiempo, el tiempo del reloj, el tiempo como ayer, hoy y mañana, el tiempo en el que usted trabaja, y el tiempo en el que duerme. Pero también existe el tiempo que no es del reloj, y ése es mucho más difícil de comprender.

Confiamos en el tiempo como medio de producir orden. Decimos: "Dénos unos cuantos años más y seremos buenos, crearemos una nueva generación, un mundo maravilloso". O hablamos de crear una clase diferente de ser humano, que será totalmente comunista, totalmente esto o totalmente aquello. Así que dependemos del tiempo como medio de producir orden, pero si uno observa, ve que el tiempo sólo genera desorden.[4]

DEBE HABER UN HUECO entre lo viejo y algo nuevo que pueda surgir. Debe haber un espacio. Y ese espacio surge cuando usted ve todo el significado de lo viejo, que lo viejo no puede de ninguna manera dar origen a lo nuevo. Todos queremos lo nuevo porque estamos hartos, aburridos de lo viejo; sabemos lo que lo viejo es y, deseando lo nuevo, no sabemos cómo romper la cadena. Hay gurúes, maestros y toda la gente absurda que dice: "Le enseñaré cómo romper la cadena". Y su intento de romperla sigue estando dentro de la pauta del pensamiento. Dicen: "Haga esto, no haga eso, adopte esto, piense eso", pero siguen estando atrapados dentro del sistema del pensamiento.

Percibir directamente la naturaleza de eso no requiere tiempo. Usted ve de forma instantánea lo absurda que es toda esta

4 Saanen, 4ª plática, 18 de julio de 1965.

estructura religiosa, todas las organizaciones en torno a ella, el papa, los obispos, lo absurdo de todo eso, ¿comprende? Gente adulta jugando con cosas de niños. Si usted tiene una percepción de la naturaleza de eso, se acabó. Entonces usted pregunta: ¿cómo puedo tener esa percepción? Lo que significa que usted no ha escuchado de verdad. Usted sigue aferrado a las viejas faldas de las iglesias, las creencias y las ideologías, y dice: "No puedo soltarme porque tengo miedo; ¿qué pensará mi vecino?; perderé mi empleo". De modo que usted no quiere escuchar, así que ése es el problema. El problema no es cómo adquirir percepción ni cómo conseguirla, sino más bien que usted no le presta atención al peligro de todo lo que el pensamiento ha construido. Y para tener percepción directa usted tiene que escuchar, tiene que soltarse y escuchar.[5]

AHORA BIEN, ESTAR LIBRE DEL APEGO no significa su opuesto, el desapego. Cuando estamos apegados, conocemos el dolor y la ansiedad del apego y decimos: "Por el amor de Dios, debo desvincularme de todo este horror". De manera que empieza la batalla del desapego, el conflicto. Mientras que si observa, si se da cuenta del hecho y de la palabra, de la palabra apego y de estar libre de esa palabra —la cual es el sentimiento—, entonces observa ese sentimiento sin juicio alguno. Obsérvelo. Entonces verá que a partir de esa observación total tiene lugar un movimiento completamente distinto, que no es ni apego ni desapego.

¿Puede usted ser libre de este apego, de manera que haya una responsabilidad que no es un deber? Entonces, cuando no hay apego, ¿qué es el amor? Mire, si está apegado a una nacionalidad, le rinde culto al aislamiento de la nacionalidad, la cual es una forma de tribalismo exaltado. ¿Qué ocasiona eso? Fragmentación, ¿verdad? Como hindú, estoy tremendamente apegado a mi nacionalidad india, y usted está apegado a la suya: alemana, francesa, italiana o inglesa. Estamos separados; hay guerras, y la tremenda complejidad de todo lo que acontece. Ahora

5 Brockwood Park, 1ª plática, 9 de septiembre de 1972.

bien, si no hay apego, si usted no tiene apego, ¿qué tiene lugar? ¿Es eso amor?

De manera que el apego separa. Estoy apegado a mi creencia, usted está apegado a la suya y, por consiguiente, hay separación. Sólo vea las consecuencias de ello, sus repercusiones. De manera que, donde hay apego hay separación y, por lo tanto, conflicto. Donde hay conflicto, de ninguna manera puede haber amor.

¿Y cuál es la relación entre un hombre y una mujer o la relación con otro, cuando se está libre del apego y de todo lo que eso supone? ¿Es eso el principio —sólo estoy usando la palabra principio, no se le echen encima—, es eso el principio de la compasión? ¿Comprenden? Cuando no hay nacionalidad y no hay apego a ninguna creencia en absoluto, a ninguna conclusión, a ningún ideal, entonces un ser humano es un ser humano libre. Y su relación con otro se basa en la libertad, ¿verdad?, en el amor, en la compasión.

Es absolutamente necesario ser libre para observar, estar libre de los propios prejuicios, del propio anhelo, de los propios miedos, de todo eso de lo que hemos hablado interminablemente. ¿Puede la mente estar completamente sin movimiento? Porque si hay movimiento hay distorsión. Por consiguiente, ¿puede la mente estar completamente quieta? Y a uno le resulta tremendamente difícil porque el pensamiento interviene de inmediato, así que uno dice: "Debo controlar el pensamiento". El controlador es lo controlado. Ya hemos pasado por todo eso, no voy a meterme en ello. Cuando vea eso, que el pensador es el pensamiento, el controlador es lo controlado, el observador es lo observado, entonces no habrá movimiento. Uno se da cuenta de que la cólera forma parte del observador que dice: "Estoy enojado", de modo que la ira y el observador son lo mismo. Eso está claro, eso es simple. Del mismo modo, el pensador que quiere controlar el pensamiento sigue siendo pensamiento. Cuando uno se da cuenta de eso, el movimiento del pensamiento se detiene.

Cuando no hay movimiento de ninguna clase en la mente, entonces ésta está naturalmente quieta, sin esfuerzo, sin compulsión, sin voluntad, sin todo eso. Está quieta con naturalidad, no con una quietud cultivada, porque eso es mecánico, lo cual

no es quietud, lo cual es sólo una ilusión de quietud. De modo que hay libertad. Libertad implica todo eso de lo que hemos hablado, y en esa libertad hay silencio, lo cual significa ausencia de todo movimiento. Entonces usted puede observar, entonces hay observación; sólo hay observación, no el observador observando. De modo que sólo hay observación desde el silencio total, desde la completa quietud de la mente. ¿Qué sucede entonces? Entonces existe la operación de la inteligencia, ¿verdad?

Mire, se lo mostraré. Dijimos que el apego implica gran dolor, ansiedad, miedo y, por consiguiente, la intensificación de la posesión. Ver eso es parte de la inteligencia, ¿verdad? Ver la naturaleza del apego y todas sus repercusiones, percibirlo directamente, es inteligencia. No estoy hablando de la inteligencia astuta del pensamiento que dice: "Eso es muy cierto". Si usted ve todo lo que el apego supone y ve el peligro del apego, esa percepción es inteligencia. Eso es todo. Eso es todo.[6]

6 Saanen, 5º diálogo, 1 de agosto de 1976.

Indice

Prólogo del editor 5
Introducción 9

Investigación
Diálogo 21
Autoridad 25
Como ser humano 43

Emoción
Miedo 63
Soledad 81
Descontento. 89
Orgullo/Ambición 99
Ira 117
Culpa. 129
Deseo 137
Felicidad 147

Ego e Identificación
Ego e identificación. 157

Libertad
Libertad. 217



Krishnamurti no fue un filósofo en el sentido clásico de la palabra. No le interesaba presentar teorías ni argumentar en favor de sus puntos de vista. No obstante, lo que se proponía es acorde con la filosofía. Al igual que Sócrates, quien mediante su ejemplo y cuestionamiento alienta a sus interlocutores a examinar críticamente los supuestos de los que dependen *sus creencias*, Krishnamurti, mediante su ejemplo y cuestionamiento anima a examinar los supuestos de los que depende *la experiencia que tenemos de nosotros mismos y del mundo.*

Esa mirada crítica resulta apropiada para los tiempos desconocidos que se avecinan —y para los nuevos filósofos en particular— porque Krishnamurti estuvo en contra de la autoridad hasta un grado que pocos pensadores han alcanzado nunca. "La libertad que necesitamos para ver lo que es verdad", dijo, "es liberarse de lo conocido".

La selección realizada por el profesor Raymond Martin, de la Universidad de Maryland, gira en torno a cuatro temas recurrentes en el pensamiento de Krishnamurti: *la investigación, las emociones, el ego y las identificaciones, y la libertad.* Aspectos que hacen al diálogo, la autoridad, el miedo, la soledad, el descontento, el orgullo, la ira, la culpa, el deseo, la felicidad han sido ordenados para facilitar la tarea del lector.

Código interno: 1027
ISBN 950-739-639-X





errepar / **Biblioteca Krishnamurti**



KRISHNAMURTI REFLEXIONES SOBRE EL SER

